

SI SUPIERAS LA FECHA EXACTA DE TU MUERTE,
¿CÓMO VIVIRÍAS TU VIDA?

LOS INMORTALES

CHLOE
BENJAMIN

Lectulandia

En 1969 en el Lower East Side de Nueva York se está corriendo la voz sobre la llegada de una mujer mística: una adivina viajera que asegura poder predecir la fecha de la muerte de las personas. Los hermanos Gold, Simon, Klara, Daniel y Varya, son cuatro adolescentes que consiguen localizar a la adivina y saber qué les depara el futuro.

Pero lo que los hermanos Gold no entienden es que este secreto conlleva un gran peso, que no todo el mundo es capaz de soportar... ¿Tenemos un destino predeterminado o podemos cambiarlo con nuestra voluntad y acciones? La novela que está deslumbrando al mundo.

Lectulandia

Chloe Benjamin

Los inmortales

ePub r1.0

Titivillus 06.11.2018

Título original: *The Immortalists*
Chloe Benjamin, 2018
Traducción: Mariana Hernández

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Para mi abuela, Lee Krug

PRÓLOGO

LA MUJER DE LA CALLE HESTER

1969

VARYA

Varya tiene trece años.

Para ella son una novedad esos siete centímetros que ha crecido y el vello oscuro que ha aparecido entre sus piernas. Sus pechos caben en la palma de una mano; sus pezones son monedas rosas. Tiene el pelo largo hasta la cintura y de color castaño, ni negro como el de su hermano Daniel ni amarillo limón como los rizos de Simon; tampoco tiene el brillo del bronce, como Klara. Por las mañanas se lo peina en dos trenzas francesas; le gusta cómo le rozan la cintura, como colas de caballo. Su pequeña nariz no es la de nadie, o eso piensa ella. Cuando cumpla los veinte habrá crecido hasta alcanzar plenamente la majestuosidad del halcón: la nariz de su madre. Pero todavía no.

Los cuatro juntos corren por el barrio como el viento: Varya, la mayor; Daniel, de once; Klara, de nueve, y Simon, de siete. Daniel es el guía, los lleva por Clinton hasta Delancey, dobla a la izquierda en Forsyth. Luego rodean el parque Sara D. Roosevelt bajo la sombra de los árboles. De noche suele haber jaleo allí, pero ese martes por la mañana sólo hay unos cuantos grupos de jóvenes que duermen con las mejillas pegadas al césped para recuperarse de las protestas del fin de semana.

En Hester, los hermanos se vuelven cautelosos. Tienen que pasar frente a la sastrería Gold's, que es de su padre. Aunque es improbable que los vea —Saul trabaja totalmente concentrado, como si en lugar de coser el dobladillo de un pantalón de hombre se tratara del tejido del universo—, no deja de ser una amenaza para la magia de ese húmedo día de julio y su precario y tambaleante objetivo: lo que han ido a buscar a la calle Hester.

Aunque Simon es el más pequeño, es rápido. Lleva unos *shorts* vaqueros herencia de Daniel, que a él le quedaban bien cuando tenía su edad, pero que a Simon se le escurren por la delgada cintura. En una mano sujeta una bolsa de tela con un estampado chino; en su interior crujen unos billetes de dólar y tintinea la música metálica de unas monedas.

—¿Dónde está ese sitio? —pregunta.

—Creo que es aquí —responde Daniel.

Levantán la vista hacia el viejo edificio, a la escalera de incendios en zigzag y las oscuras ventanas rectangulares del quinto piso, donde se supone que vive la persona que han ido a ver.

—¿Y cómo entramos? —pregunta Varya.

Sorprendentemente, se parece al edificio donde viven, excepto que éste es color crema en vez de café y tiene cinco pisos en lugar de siete.

—Supongo que llamando al timbre —dice Daniel—. El timbre del quinto piso.

—Sí —responde Klara—, pero ¿qué puerta?

Daniel se saca un ticket arrugado del bolsillo. Cuando alza la vista, está colorado.

—No estoy seguro.

—¡Daniel! —Varya se apoya en el muro del edificio y se cubre los ojos con la mano. Hay casi treinta y dos grados, calor suficiente para que le pique el cuero cabelludo y para que la falda se le pegue a los muslos.

—Esperad —dice Daniel—. Dejadme pensar un momento.

Simon se sienta en la acera; la bolsa se abomba entre sus piernas como una medusa. Klara saca de ella un pedazo de dulce pegajoso; antes de que pueda desenvolverlo, la puerta del edificio se abre y sale un hombre joven. Lleva unas gafas con los cristales morados y camisa de cachemir sin abotonar.

Hace un gesto con la cabeza hacia los hermanos.

—¿Vais a entrar?

—Sí —responde Daniel levantándose. Los demás lo siguen.

Entra en el portal y le da las gracias al hombre de las gafas moradas antes de que la puerta se cierre. Daniel, el líder intrépido y medio torpe que ha tenido la idea.

La semana anterior oyó la conversación de dos chicos mientras hacía cola en el chino *kosher* de Shmulke Bernstein, donde quería comprar una de esas tartas tibias de flan de huevo que le encanta comer incluso cuando hace calor. La cola era larga; los ventiladores giraban a toda velocidad, así que tuvo que inclinarse para escuchar lo que los chicos decían sobre la mujer que vivía temporalmente en el piso más alto del edificio de la calle Hester.

Mientras caminaba de regreso al número 72 de Clinton, el corazón de Daniel bombeaba a toda velocidad.

En la habitación, Klara y Simon jugaban a Serpientes y Escaleras en el suelo mientras Varya leía un libro en la litera de arriba. Zoya, la gata blanca y negra, estaba acostada sobre el radiador, aprovechando que allí le daba el sol.

Daniel les explicó su plan.

—No lo entiendo. —Varya apoyó un pie sucio en el techo—. ¿Qué es exactamente lo que hace esa mujer?

—Ya os lo he dicho. —Daniel estaba ansioso, impaciente—. Tiene poderes.

—¿Como cuáles? —preguntó Klara, moviendo su ficha en el juego. Se había pasado la primera parte del verano aprendiendo el truco de la carta y la goma elástica de Houdini, con poco éxito.

—He oído que puede predecir el futuro —dijo Daniel—. Lo que te pasará, si tendrás una buena o una mala vida. Y algo más. —Se apoyó en el marco de la puerta para inclinarse hacia delante—: puede saber cuándo vas a morir.

Klara alzó la vista.

—¡Qué ridículo! —exclamó Varya—. Nadie puede saber eso.

—¿Y si pudiera? —preguntó Daniel.

—Entonces yo no querría saberlo.

—¿Por qué no?

—Porque no. —Varya dejó el libro y se sentó con las piernas colgando de la litera—. ¿Y si son malas noticias? ¿Y si te dice que te vas a morir antes de que seas adulto?

—Entonces sería mejor saberlo —dijo Daniel—. Para poder hacerlo todo antes.

Hubo un segundo de silencio. Después Simon empezó a reírse, y su cuerpo de ave se estremeció. El rostro de Daniel se oscureció.

—Va en serio —insistió—. Yo voy a ir. No puedo soportar estar un día más encerrado en este apartamento. Me niego. ¿Quién viene conmigo?

Quizá no habría pasado nada si no hubieran estado en mitad del verano, con un mes y medio de aburrimiento húmedo a cuestas y otro mes y medio todavía por delante. No había aire acondicionado en el apartamento, y ese año —el verano de 1969— parecía que a todo el mundo le estaba pasando algo menos a ellos. Había gente drogándose en Woodstock, cantando *Pinball Wizard* y viendo *Cowboy de medianoche*, que todavía no se le permitía ver a ninguno de los hermanos Gold. La gente protestaba frente al Stonewall Inn, embestía las puertas con parquímetros arrancados, destrozaba las ventanas y las máquinas de discos. Los estaban asesinando de las maneras más espantosas posibles, con explosivos químicos y armas que podían disparar quinientas cincuenta balas seguidas, mientras proyectaban sus caras con horrible inmediatez en la televisión de la cocina de los Gold.

—Han puesto un pie sobre la puta Luna —dijo Daniel, que había empezado a usar ese tipo de lenguaje, pero sólo a una distancia prudencial de su madre.

James Earl Ray estaba sentenciado, y también Sirhan Sirhan, y todo mientras los Gold jugaban a las cartas y a los dardos o rescataban a Zoya de un tubo abierto que había detrás del horno y que al parecer la gata había adoptado como su hogar legítimo.

Sin embargo, algo más creó la atmósfera necesaria para ese peregrinaje: ese verano eran hermanos de una manera que nunca más volverían a serlo. Al año siguiente, Varya iría a las montañas Catskill con su amiga Aviva. Daniel estaría inmerso en los rituales privados de los chicos del barrio, y dejaría a Klara y a Simon a

su suerte. Sin embargo, en 1969 todavía eran una unidad, como si no pudiera ser de otra manera.

—Yo voy —dijo Klara.

—Yo también —dijo Simon.

—¿Y cómo le pedimos cita? —preguntó Varya, que a sus trece años ya sabía que nada era gratis—. ¿Cuánto cobra?

Daniel frunció el ceño.

—Lo averiguaré.

De modo que así fue como empezó: como un secreto, un reto, una escalera de incendios que usaban para escapar de la mole de su madre, que cada vez que los encontraba holgazaneando en el cuarto de las literas les pedía que tendieran la colada o que sacaran a la maldita gata del tubo de la cocina. Los hermanos Gold preguntaron por ahí: el dueño de una tienda de magia en Chinatown había oído hablar de la mujer de la calle Hester. Le dijo a Klara que era una nómada que viajaba por todo el país haciendo su trabajo. Antes de que la niña se fuera, el propietario alzó un dedo, desapareció por un pasillo trasero y regresó con un libro grande y cuadrado titulado *El libro de la adivinación*. En la cubierta había doce ojos abiertos rodeados de símbolos. Klara pagó sesenta y cinco centavos por él y lo abrazó de camino a casa.

Algunos de los inquilinos del número 72 de la calle Clinton también conocían a la mujer. La señora Blumenstein la había conocido en los años cincuenta en una fiesta fabulosa, según le contó a Simon. Dejó salir a su schnauzer al porche, donde Simon estaba sentado, y el perro hizo enseguida una bolita de caca que la señora Blumenstein no recogió.

—Me leyó la mano. Dijo que tendría una vida muy larga —recordó la mujer inclinándose hacia delante para hacer énfasis. Simon contuvo la respiración: el aliento de la señora Blumenstein olía a rancio, como si llevara noventa años respirando el mismo aire viciado—. ¿Y sabes qué, cariño? Tenía razón.

La familia hindú del sexto piso dijo que la mujer era una *rishika*, una vidente. Varya envolvió en aluminio un pedazo del *kugel* que había preparado Gertie y se lo llevó a Ruby Singh, su compañera de clase en la escuela pública 42, a quien se lo cambió por un plato de pollo con mantequilla y especias. Comieron en la escalera de incendios mientras se ponía el sol, balanceando las piernas desnudas bajo la rejilla.

Ruby lo sabía todo sobre la mujer.

—Hace dos años, yo tenía once y mi abuela estaba enferma. El primer médico dijo que era su corazón y que se iba a morir al cabo de tres meses. Pero el segundo nos dijo que estaba lo suficientemente fuerte para recuperarse, y pensaba que podía vivir dos años más.

Debajo de ellas, un taxi pasó chirriando por Rivington. Ruby volvió la cabeza y entornó los ojos para ver el East River, de un marrón verdoso por el lodo y las aguas

residuales.

—Un hindú se muere en su casa —continuó Ruby—. Tienen que estar rodeados de su familia. Hasta los parientes de papá en la India querían venir, pero ¿qué podíamos decirles? ¿Quedaos aquí dos años? Después mi padre oyó hablar de la *rishika*. Fue a verla y ella le dio una fecha: la fecha en que mi *dadi* moriría. Pusimos la cama de mi *dadi* en la habitación principal, con el cabecero apuntando al este. Encendimos una lámpara y la velamos, rezando y cantando himnos. Los hermanos de mi padre volaron desde Chandigarh. Yo me senté en el suelo con mis primos; éramos veinte, quizá más. Cuando mi *dadi* murió, el 16 de mayo, justo cuando la *rishika* había predicho, todos lloramos aliviados.

—¿No estabais enfadados?

—¿Por qué íbamos a estarlo?

—Porque la mujer no salvó a tu abuela —dijo Varya—. Porque no la ayudó a mejorar.

—La *rishika* nos dio la oportunidad de despedirnos. Nunca podremos pagarle lo que hizo por nosotros. —Ruby se comió el último bocado de *kugel* y dobló el papel de aluminio por la mitad—. De todos modos, no podría haber curado a mi *dadi*. La *rishika* sabe cosas, pero no puede cambiarlas. No es Dios.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Varya—. Daniel oyó que vive en un edificio de la calle Hester, pero no sabe en cuál.

—Yo tampoco lo sé. Se aloja en un lugar diferente cada vez, por seguridad.

En el apartamento de los Singh se oyó un golpe y luego a alguien gritando en hindi.

Ruby se puso en pie, sacudiéndose las migajas de la falda.

—¿Cómo que por seguridad? —preguntó Varya, levantándose también.

—Siempre hay gente que va detrás de una mujer como ella —explicó Ruby—. Que sabe lo que ella sabe.

—¡Rubina! —la llamó su madre.

—Tengo que irme. —Ruby entró por la ventana y la cerró detrás de ella, dejando que Varya bajara por la escalera de incendios hasta el cuarto piso.

Varya estaba sorprendida de que el rumor sobre la mujer se hubiera extendido hasta tan lejos, pero no todos habían oído hablar de ella. Cuando la mencionó a los hombres de brazos tatuados con números que trabajaban en el mostrador de Katz's, ellos la miraron con recelo.

—Niña —dijo uno—, ¿por qué quieres involucrarte en algo así?

Su tono de voz era tenso, como si Varya lo hubiera insultado. La chica, aturdida, se marchó con su sándwich y no volvió a mencionar el tema.

Al final, los mismos chicos a los que Daniel había oído hablar inicialmente de la mujer fueron los que le dieron la dirección. Los vio ese fin de semana, en el camino

peatonal del puente de Williamsburg, fumando hachís apoyados en la barandilla. Eran mayores que él, de unos catorce años, y Daniel tuvo que confesarles que los había oído antes de preguntarles si sabían algo más.

No le pareció que se molestaran. Enseguida le dieron el número del edificio donde supuestamente vivía la mujer, pero no sabían cómo pedir una cita con ella. Le dijeron a Daniel que, según se rumoreaba, había que llevar una ofrenda. Algunos decían que debía ser dinero; otros, que la mujer ya tenía todo el que necesitaba y que debías ser creativo. Un chico llevó una ardilla ensangrentada que había encontrado a un lado de la calle, la recogió con unas pinzas de cocina y se la entregó en una bolsa de plástico cerrada. Sin embargo, Varya opinó que nadie iba a querer algo así, ni siquiera una adivina, por lo que al final los Gold juntaron sus ahorros en la bolsa de tela con la esperanza de que fuera suficiente.

Cuando Klara no estaba en casa, Varya sacaba *El libro de la adivinación* de debajo de la cama de su hermana. Se tumbaba boca abajo para sentir la vibración de las palabras: *aruspicina* (mediante las entrañas de animales sacrificados), *ceromancia* (a partir de la cera de vela), *rabdomancia* (con varillas). En los días frescos, la brisa que entraba por la ventana arrugaba los árboles genealógicos y las viejas fotos que había pegados en la pared junto a su cama. Por medio de esos documentos, seguía el rastro misterioso y subterráneo de la herencia de rasgos: genes que aparecían y desaparecían y volvían a aparecer, las piernas larguiruchas de su abuelo Lev, que se saltaron a Saul y resurgieron en Daniel.

Lev había llegado a Nueva York en un barco de vapor con su padre, un comerciante de telas, después de que asesinaran a su madre en los pogromos de 1905. En la isla de Ellis les hicieron pruebas de enfermedades y los interrogaron en inglés mientras ellos miraban fijamente el puño de la mujer de hierro que los observaba, imperturbable, desde el océano que acababan de cruzar. El padre de Lev reparaba máquinas de coser; Lev trabajaba en una fábrica de ropa que dirigía un judío alemán que le permitía cumplir con el *sabbat*. Luego se convirtió en ayudante de dirección, después en director. En 1930 abrió su propio negocio, la sastrería Gold's, en un sótano de la calle Hester.

A Varya le pusieron el nombre de la madre de su padre, que había trabajado como contable de Lev hasta que ambos se jubilaron. De sus abuelos maternos sabía menos, sólo que su abuela se llamaba Klara, como su hermana menor, y que había llegado de Hungría en 1913. Sin embargo, había muerto cuando la madre de Varya, Gertie, tenía sólo seis años, y Gertie raras veces hablaba de ella. Una vez, Klara y Varya entraron a hurtadillas en la habitación de Gertie y buscaron el rastro de sus abuelos. Como sabuesos, olisquearon el misterio que rodeaba a la pareja, el olor de la intriga y de la vergüenza, y llegaron olfateando hasta la cómoda en la que Gertie guardaba su ropa interior. En el cajón superior encontraron una cajita de madera lacada con las bisagras doradas. Dentro había un montón de fotografías amarillentas que mostraban a una mujer pequeña y de aspecto malicioso, con el cabello negro y corto y los ojos muy

delineados. En la primera foto aparecía de pie, con un traje de ballet y la cadera echada hacia un lado, y sostenía una vara sobre la cabeza. En otra montaba a caballo, inclinada hacia atrás para mostrar el abdomen. En la foto que más les gustó a Varya y a Klara, la mujer estaba suspendida en el aire, colgando de una cuerda que agarraba con los dientes.

Algo les dijo que esa mujer era su abuela. La primera foto, vieja y arrugada, estaba repleta de huellas aceitosas y en ella esa misma mujer estaba de pie con un hombre alto y una niña pequeña. Varya y Klara sabían que la niña era su madre, incluso con el reducido tamaño de la imagen: sostenía las manos de sus padres con sus puños pequeños y regordetes, y tenía la cara contraída en una expresión de turbación que Gertie aún empleaba.

Klara reclamó la propiedad de la caja y su contenido.

—Me pertenece —dijo—. Yo llevo su nombre. De todos modos, mamá nunca la mira.

Sin embargo, pronto descubrieron que no era verdad. A la mañana siguiente, después de que Klara hubiera escondido la caja lacada en la litera inferior de su habitación, les llegó un graznido procedente del cuarto de sus padres, seguido por acaloradas preguntas de Gertie y la negación amortiguada de Saul. Momentos después, Gertie irrumpió en la habitación de las literas.

—¿Quién la ha cogido? —gritó—. ¿Quién?

Tenía los orificios nasales muy abiertos y sus amplias caderas bloqueaban la luz que usualmente se derramaba desde el pasillo. Klara se sofocó a causa del miedo y estuvo a punto de echarse a llorar. Cuando Saul se fue a trabajar y Gertie entró en la cocina, Klara volvió a escabullirse a la habitación de sus padres y dejó la caja exactamente donde la había encontrado. Sin embargo, Varya sabía que Klara volvía allí para ver las fotos cuando el apartamento estaba vacío. Contemplaba la intensidad de la mujer, su glamur, y juraba que haría honor a su nombre.

—No mires a tu alrededor de ese modo —dice Daniel entre dientes—. Actúa como si tuvieras derecho a estar aquí.

Los Gold suben rápidamente la escalera. Las paredes están cubiertas de una pintura crema descascarillada y los pasillos están a oscuras. Cuando llegan al quinto piso, Daniel hace una pausa.

—¿Qué sugieres que hagamos ahora? —murmura Varya. Le gusta cuando Daniel se queda estancado.

—Esperaremos a que salga alguien —dice él.

Sin embargo, Varya no quiere esperar. Está nerviosa, llena de un miedo inesperado, y empieza a caminar sola por el pasillo.

Imaginaba que la magia podía detectarse, pero las puertas de esa planta parecen todas exactamente iguales, con los tiradores y los números de latón llenos de

arañazos. El cuatro del número 54 está ladeado. Cuando Varya camina hacia la puerta, oye el sonido de una televisión o una radio: un partido de béisbol. Suponiendo que una *rishika* no se interesaría por el béisbol, vuelve a alejarse.

Sus hermanos se separan. Daniel está de pie cerca de la escalera con las manos en los bolsillos, observando las puertas. Simon se une a Varya junto al número 54, se levanta de puntillas y vuelve a colocar el cuatro en su lugar con el dedo índice. Klara ha estado caminando en la dirección opuesta, pero ahora acude junto a ellos. La sigue el aroma del champú Breck Gold Formula, un producto que Klara compró con sus ahorros; el resto de la familia usa Prell, que viene en un tubo de plástico, como la pasta de dientes, y escupe una emulsión del color de las algas. Aunque aparentemente Varya se burla —ella nunca gastaría tanto en un champú—, siente envidia de Klara, que huele a romero y a naranja, y que ahora levanta una mano para llamar a una puerta.

—¿Qué haces? —murmura Daniel—. Podría ser cualquiera. Podría ser...

—¿Sí? —La voz que se oye al otro lado de la puerta es baja y ronca.

—Venimos a ver a la mujer —dice Klara vacilante.

Silencio. Varya contiene la respiración. Hay una mirilla en la puerta, más pequeña que la goma de un lápiz.

Al otro lado, alguien se aclara la garganta.

—De uno en uno —dice la voz.

Varya mira a Daniel a los ojos. No se habían preparado para separarse. Sin embargo, antes de poder negociar, alguien descorre un cerrojo por dentro y Klara —¿en qué está pensando?— entra.

Nadie sabe con certeza cuánto tiempo pasa Klara dentro. A Varya le parecen horas. Se sienta contra la pared con las rodillas pegadas al pecho. Está pensando en cuentos de hadas: brujas que se llevan a niños, brujas que se los comen. Un árbol de pánico crece en su estómago hasta que la puerta se abre de nuevo.

Varya se levanta tambaleante, pero Daniel es más rápido. Es imposible ver nada dentro del apartamento, aunque Varya oye música —¿mariachis?— y el tintineo de una olla sobre una cocina.

Antes de entrar, Daniel mira a Varya y a Simon.

—No os preocupéis —dice. Pero sí lo hacen.

—¿Dónde está Klara? —pregunta Simon una vez que Daniel se va—. ¿Por qué no ha salido?

—Sigue dentro —contesta Varya, aunque ella ha pensado lo mismo—. Estarán ahí cuando entremos, Klara y Daniel juntos. Probablemente sólo estén... esperándonos.

—Ha sido una mala idea —dice Simon. Sus rizos rubios están empapados de sudor.

Como Varya es la mayor y Simon el más pequeño, siente que tiene que ser una madre para él, pero Simon es un enigma para la chica; al parecer, sólo Klara lo entiende. Él habla poco. Durante la cena se sienta con el ceño fruncido y los ojos vidriosos. Pero es veloz y ágil como un conejo. A veces, mientras camina a su lado hacia la sinagoga, Varya tiene la sensación de estar repentinamente sola. Sabe que Simon sólo se ha adelantado o se ha quedado atrás, pero siempre siente como si su hermano hubiera desaparecido.

Cuando la puerta vuelve a abrirse, los mismos pocos centímetros, Varya apoya una mano sobre su hombro.

—Está bien, Sy. Entra tú y yo me quedo a vigilar. ¿De acuerdo?

Qué o a quién, no está segura: el pasillo está igual de vacío que cuando han llegado. Varya es realmente tímida: a pesar de ser la mayor, prefiere que los otros vayan primero. Sin embargo, Simon parece aliviado. Se aparta un rizo de los ojos antes de entrar.

A solas, el pánico de Varya se intensifica. Se siente separada de sus hermanos, como si estuviera en una playa viendo cómo sus barcos se alejan flotando. Debería haberles impedido venir. Cuando la puerta vuelve a abrirse, se le ha formado un rastro de sudor sobre el labio y bajo la cintura de la falda. Sin embargo, es demasiado tarde para marcharse y los otros la están esperando. Varya abre la puerta.

Se encuentra en un lugar diminuto y tan abarrotado de cosas que al principio no ve a nadie. Hay libros amontonados en el suelo como si fueran maquetas de rascacielos. Los anaqueles de la cocina están llenos de periódicos en lugar de comida, y hay paquetes y latas de alimentos apilados sobre la encimera: galletas, cereales, sopas, una docena de variedades brillantes de té. Hay cartas de tarot y cartas de juego, cartas astrológicas y calendarios: Varya reconoce uno en chino, otro con números romanos y un tercero que muestra las fases de la luna. Hay un póster amarillento del *I Ching*, cuyos hexagramas le recuerdan al libro de adivinación de Klara; un florero lleno de arena; gongs y platos de bronce; un manojo de laurel; una pila de bastones de madera grabados con líneas horizontales, y un plato con piedras, algunas con largos trozos de cuerda atados a ellas.

Sólo un rincón junto a la puerta está vacío. Ahí hay una mesa plegable entre dos sillas también plegables. A su lado, una mesilla adornada con rosas de tela roja y una biblia abierta, y a su alrededor hay dos pequeños elefantes de escayola junto con una vela, una cruz de madera y tres estatuas: una de Buda, una de la Virgen María y una de Nefertiti, que Varya reconoce por un letrero pequeño escrito a mano que reza NEFERTITI.

Varya siente una pizca de culpabilidad. En la escuela hebrea aprendió que no debía adorar a los ídolos; escuchó con solemnidad al rabino Chaim mientras éste leía el tratado *Avodah Zarah*. Sus padres no querían que estuviera ahí. Sin embargo, ¿no

creó Dios a la adivina, tal como creó a sus padres? En la sinagoga, ella trata de rezar, pero Dios nunca parece responderle. Al menos, la *rishika* le contestará.

La mujer está de pie junto al fregadero, poniendo té en una delicada bolita de metal. Lleva un vestido de algodón ancho, sandalias de piel y un turbante azul marino; su cabello largo y castaño cuelga en dos trenzas finas. Es alta, y sus movimientos son elegantes y precisos.

—¿Dónde están mis hermanos? —La voz de Varya es ronca y se siente avergonzada por la desesperación que se percibe en ella.

Las cortinas están echadas. La mujer coge una taza del estante superior y mete la bola de metal dentro.

—Quiero saber dónde están mis hermanos —dice Varya con voz más fuerte.

Una tetera silba sobre la cocina. La mujer apaga el fuego y vierte el contenido en la taza. El agua se derrama en una cascada espesa y clara, y la habitación se llena de olor a hierba.

—Fuera —responde.

—No, no están fuera. Yo estaba esperando en el rellano y no han salido.

La mujer camina hacia Varya. Sus mejillas son densas, su nariz, protuberante, y sus labios, gruesos. Su piel es dorada, como la de Ruby Singh.

—Si no confías en mí, no puedo hacer nada —dice—. Quítate los zapatos. Después puedes sentarte.

La chica, tras el toque de atención, se quita los zapatos de dos colores y los deja junto a la puerta. Quizá la mujer tenga razón; si Varya se niega a confiar en ella, ese viaje habrá sido en vano, después de todo lo que han arriesgado: la mirada de su padre, el disgusto de su madre, sus ahorros de cuatro meses. Se sienta frente a la mesa plegable. La mujer pone ante ella la taza de té. Varya piensa en tinturas y en pociones, en Rip Van Winkle y en su sueño de veinte años. Entonces piensa en Ruby. «La *rishika* sabe cosas —había dicho—. Nunca podremos pagarle lo que hizo por nosotros.» Varya alza la taza y bebe.

La *rishika* se sienta en la otra silla plegable. Mira los hombros rígidos de la chica, sus manos húmedas, su rostro.

—No te encuentras bien, ¿verdad, cariño?

Ella traga saliva sorprendida y niega con la cabeza.

—¿Has estado esperando sentirte mejor?

Varya se queda quieta, aunque el pulso se le acelera.

—Te preocupas —dice la mujer asintiendo—. Tienes problemas. Tu cara sonrías, te ríes, pero en tu corazón no eres feliz; estás sola. ¿Tengo razón?

A Varya le tiembla la boca cuando asiente. Tiene el corazón tan lleno que siente que se le podría partir.

—Es una pena —prosigue la mujer—. Tenemos trabajo que hacer. —Chasquea los dedos y hace un gesto hacia la mano izquierda de Varya—. Tu palma.

Varya se acerca rápidamente al borde de la silla y le ofrece la palma a la *rishika*, cuyas manos son ligeras y frescas. La respiración de la muchacha es superficial. No puede recordar la última vez que un extraño la tocó; prefiere mantener una barrera, como un impermeable, entre ella y los demás. Cuando regresa de la escuela, donde las mesas están aceitosas de huellas dactilares y el patio está contaminado por los niños de preescolar, se lava las manos hasta dejárselas casi en carne viva.

—¿De verdad puede hacerlo? ¿Sabe cuándo voy a morir? —pregunta.

Tiene miedo de los caprichos de la suerte: de las píldoras de colores que pueden expandir tu mente o volverla del revés; de los hombres elegidos al azar y embarcados en dirección a la bahía de Cam Ranh y a la montaña Dong Ap Bia, entre cuyos bambús y matorrales de tres metros encontraron muertos, en mayo, a mil hombres. Tenía un compañero en la escuela pública 42, Eugene Bogopolski, cuyos tres hermanos fueron enviados a Vietnam cuando Varya y él sólo tenían nueve años. Los tres regresaron y los Bogopolski hicieron una fiesta en su apartamento de la calle Broome. Al año siguiente, Eugene se lanzó de cabeza a una piscina, se golpeó contra el hormigón y murió. La fecha de la muerte de Varya sería algo —quizá lo más importante— que la *rishika* podría saber con seguridad.

La mujer la observa. Sus ojos son dos canicas brillantes y negras.

—Puedo ayudarte —dice—. Puedo hacerte bien.

Gira la palma de Varya, observando primero su forma general, después los dedos romos y cuadrados. Suavemente, tira hacia atrás del pulgar, que no se dobla mucho antes de resistirse. Examina el espacio entre el cuarto y el quinto dedo. Aprieta la punta del meñique.

—¿Qué busca? —pregunta Varya.

—Tu carácter. ¿Has oído hablar de Heráclito? —La chica niega con la cabeza—. Un filósofo griego. «El carácter es destino», decía. Las dos cosas están unidas como hermanos y hermanas. ¿Quieres saber el futuro? —Señala a Varya con la mano libre—. Mira el espejo.

—¿Y si cambio? —Parece imposible que el futuro de Varya ya esté dentro de ella, como una actriz entre bastidores que espera décadas a que se levante el telón.

—Entonces serías especial, porque la mayoría de la gente no cambia.

La *rishika* vuelve la mano de Varya y la pone sobre la mesa.

—21 de enero de 2044. —Su tono es tajante, como si informara de la temperatura o del ganador de un partido de béisbol—. Tienes mucho tiempo.

Por un momento, el corazón de Varya se suelta y se eleva. En 2044 tendrá ochenta y ocho años, una edad perfectamente decente para morirse. Después hace una pausa.

—¿Cómo lo sabe?

—¿No te he dicho que tenías que confiar en mí? —La *rishika* alza una poblada ceja y frunce el ceño—. Ahora quiero que vayas a casa y pienses en lo que te he dicho. Si lo haces, te sentirás mejor. Pero no se lo cuentes a nadie, ¿de acuerdo? Lo que muestra tu mano, lo que te he dicho, debe quedar entre tú y yo.

La mujer mira fijamente a Varya y ella le devuelve la mirada. Ahora que ella es quien evalúa y no la persona evaluada, ocurre algo curioso. Los ojos de la *rishika* pierden su brillo; sus movimientos, la elegancia. La fortuna que se le ha leído a Varya es demasiado buena, prueba suficiente de lo fraudulento de la vidente: probablemente le hace la misma predicción a todo el mundo. Varya piensa en el mago de Oz. Como él, esa mujer no es maga ni vidente. Es una embaucadora, una estafadora. Se pone en pie.

—Debería haberle pagado mi hermano —dice calzándose los zapatos.

La mujer también se levanta. Camina hacia lo que Varya pensaba que era la puerta del baño —un sujetador cuelga del tirador, con unas copas tan grandes como las redes que Varya usa para atrapar mariposas monarca en verano—, pero no, es una salida. La mujer abre la puerta y ella ve un pedazo de un muro de ladrillo rojo y atisba una escalera de incendios. Cuando le llegan las voces de sus hermanos desde abajo, su corazón se vuelve más ligero.

Sin embargo, la *rishika* se para frente a ella como una barrera. Pellizca el brazo de Varya.

—Todo saldrá bien para ti, corazón. —Hay algo amenazante en su tono, como si fuera urgente que Varya la escuchara, que la creyera—. Todo saldrá bien.

Entre los dedos de la mujer, la piel de la chica se vuelve blanca.

—Suélteme —dice. La sorprende la frialdad de su propia voz.

La mujer endurece el gesto. Luego suelta a Varya y se hace a un lado.

La escalera de incendios resuena mientras Varya baja por ella con sus zapatos de dos colores. Una brisa le acaricia los brazos y le eriza el ligero vello que ha empezado a salirle en las piernas. Cuando llega al callejón, ve que las mejillas de Klara están mojadas y su nariz tiene un color rosa brillante.

—¿Qué pasa?

Klara se vuelve.

—¿Tú qué crees?

—Ah, no puedes creer realmente... —Varya mira a Daniel para que le eche una mano, pero él parece de piedra—. Lo que sea que te haya dicho no significa nada. Se lo ha inventado, ¿verdad, Daniel?

—Sí. —Daniel gira sobre sus talones y echa a andar hacia la calle—. Vámonos.

Klara coge a Simon por un brazo y tira de él. Todavía lleva la bolsa con el dinero que han traído.

—Se suponía que tenías que pagarle —dice Varya.

—Se me ha olvidado —dice Simon.

—No merece nuestro dinero. —Daniel se detiene en la acera con las manos en las caderas—. ¡Vámonos!

De vuelta a casa, todos caminan en silencio. Varya nunca se ha sentido más lejos de los demás. Durante la cena apenas prueba la carne, pero Simon no come nada en absoluto.

—¿Qué pasa, cariño? —pregunta Gertie.

—No tengo hambre.

—¿Por qué no?

Simon se encoge de hombros. Sus rizos rubios parecen blancos bajo la luz del techo.

—Cómete lo que ha preparado tu madre —dice Saul.

Pero el chiquillo se niega. Se sienta sobre las manos.

—¿Qué pasa, cielo? —pregunta Gertie alzando una ceja—. ¿No te gusta la comida?

—Dejadlo en paz. —Klara se acerca a Simon para alborotarle el cabello, pero él se hace a un lado y empuja su silla hacia atrás con un chirrido.

—¡Os odio! —grita poniéndose en pie—. ¡Os odio! ¡A todos!

—Simon —dice Saul, levantándose también. Todavía viste el traje que ha llevado al trabajo. Su cabello es cada vez más fino y más claro que el de Gertie, de un extraño rubio cobrizo—. No le hables así a tu familia.

Es inflexible en su papel. Gertie siempre ha sido la de la disciplina. Ahora sólo está boquiabierta.

—Pero es verdad —dice Simon, y hay asombro en su expresión.

PRIMERA PARTE
BAILARÍAS, MUCHACHO

1978-1982

SIMON

Cuando Saul muere, Simon está en clase de física, dibujando círculos concéntricos que se supone que representan las capas de electrones, pero que no significan nada para él. Con sus fantasías y su dislexia, nunca ha sido un buen estudiante, y se le escapa el propósito de la capa de electrones, la órbita que gira alrededor del núcleo de un átomo. En ese momento, su padre se dobla hacia delante en el paso de peatones de la calle Broome cuando vuelve caminando del almuerzo. Un taxi toca el claxon hasta detenerse; Saul cae de rodillas; su corazón se vacía de sangre. Su muerte no tiene más sentido para Simon que la transferencia de electrones de un átomo a otro: los dos están ahí en un momento y desaparecen al siguiente.

Varya conduce de regreso del Vassar College; Daniel, de la Universidad Estatal de Nueva York en Binghamton. Ninguno de los dos lo comprende. Sí, Saul estaba estresado, pero los peores momentos de la ciudad —la crisis financiera, el apagón— finalmente han quedado atrás. Los sindicatos salvaron a la ciudad de la bancarrota, y Nueva York vuelve a levantar cabeza. En el hospital, Varya pregunta por los últimos momentos de su padre. ¿Ha sentido dolor? «Sólo brevemente», dice la enfermera. ¿Ha hablado? Nadie puede saberlo. No debería sorprender a su esposa y a sus hijos, acostumbrados a sus largos silencios, y sin embargo Simon se siente estafado, como si le hubieran robado el último recuerdo de su padre, que permanece tan callado en su muerte como lo fue en vida.

Como al día siguiente es *sabbat*, el funeral se celebra el domingo. Se reúnen en la congregación Tifereth Israel, la sinagoga conservadora de la que Saul era miembro y patrocinador. En la entrada, el rabino Chaim da a cada uno de los Gold unas tijeras para el *kriah*.

—No, yo no voy a hacerlo —dice Gertie, a la que tienen que guiar en cada paso del funeral como si fuera la aduana de un país que nunca ha querido visitar. Lleva un vestido ceñido que Saul le hizo en 1962: algodón negro resistente con cintura entallada, botones en el frente y cinturón postizo—. No pueden obligarme —añade lanzando miradas como dardos al rabino Chaim y a sus hijos, que obedientemente han cortado la tela sobre sus corazones. Aunque el rabino le explica que no es él quien puede obligarla sino Dios, parece que Dios tampoco puede. Al final, el rabino le da a Gertie una cinta negra para que la corte, y ella toma asiento con una victoria herida.

A Simon nunca le ha gustado ir allí. De niño pensaba que la sinagoga estaba embrujada, con su piedra tosca y oscura y ese interior lóbrego. Los servicios eran

peores: la eterna devoción silenciosa, las plegarias fervientes por la restauración de Sion. Ahora Simon se detiene ante el ataúd cerrado, con el aire entrando por la abertura en su camisa, y se da cuenta de que nunca volverá a ver el rostro de su padre. Imagina la mirada distante de Saul, su sonrisa tímida, casi femenina. El rabino Chaim llama magnánimo a Saul, una persona de carácter y fortaleza; pero para Simon era un hombre reservado y honesto que evitaba el conflicto y los problemas, un hombre que parecía tener tan poco que ver con la pasión que sorprendía que se hubiera casado con Gertie, pues nadie habría pensado en la madre de Simon, con su ambición y sus cambios de humor, como una elección pragmática.

Después del servicio, siguen a los portadores del féretro hasta el cementerio de Mount Hebron, donde están enterrados los padres de Saul. Las dos chicas lloran: Varya en silencio, Klara tan estruendosamente como su madre, y parece que Daniel, perplejo, se está conteniendo por pura obligación. Sin embargo, Simon se descubre incapaz de llorar, incluso cuando bajan el ataúd a la tierra. Lo único que siente es pérdida, pero no la del padre que conoció, sino la del hombre que Saul podría haber sido. Durante la cena se sentaban en extremos opuestos de la mesa, perdidos ambos en sus pensamientos privados. La conmoción se producía cuando uno de ellos alzaba la mirada y sus ojos se encontraban; un accidente, pero un accidente que unía como una bisagra sus mundos separados antes de que uno de los dos apartara la vista.

Ahora no hay bisagra. Por distante que fuera, Saul permitió que cada uno de los Gold asumiera su rol en la familia: él, el sostén; Gertie, la gobernanta; Varya, la mayor obediente; Simon, el menor sin cargas. Si el cuerpo de su padre —con un nivel de colesterol más bajo que el de Gertie, el corazón más estable que nada— simplemente se había detenido, ¿qué más podía salir mal? ¿Qué otras leyes podían torcerse? Varya se esconde en su litera. Daniel tiene veinte años, apenas es un hombre, pero da las gracias a las visitas y les sirve comida, conduce los rezos en hebreo. Klara, cuya parte de la habitación está más desordenada que las de todos los demás, limpia frotando la cocina hasta que le duelen los bíceps. Y Simon cuida a Gertie.

Ése no es su papel habitual, pues Simon siempre ha sido el bebé de Gertie, más que los demás. Una vez ella quiso ser una intelectual; se tumbaba junto a la fuente de Washington Square Park a leer a Kafka, a Nietzsche y a Proust. Sin embargo, a los diecinueve años conoció a Saul, que se había incorporado al negocio de su padre al terminar el instituto, y a los veinte ya estaba embarazada. Pronto Gertie renunció a la Universidad de Nueva York, donde tenía una beca, y se mudó a un apartamento situado a unas pocas manzanas de la sastrería Gold, que Saul heredaría cuando sus padres se retiraran a Kew Gardens Hills.

Poco después de que naciera Varya —mucho antes de lo que Saul consideraba necesario, y para vergüenza suya—, Gertie se convirtió en recepcionista de un despacho de abogados. Por la noche seguía siendo su formidable capitana. Pero por la mañana se ponía un vestido y se pintaba los labios antes de dejar a los niños con la

señora Almendinger, después de lo cual salía del edificio ligera como una pluma. Sin embargo, cuando nació Simon, Gertie se quedó en casa nueve meses en lugar de cinco, que finalmente acabaron siendo dieciocho. Lo llevaba a todas partes. Cuando lloraba, no respondía con obstinada frustración, sino que le acariciaba con la nariz y le cantaba, como si sintiera nostalgia de una experiencia que siempre le había molestado pero que sabía que no repetiría. Poco después del nacimiento de Simon, mientras Saul estaba en el trabajo, fue al consultorio médico y regresó con un pequeño frasco de pastillas —la etiqueta decía ENOVID— que guardó al fondo de su cajón de la ropa interior.

«¡Si-mon!», grita ahora con un estallido largo como una sirena de niebla. «Pásame eso», añadirá posiblemente, acostada en la cama y señalando una almohada justo al lado de sus pies. O, en un tono bajo y ominoso: «Tengo una llaga; llevo demasiado tiempo acostada en esta cama», y aunque en su interior Simon retrocede, examina el grueso borde de su talón.

—No es una llaga, mamá —responde—, sólo una ampolla.

No obstante, para entonces ella ha seguido adelante y le pide que le lleve el *kadish*, o pescado y chocolate de la fuente que el rabino Chaim ha traído para la *shivá*.

Simon podría pensar que a Gertie le complace darle órdenes, de no ser por la manera en que llora por las noches —amortiguada, para que sus hijos no la oigan, aunque Simon sí la oye—, o por las veces en que la ve en posición fetal sobre la cama que compartió con Saul durante dos décadas, y donde parece la adolescente que era cuando lo conoció. Se sienta a la *shivá* con una devoción que Simon nunca pensó que pudiera exhibir, pues Gertie siempre había creído en supersticiones más que en cualquier dios. Escupe tres veces cuando ve un funeral, arroja sal si el salero se derrama y nunca pasó por un cementerio mientras estuvo embarazada, lo que hizo que la familia tuviera que soportar constantes cambios de trayecto entre 1956 y 1962. Cada viernes observa el *sabbat* con esforzada paciencia, como si fuera un invitado del que no ve el momento de librarse. Sin embargo, esa semana no lleva maquillaje. Evita las joyas y los zapatos de piel. Como si estuviera en penitencia por el fallido *kriah*, usa el vestido negro entallado de día y de noche, ignorando las manchas de grasa que tiene en un muslo. Como los Gold no tienen sillas de madera, se sienta en el suelo para recitar el *kadish* e incluso trata de leer el Libro de Job, cerrando los ojos mientras sostiene el Tanaj frente a su cara. Cuando lo deja, parece perpleja y perdida, como una niña que buscara a sus padres, y entonces llega el grito —«¡Si-mon!»— en busca de algo tangible: fruta fresca o un trozo de bizcocho, que abra una ventana para que entre aire o que la cierre para evitar una corriente; una manta, un trapo, una vela.

Cuando se reúnen suficientes visitantes para un *minyán*, Simon la ayuda a ponerse un vestido limpio y unas pantuflas, y ella sale a rezar. Los acompañan los empleados de toda la vida de Saul: los contables, las costureras, los diseñadores, los vendedores

y el socio minoritario de Saul, Arthur Milavetz, un hombre flaco y de nariz aguileña de treinta y dos años.

De niño, a Simon le encantaba visitar la tienda de su padre. Los contables le daban clips para que jugara, o retazos de tela, y se sentía orgulloso de ser el hijo de Saul: por la reverencia con que lo trataban los empleados y por su oficina de grandes ventanas, estaba claro que era alguien importante. Balanceaba a Simon sobre una rodilla mientras le enseñaba cómo cortar patrones y coser muestras. Más tarde, Simon lo acompañaba a las tiendas de telas, donde Saul seleccionaba sedas y piezas de *tweed* que estarían de moda la siguiente temporada, y a Saks Fifth Avenue, donde compraba los modelos más recientes para hacer copias en la sastrería. Después del trabajo, Simon podía quedarse mientras los hombres jugaban a las cartas o se sentaban en la oficina de Saul con una caja de puros a discutir sobre la huelga de maestros y la de basureros, el canal de Suez y la guerra de Yom Kipur.

Todo el tiempo lo acechaba algo cada vez más grande y más cercano, hasta que Simon se vio obligado a verlo en toda su terrible majestuosidad: su futuro. Daniel siempre había planeado ser médico, lo que dejaba a un solo hijo: Simon, impaciente e incómodo consigo mismo, mucho más en un traje de doble botonadura. Para cuando fue adolescente, la ropa de las mujeres lo aburría y la lana le picaba. Le molestaba la débil atención de Saul, del que presentía que no soportaría su salida del negocio, si es que algo así era posible. Se enfurecía con Arthur, siempre al lado de su padre, que trataba a Simon como un perrito servicial. Pero, sobre todo, sentía algo mucho más desconcertante aún: que la tienda era el verdadero hogar de Saul, y que sus empleados lo conocían mejor de lo que sus propios hijos lo conocerían jamás.

Hoy Arthur lleva tres platos con comida y una bandeja con pescado ahumado. Dobla su largo cuello de cisne para besar a Gertie en la mejilla.

—¿Qué vamos a hacer, Arthur? —pregunta ella con la boca contra su abrigo.

—Es terrible —responde él—. Espantoso.

Unas pequeñas gotas de lluvia de primavera se posan en los hombros de Arthur y en los cristales de sus gafas de montura de carey, pero su mirada es aguda.

—Gracias a Dios por ti. Y por Simon —dice Gertie.

La última noche de *shivá*, mientras Gertie duerme, los hermanos suben al desván. Están exhaustos, cansados, con los ojos nublados e hinchados y con un nudo en el estómago. La conmoción no se ha desvanecido; Simon no puede imaginar que eso vaya a ocurrir algún día. Daniel y Varya se sientan en un sofá de terciopelo anaranjado cuyo relleno asoma por los reposabrazos. Klara se sienta en la otomana de retazos de tela que alguna vez perteneció a la señora Blumenstein, ya fallecida. Sirve whisky en cuatro tazas desportilladas. Simon se encorva con las piernas cruzadas en el suelo, haciendo girar el líquido ambarino con el dedo.

—Entonces ¿cuál es el plan? —pregunta mirando a Daniel y a Varya—. ¿Vosotros os vais mañana?

Daniel asiente. Él y Varya cogerán los primeros trenes que salgan de regreso a la universidad. Ya se han despedido de Gertie y han prometido volver dentro de un mes, cuando hayan terminado los exámenes.

—No puedo tomarme más tiempo si quiero aprobar —dice Daniel—. Algunos de nosotros nos preocupamos por ese tipo de cosas —añade mientras toca a Klara con el pie.

El último año de instituto de Klara termina en dos semanas, pero ya les ha dicho que no asistirá a la graduación. («Todos esos pingüinos caminando juntos e iguales... No sería yo.») Varya estudia Biología y Daniel espera convertirse en médico militar, pero Klara no quiere ir a la universidad. Quiere hacer magia. Se ha pasado los últimos nueve años bajo la tutela de Ilya Hlavacek, un viejo actor de vodevil y prestidigitador que también es su jefe en Ilya's Magic & Co. Klara supo de la tienda a los nueve años, cuando le compró a Ilya *El libro de la adivinación*; ahora él es un padre para ella, tanto como lo fue Saul. Inmigrante checo que se hizo hombre entre las dos guerras mundiales, Ilya —de setenta y nueve años, largo y artrítico, con un mechón de cabello blanco como un trol— le cuenta historias fantásticas de sus años en el escenario: cuando recorrió los tugurios de atracciones más siniestros del Medio Oeste, con su mesa de cartas a sólo unos pasos de cabezas humanas metidas en frascos; el circo de Pensilvania donde hizo desaparecer con éxito un burro pardo llamado *Antonio* mientras mil espectadores estallaban en aplausos.

Sin embargo, ha pasado más de un siglo desde que los hermanos Davenport invocaban espíritus en los salones de los ricos y John Nevil Maskelyne logró que una mujer levitara en el Egyptian Hall londinense. Hoy, los magos más afortunados de Estados Unidos utilizan efectos especiales en el escenario o elaboradas presentaciones en Las Vegas. La mayoría son hombres. Cuando Klara visitó Marinka's, la tienda de magia más antigua del país, el joven del mostrador levantó la mirada con desdén antes de llevarla hasta una estantería con el rótulo de BRUJERÍA. («Desgraciado», murmuró Klara, aunque compró *Demonología: las invocaciones de sangre* para ver cómo el tipo se estremecía.)

Además, Klara se siente menos atraída por los magos de escena —las luces brillantes y las ropas de noche, las levitaciones con alambres— que por aquellos que realizan espectáculos más modestos, donde la magia pasa de una persona a otra como un billete de dólar arrugado. Los domingos observa al mago callejero Jeff Sheridan en su ubicación habitual junto a la estatua de sir Walter Scott en Central Park. Pero ¿realmente podría ganarse la vida de esa manera? Nueva York está cambiando. En su barrio, los hippies están siendo reemplazados por chicos rudos; las drogas, por drogas más duras; las bandas de puertorriqueños se reúnen en la calle Doce y la avenida A. Una vez, unos hombres detuvieron a Klara y probablemente le habrían hecho algo peor si Daniel no hubiera pasado por allí justo en ese momento.

Varya echa la ceniza de su cigarrillo en una taza vacía.

—No puedo creer que vayas a irte con mamá así.

—Ése era el plan, Varya; es lo que estaba previsto.

—Bueno, a veces los planes cambian. A veces tienen que cambiar.

Klara levanta una ceja.

—¿Y por qué no cambias los tuyos?

—No puedo, tengo exámenes.

Varya tiene las manos rígidas, la espalda, derecha. Siempre ha sido inflexible, una santurróna, alguien que camina entre dos líneas como lo haría por encima de una barra de equilibrio. En su catorce cumpleaños sopló todas las velas del pastel excepto tres, y Simon, que sólo tenía ocho, se puso de puntillas para apagarlas. Varya le gritó y lloró con tanta intensidad que incluso Saul y Gertie se quedaron perplejos. No tiene la belleza de Klara, ni interés por la ropa o el maquillaje. Su único capricho es su cabello. Lo tiene largo hasta la cintura y nunca se lo ha teñido o decolorado, pero no porque su color natural —un castaño claro sucio como el polvo del verano— sea especial; simplemente lo prefiere así. Klara lleva el suyo de un rojo muy vivo. Siempre que se tiñe, el lavabo parece ensangrentado durante días.

—Exámenes —dice Klara haciendo un gesto de rechazo con la mano como si fueran un pasatiempo infantil del que Varya ya debería haberse librado.

—¿Y adónde planeas ir? —pregunta Daniel.

—Todavía no lo he decidido. —Klara habla con tranquilidad, pero sus facciones muestran tensión.

—Por Dios... —Varya echa la cabeza hacia atrás—. ¿Ni siquiera tienes un plan?

—Estoy esperando que me sea revelado —dice Klara.

Simon mira a su hermana. Sabe que está aterrada por su futuro. También sabe que lo disimula muy bien.

—Y una vez que te sea revelado el lugar al que vas —dice Daniel—, ¿cómo llegarás hasta allí? ¿También estás esperando a que te sea revelado eso? No tienes dinero para un coche. No tienes dinero para un billete de avión.

—Hay algo nuevo llamado autostop, Danny. —Klara es la única que llama a Daniel por su apodo de la infancia, sabiendo que le evoca las veces que mojó la cama y sus dientes de conejo, y, sobre todo, un viaje familiar a Lavallette, Nueva Jersey, en el que no pudo evitar cagarse en los pantalones y arruinó el primer día de vacaciones de los Gold y el asiento trasero del Chevrolet que habían alquilado—. Todos los chicos guais lo hacen.

—Klara, por favor. —Varya echa la cabeza hacia delante con fuerza—. Prométeme que no te irás en autostop. ¿Piensas cruzar así el país? Te van a matar.

—No me van a *matar*. —Klara da una calada y echa el humo hacia la izquierda, lejos de Varya—. Pero si significa tanto para ti, puedo coger un autobús.

—Te llevaría días —dice Daniel.

—Es más barato que el tren. Además, ¿en serio crees que mamá me necesita? Es más feliz cuando no estoy. —La noticia de que Klara no iría a la universidad fue recibida con largos torneos de gritos entre ella y Gertie, que dieron paso a un amargo silencio—. De todos modos, no estará sola. Sy se quedará aquí.

Extiende una mano hacia Simon y le aprieta una rodilla.

—¿No te molesta, Simon? —pregunta Daniel.

Sí le molesta. Ya puede ver cómo será cuando todos los demás se hayan ido: él y Gertie atrapados a solas en una *shivá* infinita —«¡Si-mon!»—, su padre en ninguna parte y en todos lados al mismo tiempo. Durante las noches se escabullirá para correr, con la necesidad de estar en cualquier sitio salvo en su casa. Y el negocio —por supuesto, el negocio—, que ahora es suyo por derecho. La idea de perder a Klara, su aliada, le parece igual de mala, pero por ella se encoge de hombros.

—Qué va. Klara debe hacer lo que desee. Sólo tenemos una vida, ¿no es cierto?

—Eso es lo que sabemos. —Klara apaga su cigarrillo—. ¿Vosotros nunca pensáis en eso?

Daniel enarca las cejas.

—¿En la vida después de la muerte?

—No, en lo larga que será vuestra vida —responde Klara.

Ahora que se ha abierto la caja, se hace el silencio en el desván.

—No empieces con lo de esa vieja zorra otra vez —dice Daniel.

Klara se estremece, como si fuera ella la que recibiera el insulto. Hace años que no hablan de la mujer de la calle Hester. Esa noche, sin embargo, está borracha. Simon lo ve en su mirada, en la manera en que junta las eses.

—Sois unos cobardes. Ni siquiera podríais contarlo —dice ella.

—¿Contar qué? —pregunta Daniel.

—Lo que os dije. —Klara lo señala con una uña roja medio despintada—. Vamos, Daniel, te reto.

—No.

—Cobarde. —Klara dibuja una sonrisa torcida cerrando los ojos.

—No podría contártelo aunque quisiera —dice él—. Fue hace diez años. ¿De verdad crees que lo recuerdo?

—Yo sí —dice Varya—. 21 de enero de 2044. Ahí está.

Toma un sorbo de su bebida, luego otro, y deja la taza vacía en el suelo. Klara mira sorprendida a su hermana. Después coge la botella de bourbon por el cuello y vuelve a llenar la taza de Varya antes que la suya.

—¿Cuándo es eso? —pregunta Simon—. ¿A los ochenta y ocho años?

Varya asiente.

—Felicidades. —Klara cierra los ojos—. A mí me dijo que moriría a los treinta y uno.

Daniel se aclara la garganta.

—Bueno, son mentiras.

Klara levanta su taza.

—Eso espero.

—Bien. —Daniel vacía la suya—. 24 de noviembre de 2006. Me ganas, V.

—Cuarenta y ocho —dice Klara—. ¿Te preocupa?

—Para nada. Estoy seguro de que la vieja dijo lo primero que se le pasó por la mente. Sería tonto creerla. —Deja en el suelo la taza, que resuena contra el entarimado—. ¿Y tú, Sy?

Simon va por su cigarro número siete. Da una calada y exhala el humo con la mirada fija en la pared.

—Joven.

—¿Cómo de joven? —pregunta Klara.

—Eso es cosa mía.

—Ah, venga ya —dice Varya—. ¡Qué ridiculez! Sólo tiene poder sobre nosotros si se lo otorgamos, y es obvio que era un fraude. ¿Ochenta y ocho? Por favor, con una profecía como ésa, probablemente me atropelle un camión cuando cumpla cuarenta.

—Entonces ¿por qué la fortuna de todos los demás fue tan mala? —pregunta Simon.

—No lo sé. ¿Para darle variedad al asunto? No puede decirles lo mismo a todos. —Varya está ligeramente sonrojada—. Ojalá nunca hubiéramos ido a verla. Lo único que hizo fue meter la idea en nuestras cabezas.

—Fue culpa de Daniel —dice Klara—. Él nos obligó a ir.

—¿Crees que no lo sé? —replica su hermano mayor entre dientes—. Además, tú fuiste la primera que dijo que sí...

En el pecho de Simon florece la furia. Por un momento siente resentimiento contra todos: Varya, racional y distante, con una vida entera por delante; Daniel, que planteó su deseo de estudiar Medicina hace años y obligó a Simon a cargar con la sastrería; Klara, que ahora lo abandona. Odia que todos puedan escapar.

—¡Chicos! —dice—. ¡Ya basta! Callaos, ¿vale? Papá está muerto, ¿podéis cerrar la puta boca?

Lo sorprende la autoridad de su voz. Hasta Daniel parece encogerse.

—«Simon dice» —contesta Daniel.

Varya y Daniel bajan la escalera para acostarse en sus camas, pero Klara y Simon suben a la azotea. Llevan almohadas y mantas y se duermen sobre el hormigón bajo el brillo de la luna velada por la niebla. Alguien los sacude antes del amanecer para que despierten. Primero creen que es Gertie, pero después logran enfocar el rostro delgado y demacrado de Varya.

—Ya nos vamos —murmura—. El taxi está abajo.

Daniel acecha detrás de ella, con la mirada distante tras las gafas. La piel que hay debajo tiene un tinte azul plateado de piscina, y la semana ha dejado grabado un

profundo paréntesis alrededor de su boca, ¿o quizá siempre ha estado ahí?

Klara se cubre la cara con un brazo.

—No.

Varya se lo aparta y le acaricia el cabello.

—Despídete.

Su voz es suave, y Klara se sienta. Con los brazos rodea el cuello de Varya tan estrechamente que puede tocar sus propios codos.

—Adiós —susurra.

Después de que Varya y Daniel se marchen, el cielo adquiere un brillo rojo, luego ámbar. Simon aprieta la cara contra el cabello de Klara. Huele a humo.

—No te vayas —dice.

—Debo irme, Sy.

—De todos modos, ¿qué vas a encontrar?

—¿Quién sabe? —Los ojos de Klara están húmedos a causa de la fatiga y sus pupilas parecen brillar—. De eso se trata.

Se levantan y juntos doblan las mantas.

—Tú también puedes venir —añade Klara mirándolo.

Simon se ríe.

—Sí, claro. ¿Y perder dos años más en el instituto? Mamá me mataría.

—No si nos vamos lo suficientemente lejos.

—No podría.

Klara camina hasta la barandilla y se apoya contra ella, aún con su suéter azul peludo y sus *shorts* recortados. No lo está mirando, pero Simon puede sentir la fuerza de su atención, cómo vibra con ella, como si supiera que sólo fingiendo indiferencia podrá decir lo que dice después.

—Podríamos ir a San Francisco.

Simon contiene la respiración.

—No digas eso.

Él se inclina para recoger las almohadas y se mete una debajo de cada brazo. Mide 1,76, como Saul, tiene las piernas ágiles y musculosas y el pecho esbelto. Sus labios carnosos y sus rizos rubio oscuro —herencia de algún antepasado ario enterrado mucho tiempo atrás— le han valido la admiración de las chicas de su clase de segundo grado, pero no es ése el público que él desea.

Las vaginas nunca lo han atraído: sus pliegues como de col, su corredor largo y oculto. Anhela el empuje largo del pene, su insistencia obstinada y el reto de un cuerpo como el suyo. Sólo Klara lo sabe. Cuando sus padres se dormían, ella y Simon salían por la ventana con espray de gas pimienta en el bolso de polipiel de Klara y bajaban a la calle por la escalera de incendios. Iban a Le Jardin para escuchar tocar a Bobby Guttadaro o cogían el metro hasta la calle Doce oeste, donde había un almacén de flores reconvertido en discoteca en la que Simon conoció al gogó que le habló de San Francisco. Estaban sentados en el jardín de la azotea cuando el bailarín les dijo

que San Francisco tenía un comisionado del ayuntamiento que era gay y un periódico gay, que la gente gay podía trabajar donde quisiera y tener sexo en cualquier momento, porque allí no había reglas contra la sodomía. «No os lo podéis imaginar», dijo, y desde entonces Simon no podía hacer otra cosa.

—¿Por qué no? —pregunta Klara, volviéndose—. Ya, mamá se enfadaría. Pero imagino cómo será tu vida aquí, Sy, y no quiero eso para ti. Tú tampoco lo quieres. Claro, mamá quiere que vaya a la universidad, pero ya tiene eso con Danny y con V. Debe comprender que yo no soy ella. Y tú no eres papá. Por Dios, tu destino no es ser sastre. ¡Sastre! —Hace una pausa, como para dejar que la palabra cale hasta el fondo—. Todo está mal. Y no es justo. Así que dame una razón, dame una buena razón por la que no puedas empezar con tu vida.

En cuanto Simon se permite imaginarlo, se queda casi abrumado. Manhattan debería ser un oasis, hay clubes, hasta saunas gays, pero tiene miedo de reinventarse en un lugar que siempre ha sido su hogar. «*Faygelehs*», murmuró Saul una vez, mirando con odio a un trío de hombres delgados que descargaban una gran variedad de instrumentos en el apartamento que los Singh ya no podían pagar. Gertie también adoptó el insulto en yidis, y aunque Simon fingía no oírlo, siempre tenía la sensación de que estaban hablando de él.

En Nueva York viviría por ellos, pero en San Francisco podría vivir por sí mismo. Y, aunque no le gusta pensar en eso, aunque de hecho evita el tema de manera patológica, por un momento se permite pensar en ello: ¿y si la mujer de la calle Hester tenía razón? El solo hecho de pensarlo tiñe su vida de un color distinto; hace que todo parezca urgente, lleno de brillo, precioso.

—Por Dios, Klara... —Simon se reúne con ella en la barandilla—. Pero ¿qué habría allí para ti?

El sol se levanta de color rojo sangre; Klara lo mira de reojo.

—Tú sólo puedes ir a un lugar. Yo puedo ir a cualquier parte —responde.

Todavía tiene cara de niña. Sus dientes, cuando sonríe, se ven ligeramente torcidos: medio feroz, medio encantadora. Su hermana.

—¿Alguna vez encontraré a alguien a quien quiera tanto como a ti? —pregunta él.

—Por favor —ríe Klara—. Encontrarás a alguien a quien ames mucho más.

Seis pisos más abajo, un hombre joven corre por la calle Clinton. Lleva una camiseta blanca fina y unos *shorts* azules de nailon. Simon mira cómo ondulan los músculos de su pecho bajo la camiseta, observa las poderosas piernas hacer su trabajo.

Klara sigue su mirada.

—Vámonos de aquí —dice.

Mayo llega envuelto en un torbellino de sol y color. El césped del parque Roosevelt se llena de parches de color azafrán. Tras su último día en el instituto, Klara sale corriendo con el marco del diploma vacío. Se lo enviarán en cuanto terminen de caligrafiarlo, pero para entonces ella ya se habrá ido. Gertie sabe que Klara se irá, así que su maleta está en el pasillo; lo que no sabe es que Simon, cuya maleta está escondida bajo la cama, se irá con ella.

Dejará atrás casi todas sus pertenencias, y se llevará sólo lo que es útil o precioso: dos jerséis aterciopelados de rayas con cuello; la bolsa de tela roja; el pantalón de pana color café que llevaba cuando un chico puertorriqueño le sostuvo la mirada en un tren y le guiñó un ojo, su experiencia más romántica hasta el momento; su reloj de oro con correa de piel, regalo de Saul. Y sus New Balance 320 de ante azul, las zapatillas de correr más ligeras que haya usado. La maleta de Klara es más grande, ya que incluye algo que Ilya Hlavacek le dio el último día que trabajó con él. La noche antes de la partida, le cuenta a Simon la historia del regalo.

—Tráeme esa caja que está ahí —le dijo Ilya, señalando algo.

La caja, de madera pintada de negro, había acompañado a Ilya en los espectáculos callejeros y en los circos hasta que contrajo poliomielitis en 1931 («Un buen momento —bromeaba a menudo—, porque de todos modos para entonces la fotografía ya había matado al vodevil»). Siempre se refería a ella como «esa caja», aunque Klara sabía que era su posesión más preciada. La chica hizo lo que le pedía y la dejó sobre el mostrador para que Ilya no tuviera que levantarse de su silla.

—Quiero que te la quedes —dijo—. ¿Entiendes? Es tuya. Quiero que la uses y la disfrutes. Su destino es estar en la calle, querida, no en las manos de un viejo decrepito como yo. ¿Sabes cómo abrirla? Mira, te lo enseñaré. —Klara lo observó levantarse con ayuda del bastón y convertir la caja en una mesa, como tantas veces antes lo había hecho—. Aquí es donde pones tus cartas. Te sitúas de pie aquí detrás, así.

Ella lo intentó.

—Muy bien —dijo él con su vieja sonrisa de duende—. Queda maravillosa contigo.

—Ilya... —Klara se sintió avergonzada cuando se dio cuenta de que estaba llorando—. No sé cómo agradecerlo.

—Sólo úsala.

Ilya sacudió una mano en el aire y se tambaleó hacia el fondo de la habitación, supuestamente para acomodar unos estantes, aunque ella sospechó que deseaba sufrir su duelo en privado. Klara se la llevó en brazos a casa y la llenó con sus herramientas: tres pañuelos de seda; un conjunto de anillos de plata maciza; un monedero lleno de centavos; tres copas de cobre con el mismo número de pelotas rojas del tamaño de una fresa, y un mazo de cartas tan usado que el papel era flexible como la tela.

Simon sabe que Klara tiene talento; sin embargo, su interés en la magia le parece perturbador. Cuando era niña parecía algo encantador; ahora sólo es extraño. Espera que su afición se desvanezca una vez que lleguen a San Francisco, donde con toda seguridad el mundo real será más emocionante que lo que sea que guarde en la caja negra.

Esa noche se queda despierto durante horas. Con la muerte de Saul ha desaparecido una vieja prohibición: Arthur puede dirigir el negocio y Saul nunca sabrá la verdad sobre Simon. Aun así, ¿cómo contárselo a su madre? Simon prepara sus argumentos: se dice que así es como funciona el mundo, el hijo deja al padre cuando se convierte en adulto; en cualquier caso, los humanos son penosamente lentos. Los renacuajos rompen el cascarón en la boca de sus padres, pero salen de un brinco en cuanto pierden la cola. (Al menos, Simon cree que es así como sucede, puesto que siempre sueña despierto en la clase de biología.) Los salmones del Pacífico nacen en agua dulce antes de migrar a los océanos. Cuando llega el momento de desovar y morir, viajan cientos de kilómetros para regresar a las aguas donde nacieron. De igual manera, él siempre podría regresar.

Cuando finalmente se queda dormido, sueña que es uno de ellos. Flota en el semen como un brillante huevo de coral que aterriza en el nido de su madre en una corriente de agua. Después emerge y se esconde en pozas oscuras, donde come cualquier cosa que encuentra en el camino. Sus escamas se vuelven más oscuras; viaja miles de kilómetros. Al principio lo rodea una masa de otros peces, tan cercanos que lo rozan con sus pieles pegajosas, pero conforme se aleja nadando, el grupo se hace más escaso. Cuando se da cuenta de que se dirigen a casa, no puede recordar el camino hacia el viejo arroyo olvidado donde nació. Se ha alejado demasiado como para dar marcha atrás.

Se levantan temprano, Klara sacude a Gertie para despertarla y despedirse, y después la arrulla hasta que su madre vuelve a dormirse. Sale de puntillas por la escalera con las dos maletas mientras Simon se ata las zapatillas. Él sale al pasillo, evitando pisar la tabla que cruje, y va con cuidado hacia la puerta.

—¿Adónde vas?

Se vuelve y se le acelera el pulso. Su madre está de pie en el umbral de su habitación, envuelta en la enorme bata rosa que ha usado desde que nació Varya, y su

cabello, que usualmente lleva rulos a esa hora del día, está suelto.

—Sólo... —Simon cambia su peso de un pie a otro—. Iba a comprar un sándwich.

—Son las seis de la mañana, qué hora más extraña para comprar un sándwich.

Gertie tiene las mejillas rosadas y los ojos abiertos de par en par. Un destello de luz ilumina sus pupilas: pequeños nudos de temor que brillan como perlas negras.

En los ojos de Simon aparecen unas lágrimas temblorosas. Los pies de Gertie, losas rosadas tan gruesas como chuletas de cerdo, están alineados bajo sus hombros, su cuerpo tenso como el de un boxeador. Cuando Simon era muy pequeño y sus hermanos estaban en la escuela, él y Gertie jugaban a algo que llamaban el globo bailarín. Gertie ponía música de la Motown en la radio, algo que nunca escuchaba cuando Saul estaba en casa, e inflaba a medias un globo rojo. Luego bailaban por el apartamento, golpeando en el aire el globo desde el baño hasta la cocina, con el único objetivo de no dejarlo caer. Simon era ágil, Gertie, ruidosa: juntos podían mantener el globo en el aire durante programas de radio enteros. Ahora Simon recuerda a Gertie revoloteando por la sala, un candelabro rodando por el suelo («¡No se ha roto nada!», gritó), y reprime una risa inapropiada que, de haberla liberado, seguramente se habría transformado en un sollozo.

—Mamá —dice—. Tengo que vivir mi vida.

Odia la forma en que lo dice, como si estuviera suplicándole. De repente, su cuerpo anhela el de su madre, pero Gertie mira hacia la calle Clinton. Cuando mira de nuevo a los ojos de Simon, hay en su expresión una rendición que él nunca antes había visto.

—Está bien. Ve a por tu sándwich —suspira—. Pero ve a la tienda después de clase. Arthur te enseñará cómo funciona todo. Vas a tener que ir todos los días ahora que tu padre...

Pero no termina la frase.

—Está bien, mamá —dice Simon. Le arde la garganta.

Gertie asiente con gratitud. Antes de que pueda detenerse, Simon baja corriendo la escalera.

Se había imaginado el viaje en autobús en términos románticos, pero se pasa dormido la mayor parte del primer trayecto. No puede soportar seguir pensando en lo ocurrido entre él y su madre, así que apoya la cabeza sobre el hombro de Klara mientras ella juega con una baraja de cartas o un par de anillos pequeños de acero; de cuando en cuando, lo despierta un ligero chasquido o el aleteo de las cartas al barajarlas. A las seis y diez de la mañana siguiente se bajan para hacer transbordo en una estación de Misuri, donde esperan el autobús que los llevará a Arizona, y allí cogerán el autobús a Los Ángeles. El último trayecto dura nueve horas. Cuando llegan a San Francisco, Simon se siente la criatura más repugnante de la Tierra. Su cabello rubio es ahora de

un castaño aceitoso y lleva tres días con la misma ropa. Sin embargo, cuando ve el asombroso cielo azul y a los hombres vestidos de cuero en la calle Folsom, algo dentro de él brinca como un perro en el agua y no puede evitar reírse, sólo una vez: un ladrido de placer.

Durante tres días se quedan con Teddy Winkleman, un chico de su instituto que se mudó a San Francisco después de la graduación. Ahora Teddy se junta con un grupo de sijs y se hace llamar Baksheesh Khalsa. Tiene dos compañeros de apartamento: Susie, que vende flores frente a Candlestick Park, y Raj, un chico moreno, con el cabello negro a la altura de los hombros, que se pasa los fines de semana leyendo a García Márquez en el sofá de la sala. El apartamento no es del estilo victoriano lleno de telarañas que Simon se había imaginado, sino una serie de habitaciones frías, húmedas y estrechas, muy parecidas a las del número 72 de la calle Clinton. Sin embargo, la decoración es diferente: tienen telas de *batik* colgadas de la pared, como pieles de animales, y lucecitas con forma de guindilla alrededor de cada puerta. El suelo está lleno de discos y botellas de cerveza vacías, y el olor del incienso es tan fuerte que Simon tose cada vez que entra.

El sábado, Klara traza un círculo con rotulador rojo alrededor del anuncio de un apartamento: «Dos habitaciones, un baño —dice—. 389 dólares mensuales. Soleado, espacioso, suelo de parquet. ¡Edificio histórico! ¡¡¡Debe gustarte el ruido!!!». Cogen el tranvía de la línea J hasta el cruce de la calle 17 con Market, y ahí está: Castro, ese paraíso de dos manzanas con el que Simon ha soñado durante años. Mira fijamente el teatro Castro, la marquesina color café del Toad Hall, y a los hombres sentados en las escaleras de incendios y a los que fuman en las entradas, con vaqueros ajustados y camisas de franela o incluso sin camisa. Haberlo deseado durante tanto tiempo y tenerlo por fin al alcance de la mano lo hace sentir como si observara su futuro. «Éste es el presente —se dice con vértigo—. Éste es el ahora.» Sigue a Klara a Collingwood, una manzana silenciosa con árboles bulbosos a los lados y edificios eduardianos de color caramelo. Se detienen frente a uno amplio y rectangular. El primer piso es un club, cerrado a esa hora, con ventanas del suelo al techo. A través del cristal, Simon ve sofás morados, bolas de discoteca y plataformas altas como pedestales. El nombre del club está pintado en la ventana: PURP.

El apartamento está encima del club. No es espacioso ni tiene dos habitaciones: la primera habitación es la sala y la segunda, un vestidor grande. Sin embargo, es soleado, con parquet de madera dorada, ventanas saledizas, y pueden pagar el primer mes de alquiler. Klara abre los brazos. El top anaranjado sin mangas se le sube, exhibiendo la suave piel rosa de su abdomen. Gira una vez, dos veces: su hermana como una tacita de té, un derviche en la sala de su nuevo apartamento.

Compran utensilios sueltos de cocina en una tienda de segunda mano de la calle Church y muebles usados en Diamond. Klara encuentra dos colchones individuales

en Douglas, todavía con los embalajes de plástico, y los suben con dificultad.

Van a ir a bailar para celebrarlo. Antes de que salgan, Baksheesh les suministra hachís y pastillas. Raj toca el ukelele con Susie sentada en una de sus rodillas; Klara se sienta contra la pared y mira un pez adivino que encontró en el pasillo de novedades de la tienda de Ilya. Baksheesh Khalsa se inclina hacia Simon y trata de tener una conversación con él sobre Anwar el-Sadat, pero las ventanas saludan a Simon y éste piensa que preferiría besar a Baksheesh Khalsa. Pronto están en una discoteca, bailando entre una masa de gente pintada de azul y rojo por las luces. Baksheesh Khalsa se quita el turbante y su cabello gira en el aire como una cuerda. Un hombre alto y musculoso, cubierto de un hermoso brillo verde, arroja destellos de luz como una bola de fuego. Simon se lanza en su busca a través de la multitud y sus caras chocan con una intensidad asombrosa: el primer beso de Simon.

Pronto están volando a través de la noche en un taxi, sus cuerpos entrelazados en el asiento trasero. El otro hombre paga. Fuera, la luna se tambalea como el número flojo de una puerta; la acera se desenrolla frente a ellos como una alfombra. Entran en un edificio alto y plateado y suben en el ascensor a un piso de los más altos.

—¿Dónde estamos? —pregunta Simon siguiéndolo hasta el último apartamento del pasillo.

El hombre entra en la cocina pero deja las luces apagadas, de manera que el apartamento sólo está iluminado por la luz que entra de la calle. Cuando los ojos de Simon se acostumbran a la penumbra, se encuentra en una sala limpia y moderna con un sofá de piel blanca y una mesa de cristal con las patas cromadas. Una pintura de manchas fluorescentes cuelga en la pared opuesta.

—En el distrito financiero. ¿Eres nuevo en la ciudad?

Simon asiente. Avanza hacia la ventana de la sala y mira los brillantes edificios de oficinas. Muchos pisos más abajo, las calles están casi vacías, a excepción de un par de vagabundos y otros tantos taxis.

—¿Quieres algo? —grita el hombre con la mano en la puerta del frigorífico.

El efecto de las pastillas está desapareciendo, pero a Simon no le parece menos atractivo: es musculoso pero delgado, con los rasgos pulcros de un modelo de catálogo.

—¿Cómo te llamas? —pregunta Simon.

El hombre coge una botella de vino blanco.

—¿Te va bien?

—Claro. —Simon hace una pausa—. ¿No quieres decirme tu nombre?

El hombre se dirige al sofá con dos copas.

—Trato de no hacerlo en estas situaciones, pero puedes llamarme Ian.

—Está bien.

Simon se obliga a sonreír, aunque siente unas ligeras náuseas; le da náuseas que lo metan en el mismo saco que a los demás —¿cuántos?— en «esas situaciones», y también la cautela del hombre. ¿No es por la libertad por lo que los homosexuales

viajan a San Francisco? Sin embargo, quizá Simon deba ser paciente. Se imagina saliendo con Ian: tumbados sobre una manta en el Golden Gate Park o comiendo sándwiches en Ocean Beach, con el cielo naranja y gris lleno de gaviotas.

Ian sonríe. Tiene por lo menos diez años más que él, tal vez quince.

—Estoy durísimo.

Simon se sobresalta y lo invade una oleada de deseo. Ian ya se está quitando los pantalones, la ropa interior, y ahí está, audazmente rojo, con la cabeza erguida de orgullo: el rey de los penes. La erección de Simon empuja contra sus vaqueros, se levanta para quitárselos y tira de ellos cuando una pernera se le engancha en el tobillo. Ian se arrodilla frente a él. Ahí, en el breve espacio entre el sofá y la mesa de cristal, Ian tira de Simon hacia él por las nalgas y de repente, de manera asombrosa, el pene de Simon está en la boca de Ian.

Simon grita y la parte superior de su cuerpo se inclina hacia delante. Ian sostiene su pecho con una mano y succiona mientras Simon jadea de sorpresa y placer exquisito, largamente soñado. Es mejor de lo que había imaginado que sería; es una alegría agonizante, inconsciente, esa boca es tan concentrada e intensa como el sol. Se hincha, y, cuando está al borde del orgasmo, Ian se retira y le sonríe como un profesional.

—¿Quieres ver este suelo tan bonito cubierto de semen? ¿Quieres correrte sobre este precioso piso de madera?

Simon jadea, confundido, pues eso es algo muy alejado de lo que tenía en mente.

—¿Tú quieres?

—Sí —responde Ian—. Sí quiero.

Comienza a gatear; su pene, tan rojo que es casi morado, se extiende hacia Simon como un cetro. Una vena serpenteante corre por su piel.

—Oye —dice Simon—. Vayamos un poco más despacio, ¿vale? Sólo un poco.

—Claro, hombre, como quieras.

Ian le da la vuelta para quedar frente a las ventanas y agarra el miembro de Simon con una mano, bombeando. Él gime hasta que siente un dolor molesto en las rodillas que lo devuelve a la sala y a Ian, cuyo pene busca insistentemente separar las nalgas de Simon.

—Podríamos... —jadea Simon, tan cerca que incluso le cuesta trabajo hablar—. Podríamos, ya sabes...

Ian se pone en cuclillas.

—¿Qué?, ¿quieres lubricante?

—Lubricante. —Simon traga saliva—. Eso.

No es lo que quiere, pero al menos eso le dará un respiro. Ian se levanta y desaparece por un pasillo. Simon recupera la respiración. «Recuerda esto —se dice—, el momento justo antes.» Percibe el ligero rumor de pisadas, un crujido de huesos cuando Ian se coloca en su lugar y deja una botella naranja brillante a un lado. Oye

un ruido líquido cuando Ian coge el lubricante y después el sonido pegajoso cuando se lo frota entre las manos.

—¿Todo bien? —pregunta Ian.

Simon se prepara, las manos contra el suelo.

—Todo bien —responde.

El sol entra a través de las cortinas. Oye correr el agua de la ducha y percibe el olor corporal de otra persona en las sábanas desconocidas. Simon está desnudo en una cama *king-size* bajo una colcha gruesa y blanca. Cuando se incorpora, le duelen las piernas y siente que podría vomitar. Entorna los ojos para examinar la habitación: una puerta cerrada a un lado que debe de llevar al baño; fotos de arquitectura urbana en marcos negros sencillos; un vestidor pequeño, dentro del cual Simon ve filas de camisas y trajes dispuestos por colores.

Se levanta de la cama y busca su ropa en el suelo antes de darse cuenta de que debió de dejarla en la sala; recuerda vagamente la noche anterior, la siente menos real que un sueño intenso. Sus pantalones y su polo están arrugados bajo la mesa de centro, y sus amadas 320, junto a la puerta. Se viste y mira hacia afuera. Hordas de gente caminan por las aceras con maletines y vasos de café. En alguna realidad alternativa, es lunes por la mañana.

El agua se detiene. Simon regresa a la habitación justo cuando Ian sale del baño con una toalla alrededor de la cintura.

—Hola. —Le sonrío, se quita la toalla y se frota vigorosamente el cabello—. ¿Quieres algo? ¿Café?

—Eh, estoy bien —contesta Simon. Observa mientras Ian entra en el vestidor y saca ropa interior y unos finos calcetines negros—. ¿Dónde trabajas?

—En Martel y McRae. —Ian se abotona una camisa blanca de aspecto caro y busca una corbata.

—¿Qué es?

—Asesoría financiera. —Ian frunce el ceño frente a un espejo—. Realmente no sabes mucho de nada, ¿verdad?

—Oye, ya te dije que era nuevo aquí.

—Relájate. —Ian tiene una sonrisa sospechosamente atractiva, que podría pertenecer a un abogado especializado en casos de lesiones.

—¿En tu trabajo saben que te gustan los hombres? —pregunta Simon.

—Claro que no. —Ian se ríe—. Y me gustaría que siguiera siendo así.

Sale rápidamente del vestidor y Simon se aparta de la puerta.

—Oye, tengo que irme, pero siéntete como en casa, ¿de acuerdo? Sólo asegúrate de cerrar la puerta cuando te vayas. Se cierra automáticamente. —Ian coge un maletín del armario del vestíbulo y hace una pausa en la puerta—. Fue divertido.

Una vez a solas, Simon se queda muy quieto. Klara no sabe dónde está. Peor aún, Gertie debe de estar histérica. Son las ocho de la mañana, lo que significa que son casi las once en Nueva York: seis días desde que se fue. ¿Qué clase de persona es para hacerle eso a su madre? Encuentra un teléfono en la cocina. Mientras llama, se imagina el aparato de su casa, uno de teclas color crema. Imagina a Gertie dirigiéndose hacia él —su madre, su querida madre; tiene que hacerla comprender— y levantando el auricular con su fuerte mano derecha.

—¿Hola? —Simon se queda sorprendido: es Daniel—. ¿Hola? —repite—. ¿Hay alguien ahí?

Simon se aclara la garganta.

—Hola.

—Simon... —Daniel suelta un suspiro largo y entrecortado—. Por Dios... Por Dios... Joder, Simon, ¿dónde diablos estás?

—En San Francisco.

—¿Y Klara está contigo?

—Sí, está aquí.

—Está bien. —Daniel habla de manera lenta y controlada, como si se dirigiera a un niño pequeño e inestable—. ¿Qué estás haciendo en San Francisco?

—Espera. —Simon se frota la frente, siente punzadas de dolor—. ¿No se supone que deberías estar en la universidad?

—Sí —responde Daniel con la misma calma extraña—. Sí, Simon, se *supone* que debería estar en la universidad. ¿Quieres saber por qué no estoy allí? No estoy en la universidad porque mamá me llamó, *histérica*, la noche del viernes, cuando no regresaste *a casa*, y como soy el condenado buen hijo que soy, la única persona *razonable* de esta familia, joder, he dejado la universidad para estar con ella. Voy a dejar el semestre sin acabar.

A Simon le da vueltas la cabeza. Se siente incapaz de responder a ese sermón, de modo que sólo dice:

—Varya es razonable.

Daniel lo ignora.

—Te lo repetiré: ¿qué diablos estás haciendo en San Francisco?

—Decidimos irnos.

—Sí, eso ya lo he entendido. Estoy seguro de que ha sido estupendo. Y ahora que ya te has divertido, hablemos de lo que vas a hacer después.

¿Qué va a hacer después? Fuera el cielo está despejado. Un azul infinito.

—Estoy mirando en Greyhound los horarios para mañana —dice Daniel—. Hay un tren que sale de Folsom a la una de la tarde. Tendrás que hacer transbordo en Salt Lake City y después en Omaha. Te va a costar ciento veinte dólares, y espero que no hayas cruzado el país sin nada, pero si eres más estúpido de lo que pensaba, te los enviaré a la cuenta de Klara. En ese caso, tendrás que esperar hasta el jueves. ¿Te parece bien? ¿Simon? ¿Sigues ahí?

—No voy a volver. —Simon está llorando, pues se da cuenta de que lo que dice es cierto: ahora existe un muro de cristal entre él y su antiguo hogar, un cristal a través del cual puede ver, pero que no puede atravesar.

La voz de Daniel se vuelve más suave.

—Venga, chico. Últimamente han pasado muchas cosas, ya lo sé. Todos estamos igual. Papá murió; sé por qué tuviste ese impulso, pero ahora tienes que hacer lo correcto. Mamá te necesita. La sastrería te necesita. También necesitamos a Klara, pero ella es... un caso perdido, ¿entiendes? Mira, sé cómo es ella. No le gusta que le digan que no: imagino que te convenció. Pero no tiene derecho a involucrarte en sus estupideces. Quiero decir..., por Dios, ni siquiera has terminado el instituto, eres un niño.

Simon guarda silencio. Oye la voz de Gertie de fondo: «¿Daniel? ¿Con quién estás hablando?».

—¡Un momento, mamá! —grita Daniel.

—Me voy a quedar aquí, Dan. En serio.

—Simon. —La voz de Daniel se hace más dura—. ¿Te imaginas cómo han ido las cosas aquí? Mamá ha perdido la cabeza. Está diciendo que llamará a la policía. Yo estoy haciendo todo lo que puedo, le prometí que recapacitarías, pero no podré contenerla mucho tiempo más. Sólo tienes dieciséis años, eres menor. Técnicamente, eres un fugitivo.

Simon sigue llorando. Se inclina sobre la encimera de la cocina.

—¿Sy?

Simon se limpia la cara con las palmas y cuelga el teléfono con suavidad.

A finales de mayo, Klara ya ha llenado docenas de solicitudes de empleo, pero no consigue ninguna entrevista. La ciudad está cambiando, y ella se perdió los mejores momentos: los hippies, los Diggers, las reuniones psicodélicas en el Golden Gate Park. Quiere tocar la pandereta y escuchar leer a Gary Snyder en los Polo Fields, pero ahora el parque está lleno de gais a la caza y camellos, y los hippies son sólo vagabundos. El sector empresarial de San Francisco no está interesado en ella, pero ella tampoco en él. Va a las librerías feministas de la calle Mission, pero las encargadas miran sus vestidos ligeros con desdén; las cafeterías pertenecen a lesbianas que pusieron ellas solas el suelo de cemento y con toda seguridad no necesitan ayuda. A regañadientes, presenta una solicitud en una agencia de trabajo temporal.

—Sólo necesitamos algo para llegar a fin de mes —dice—. Algo fácil con lo que ganar dinero rápido. No tiene por qué ir con nosotros.

Simon piensa en el club de abajo. Ha pasado por ahí de noche, cuando está lleno de hombres jóvenes y de una embriagadora luz violeta. La tarde siguiente se queda fuera fumando hasta que un hombre de mediana edad —de apenas metro y medio, con un brillante cabello naranja— se dirige hacia la puerta con un montón de llaves.

—¡Hola! —Simon aplasta su cigarrillo con el pie—. Soy Simon. Vivo arriba.

Extiende la mano. El hombre lo mira con desconfianza y lo saluda.

—Benny. ¿Qué se te ofrece?

Simon se pregunta quién era Benny antes de venir a San Francisco. Parece un chico de teatro con sus zapatillas negras, sus vaqueros negros y su camiseta negra metida por dentro.

—Estoy buscando trabajo.

Benny empuja la puerta de cristal con un hombro y la mantiene abierta con un pie para que Simon pase.

—¿Ah, sí? ¿Cuántos años tienes?

Pasea por la sala: enciende las luces, revisa las máquinas de humo.

—Veintidós. Podría atender el bar.

Simon pensaba que sonaría más maduro que «ser barman», pero ahora se da cuenta de que estaba equivocado. Benny hace una mueca y camina hacia la barra, donde coloca los taburetes altos que esperan apilados.

—Primero —dice—, no me mientas. ¿Qué tienes...?, ¿diecisiete, dieciocho...? Segundo, no sé de dónde eres, pero en California debes tener veintiuno para «atender

el bar», y no voy a perder mi licencia para vender alcohol por contratar a un jovencito guapo. Tercero...

—Por favor... —Simon está desesperado: si no logra encontrar trabajo y Gertie va tras él, no le quedará otra que volver a casa—. Soy nuevo aquí y necesito dinero. Puedo hacer cualquier cosa: fregar el suelo, poner sellos en las manos... Yo...

Benny alza una palma en el aire.

—Tercero, si *fuera* a contratarte, no te pondría en la barra.

—¿Dónde me pondrías?

Benny hace una pausa con un pie apoyado en un taburete; luego señala una de las plataformas moradas, colocadas a intervalos regulares alrededor del club.

—Ahí.

—¿De verdad? —Simon mira las plataformas. Miden más de un metro de alto y quizá unos setenta y cinco centímetros de ancho—. ¿Y qué haría ahí arriba?

—*Bailarías*, muchacho. ¿Crees que podrías hacerlo?

Simon sonríe.

—Claro, puedo bailar. ¿Eso es lo único que tengo que hacer?

—Es lo único que tienes que hacer. Tienes suerte de que Mikey lo dejara la semana pasada: de lo contrario, no tendría nada para ti. Pero eres guapo, y con el maquillaje... —Benny inclina la cabeza—. Sí, con el maquillaje parecerás mayor.

—¿Qué maquillaje?

—¿Tú qué crees? Pintura morada, de la cabeza a los pies. —Benny saca una escoba de una habitación situada a un lado y empieza a recoger los desechos de la noche anterior: pajitas dobladas, entradas, el envoltorio morado de un condón—. Ven esta tarde a las siete. Los chicos te enseñarán qué debes hacer.

Son cinco, cada uno con su propia plataforma. Richie —un veterano de cuarenta y cinco años, musculoso y con un corte de cabello militar— se ha ganado el podio número uno, junto a las ventanas principales. Al otro lado, en el número dos, está Lance, un trasplantado de Wisconsin de quien se burlan juguetonamente por su sonrisa fácil y sus oes redondas y canadienses. El pilar número tres es de Lady, un travesti de casi dos metros; el número cuatro es Colin, delgado como un poeta y de ojos tristes, por lo que Lady lo llama Niño Jesús. Adrian —diabólicamente hermoso, sin un pelo en su cuerpo dorado— tiene la plataforma número cinco.

—¡Número seis! —exclama Lady cuando Simon entra en el camerino—. ¿Cómo te va?

Lady es negra, con los pómulos altos y unos ojos cálidos enmarcados por unas largas pestañas. Los demás hombres no llevan nada más que unos ligeros tangas morados, pero Benny deja que Lady use un diminuto vestido entallado de cuero sintético —morado, por supuesto— y unos enormes zapatos de plataforma.

Sacude la lata de pintura violeta.

—Date la vuelta, corazón. Yo te pinto.

Adrian ulula y Simon se vuelve obedientemente, sonriendo. Ya está borracho. Se inclina hacia el suelo con las nalgas levantadas y las sacude en dirección a Lady, que grita de placer. Lance enciende la radio —*Le Freak*, de Chic— mientras Adrian saca un tubo de maquillaje morado de su bolsa. Le pinta la cara a Simon, esparciendo base coloreada alrededor de sus fosas nasales y del nacimiento del pelo, y después en los lóbulos de las orejas. Terminan minutos antes de las nueve de la noche, cuando es hora de entrar desfilando en el club.

Incluso desde tan temprano el Purp está bastante lleno, y por un momento a Simon se le oscurece la vista. Ni en sus más alocadas fantasías de San Francisco se habría imaginado haciendo algo así. De no haber sido por la botella de Smirnoff de Klara, ya habría dado media vuelta para salir corriendo en dirección a su apartamento, como un extra de una película porno de ciencia ficción. En vez de ello, cuando los hombres se separan y ocupan sus puestos, Simon se coloca detrás de la columna número seis. Como Lady es la más alta, ayuda a cada uno a subir a sus pedestales. Richie es atlético y dinámico: brinca de arriba abajo con un puño en el aire, y a veces sacude una cuerda invisible sobre su cabeza. Lance es gracioso, dulce; una masa de admiradores se coloca enseguida bajo su podio y lo anima mientras hace la parada del autobús y el pollo *funky*. Colin se mece sin energía, ahogado en barbitúricos. De vez en cuando, extiende los brazos y mueve las palmas en el aire como un mimo. Adrian embiste el aire y se pasa las manos por la entrepierna. Simon se obliga a no excitarse mientras lo mira.

Lady aparece detrás de él.

—¿Estás listo para subir? —susurra.

—Listo —dice Simon, y de repente se eleva.

Lady lo deja sobre el pedestal, las manos firmes alrededor de su cintura. Cuando lo suelta, hace una pausa. Los hombres entre el público lo miran con curiosidad.

—¡Aplausos para el nuevo chico! —grita Richie al otro lado de la sala.

Se oyen algunos aplausos desperdigados, un grito. El volumen de la música sube: *Dancing Queen*, de ABBA, y Simon traga saliva. Mueve las caderas a la izquierda y luego a la derecha, pero sus movimientos no son fluidos, como los de Adrian; se siente torpe e incómodo como una niña buena en un baile escolar. Vuelve a intentarlo brincando como Richie, lo que le parece más natural, pero quizá sea demasiado similar a lo que hace él. Señala al público con una mano y hacer girar el hombro contrario hacia atrás.

—¡Vamos, nene! —grita un hombre negro con camiseta blanca de tirantes y unos *shorts* vaqueros—. Estoy seguro de que puedes hacerlo mejor.

A Simon se le seca la boca.

—Relájate —dice Lady detrás de él; aún no se ha ido a su propia plataforma—. Baja los hombros.

Simon no se había dado cuenta de que los tenía encogidos hasta las orejas. Cuando los suelta, su cuello se relaja también y siente las piernas más ligeras. Suavemente, balancea las caderas y agita la cabeza. Cuando escucha la música, en lugar de copiar a los demás, su cuerpo se hunde en el ritmo, como cuando corre. El latido de su corazón es vigoroso pero constante. La electricidad recorre su cuerpo de la cabeza a los pies, obligándolo a seguir.

Al día siguiente, cuando se presenta a trabajar, encuentra a Benny limpiando la barra.

—¿Qué tal lo hice?

Benny enarca las cejas, pero no levanta la vista.

—Lo hiciste.

—¿Qué significa eso?

Simon todavía cree estar en las nubes al recordar cómo se sintió bailando en compañía de esos esculturales y hermosos hombres, cómo se sintió mientras lo adoraban. Por un momento, en el camerino, tuvo amigos. No estaba pensando en su casa, en su madre o en lo que su padre opinaría de esa gente.

Benny saca un estropajo de detrás de la barra y empieza a frotar una mancha de jarabe reseca.

—¿Habías bailado antes?

—Sí, había bailado, claro que sí.

—¿Dónde?

—En clubes.

—En clubes. Donde nadie te veía, ¿verdad? Donde eras una cara más entre la multitud. Bueno, pues ahora te están viendo. Y mis chicos saben bailar, son buenos. —Señala a Simon con la esponja—. Necesito que te pongas a su altura.

Simon se siente herido en su orgullo. Es cierto que al principio estaba un poco agarrotado, pero al final de la noche bailaba como los demás, ¿o no?

—¿Y Colin? —pregunta imitando claramente su limpio balanceo, su actuación de mimo—. ¿Él está a la altura?

—Colin tiene su qué —responde Benny—. Les gusta a los maricas artísticos. Tú también necesitas tener algo. Lo que estabas haciendo anoche, moviéndote por la plataforma como si tuvieras bichos en los pantalones..., eso no.

—Oye, pero no estoy en mala forma. Soy corredor.

—¿Y qué? Cualquiera puede correr. Barýshnikov, Nuréyev..., ellos no corren: vuelan. Y es porque son artistas. Tú eres guapo, sin duda, pero los tipos que vienen aquí tienen unos estándares, y vas a necesitar más que tu apariencia para estar a la altura.

—¿Como qué?

Benny exhala un suspiro.

—Como presencia, *carisma*.

Simon ve que Benny abre la caja registradora y cuenta las ganancias de la noche anterior.

—Entonces ¿me vas a echar?

—No, no te voy a echar. Pero quiero que des clases, que aprendas a moverte. Hay una escuela de baile en la esquina de Church y Market..., ballet. Van muchos hombres, así que no estarás acompañado de un montón de niñas.

—¿Ballet? —Simon se ríe—. Venga, ése no es mi rollo.

—¿Y tú crees que éste sí? —Benny saca dos fajos gordos de billetes y los sujeta con gomas—. Estás fuera de tu zona de confort, chico, eso es un hecho. ¿Qué importa un paso más?

Desde fuera, la Academia de Ballet de San Francisco no es más que una estrecha puerta blanca. Simon sube por una escalera alta, gira a la derecha en el descansillo y se encuentra con una pequeña recepción: suelos de madera que rechinan, una lámpara de araña cubierta de polvo. No creía que los bailarines de ballet fueran tan ruidosos, pero las mujeres charlan en grupos mientras estiran contra la pared y hombres con mallas negras se gritan unos a otros mientras se masajean los muslos. La recepcionista lo apunta en la clase multinivel de las 12.30 —«La clase de prueba es gratis»— y le da unas zapatillas de lona negra que saca de la caja de objetos perdidos. Simon se sienta para ponérselas. Segundos después se abren las puertas correderas que hay detrás de él. Unas adolescentes con leotardos azul marino se dirigen hacia afuera, con el cabello recogido con tanta fuerza que las cejas se les alzan. Detrás de ellas, el estudio es tan grande como la cafetería de una escuela. Simon se coloca contra la pared para dejar que las chicas pasen. Necesita hacer uso de toda su fuerza de voluntad para no salir disparado escaleras abajo.

Los otros bailarines recogen sus bolsas y sus botellas de agua y empiezan a entrar en el estudio. Es un salón viejo y solemne con los techos altos, el suelo gastado y una plataforma para el piano. Los alumnos acarrean unas barras de apariencia pesada de los extremos al centro mientras un hombre mayor entra en la sala. Más tarde, Simon sabrá que es el director de la academia: Gali, un inmigrante israelí que bailaba con el Ballet de San Francisco antes de que una lesión en la espalda terminara con su carrera. Parece estar cerca de los cincuenta, con un paso poderoso y el cuerpo sólido de un gimnasta. Tiene la cabeza afeitada, y también las piernas, lleva un maillot granate que termina en unos *shorts* que revelan sus muslos lisos estriados por los músculos.

Cuando apoya una mano sobre la barra, el salón se queda en silencio.

—Primera posición —dice Gali colocando los pies hacia afuera y juntando los talones—. Preparamos los dos brazos y tenemos: *plié* en uno, estiro en dos. Alzo el brazo, tres, bajo a *grand plié*, cuatro; cinco, brazos *en bas*, subo en siete. *Tendu* a segunda posición en ocho.

Para el caso podría haber hablado en holandés. Antes de que terminen con los *pliés*, a Simon le arden las rodillas y tiene los dedos acalambrados. Los ejercicios se vuelven más desconcertantes conforme la clase avanza: hay *dégagés* y *ronds de jambe*, en los que los dedos del pie trazan amplios círculos en el suelo y después por encima; *pirouettes* y *frappés*; *développés* —la pierna se desenreda del cuerpo y

después se vuelve a plegar— y *grand battements* para preparar la cadera y los tendones para los saltos altos. Tras el calentamiento, cuarenta y cinco minutos tan tortuosos que Simon no puede imaginar continuar por la misma cantidad de tiempo, los bailarines retiran las barras y siguen hacia lo que Gali llama el centro, donde se mueven por el suelo en grupos. Principalmente, Gali camina por el salón gritando sinsentidos rítmicos —«¡Ba-di-da-DUM! ¡Da-pi-pa-PUM!»—, pero durante las *pirouettes* aparece al lado de Simon.

—Por Dios... —Sus ojos son oscuros y hundidos, pero bailan—. ¿Es día de colada?

Simon lleva la misma camisa de rayas con cuello que llevaba en el autobús a San Francisco, junto con unos pantalones cortos de correr. Cuando la clase termina, se apresura a ir al baño de hombres, se quita las zapatillas negras —las plantas de sus pies ya están hinchadas— y vomita en el váter.

Se limpia la boca con papel higiénico y se apoya en la pared jadeando. No le ha dado tiempo a cerrar la puerta del cubículo, y otro bailarín que entra en el baño frena en seco. Es sencillamente el hombre más guapo que Simon haya visto nunca en persona: esculpido como en ónix, su piel de un negro suntuoso. Su cara es redonda, con unos amplios pómulos que se curvan como alas. Un aro de plata diminuto le cuelga de una oreja.

—Oye, ¿estás bien? —De la frente del hombre se escurren unas gotas de sudor.

Simon asiente y pasa por su lado, tambaleándose. Después de la larga escalera, deambula aturdido por la calle Market. Fuera están a dieciocho grados y hace viento. Arrastrado por un impulso, se quita la camisa y levanta los brazos por encima de la cabeza; cuando nota la brisa en el pecho, lo llena una euforia inesperada.

Lo que acaba de hacer es masoquismo puro, más difícil incluso que el medio maratón que ganó a los quince años: colinas, estruendo de pies y Simon en medio de ello, jadeando a lo largo del litoral del río Hudson. Toca las zapatillas negras, que se ha guardado en el bolsillo trasero. Parece que se burlan de él. Tiene que ser como los demás bailarines: experto, majestuoso, invenciblemente fuerte.

En junio, el Castro florece. Panfletos de la Proposición 6 vuelan a la deriva por la calle como si fueran hojas; las flores cuelgan por el borde de los parterres con tanta abundancia que es casi molesto. El 25 de junio, Simon va al Desfile de la Libertad con los bailarines del Purp. No sabía que existieran tantos homosexuales en el país, mucho menos en una misma ciudad, pero hay doscientas cuarenta mil personas viendo la inauguración de Dykes on Bikes y aplaudiendo cuando se alza en el aire la primera bandera arcoíris. La parte superior del cuerpo de Harvey Milk aparece por el techo solar de un Volvo en movimiento.

—¡Jimmy Carter! —grita Milk, sosteniendo en alto el altavoz rojo mientras el mar de hombres brama—. ¡Nos hablas de derechos humanos! Hay entre quince y

veinte millones de gays en esta nación, ¿cuándo vas a hablar de sus derechos?

Simon besa a Lance, luego a Richie; con sus piernas rodea la cintura gruesa y musculosa de Richie. Por primera vez en su vida ha empezado a salir con alguien, así lo llama él, aunque por lo general sólo es sexo. Está el gogó del I-Beam y el camarero del café Flore, un taiwanés de modales suaves que golpea a Simon tan fuerte en las nalgas que le quedan rojas durante horas. Se enamora intensamente de un fugitivo mexicano con el que pasa cuatro días maravillosos en Dolores Park; al cuarto día, Simon despierta solo al lado del sombrero de tela verde y rosa de Sebastián y ya no vuelve a ver al joven. Sin embargo, hay muchos otros: el drogadicto en rehabilitación de Alapaha, Georgia; el reportero del *Chronicle*, de cuarenta y tantos, que siempre está hasta arriba de *speed*; el auxiliar de vuelo australiano con el pene más largo que Simon haya visto.

Entre semana, Klara se levanta antes de las siete y se pone uno de sus dos aburridos trajes con la falda color beige que sacó de la beneficencia. Primero tiene un empleo temporal en una compañía de seguros, y después en la consulta de un dentista; regresa de tan malhumor que Simon la evita hasta que toma su primer trago. Odia al dentista, dice, pero eso no explica la exasperación con que mira a Simon cuando él se arregla frente al espejo o cuando regresa del Purp: embriagado, extasiado, con pintura morada escurriéndose en forma de riachuelos por sus piernas. Simon se pregunta si es por los mensajes de voz que reciben todos los días: misivas exaltadas de Gertie, argumentaciones de abogado de Daniel y llamadas cada vez más desesperadas de Varya, que se mudó a casa después de sus exámenes finales.

—Si no regresas, Simon, voy a tener que dejar la carrera —dice Varya con voz temblorosa—. *Alguien* tiene que quedarse con mamá, y no entiendo por qué siempre tengo que ser yo.

A veces encuentra a Klara con el cable del teléfono enrollado alrededor de la muñeca mientras trata de que alguno de ellos lo comprenda.

—Son tu familia —le dice después a Simon—. En algún momento tendrás que hablar con ellos.

«Ahora no —piensa él—. Todavía no.» Si habla con ellos, sus voces conseguirán llegar al océano cálido y dichoso en el que ha estado flotando, y lo arrastrarán —boqueando, empapado— a tierra firme.

La tarde de un lunes de julio, Simon regresa de la academia y se encuentra a Klara sentada en su cama, jugando con unos pañuelos de seda. Pegada al marco de la ventana detrás de ella hay una fotografía de la madre de Gertie, una mujer curiosa cuyo tamaño diminuto y mirada fiera siempre han hecho que se sienta incómodo. Le recuerda a las brujas de los cuentos de hadas, no porque haya algo particularmente siniestro en ella, sino porque no parece niña ni adulta, ni mujer ni hombre: es algo intermedio.

—¿Qué haces aquí? —le pregunta a Klara—. ¿No tendrías que estar en el trabajo?

—Voy a dejarlo.

—Vas a dejarlo —repite Simon lentamente—. ¿Por qué?

—Porque lo odio. —Klara mete uno de los pañuelos en su puño izquierdo. Cuando lo saca por el otro extremo, ya no es de color negro, sino amarillo—. Es evidente.

—Pues tienes que buscarte otro trabajo; no puedo pagar el alquiler solo.

—Ya lo sé. Y lo encontraré. ¿Por qué crees que estoy practicando? —Hace ondular un pañuelo en dirección a Simon.

—No seas ridícula.

—Que te den. —Coge los dos pañuelos y los mete en la caja negra—. ¿Crees que eres el único que tiene derecho a hacer lo que quiera? Te estás tirando a toda la ciudad. Te desnudas y bailas ballet, y yo no te he dicho nada. Si alguien tiene derecho a desanimarme, Simon, no eres tú.

—Yo gano dinero, ¿no? Estoy cumpliendo con mi parte del trato.

—Vosotros, los gais del Castro —Klara lo señala con un dedo—, no pensáis en nadie más que en vosotros mismos.

—¿Qué? —replica él molesto; Klara nunca le habla de esa manera.

—¡Piénsalo, Simon, piensa en lo sexista que es el Castro! Quiero decir, ¿dónde están las mujeres? ¿Dónde están las lesbianas?

—¿Y qué tiene que ver eso contigo? ¿Ahora eres lesbiana?

—No —responde Klara, y cuando niega con la cabeza parece casi triste—. No soy lesbiana, pero tampoco soy un hombre gay. Ni siquiera soy heterosexual. Así que, ¿dónde encajo?

Cuando sus miradas se encuentran, Simon aparta la vista.

—¿Cómo se supone que debo saberlo?

—¿Y cómo se supone que debo saberlo yo? Al menos, si empiezo mi propio espectáculo, podré decir que lo he intentado.

—¿Tu propio *espectáculo*?

—Sí —dice Klara tajante—. Mi propio espectáculo. No espero que lo entiendas, Simon. No espero que te preocupes por nada más que por ti.

—¡Tú fuiste la que me convenció para venir aquí! ¿De verdad creíste que iban a dejarnos marchar sin oponerse? ¿Pensaste que simplemente iban a dejar que nos quedáramos aquí?

Klara aprieta los dientes.

—No estaba pensando en esas cosas.

—Entonces ¿en qué diablos estabas pensando?

Las mejillas de Klara han adoptado un tono coral tostado que por lo general sólo le provoca Daniel, pero guarda silencio, como si se lo consintiera a Simon. No es propio de ella callarse. Definitivamente, no es propio de ella evitar el contacto visual, que es lo que hace ahora mientras cierra la caja negra con mayor concentración de la que requiere la tarea. Simon piensa en su conversación de mayo en la azotea.

«Podríamos ir a San Francisco», había dicho como si acabara de ocurrírsele, como si no supiera exactamente lo que hacía.

—Ése es el problema —dice Simon—. Que nunca piensas. Sabes exactamente cómo conseguir algo y sabías cómo traerme contigo, pero nunca piensas en cuáles serán las consecuencias; o quizá sí piensas en ellas, pero no te importan hasta que ya es demasiado tarde. ¿Y ahora me culpas a mí? Si te sientes tan mal, ¿por qué no regresas?

Klara se levanta y camina furiosa hasta la cocina. La pila está tan llena de platos sucios que han empezado a invadir la encimera. Abre el grifo, coge un estropajo y friega.

—Ya sé por qué —dice Simon siguiéndola—. Porque significaría que Daniel tenía razón. Significaría que no tienes planes, que no puedes vivir sola, lejos de ellos. Significaría que has fracasado.

Está tratando de provocarla: la contención de su hermana lo perturba más que cualquiera de sus explosiones, pero la boca de Klara se mantiene firme mientras sus nudillos se ponen blancos alrededor del estropajo.

Simon ha sido egoísta, lo sabe. Sin embargo, cada día resuenan en su mente pensamientos sobre su familia. De alguna manera, sigue acudiendo a la academia por ellos: para demostrarles que su vida no se basa tan sólo en los excesos, sino que en ella también tienen cabida la disciplina y el progreso personal. Admite su culpa y la transforma en un salto, en una suspensión, en un giro perfecto.

La ironía, por supuesto, es que Saul se habría horrorizado de saber que Simon estaba haciendo ballet. Sin embargo, él está convencido de que, si estuviera vivo y fuera a verlo, su padre se daría cuenta de lo difícil que es en realidad. Tardó seis semanas en descubrir cómo ponerse de puntillas, y aún más tiempo en concebir el concepto de separar las ingles. Sin embargo, hacia el final del verano el cuerpo ha dejado de dolerle tantísimo y se ha ganado gran parte de la atención de Gali. Le gusta el ritmo del estudio, le gusta tener un lugar adonde ir. En momentos fugaces se siente como en casa, o como en *una* casa, como lo es para muchos de ellos: Tommy, un chico impresionante de diecisiete años, antiguo estudiante del Royal Ballet de Londres; Beau, de Misuri, que puede hacer ocho *pirouettes* seguidas, y Eduardo y Fauzi, unos gemelos venezolanos que viajaron hasta allí haciendo autostop en un camión que transportaba semillas de soja.

Los cuatro están en Corps, la compañía de la academia. En la mayor parte de las compañías de ballet, los bailarines varones actúan como insulsos príncipes de cuentos de hadas o como mobiliario de apoyo; sin embargo, las coreografías de Gali son modernas y acrobáticas, y siete de los doce integrantes de Corps son hombres. Entre ellos está Robert, el chico guapo al que Simon vio después de vomitar el primer día y con quien no ha vuelto a establecer contacto visual desde entonces. Aunque no es que

Robert se haya dado cuenta: antes de clase, los otros hombres estiran juntos, pero él calienta a solas junto a la ventana.

—Esnob —dice Beau arrastrando las letras.

Finales de agosto: al atardecer, un frente frío lleva neblina al Castro. Simon viste una sudadera sobre la camiseta blanca y las mallas negras. Gira el tobillo derecho y gime cuando truena.

—¿Cuál es su rollo?

—¿Te refieres a si es marica? —pregunta Tommy, golpeándose los muslos de arriba abajo con los puños.

—Es la pregunta del millón —ronronea Beau—. Ojalá lo supiera.

Robert no sólo destaca por ser solitario. Sus saltos son mucho más altos que los de cualquier otro, sus giros sólo los iguala Beau («Cabrón», murmura Beau cuando Robert gira ocho veces y él, seis), y, desde luego, es negro. Pero Robert no sólo es un hombre negro en el blanco Castro: es un bailarín negro de ballet, lo que es más raro aún.

Simon se queda después de clase para verlo ensayar *El nacimiento del hombre*, la creación más reciente de Gali. Cinco hombres forman un tubo con sus cuerpos: sus rodillas dobladas se tocan y sus espaldas se curvan, los brazos entrelazados sobre la cabeza. Robert es el Hombre. Pasa por el tubo guiado por Beau, la partera. Al final de la pieza, Robert emerge por delante del tubo y baila un solo trémulo, desnudo salvo por un tanga color café.

Corps debe actuar en un teatro tipo «caja negra» en Fort Mason, un grupo de edificios militares remodelados en la bahía de San Francisco. Cuando empiezan a ensayar ahí, Simon acude como asistente, toma notas para Gali o hace marcas en el escenario. Una tarde, deambula por fuera y ve a Robert fumando en el muelle. Robert lo percibe detrás de él, se vuelve y asiente con bastante afabilidad. No es exactamente una invitación, pero Simon se descubre caminando hasta el borde del muelle y sentándose a su lado.

—¿Un cigarrillo? —pregunta Robert, ofreciéndole el paquete.

—Claro. —Simon está sorprendido; Robert tiene fama de ser un fanático de lo saludable—. Gracias.

Las gaviotas giran en el cielo, chillando; el olor salobre del agua llena la nariz de Simon, que se aclara la garganta.

—Has estado genial antes.

Robert niega con la cabeza.

—Esos *tours* me están dando muchos problemas.

—¿Los *tour jetés*? —pregunta Simon, y siente alivio por haber recordado la terminología del paso—. A mí me han parecido estupendos.

Robert sonrío.

—Me estás haciendo la pelota.

—No, es verdad.

De inmediato desea no haberlo dicho. Suena empalagoso, como un admirador estúpido.

—Está bien. —Los ojos de Robert brillan—. Dime algo que pueda hacer mejor.

Simon desea desesperadamente que se le ocurra algo, sería una especie de coqueteo, pero, para él, el baile de Robert es perfecto.

—Podrías ser más afable —dice al momento.

Robert frunce el ceño.

—¿Crees que no soy afable?

—La verdad, no. Calientas tú solo. Nunca me habías dicho nada, aunque —añade— yo tampoco te había dicho nada a ti.

—Es cierto —dice Robert.

Permanecen sentados en silencio, haciéndose compañía. Unos pilotes solitarios sobresalen del agua como troncos de árboles. De cuando en cuando, un ave se posa en uno, chilla dictatorialmente y se aleja con un fuerte aleteo. Simon está observándolo cuando Robert se vuelve, inclina la cabeza y lo besa. Simon está sorprendido. Se queda muy quieto, como si de otro modo Robert fuera a irse volando como una gaviota. Los labios de Robert son deliciosamente voluptuosos; sabe a sudor, a humo y ligeramente a sal. Simon cierra los ojos; si el muelle no estuviera debajo de él, se habría desvanecido directamente en el agua. Cuando Robert se aparta, Simon se inclina hacia delante, como para volver a encontrarse con él, y está a punto de perder el equilibrio. Robert le pone una mano en el hombro para estabilizarlo, riendo.

—No sabía que... —dice Simon negando con la cabeza—. No sabía que... te gustaba.

Ha estado a punto de decir «que te gustaban los hombres». Robert se encoge de hombros, pero no con frivolidad; está pensando, pues su mirada es distante aunque concentrada en algún punto en medio de la bahía. Después la dirige hacia Simon.

—Yo tampoco —responde.

Esa tarde, Simon vuelve a casa en tren. Recordar la boca de Robert lo excita tanto que en lo único que puede pensar es en cruzar la puerta, ponerse las manos encima y bombear mientras invoca la increíble potencia de ese beso. No se da cuenta de que hay un coche patrulla frente a su apartamento hasta que está a media manzana.

Hay un policía apoyado en el capó. Es larguirucho, pelirrojo, y apenas parece mayor que él.

—¿Simon Gold?

—Sí —dice aminorando el paso.

El policía abre la puerta trasera del coche y se inclina con un ademán.

—Después de ti.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Las respuestas en la comisaría.

Simon quiere preguntar algo más, pero teme darle información sin querer al policía —si no sabe que es un menor que trabaja en el Purp, no será él quien se lo diga— y apenas puede tragar saliva: algo firme y del tamaño de un puño le taponaba la garganta. El asiento trasero es de plástico duro y negro. Delante, el pelirrojo se vuelve, mira a Simon con unos ojos pequeños y brillantes y cierra el cristal divisorio. Cuando se detienen frente a la comisaría de la calle Mission, Simon lo sigue por un laberinto de habitaciones y hombres uniformados. Llegan a una pequeña sala de interrogatorios con una mesa de plástico y dos sillas.

—Siéntate —ordena el policía.

En la mesa hay un teléfono negro todo arañado. El policía se saca un trozo de papel arrugado del bolsillo de su camisa y pulsa las teclas del aparato con una mano. Después le pasa el auricular a Simon, que lo mira con aprensión.

—¿Qué?, ¿eres idiota? —pregunta el policía.

—Que te den —murmura Simon.

—¿Qué has dicho?

El hombre lo empuja por los hombros. La silla de Simon se desliza hacia atrás y él se tambalea para mantener el equilibrio. Cuando regresa a la mesa y coge el auricular, le duele el hombro izquierdo.

—¿Hola? —dice.

—Simon.

¿Quién iba a ser, si no? Simon podría darse de patadas a sí mismo por ser tan estúpido. De inmediato, el policía desaparece, así como el dolor de su hombro.

—Mamá —responde.

Es terrible: Gertie está llorando como en el funeral de Saul, con sollozos guturales y pesados, como si fueran algo que tiene en el estómago y que puede expulsar físicamente.

—¿Cómo pudiste...? —pregunta—. ¿Cómo pudiste hacerlo?

Simon se estremece.

—Lo siento.

—Lo *sientes*. Entonces espero que vuelvas a casa.

En su voz hay una amargura que ya había percibido antes, pero nunca dirigida a él. Su primer recuerdo: estar tumbado sobre el regazo de su madre a los dos años mientras ella pasa los dedos por sus rizos. «Como los de un ángel —decía, sobreprotectora—. Como un querubín.» Sí, él los abandonó —a todos—, pero sobre todo la abandonó a ella.

Y sin embargo...

—Sí, lo siento. Siento lo que hice, siento haberte abandonado. Pero no puedo..., no voy... —Se queda sin palabras y luego vuelve a intentarlo—: Tú elegiste tu vida, mamá. Yo quiero elegir la mía.

—Nadie escoge su vida. Yo tampoco escogí la mía. —Gertie se ríe, un chirrido—. Así es como funciona: tú tomas decisiones y después *ellas* toman las tuyas propias. Tus decisiones toman sus propias decisiones. Podrías ir a la universidad..., por Dios, primero terminas el instituto, y sería una manera de inclinar las cosas a tu favor. Con lo que estás haciendo, no sé qué demonios va a pasar contigo, y tú tampoco.

—Pero de eso se trata. Me parece bien no saberlo. Prefiero no saberlo, de hecho.

—Te he dado tiempo —prosigue Gertie—. Me dije: «Sólo tienes que esperar»; pensé que, si esperaba, recapacitarías. Pero no.

—Ya he recapacitado. Quiero estar aquí.

—¿Has pensado en el negocio por lo menos una vez?

Simon bulle por dentro.

—¿Eso es lo que te importa?

—El nombre... —dice Gertie titubeando—. Ha cambiado: Gold's es ahora Milavetz's, es de Arthur.

Simon se estremece de vergüenza. Sin embargo, Arthur siempre animó a Saul a pensar en el futuro. Los estilos en los que Saul se especializaba —pantalones sueltos de lana, trajes con solapas y perneras anchas— ya estaban pasando de moda cuando Simon nació, y siente cierto alivio al pensar que en manos de Arthur el negocio perdurará.

—Arthur lo hará bien. Mantendrá actualizada la tienda.

—No me importan las pertenencias. Me importa la familia. Hay cosas que se hacen por la gente que las hizo por ti.

—Y hay cosas que haces por ti mismo.

Nunca antes le había hablado así a su madre, pero se muere por convencerla. Se imagina que va a verlo a la academia: Gertie aplaude en una silla plegable mientras él salta y gira.

—Ah, sí, hay muchas cosas que haces por ti mismo. Klara me dijo que eres bailarín.

Su desdén emana con tanta fuerza del auricular que el policía empieza a reír.

—Sí, lo soy —dice Simon mirándolo airado—. ¿Y qué?

—No lo entiendo. Nunca habías bailado.

¿Qué puede decirle Simon? Para él también es un misterio cómo algo en lo que no había pensado antes, algo que le hace sentir dolor, extenuación y muy a menudo vergüenza, se ha convertido en una puerta hacia otra cosa completamente distinta. Cuando apunta el pie, su pierna crece centímetros. En los saltos se suspende en el aire durante minutos, como si le hubieran salido alas.

—Bueno, pues ahora bailo.

Gertie deja escapar un suspiro largo e irregular; después se queda callada. Y en ese lapso —un lapso que usualmente se habría llenado de más discusión e incluso de amenazas—, Simon reconoce su libertad. Si fuera ilegal ser un fugitivo en California, ya estaría esposado.

—Si has tomado tu decisión —dice ella—, no quiero que vuelvas.

—¿Que no quieres... qué?

—No quiero —dice Gertie subrayando cada palabra— que vuelvas. Has tomado tu decisión, nos has abandonado. Entonces, vive con ello. Quédate.

—Por Dios, mamá —murmura Simon, apretando el teléfono contra la oreja—. No seas tan dramática.

—Sólo estoy siendo realista, Simon. —Hay una pausa mientras inhala. Después, él oye un clic sutil y la llamada se corta.

Sostiene el auricular con una mano, aturdido. ¿No era eso lo que quería? Su madre lo ha liberado, lo ha entregado al mundo al que deseaba pertenecer. Y, sin embargo, siente una punzada de miedo: ha desaparecido el filtro de sus gafas, la red de seguridad que tenía bajo los pies, y se siente repentinamente mareado con su tan anhelada independencia.

El policía lo acompaña a la salida. Una vez fuera, sujeta a Simon por el cuello de la camiseta y tira de él hacia arriba con tanta fuerza que Simon se ve obligado a ponerse de puntillas.

—¿Sabes? Los fugitivos me dan asco. —Simon trata de coger aire. Intenta que los dedos de sus pies toquen el hormigón. Los ojos del policía son del color del whisky, tiene escasas pestañas y las mejillas cubiertas de pecas. En la frente, cerca de la línea del nacimiento del cabello, ve varias cicatrices redondas—. Cuando era niño, tú y los que son como tú llegabais en camiones a reventar todos los putos días. Pensé que ya os habríais dado cuenta de que no os queríamos, pero aquí seguís, obstruyendo el sistema como si fuerais grasa. No hacéis nada útil con vuestras vidas, sólo vivís de la

ciudad como parásitos. Yo nací en Sunset, y mis padres también y *sus* padres también, todos, hasta nuestros parientes que llegaron de Irlanda, por no mencionar a los que murieron porque no tenían qué comer. ¿Quieres mi opinión? —Se acerca más; su boca es un nudo rosado—. Os merecéis todo lo que os pase.

Simon se retuerce hasta que el policía lo suelta, y tose. De reojo ve un relámpago rojo brillante, un relámpago que se convierte en su hermana. Klara está parada al pie de la escalera con un vestido negro muy corto con hombreras y unas Dr. Martens color café. Su cabello vuela como una capa; parece un superhéroe radiante y vengador. Se parece a su madre.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Simon jadeando.

—Benny me dijo que había visto un coche patrulla, y ésta es la comisaría más cercana. —Klara sube corriendo los escalones de granito y se detiene enfrente del policía—. ¿Qué coño haces con mi hermano?

El policía parpadea, se detiene en seco. Algo que Simon no puede ver, que sólo puede sentir, vuela entre él y Klara: chispas, calor, una furia ácida como metal. Cuando Klara rodea con un brazo los hombros de Simon, el joven agente se encoge. Parece tan heterosexual, tan fuera de lugar en esa nueva ciudad, que Simon casi siente lástima por él.

—¿Cómo te llamas? —pregunta Klara, entornando los ojos para ver el pequeño broche que el policía lleva en la camisa.

—Eddie —dice él alzando la barbilla—. Eddie O'Donoghue.

El brazo de Klara alrededor de Simon es firme; sus recientes heridas están perdonadas. El consuelo de su protección hace que él piense en Gertie y se le cierra la garganta. Sin embargo, Eddie sigue mirando a Klara con las mejillas sonrojadas y ligeramente fofas, como si la hermana de Simon fuera un espejismo.

—Lo recordaré —dice ella.

Después baja los escalones de la comisaría con Simon y lo lleva al corazón de la calle Mission. Están a veintinueve grados, los puestos de fruta en las aceras están tan rebosantes como el Edén y nadie intenta detenerlos.

—¿Qué vas a querer? —pregunta Simon. Busca en la diminuta despensa, que en realidad es un armario, en cuyos estantes guardan una variedad de productos no perecederos: cajas de cereales, latas de sopa, alcohol—. Puedo prepararte un vodka-tonic, un whisky con cola...

Octubre: dinámicos días gris plata, hay calabazas en los escalones de entrada de la academia de baile. Alguien le puso un suspensorio a un esqueleto de plástico y lo colgó en la recepción. Simon y Robert empezaron a enrollarse en la academia —se besaban en el baño de hombres o en el vestuario vacío antes de clase—, pero es la primera vez que Robert va al apartamento de Simon.

Se reclina en el sillón turquesa.

—No bebo.

—¿No? —Simon saca la cabeza del armario y sonrío con una mano en la puerta—. Tengo por ahí un poco de chocolate, si lo prefieres.

—Tampoco fumo. No eso.

—¿Ningún vicio?

—Ningún vicio.

—Salvo los hombres —dice Simon.

La rama de un árbol ondea frente a la ventana de la sala, bloquea el sol, y la cara de Robert se apaga como una lámpara.

—Eso no es un vicio.

Se levanta, pasa junto a Simon para ir hasta el fregadero y se sirve un vaso de agua del grifo.

—Oye —replica Simon—, tú eres el que quiere mantener esta mierda en secreto.

En clase, Robert sigue calentando solo. Una vez, Beau vio a Robert y a Simon saliendo del baño y silbó metiéndose los dos meñiques en la boca, pero cuando le preguntó a Simon, éste fingió no saber de qué le hablaba. Percibe que Robert desaprobaría que lo hiciera público, y sus momentos con él —su risa baja y murmurada, sus palmas sobre las mejillas de Simon— son demasiado buenos para perderlos.

Ahora Robert se apoya contra el fregadero.

—Sólo porque no hable de ello no significa que lo mantenga en secreto.

—¿Cuál es la diferencia? —Simon pasa los dedos índices por el cinturón de Robert. Jamás había soñado con tener la confianza para hacer algo así, pero San

Francisco es como una droga, y aunque sólo lleva ahí cinco meses, siente que ha envejecido una década.

—Cuando estoy en el estudio —dice Robert—, estoy trabajando. Guardo silencio por respeto, a mi lugar de trabajo y a ti.

Simon tira de él hacia sí, hasta que sus caderas chocan. Luego lleva la boca a la oreja de Robert.

—Fáltame al respeto.

Robert se ríe.

—No quieres eso.

—Sí quiero. —Simon le desabrocha los pantalones y mete la mano. Agarra el pene de Robert y bombea. Aún no han tenido relaciones.

Robert se echa hacia atrás.

—Por favor, no seas así.

—¿Así, cómo?

—Fácil.

—Divertido —lo corrige Simon—. Estás empalmado.

—¿Y?

—¿Y? —repite Simon. «Pues todo», quiere decir. «Pues, por favor». Pero le sale algo diferente—: Pues fóllame como un animal.

Es algo que el reportero del *Chronicle* le dijo una vez. Parece que Robert se va a reír otra vez, pero después tuerce la boca.

—¿Qué estamos haciendo aquí, tú y yo? —pregunta—. No hay nada de malo en ello. Nada.

Simon nota que le arde el cuello.

—Sí, ya lo sé.

Robert coge su chaqueta del respaldo del sillón turquesa y se la pone.

—¿De verdad? En realidad, yo a veces no lo sé.

—Oye —dice Simon aterrado—. No me avergüenzo, si es lo que tratas de decir.

Robert hace una pausa en la puerta.

—Bien —dice.

Después cierra y desaparece por la escalera.

Cuando le disparan a Harvey Milk, Simon está en el camerino del Purp esperando a que empiece una reunión del personal. Son las 11.30 de la mañana de un lunes, y los hombres están molestos por tener que ir al club en sus horas libres, y más incluso porque Benny llega tarde. Tienen la televisión encendida mientras esperan. Lady está tumbada en un banco, con bolsas de té frías sobre los ojos; Simon se perderá la clase de la academia. El ánimo general es sombrío: una semana antes, Jim Jones empujó al suicidio a mil seguidores en Guyana.

Cuando la cara de Dianne Feinstein llena la pantalla del televisor con voz temblorosa —«Es mi deber informarlos de que tanto el alcalde Moscone como el supervisor Harvey Milk han sido tiroteados y asesinados»—, Richie grita tan fuerte que Simon brinca en su silla. Colin y Lance están mudos por la conmoción, pero Adrian y Lady lloran con grandes lagrimones, y cuando Benny llega —agobiado y pálido; el tráfico está detenido alrededor del Civic Center—, tiene los ojos hinchados y rojos. Cierran el Purp ese día, cuelgan un pañuelo negro de Lady en la puerta principal, y esa noche se unen al resto del Castro en la concentración.

Es finales de noviembre, pero las calles están calientes por los cuerpos. La multitud es tan grande que Simon debe tomar una ruta alternativa para ir a Cliff's a comprar velas. El encargado le da doce por el precio de dos, y vasos de cartón para protegerlas del viento. En cuestión de horas, se les han unido cincuenta mil personas. La marcha hasta el ayuntamiento es guiada por el sonido de un solo tambor, y quienes lloran lo hacen en silencio. Simon tiene las mejillas mojadas. Es a causa de Harvey, y por otras cosas. Esa multitud, que sufre como si de niños sin padre se tratara, hace que Simon piense en sus progenitores, ambos ahora muertos para él. Cuando el Coro de Hombres Gais de San Francisco canta un himno de Mendelssohn —*Dios es nuestro refugio*—, Simon deja caer la cabeza.

¿Quién es ese dios, su refugio? Simon no está muy seguro de creer en Dios, o más bien nunca ha pensado que Dios crea en él. De acuerdo con el Levítico, él es una abominación. ¿Qué clase de dios crearía a una persona a la que desaprueba tanto? Simon sólo puede pensar en dos explicaciones: o no hay ningún dios o Simon fue un error, una metedura de pata. Nunca ha estado seguro de qué opción lo asusta más.

Cuando se seca las mejillas, los otros bailarines del Purp se han perdido en medio la gente. Simon busca entre la multitud y se queda suspendido en un rostro familiar: ojos cálidos y negros, un brillo de plata en un lóbulo que oscila sobre una vela blanca encendida: Robert.

Apenas han hablado desde la tarde de octubre en su apartamento, pero ahora empujan a la multitud para alcanzarse el uno al otro y encontrarse en algún punto en medio de ese mar.

El estudio de Robert está situado en una de las calles escarpadas y ventosas junto al parque Randall. Abre la puerta y ambos entran dando tumbos en el pasillo, tirando de la camiseta del otro y luchando con las hebillas de sus cinturones. En una cama de matrimonio junto a la ventana, Simon se folla a Robert y Robert se lo folla a él. Pronto, sin embargo, ya no sienten que eso sea follar; una vez que se desvanece el frenesí inicial, Robert es tierno y atento, se introduce en él con tanta emoción —¿emoción por quién? ¿Por Simon? ¿Por Harvey?— que Simon se siente extrañamente tímido. Robert mete el miembro de Simon en su boca y lo chupa. Cuando la presión dentro de Simon crece hasta el punto de estallar, Robert alza la mirada desde abajo y

sus ojos se encuentran con tan sorprendente intensidad que Simon se inclina hacia delante para agarrarle la cabeza mientras se corre.

Después, Robert enciende una lamparita de noche. Su apartamento no es espartano como Simon esperaba, sino que está decorado con objetos selectos que Robert consiguió en la primera gira internacional de Corps: platos rusos pintados, un par de guirnaldas con grullas japonesas. Incluso guarda los condones en una cajita lacada. Al otro lado de la cama hay un estante de madera repleto de libros —*Sula*, *The Football Man*—, y en la cocina se ven varias sartenes colgadas. Una figura de cartón guarda la entrada a la habitación: la imagen en tamaño real de un jugador de fútbol americano en plena recepción.

Se sientan reclinándose sobre las almohadas para fumar.

—Lo conocí —dice Robert.

—¿A quién?, ¿a Milk?

Robert asiente.

—Fue después de que perdió la segunda campaña, ¿en el 75? Lo vi en un bar, más abajo de la tienda de cámaras. Lo estaban lanzando al aire un montón de tíos y él se reía, y yo pensé: «Ésa es la clase de persona que necesitamos. Alguien que no se deprima. No un viejo amargado, como yo».

—Harvey era más viejo que tú. —Simon sonríe, aunque deja de hacerlo cuando se da cuenta de que acaba de usar el tiempo pasado.

—Sí, pero no actuaba así. —Robert se encoge de hombros—. Mira, yo no voy a los desfiles, no voy a los clubes. Y mucho menos voy a las saunas.

—¿Por qué no?

Robert lo mira fijamente.

—¿Cuántas personas ves por ahí que se parezcan a mí?

—Hay algunos negros. —Simon se sonroja—. Aunque imagino que no muchos.

—Sí. No muchos —dice Robert—. Trata de encontrar uno que baile ballet. —Robert apaga su cigarrillo—. ¿Recuerdas el policía que te detuvo? Piensa lo que te habría hecho si fueras como yo.

—Habría sido peor —responde Simon—. Ya lo sé.

Robert le gusta tanto que se siente renuente a reconocer las obvias diferencias entre ambos. Quiere que su sexualidad sea un ecualizador; quiere concentrarse en la discriminación a la que se enfrentan juntos. Sin embargo, Simon puede ocultar su sexualidad. Robert no puede ocultar su negritud, y casi todos en el Castro son blancos.

Robert enciende otro cigarrillo.

—¿Por qué no vas tú a las saunas?

—¿Quién dice que no? —pregunta Simon. Pero Robert resopla y Simon se ríe—. ¿Sinceramente? Me asustan un poco. No sé si podría soportarlo.

¿Es posible que haya demasiado placer? Cuando Simon piensa en las saunas, se imagina un carnaval de lujuria, un mundo subterráneo tan infinito que le parece

posible quedarse ahí para siempre. No le ha mentado a Robert: tiene miedo de no poder soportarlo, pero también tiene miedo de poder, de que su gula no tenga límites.

—Ya lo sé. —Robert arruga la nariz—. Qué asco.

Simon se incorpora apoyándose sobre un codo.

—Entonces ¿por qué viniste a San Francisco?

Robert levanta una ceja.

—Vine a San Francisco porque no tenía otra opción. Soy de Los Ángeles, de South Central, un barrio llamado Watts. ¿Has oído hablar de él?

Simon asiente.

—Es donde tuvieron lugar los disturbios.

En 1965, cuando tenía cuatro años, Simon fue al cine con Gertie y Klara mientras sus hermanos mayores estaban en la escuela. Aunque no recuerda la película, sí recuerda el noticiario que proyectaron justo antes. Se oyó la alegre sintonía de Universal City Studios y la voz familiar y rítmica de Ed Herlihy, ambas cosas completamente discordantes con las imágenes en blanco y negro que aparecieron después: calles oscuras repletas de humo y edificios en llamas. La música se tornó sombría mientras Ed Herlihy describía a maleantes negros que arrojaban ladrillos — francotiradores que les disparaban a los bomberos desde las azoteas, saqueadores que robaban licores y parques infantiles—, pero Simon sólo vio policías con chalecos antibalas y armas que caminaban por calles vacías. Finalmente aparecieron dos negros, pero no podían ser los «maleantes» que Ed Herlihy había mencionado: esposados y flanqueados por oficiales blancos, caminaban estoicamente sin resistirse.

—Sí. —Robert apaga su cigarrillo en un platito azul—. Me iba bien en la escuela (mi madre era maestra), pero lo que realmente tenía era poderío físico. El fútbol era mi juego. En primero de secundaria empecé a ir de suplente con el equipo universitario. Mi madre pensaba que me darían una beca para la universidad. Y cuando llegó un cazatalentos de Misisipí, yo también empecé a creerlo.

Los otros hombres no hablaban así con Simon. En realidad, con los otros, Simon no había hablado mucho de nada, menos aún de su familia. Pero así eran la mayoría de los hombres del Castro: tipos suspendidos en el tiempo como en ámbar, tipos que no querían mirar atrás.

—¿Y te dieron la beca? —pregunta.

Robert hace una pausa; parece evaluar a Simon.

—Me unía algo especial con otro tío del equipo —responde—, Dante. Yo estaba en la defensa. Dante era nuestro receptor. Me daba cuenta de que había algo diferente en él, y él se daba cuenta de que había algo diferente en mí. No pasó nada hasta mi primer año, en el último entrenamiento de la pretemporada. Se suponía que Dante se iría ese verano; tenía una beca para Alabama. Imaginé que ésa sería la última vez que nos veríamos. Esperamos hasta que todos los demás salieron del vestuario; nos tomamos nuestro tiempo para ponernos la ropa de calle. Y luego nos la volvimos a quitar.

Robert da una calada y luego exhala el humo. Fuera, Simon todavía puede ver la luz de la concentración. Cada vela indica una persona. Centellean, blancas, como estrellas en la Tierra.

—Te juro por Dios que no oí que entrara nadie, pero me imagino que alguien entró. Al día siguiente me echaron del equipo y Dante perdió su beca. Ni siquiera nos dejaron retirar nuestras cosas del vestuario. La última vez que lo vi, estaba de pie en la parada del autobús. Tenía la gorra inclinada sobre la cara. Le temblaba la mandíbula y me miró como si quisiera matarme.

—Dios... —Simon se mueve en la cama—. ¿Qué le pasó?

—Unos tipos del equipo le dieron una paliza. También me pegaron a mí, pero no me dejaron tan mal. Yo era más alto, más fuerte. La defensa era mi cometido, ¿no? Pero no era el de Dante. Le destrozaron la cara, le rompieron la espalda con un bate. Después lo llevaron al campo y lo ataron a la valla. Dijeron que todavía respiraba cuando se marcharon, pero ¿qué clase de imbécil se habría creído eso?

Simon niega con la cabeza. Siente náuseas de miedo.

—El juez, ése sí —prosigue Robert—. Sabía que me volvería loco si me quedaba allí. Por eso vine a San Francisco. Empecé a dar clases de danza porque sabía que era un lugar del que no me echarían por ser maricón. Si no hay nada más gay que el ballet, joder... Pero hay una razón por la que Lynn Swann utiliza la danza para entrenarse: es increíblemente duro, te hace fuerte.

Robert se acerca a Simon para apoyar la cara sobre su pecho y él lo abraza. Se pregunta qué puede hacer para protegerlo, para consolarlo: apretar su mano o hablar, o acariciar su cabeza recién afeitada. Esa responsabilidad, que acaba de regalarle, no se parece en nada a follar: es más amedrentadora, más de adulto, en ella hay un margen mucho mayor para el fracaso.

En abril, Gali llama a Simon y le pide que vaya cuanto antes al teatro. Simon despilfarra dinero en un taxi con la bolsa de danza en las manos. Gali se encuentra con él frente a la puerta del escenario.

—Eduardo se ha caído en el ensayo —le dice—. Se ha torcido el tobillo en un *saut de basque*. Un accidente brutal, terrible. Esperemos que sea sólo un esguince. Aun así, estará fuera todo el mes. —Hace un gesto con la cabeza hacia Simon—. Tú te sabes la coreografía.

No es una pregunta; es una oferta de trabajo en *El nacimiento del hombre*. A Simon se le contrae el corazón.

—Pues... sí, me la sé, pero...

Quiere decir: «No soy lo suficientemente bueno».

—Estarías al final de la fila —dice Gali—. No tenemos otra opción.

Simon lo sigue por el largo pasillo que lleva a los camerinos. Eduardo está sentado en el suelo, con la pierna alzada sobre un cajón y una bolsa de hielo en el

tobillo. Tiene los ojos rojos, pero le sonrío a Simon.

—Por lo menos no tendrán que arreglarte el vestuario.

En *El nacimiento del hombre*, los bailarines no llevan más que suspensorio. Tienen expuestas hasta las nalgas. Con respecto a eso, el Purp ha sido un buen entrenamiento: ahora, en el escenario, Simon no se siente turbado y puede concentrarse únicamente en sus movimientos. Las luces son tan brillantes que ni siquiera puede ver al público, así que hace como si no existiera: sólo existen Simon y Fauzi, Tommy y Beau, esforzándose para cargar a Robert mientras navega por el canal hecho de hombres. Hacen una reverencia de grupo y Simon aprieta sus manos hasta que le duele la suya. Después van en taxi al QT, en la calle Polk, con el maquillaje de escena. En un arrebató de pasión, Simon sujeta a Robert y lo besa delante de todos. Los otros hombres aplauden, y Robert sonrío con tan tímida indulgencia que Simon vuelve a hacerlo.

Ese otoño, Simon obtiene su propio papel en *La nuez perversa*, el *Cascanueces* de Corps. Una crítica del *Chronicle* duplica la venta de entradas, y Gali organiza una fiesta en su casa del Upper Haight para celebrarlo. Las habitaciones están llenas de muebles de piel marrón, y el aire huele a unas naranjas con clavo que están en un cuenco dorado sobre la chimenea. El pianista de la academia interpreta a Chaikovski en el Steinway de Gali. Tiene muérdago en los umbrales de las puertas, y el barullo de la fiesta se interrumpe periódicamente por los gritos de emoción de las extrañas parejas a las que obligan a besarse. Simon llega con Robert, que lleva una camisa escarlata desabrochada y unos pantalones de vestir negros; ha reemplazado su arete de plata por un diamante del tamaño de un grano de pimienta. Charlan con los patrocinadores junto a las mesas con los aperitivos antes de que Robert tire de Simon por el pasillo y atraviesen una puerta de cristal que lleva al jardín.

Se sientan en la terraza. Incluso en diciembre, el jardín es exuberante. Hay árboles de jade, capuchinas y amapolas de California, todas lo suficientemente saludables como para crecer entre la neblina. A Simon se le ocurre que le gustaría tener una vida así: una carrera, una casa, una pareja. Siempre había supuesto que esas cosas no eran para él: que estaba destinado a algo menos afortunado, menos heterosexual. La verdad es que no es sólo su homosexualidad lo que hace que se sienta así. También es la profecía, algo que habría querido olvidar pero que, en cambio, ha arrastrado durante todos esos años. Odia a la mujer por habérsela hecho y se odia a sí mismo por haberla creído. Si la profecía es una atadura, su creencia es la cadena; es la voz en su cabeza que dice «Date prisa», «Más rápido», «Corre».

—Me han dado el piso —dice Robert.

La semana anterior fue a ver un apartamento de alquiler en la calle Eureka, con cocina y patio trasero. Simon lo acompañó a visitarlo y quedó maravillado por el lavavajillas, la lavadora, las ventanas saledizas.

—¿Ya tienes compañero? —pregunta.

Las capuchinas ondean con sus festivas manos rojas y amarillas. Robert se reclina hacia atrás con una sonrisa apoyándose en los antebrazos.

—¿Quieres compartirlo conmigo?

El pensamiento es embriagador: un cosquilleo recorre la cabeza de Simon.

—Estaríamos cerca del estudio, podríamos comprar un coche de segunda mano e ir juntos al teatro los días de función. Ahorraríamos en gasolina.

Robert mira a Simon como si acabara de decir que es heterosexual.

—Quieres que vivamos juntos para ahorrar gasolina.

—¡No! No. No es por la gasolina. Por supuesto que no es por la gasolina.

Robert niega con la cabeza. Aún está sonriendo cuando mira a Simon.

—No puedes aceptarlo.

—¿Aceptar qué?

—Lo que sientes por mí.

—Claro que puedo.

—Bien. ¿Qué sientes por mí?

—Me gustas —dice Simon, pero lo dice demasiado rápido.

Robert echa la cabeza hacia atrás y se ríe.

—Joder, eres pésimo mintiendo.

Están deshaciendo las maletas en el apartamento, Simon, Robert y Klara, a quien no le ha molestado la mudanza; parece aliviada de tener el apartamento de Collingwood para ella sola. Después de un diciembre templado, las temperaturas bajaron más allá de los cuatro grados. En Nueva York no habría significado nada, pero California ha ablandado a Simon: usa calentadores bajo los pantalones del chándal y corre entre el apartamento y el camión de la mudanza. Cuando Klara se marcha, Simon y Robert se besan contra el lavavajillas: las manos de Robert están firmes en la cintura de Simon, y éste acaricia las nalgas de Robert, su pene, su magnífico rostro.

Es 1980, el inicio de una nueva década, así como de un nuevo año. En San Francisco, Simon está aislado de la recesión global y de la invasión soviética de Afganistán. Él y Robert juntan su dinero para comprar una tele, y aunque las noticias de la noche los inquietan, el Castro es como un refugio distante: ahí Simon se siente poderoso y a salvo. Avanza por el escalafón de Corps y para la primavera ya es un miembro pleno de la compañía y no sólo un suplente.

Klara volvió a la consulta del dentista; trabaja allí como recepcionista por las mañanas y como anfitriona en un restaurante de Union Square por las noches. Se pasa los fines de semana preparando el guion de su espectáculo y todos los meses ahorra una parte de sus ingresos. Los domingos, Simon se reúne con ella para cenar en un restaurante indio de la calle Dieciocho. Una tarde, Klara lleva una carpeta amarilla con doble goma llena de fotocopias: fotos granuladas en blanco y negro, periódicos viejos, programas y anuncios antiguos. Usa toda la extensión de la mesa para desplegarlos.

—Ella es la abuela —dice.

Simon se inclina sobre la mesa. Reconoce a la madre de Gertie por la foto pegada sobre la cama de Klara. En una imagen, está de pie junto a un hombre alto de cabello oscuro sobre un caballo al galope, baja y fornida, con *shorts* y una blusa atada al estilo del Oeste. En otra, la portada de un programa, tiene una cintura diminuta y unos pies minúsculos. Con una mano se levanta el bajo de la falda y con la otra tira de unas correas con las que sujeta a seis hombres. Debajo de ellos se lee: ¡LA REINA DEL BURLESQUE! VENGAN A VER CÓMO TIEMBLAN LOS MÚSCULOS DE LA SEÑORITA KLARA KLINE, COMO UN PLATO DE GELATINA EN MEDIO DE UNA VENTISCA. ¡LA DANZA POR LA QUE JUAN EL BAUTISTA PERDIÓ LA CABEZA!

Simon resopla.

—¿Es la madre de mamá?

—*Sip*. Y él —dice Klara señalando al hombre del caballo— es su padre.

—No jodas. —El hombre no es del todo guapo, tiene las cejas gruesas como bigotes y la nariz larga de Gertie, pero posee una especie de carisma fulminante. Se parece a Daniel—. ¿Cómo lo sabes?

—He estado investigando. No pude encontrar su partida de nacimiento, pero sabía que había llegado a la isla de Ellis en 1913 en un barco llamado *Ultonia*. Era húngara; estoy casi segura de que era huérfana. La tía Helga vino después. Así pues, la abuela llegó con una tropa de niñas bailarinas y vivió en un internado: el Hogar De Hirsch para Niñas Trabajadoras.

Klara coge una hoja en la que hay varias fotografías fotocopiadas: un gran edificio de piedra, un comedor lleno de niñas de cabello castaño y el retrato de una mujer de aspecto severo —la baronesa De Hirsch, según reza el pie—, con una blusa de cuello alto, guantes y sombrero recto, todos negros.

—O sea, que la abuela era judía y no tenía familia. Si no hubiera sido por el internado, probablemente habría acabado en la calle. Sin embargo, ese lugar era muy correcto y formal. Les enseñaban a todas las niñas a coser y a casarse jóvenes, y la abuela no era así. En algún momento se marchó y fue cuando empezó a hacer esto. —Klara señala el programa del *burlesque*—. Comenzó en el vodevil. Actuaba en salones de baile, carpas de variedades, parques de atracciones; también en cinematógrafos, como llamaban antes a los cines. Y ahí lo conoció.

Con cuidado, levanta una página oculta bajo el programa y se la da a Simon: es un certificado de matrimonio.

—Klara Kline y Otto Gorski —dice Klara—. Él era un jinete del salvaje Oeste en el circo Barnum & Bailey, un campeón mundial. Ésta es mi teoría: la abuela conoció a Otto de camino a un trabajo, se enamoró de él y se unió al circo.

A continuación, saca de su cartera un papel doblado. Es otra foto, pero en ella se ve a la abuela Klara deslizándose desde la parte superior de la carpa de un circo hacia el suelo, suspendida sólo de una cuerda que sostiene con los dientes. Debajo de la foto está el pie: «¡Klara Kline y “Las fauces de la vida”!».

—¿Por qué me muestras todo esto? —pregunta Simon.

Klara está sonrojada.

—Quiero hacer un espectáculo combinado: sobre todo magia, más un número de desafío mortal. Estoy aprendiendo a hacer «Las fauces de la vida».

Simon deja de masticar su *korma* de verduras.

—Es una locura. No sabes cómo lo hacía, seguramente había truco.

Ella niega con la cabeza.

—No hay truco; era real. ¿Otto, el esposo de la abuela? Se mató en un accidente de equitación en 1936. Después de eso, ella regresó a Nueva York con mamá. En 1941 hizo «Las fauces de la vida» cruzando Times Square, del hotel Edison a la azotea del Palace Theater; a medio camino se cayó. Murió.

—Por Dios. ¿Cómo es que no lo sabíamos?

—Porque mamá nunca hablaba de ello. Fue una historia bastante importante en su época, pero creo que siempre se sintió avergonzada de la abuela. No era normal — dice Klara, haciendo un gesto con la cabeza hacia la foto de la madre de Gertie sobre el caballo, con la camisa vaquera levantada para mostrar su abdomen musculoso—. Además, fue hace mucho tiempo; mamá apenas tenía seis años cuando ella murió. Después de eso, fue a vivir con la tía Helga.

Simon sabe que Gertie se crió con la hermana de su madre, una mujer muy estricta que hablaba principalmente húngaro y que nunca se casó. Iba al número 72 de Clinton en las festividades judías con caramelos duros envueltos en papel de colores. Sin embargo, tenía las uñas largas y en punta, olía como una caja que no se hubiera abierto durante décadas y Simon siempre le había tenido miedo.

Ahora observa que su hermana devuelve las fotocopias a su carpeta.

—Klara, no puedes hacer eso, es una locura.

—No voy a morir, Simon.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque sí. —Klara abre su bolsa, mete la carpeta y la cierra con la cremallera—. Me niego.

—Claro —dice Simon—. Tú y cualquier otra persona que haya vivido.

Klara no responde. Simon sabe que se pone así cuando tiene una idea. «Como un perro con un hueso», decía Gertie, pero no es del todo cierto; es más bien que Klara se vuelve impenetrable, inalcanzable. Existe en alguna otra parte.

—Oye —Simon le sacude un brazo—. ¿Cómo se llamará tu espectáculo?

Klara sonrío de esa manera felina tan suya: con los colmillos pequeños y afilados y un temblor brillante en los ojos.

—La Inmortal —responde.

Robert sujeta entre sus manos la cara de Simon, que se ha despertado aterrado de una pesadilla más.

—¿De qué tienes tanto miedo? —pregunta Robert.

Simon niega con la cabeza. Son las cuatro de la tarde de un domingo y llevan todo el día en la cama, con excepción de la media hora que han estado levantados para comer huevos escalfados y pan con abundante mermelada de cereza.

«Todo esto es demasiado bueno —es lo que quiere decir—. No puede durar mucho.» Para el verano siguiente habrá vivido dos décadas: una vida larga para un gato o un pájaro, pero no para un hombre. No le ha hablado a nadie de la visita a la mujer de la calle Hester ni de su predicción, que ahora parece acercarse a él al doble de velocidad.

En agosto, coge el autobús 38 en Geary junto a Golden Gate Park y camina por el sendero escarpado y sobresaliente de Land's End. Ve cipreses, flores silvestres y lo que queda de la casa de baños Sutro. Hace un siglo, Sutro era como un acuario

humano, pero ahora el hormigón está en ruinas. Sin embargo, ¿no fue un lugar lujoso en otro tiempo? Incluso el Edén —en especial el Edén— no duró para siempre.

Cuando llega el invierno, empieza a ensayar para el programa de primavera de Corps, *Mito*. Tommy y Eduardo abrirán el espectáculo como Narciso y su sombra, con movimientos en espejo. Le sigue *El mito de Sísifo*, en el que las mujeres realizan una serie de movimientos a intervalos, como una canción circular. En la pieza final, *El mito de Ícaro*, Simon representará su primer papel principal: él es Ícaro y Robert es el Sol.

La noche del estreno, planea alrededor de Robert. Orbita más cerca. Lleva un par de alas grandes hechas con cera y plumas, como las que Dédalo le hizo a Ícaro. Bailar con nueve kilos a la espalda le causa mareo, así que se siente agradecido cuando Robert se las quita, aunque eso signifique que se han derretido y que Simon, como Ícaro, va a morir.

Cuando la música —el *Concierto de Varsovia*, de Addinsell— llega a la rendición final, el alma de Simon es como un cuerpo que asciende sobre la tierra, con los pies flotando en el aire. Anhela a su familia. «Si pudieran verme ahora», piensa. Como ellos no están, se aferra a Robert, quien lo alza en brazos hasta el centro del escenario. La luz alrededor de él es tan brillante que Simon no puede ver nada más: ni al público ni a los otros integrantes de la compañía, que se apiñan entre bastidores para mirarlos.

—Te amo —susurra.

—Ya lo sé —dice Robert.

La música es fuerte; nadie puede oírlos. Robert lo tumba en el suelo. Simon acomoda su cuerpo como Gali le enseñó, con las piernas dobladas y los brazos alzándose hacia Robert. Éste usa las alas para cubrir a Simon antes de retirarse.

Pasan dos años así. Simon prepara el café; Robert hace la cama. Todo es nuevo, hasta que ya no lo es: los pantalones desgastados de Robert, su gemido de placer. Cómo se corta las uñas cada semana: perfectas medialunas traslúcidas en el lavabo. La sensación de posesión, extraña y embriagadora: «Mi hombre. Mío». Cuando Simon mira hacia atrás, ese período le parece imposiblemente corto. Los momentos acuden a su mente como fragmentos de película: Robert haciendo guacamole en la cocina. Robert estirándose junto a la ventana. Robert saliendo a cortar romero o tomillo de las macetas de barro que hay en su jardín. Por la noche, las farolas brillan tanto que el jardín puede verse en la oscuridad.

—Tus. Movimientos. Deben. Tener. Integridad —dice Gali.

Diciembre de 1981. En la clase de hombres están practicando giros con *fouetté*, en los que el cuerpo gira en equilibrio sobre los metatarsos de un pie mientras la otra pierna se extiende hacia un costado. Simon ya se ha caído dos veces y ahora Gali está de pie detrás de él, una palma contra su estómago y la otra contra su espalda, mientras el resto de los hombres los miran.

—Alza la pierna derecha. Mantén la presión en el centro. Mantén la alineación. —Es fácil mantener la alineación cuando los dos pies están en el suelo, pero conforme Simon levanta la pierna, la parte baja de su espalda se arquea y su pecho cae hacia atrás. Gali aplaude con desaprobación—. ¿Ves? Ése es el problema: alzas la pierna y el ego te supera. Tienes que empezar con las bases.

Camina hasta el centro para demostrarlo. Simon cruza los brazos.

—Todo —dice Gali mirando a los demás—. Todo está conectado. Mirad. —Pone los pies en la cuarta posición y hace *plié*—. *Aquí* es donde lo preparamos. *Aquí* es lo importante. Siento la conexión entre mi pecho y mi cadera. Siento la conexión entre mis rodillas y los metatarsos. La estructura del cuerpo tiene alineación y tiene integridad, ¿veis? Entonces, cuando me elevo —alza la pierna de atrás y gira—, hay unidad. No hay esfuerzo.

Tommy, el niño prodigio británico, mira a Simon a los ojos.

«¿Sin esfuerzo?», gesticula, y Simon sonríe. Tommy es un saltador, no un girador, y le gusta consolar a Simon.

Gali sigue girando.

—Del control nace la libertad. De la restricción nace la flexibilidad. Del tronco —pone una mano sobre su centro, después hace un gesto con la otra hacia la pierna que tiene levantada— salen las ramas.

Vuelve al suelo con un *plié* profundo y levanta la palma como para decir: «¿Lo veis?».

Simon lo ve, pero hacerlo es diferente. Cuando la clase termina, Tommy gruñe y pasa un brazo sobre los hombros de Simon mientras caminan hacia el vestuario. Robert los observa. La lluvia golpea las ventanas, pero el ambiente de la habitación está cargado por el sudor y la mayoría de los hombres llevan el pecho al aire. Cuando Simon se va con Beau y Tommy a almorzar, Robert no los acompaña.

Caminan hasta Orphan Andy's, en la calle Diecisiete. Simon se dice que no está haciendo nada malo: la mayor parte de los hombres de la academia son coquetos y no

es culpa suya que Robert no los haya acompañado. Ama a Robert, de verdad. Es inteligente, maduro y sorprendente. Le gusta la música clásica tanto como el fútbol americano, y, aunque todavía no ha cumplido los treinta, prefiere leer en la cama a ir al Purp con Simon. «Es *elegante*», dijo Klara cuando lo conoció, y Simon sonrió orgulloso. Sin embargo, eso es también parte del problema: a Simon le gusta la indecencia, le gusta que lo azoten en las nalgas, que lo miren con lujuria y que lo chupen, y siente cierto apetito por la depravación —por lo menos, lo que sus padres habrían llamado depravación— que finalmente empieza a reconocer.

Después del almuerzo van a comprar papel de liar. Simon paga mientras los otros dos lo esperan fuera. Cuando sale, ambos están mirando el escaparate de la tienda.

—Dios mío —dice Tommy—. ¿Habéis visto eso?

Señala un folleto casero pegado al cristal. EL CÁNCER DE LOS GAIS, dice. Debajo hay tres polaroids de un hombre joven. En la primera, el chico se levanta la camisa para revelar unas manchas moradas, inflamadas y arrugadas como quemaduras. En la segunda, tiene la boca muy abierta. Ahí también tiene una marca.

—Cállate, Tommy. —Tommy es un hipocondríaco redomado, siempre se queja de dolores en grupos musculares de los que nadie más ha oído hablar, pero la voz de Beau es más aguda de lo habitual.

Se juntan bajo la marquesina del Toad Hall a fumar. Simon inhala, dulzura y humedad, y eso debería calmarlo, pero no es así: está muerto de miedo. Durante el resto del día no puede borrar las imágenes de su mente, esas terribles lesiones oscuras como ciruelas, ni las palabras que alguien escribió con tinta roja debajo del folleto: «Cuidado, chicos. Hay algo ahí fuera».

Richie se despierta con un punto rojo en la parte blanca del ojo izquierdo. Simon cubre su turno para que Richie pueda ir al médico; quiere asegurarse de estar bien para Nochebuena, la Noche de Verga Navideña del Purp. Pocos clientes visitan a su familia para las fiestas, así que ellos se pintan de rojo y verde y se cuelgan campanas de la cinturilla de los tangas. El médico manda a Richie a casa con un antibiótico.

—Dicen que «a lo mejor es conjuntivitis» —explica Richie al día siguiente mientras pinta de morado la espalda de Adrian—. Había una guapa técnico de laboratorio, de unos diecinueve años, y va y me dice: «¿Alguna posibilidad de que haya tenido contacto con materia fecal?». Y yo, con la mano en el corazón, le respondo: «Ay, no, corazón, para nada tocaría eso».

Los hombres se ríen. Más tarde, Simon recordará así a Richie: su risa, su corte militar apenas encanecido, porque el 20 de diciembre Richie está muerto.

¿Cómo describir la conmoción? Las manchas aparecieron en el florista de Dolores Park y en los hermosos pies de Beau, que en una ocasión giró ocho veces sin detenerse y ahora lo llevan al Hospital General de San Francisco en el coche de Eduardo, entre convulsiones. Ésos son los primeros recuerdos de Simon del pabellón

86, aunque todavía falta un año para que se llame así: el chirrido de los carros de la comida; las enfermeras de la recepción, su asombrosa calma («No, no sabemos cómo se transmite. ¿Su amante está con usted ahora? ¿Sabe que ha venido al hospital?»), y los hombres, hombres de veinte y treinta años sentados con los ojos muy abiertos en camastros y sillas de ruedas, como si alucinaran. EXTRAÑO TIPO DE CÁNCER HALLADO EN 41 HOMOSEXUALES, dice el *Chronicle*, pero nadie sabe cómo se transmite. Sin embargo, cuando los nódulos linfáticos de las axilas de Lance empiezan a inflamarse, termina su turno en el Purp y se va en taxi al hospital con el artículo en su mochila. Diez días más tarde, los bultos son tan grandes como naranjas.

Robert se pasea por el apartamento.

—Tenemos que quedarnos aquí —dice.

Tienen suficiente comida para dos semanas. Ninguno de los dos ha dormido en días. Sin embargo, a Simon le da pánico pensar en una cuarentena. Ya se siente aislado del mundo y se niega a esconderse, se niega a creer que es el fin. Aún no está muerto. Y, sin embargo, sabe, por supuesto que lo sabe, o por lo menos teme —la delgada línea entre el miedo y la intuición, cómo uno se disfraza tan fácilmente del otro—, que la adivina llevaba razón y que el 21 de junio, el primer día del verano, él también estará muerto.

Robert no quiere que trabaje en el Purp.

—No es seguro —dice.

—Nada es seguro. —Simon coge su neceser de maquillaje y sale por la puerta—. Necesito el dinero.

—Mentira. Corps te paga. —Robert lo sigue y lo agarra del brazo con fuerza—. Admítelo, Simon. Te gusta lo que obtienes allí. Lo necesitas.

—Por favor, Rob. —Simon se obliga a reír—. No seas melodramático.

—¿Yo? ¿Yo soy melodramático?

Hay un brillo en los ojos de Robert que hace que Simon se sienta intimidado y excitado al mismo tiempo. Trata de asirle el miembro.

Robert se echa hacia atrás.

—No juegues conmigo así. No me toques.

—Ven conmigo —dice Simon, arrastrando las palabras. Ha estado bebiendo, lo que a Robert le desagrade tanto como su trabajo en el Purp—. ¿Por qué nunca vienes a ninguna parte?

—No *encajo* en ninguna parte, Simon. No encajo con los blancos. No encajo con los negros. No encajo en el ballet ni en el fútbol. No encajo con mis padres ni tampoco aquí. —Robert habla lentamente, como si se dirigiera a un niño—. Así que me quedo en casa. Me hago pequeño. Excepto cuando bailo. E incluso entonces, cada vez que subo al escenario, sé que hay gente entre el público que nunca ha visto a alguien como yo bailando de ese modo. Sé que a algunos no les va a gustar. Tengo miedo, Simon. Todos los días. Y ahora ya sabes lo que se siente, porque tú también tienes miedo.

—No sé de qué hablas —dice él con voz ronca.

—Yo creo que sabes exactamente de qué estoy hablando. Ésta es la primera vez que te has sentido como yo, como si no estuvieras a salvo en ningún lugar. Y no te gusta.

Simon nota su pulso en el cráneo. La verdad de lo que Robert acaba de decir lo aplasta como a un insecto contra la pared, con las alas aún revoloteando.

—Estás celoso —dice apretando los dientes—. Eso es todo. Podrías esforzarte más, Rob, pero no lo haces. Y estás celoso, estás *celoso* de que yo sí lo haga.

Robert se queda donde está, pero se vuelve abruptamente hacia un lado. Cuando mira a Simon otra vez, tiene los ojos enrojecidos.

—Tú sólo eres como todos los demás —dice—. Como los *twinks*, los maricones artistas y los malditos osos. No hacéis más que hablar de vuestros derechos y de vuestras libertades, aplaudís en todos los desfiles, pero lo único que realmente queréis es tener derecho a follaros a un *leather* en un antro de Folsom o a soltar vuestra mierda en una sauna. Queréis el derecho de ser tan desconsiderados como cualquier otro tipo blanco, como cualquier heterosexual. Pero tú no eres cualquier otro blanco. Y por eso ese lugar es tan peligroso: porque te permite olvidarlo.

Simon arde de humillación. «Que te den —piensa—. Que te den, que te den, que te den.» Sin embargo, el discurso de Robert lo ha dejado en silencio, airado y avergonzado; ¿por qué será que esos sentimientos son tan inexplicables? Se da media vuelta y sale hacia la oscuridad de la calle Castro, donde las luces y los hombres parecen estar siempre esperándolo.

Los nuevos gogós del Purp son terribles —tienen dieciséis años y están amedrentados, ni siquiera saben bailar—, y el público es escaso: parejas apiñadas en las esquinas y unos cuantos tipos más gritando febrilmente cerca de las plataformas. Después de su turno, Adrian se siente ansioso.

—Tengo que salir de aquí, joder —murmura secándose el sudor con una toalla.

También Simon. Se sube en el coche de Adrian para atravesar el Castro, pero el dueño de Alfie's está enfermo y el ambiente del QT es tan deprimente como el del Purp, así que Adrian da media vuelta y se dirige al centro.

Las saunas de Cornholes y Liberty no están abiertas. Se detienen en la librería Folsom Gulch —COMPROMETIDOS CON EL PLACER, dice su lema—, pero las cabinas están ocupadas y no hay nadie en los juegos. La sauna Boot Camp en Bryant está vacía. Van rápidamente a Animals, un antro de sado, y ni Adrian ni Simon van vestidos de cuero, pero, gracias a Dios, por lo menos hay gente ahí, así que dejan su ropa en las taquillas y luego Adrian conduce a Simon por un laberinto de habitaciones oscuras. Hombres con zahones y collares de perro se montan unos a otros en las sombras. Adrian desaparece en un rincón con un chico que lleva puesto

un arnés, pero Simon no se atreve a tocar a nadie. Espera en la entrada a Adrian, que regresa una hora después con las pupilas dilatadas y la boca manchada y roja.

Adrian lo lleva a casa. Simon respira. No la ha cagado, no irremediablemente, aún no. Aparcan a una manzana del apartamento de Simon y Robert, se miran el uno al otro segundos antes de que Simon se acerque a Adrian, y así es como empieza.

Klara está en el escenario bajo un charco de luz azul. El escenario es una pequeña plataforma diseñada para músicos. Un público disperso se sienta en mesas redondas o en sillas altas en el bar, aunque Simon no puede decir cuántos de ellos han venido a verla a ella y cuántos son clientes habituales. Klara lleva un esmoquin de hombre con pantalones de pinzas y botas Dr. Martens. Sus juegos de manos son hábiles, pero no son grandes trucos de magia; son ocurrentes e ingeniosos, y su guion tiene un aire de estudiado perfeccionismo, como una estudiante de posgrado en un tribunal de tesis doctoral. Simon agita su Martini con pajita y se pregunta qué le dirá después. Más de un año planeándolo y ése es el resultado: trucos con pañuelos en el único lugar en el que le han permitido presentarse, un club de jazz en Fillmore cuyos clientes ahora ya desfilan hacia la fría noche de primavera.

Sólo quedan un puñado de ellos cuando Klara desenrolla una cuerda de un atril cercano y se pone un pequeño mordedor de color marrón entre los dientes. La cuerda cuelga de un cable suspendido de una cañería en el techo, controlado por una polea que ella ha colocado y que ahora sostiene, en su dirección, el dueño del bar.

—¿Confías en que él lo haga? —le preguntó Simon la semana anterior, cuando Klara le explicó el procedimiento—. ¿Quieres que lo haga yo?

—No mezclo los negocios con el placer.

—¿Yo soy placer?

—Bueno, no. Tú eres familia.

Ahora ve que sube a las ventanas del segundo piso. Durante un breve intermedio, se cambia la ropa por un vestido sin mangas color carne cubierto de lentejuelas doradas; la falda de flecos le llega a medio muslo. Klara gira a la deriva en círculos fantasmales antes de pegar los brazos y las piernas a su cuerpo. De repente, es un borrón: rojo y oro, cabello y brillos, un vórtice de luz. Conforme se detiene, vuelve a convertirse en su hermana —tiene sudor en la línea del nacimiento del pelo y la mandíbula empieza a temblarle. Estira los pies hacia el escenario y sus rodillas se doblan una vez que baja lo suficiente para alcanzarlo. Escupe el mordedor en su mano y hace una reverencia.

Se oye el golpeteo de un hielo, el rechinar de las sillas al acomodarse, antes de que empiece a emerger el aplauso. Lo que Klara ha hecho no es magia. No hay truco: sólo una curiosa combinación de fuerza y una ligereza extraña e inhumana. Simon no puede definir si le recuerda a una levitación o a un ahorcamiento.

Mientras se hacen los preparativos para la próxima actuación, encuentra a Klara en el camerino. Espera fuera mientras ella habla con el dueño, un hombre robusto con chándal que parece estar en la cincuentena. Cuando le da la mano y rodea con la otra su espalda, apoyándola en la curva de sus nalgas, Klara se pone rígida. Cuando se va, ella mira hacia la puerta antes de avanzar rumbo a la silla donde el dueño ha dejado su chaqueta de piel. Una cartera asoma de un bolsillo. Klara saca un fajo de billetes y se lo mete en el costado del vestido.

—¿En serio? —pregunta Simon al entrar.

Klara se vuelve. La vergüenza de su rostro se convierte en arrogancia.

—Se ha portado como un imbécil. Y me pagan una mierda.

—¿Y?

—¿Y qué? —Se pone la chaqueta del esmoquin—. Tiene cientos, he cogido cincuenta.

—Qué noble de tu parte.

—¿De verdad, Simon? —Klara tiene la espalda recta mientras mete algunos artículos en la caja negra de Ilya—. Hago mi primer espectáculo, ese en el que llevo años trabajando, ¿y eso es lo único que puedes decirme? ¿Quieres hablar de ser noble?

—¿Qué significa eso?

—Significa que los rumores corren. —Klara cierra la caja y la sostiene entre sus brazos como un escudo—. Mi compañera de trabajo es prima de Adrian. La semana pasada me dijo: «Creo que mi primo está saliendo con tu hermano».

Simon palidece.

—Pues es mentira.

—No me mientas. —Klara se inclina hacia él y su cabello le roza el pecho—. Robert es lo mejor que te ha pasado, joder. Si quieres echarlo a perder, es decisión tuya, pero por lo menos ten la decencia de terminar con él.

—No me digas qué debo hacer —replica Simon, pero lo peor es que Klara no sabe ni la mitad.

Atraviesa el Golden Gate Park en la madrugada, folla con extraños en Speedway Meadows o en los baños públicos de la Cuarenta y uno y JFK. Masturbaciones en la última fila del teatro Castro mientras Annie canta en la pantalla. Hordas de hombres en el terreno baldío de Ocean Beach, calentándose unos a otros.

Y la peor noche: May el Filete, una *drag queen* con un vestido de lentejuelas plateadas y tacones gruesos, lo conduce a un hotel para solteros de Hyde. El proxeneta de alguien lo sujeta del cuello de la camisa y busca su cartera, pero Simon le da un rodillazo en la entrepierna y se tambalea por la escalera. Piden una habitación y encienden la lamparita de la mesilla de noche, y entonces Simon se da cuenta de que su acompañante es Lady. Hace semanas que no aparece por el Purp; todos supusieron lo peor, que el cáncer gay la había alcanzado, y por unos segundos Simon siente una ráfaga de alivio. No obstante, Lady no lo reconoce, saca del bolsillo

de su vestido una botella de vodka diminuta. Está vacía y envuelta en papel de aluminio. Lady mete una piedra en la cámara e inhala.

El primer día de junio, Simon está de pie en la ducha. La representación de *Mito* de la noche anterior fue la primera vez en días que tocó a Robert, la primera vez que estuvieron juntos sin discutir. Ahora Simon trata de masturbarse pensando en él, pero no consigue correrse hasta que piensa en Lady inclinada sobre su pipa casera.

Recoge la botella de champú y la arroja con todas sus fuerzas contra el estante del jabón. El estante salta hacia arriba y golpea la alcachofa, que se sale del soporte, da un brusco giro y moja todo el techo hasta que Simon puede cerrar el maldito grifo. Se desliza hasta sentarse en la porcelana fría de la ducha y solloza. La marca oscura aún lo mira maliciosamente desde su abdomen, aunque cuando se inclina parece más un lunar que el día anterior. Sí: definitivamente podría ser un lunar. Se levanta y coloca en su sitio el estante del jabón antes de pisar la alfombra. La luz del sol resplandece en el baño. No se da cuenta de que Robert está de pie en la puerta hasta que habla.

—¿Qué es eso? —pregunta mirando fijamente el estómago de Simon.

—Nada —contesta Simon cogiendo una toalla.

—¿Cómo que nada? —Robert apoya una mano sobre su hombro y le arranca la toalla—. Dios mío.

Miran la mancha juntos unos segundos. Luego Simon deja caer la cabeza.

—Rob —murmura—. Perdóname. Perdóname por lo que nos he hecho. — Después añade con vehemencia—: Esta noche hay función. Tenemos que ir al teatro.

—No, amor —dice Robert—. No es al teatro adonde tenemos que ir.

Y unos minutos más tarde llama un taxi.

Hay doce camas en el pabellón de Simon en el Hospital General de San Francisco. En la puerta giratoria que conduce adentro hay un letrero plastificado: MASCARILLA, BATA, GUANTES, CONTENEDOR DE AGUJAS Y JERINGUILLAS EN LA SALA, NO MUJERES EMBARAZADAS, y otro más pequeño que dice: FLORES NO.

Klara y Robert se quedan a pasar la noche en la habitación de Simon, durmiendo en sillas. Su cama está separada de las demás por una delgada cortina blanca. A Simon no le gusta ver a su compañero de cuarto, un antiguo chef al que ahora se le marcan todos los huesos; no puede retener nada. Al cabo de unos días, su cama vuelve a estar vacía y la cortina de separación ondea con la brisa.

—Debes contárselo a tu familia —dice Robert.

—No pueden saber que he muerto así. —Simon niega con la cabeza.

—Pero no te has muerto —dice Klara. Tiene el regazo cubierto de folletos: «Cuando un amigo tiene cáncer: afecto, no rechazo», y sus ojos están húmedos—. Estás justo aquí, con nosotros.

—Sí. —Simon siente la garganta apretada: tiene inflamadas las glándulas del cuello.

Una noche, cuando Robert y Klara van a comprar comida, se tambalea hasta el borde de la cama y alcanza el teléfono. Le avergüenza darse cuenta de que ni siquiera tiene el número de Daniel, pero Klara ha dejado un montón de cosas en su silla, incluida una pequeña agenda. Daniel contesta al quinto timbrazo.

—Dan —dice Simon. Tiene la voz ronca y le tiembla el pie izquierdo, pero siente un profundo alivio.

Hay una larga pausa antes de que Daniel conteste.

—¿Quién es?

—Soy yo, Daniel. —Se aclara la garganta—. Simon.

—Simon.

Otra pausa, que se alarga tanto que Simon sabe que no acabará a no ser que él la llene.

—Estoy enfermo —dice.

—Estás enfermo. —Un segundo—. Lamento oír eso.

Daniel habla con rigidez, como si fuera un extraño. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que hablaron? Simon trata de imaginarse qué aspecto tendrá. Tiene veinticuatro años.

—¿Qué haces? —pregunta a continuación, cualquier cosa para mantener a su hermano al teléfono.

—Estoy en la Facultad de Medicina. Acabo de llegar a casa de clase.

Simon se lo imagina: puertas que se abren y se cierran con estruendo, jóvenes que caminan con la mochila al hombro. El pensamiento lo reconforta tan profundamente que casi puede quedarse dormido. Entre la neuralgia y los temblores, pasa la mayor parte de las noches despierto.

—¿Simon? —pregunta Daniel, ahora con voz más suave—. ¿Hay algo que pueda hacer por ti?

—No —responde él—. Nada.

Se pregunta si Daniel siente alivio cuando cuelga.

13 de junio. Dos hombres de la sala de Simon mueren durante la noche. Su nuevo compañero —un chico mio con gafas que no deja de preguntar por su madre— no puede tener más de diecisiete años.

—Una vez vi a una mujer —le cuenta Simon a Robert, que siempre está sentado a su lado—. Me dijo cuándo iba a morir.

—¿Una mujer? —Robert se acerca un poco más—. ¿Qué mujer, amor? ¿Una enfermera?

Simon se siente aturdido. Le han estado dando morfina para la neuralgia.

—No, no una enfermera, una mujer. Fue en Nueva York, cuando yo era niño.

—Sy... —Klara levanta la mirada desde su silla, donde revuelve un yogur para Simon—. Por favor, no sigas.

Robert mantiene la mirada en Simon.

—¿Y qué te dijo? ¿Qué recuerdas?

¿Qué recuerda? Una puerta estrecha. Un número de bronce que gira sobre un tornillo. Recuerda la suciedad del apartamento, que lo sorprendió; se había imaginado una escena de tranquilidad, como algo que podría haber alrededor de Buda. Recuerda un mazo de cartas del que la mujer le pidió que escogiera cuatro. Recuerda las cartas que eligió —cuatro picas, todas ellas negras— y la horrible conmoción por la fecha que le dio. Recuerda bajar tambaleándose por la escalera de incendios, con la mano sudada sobre la barandilla. Recuerda que la mujer no le pidió dinero.

—Siempre lo he sabido —dice—. Siempre he sabido que moriría joven. Por eso hice lo que hice.

—¿Por qué hiciste qué? —pregunta Robert.

Simon levanta un dedo.

—Dejar a mamá. Por eso.

Saca un segundo dedo, pero pierde el hilo de su pensamiento. Hablar es para él como tratar de llegar a la superficie de un océano. Cada vez más, es como si fuera a

la deriva hacia el fondo, como si supiera qué hay ahí abajo, aunque no puede explicárselo a nadie en tierra.

—Shhh —dice Robert, acariciándole el cabello de la frente—. Ya no importa. Nada importa.

—No, no me entiendes. —Simon nada como un perro; traga saliva. Es urgente que diga lo que tiene que decir—. Todo importa.

Cuando Robert sale para ir al baño, Klara se sienta en la cama de Simon. La piel bajo sus ojos está hinchada.

—¿Alguna vez encontraré a alguien a quien quiera tanto como a ti? —pregunta.

Se tumba junto a él. Simon está tan delgado que los dos caben fácilmente en la cama de hospital.

—Por favor —dice él. Sus palabras, cuando estaban de pie en la azotea al amanecer, cuando estaban al comienzo de todo—. Encontrarás a alguien a quien ames mucho más.

—No —jadea Klara—. No. —Apoya la cabeza sobre la almohada de Simon. Cuando vuelve a verlo, su cabello cae sobre la clavícula de él—. ¿Qué te dijo la mujer?

¿Qué importa ya?

—El domingo —responde Simon.

—Ay, Sy. —Ahoga el llanto, suena como el ruido que haría un perro encadenado. Klara se lleva la mano a la boca cuando se da cuenta de que el ruido proviene de ella—. Desearía, desearía...

—No lo deseés. Mira lo que me dio a mí.

—¡Esto! —dice Klara observando las lesiones de sus brazos, sus costillas marcadas. Incluso ha perdido parte de su melena rubia: después de que una enfermera lo bañe, el desagüe queda lleno de rizos.

—No, esto —dice Simon señalando la ventana—. Nunca habría venido a San Francisco de no haber sido por ella. No habría conocido a Robert. Nunca habría aprendido a bailar. Probablemente seguiría en casa, esperando a que mi vida comenzara.

Está furioso con la enfermedad; se enfurece con la enfermedad. Durante mucho tiempo también odió a la mujer. Se preguntaba cómo había podido decirle un pronóstico tan terrible a un niño. Sin embargo, ahora piensa en ella de otra manera, como una segunda madre o un dios; ella fue quien le mostró la puerta y le dijo: «Ve».

Klara parece paralizada. Simon recuerda la expresión de su cara cuando se mudaron a San Francisco, la inquietante combinación de irritación e indulgencia, y se da cuenta de por qué lo perturbaba. Le recordaba a la mujer: contando hacia atrás, observándolo. Dentro de él se abre un capullo de amor por su hermana. Piensa en ella en la azotea: cómo se detuvo en el borde y le habló sin mirarlo: «Dame una buena razón por la que no puedas empezar con tu vida».

—No te sorprende que sea el domingo —dice Simon—. Siempre lo has sabido.

—Tu fecha —murmura Klara—. Dijiste que ocurriría cuando todavía fueras joven. Yo quería que tuvieras lo que siempre habías querido.

Simon aprieta la mano de su hermana. Su palma es carnosa, de un rosado saludable.

—Lo tengo —responde.

A veces Klara sale de la habitación para dejar a solas a Simon con Robert. Cuando están demasiado cansados como para hacer cualquier otra cosa, ven vídeos de grandes bailarines masculinos que toman prestados de la Biblioteca Pública de San Francisco: Nuréyev, Barýshnikov, Nijinsky. Uno de los voluntarios del Shanti Project empuja la mesita con ruedas de la televisión desde la sala común hasta su cuarto, y Robert se acuesta en la cama con Simon.

Simon lo mira fijamente. «Qué suerte tuve de conocerte.» Teme por el futuro de Robert.

—Si enferma —le dice a Klara—, tiene que apuntarse a los ensayos clínicos. Prométemelo, Klara; prométeme que te asegurarás de que lo haga.

Por el pasillo se ha corrido la voz de que un medicamento experimental se ha mostrado prometedor en África.

—Vale, Sy —susurra Klara—. Te prometo que lo intentaré.

¿Por qué durante sus años con Robert ha tenido tantas dificultades para expresar amor? Conforme los días se hacen más largos, Simon lo dice una y otra vez: «Te amo», «Te amo», esa llamada y respuesta tan esencial para el cuerpo como el alimento o la respiración. Sólo cuando oye la respuesta de Robert su pulso se hace más lento, se le cierran los ojos, y por fin es capaz de dormir.

SEGUNDA PARTE

PROTEO

1982-1991

KLARA

Klara puede convertir un pañuelo negro en una rosa roja y un as en una reina. Puede sacar diez centavos de uno, veinticinco de diez y dólares del aire. Puede hacer el pase Hermann, la mezcla de Thurston, la ilusión de la carta que sube y la carta en el reverso de la palma. Es experta en la rutina clásica de la copa y la pelota, que pasó del maestro canadiense Dai Vernon a Ilya Hlavacek y después a ella: una ilusión óptica sorprendente y maravillosa en la que una taza de plata vacía se llena de pelotas y dados y después, finalmente, aparece en ella un limón entero perfecto.

Lo que no puede hacer, aunque nunca dejará de intentarlo, es traer a su hermano de vuelta.

Cuando Klara llega al lugar donde va a actuar, su primera tarea es preparar el escenario para «Las fauces de la vida». No es fácil encontrar clubes nocturnos con el techo alto, así que también acude a salas de espectáculos con cena, a salas de conciertos y, ocasionalmente, como artista independiente, a un pequeño circo de Berkeley. De todos modos, prefiere los clubes nocturnos por el humo y el humor sombrío, por el hecho de que puede trabajar en ellos sola y porque están llenos de adultos, el tipo de personas para el que prefiere actuar. La mayoría de ellos dicen que no creen en la magia, pero Klara los conoce bien. ¿Por qué otro motivo alguien jugaría a la permanencia —enamorarse, tener hijos, comprar una casa—, a pesar de todas las pruebas de que no existe? El truco es no convertirlos. El truco es hacer que lo admitan.

Lleva sus cosas en una bolsa larga y abultada: sedal de caída y cuerda de ascenso, llave inglesa y abrazaderas, mordedor giratorio, cordel. Ilya le enseñó que todas las preparaciones son diferentes, así que Klara evalúa la altura del techo, el ancho del escenario, el tipo y la resistencia de las vigas. No hay espacio entre el fracaso y el éxito: el momento es perfecto o es desastroso, y el corazón le late con fuerza mientras amarra la cuerda de ascenso a la viga desde una escalera, cuando la envuelve tres veces con cordel y pone un freno de seguridad en la cuerda de descenso. En el escenario, mide 1,89 metros desde el suelo: sus propios 1,67, más diecisiete centímetros cuando se pone de puntillas y un espacio de cinco centímetros libres hasta llegar al suelo.

Empezó a representar «La caída» hace dos años. Un asistente tira de la cuerda hasta que Klara flota bajo el techo con el mordedor en la boca. Pero, en lugar de bajar

flotando también, como hizo en los primeros espectáculos, se desploma cuando la cuerda se suelta. El público siempre cree que es un accidente y se oyen lamentos, a veces gritos, hasta que ella se detiene en seco. Ahora ya casi está acostumbrada a la manera en que su mandíbula se sacude cuando absorbe su peso, al latigazo de su cuello y al ardor en los ojos, la nariz y los oídos. Lo único que puede ver es el blanco incandescente de las luces hasta que la cuerda baja unos centímetros más y sus pies tocan el suelo. Cuando levanta la cara y escupe el mordedor en su mano, ve por primera vez al público con la boca abierta por el asombro.

—Os amo a todos —murmura, haciendo una reverencia, las palabras que le inspiró Howard Thurston, que las repetía antes de cada espectáculo, de pie detrás del telón, mientras la música sonaba *in crescendo*—. Os amo a todos, os amo a todos, os amo a todos...

Una noche inusualmente fría de febrero de 1988, Klara está en el escenario del Committee, un cabaret en Broadway donde, por lo general, actúa una compañía de comedia del mismo nombre. Ese lunes se lo han reservado a Klara, que para actuar ahí ha pagado más de lo que jamás recibirá en forma de ingresos. Ha dejado una tarjeta de presentación en cada mesa —LA INMORTAL, dice—, pero el público es escaso, gente que ha salido del Condor y del Lusty Lady o que va a ir allí después. Klara es ingeniosa en el número de la copa y la pelota, pero ya nadie se interesa por nada más que por «La caída», e incluso eso ha perdido aliciente. «Basta de magia, bombón —grita alguien—. Enséñanos las tetas.» Cuando su número termina y un grupo de *burlesque* empieza a prepararse para actuar, Klara se pone la gabardina negra que usa las noches de función y camina hasta el bar. Sustraе la cartera de piel del bolsillo del molesto espectador camino del baño de mujeres y, a su regreso, se la desliza de vuelta, vacía.

—Oye —dice alguien.

El estómago le da un vuelco. Se vuelve creyendo que verá una cara pecosa y unos ojos color whisky, un uniforme y una placa, pero se encuentra en cambio con un hombre alto con camiseta, vaqueros anchos y botas de trabajo; un hombre que alza las manos como si se rindiera.

—No era mi intención asustarte —dice, pero ahora Klara mira fijamente su piel morena clara y el cabello negro brillante que le llega a los hombros, y está segura de que ha visto antes ambas cosas.

—Me resultas familiar.

—Soy Raj.

—Raj... —Y se enciende una luz—. ¡Raj! Por Dios, el compañero de Teddy. Quiero decir, de Baksheesh Khalsa —añade, recordando el cabello largo y el brazalete de acero de Baksheesh Khalsa.

Raj se ríe.

—Nunca me cayó bien ese chico. ¿Qué clase de tipo blanco crece y empieza a usar un turbante?

—La clase que se pasa el tiempo en el Haight, supongo.

—Ya no queda nadie. Trabajan en Silicon Valley o son abogados. Con el cabello muy corto.

Klara se ríe. Le gusta la rapidez de Raj y también sus ojos, que la inspeccionan. La gente sale del teatro; cuando la puerta principal se abre, Klara ve una noche

oscura, moteada de estrellas, y las marquesinas fluorescentes de los clubes de *striptease*. Por lo general, después de las representaciones, viaja en el 30 Stockton hacia el apartamento de Chinatown, donde vive sola.

—¿Qué vas a hacer ahora? —pregunta.

—¿Hacer? —Los labios de Raj son delgados pero expresivos, con una curva sagaz—. Ahora mismo no voy a hacer nada. No tengo ningún plan en absoluto.

—Han pasado diez años. ¿Te lo puedes creer? ¡Diez años! Y tú eres una de las primeras personas que conocí en San Francisco.

Están sentados en Vesuvio's, un café italiano al otro lado de City Lights.

A Klara le gusta porque alguna vez lo frecuentaron Ferlinghetti y Ginsberg, aunque ahora lo ocupa un grupo de turistas australianos ruidosos.

—Y aquí seguimos —dice Raj.

—Y aquí seguimos. —Klara tiene vagos recuerdos de Raj en el apartamento donde ella y Simon se quedaron durante sus primeros días en la ciudad: Raj leía *Cien años de soledad* en el sofá o preparaba tortitas en la cocina con Susie, una rubia de largas piernas que vendía flores cerca del estadio de béisbol—. ¿Qué fue de Susie?

—Se fugó con un espiritualista cristiano. No la he visto desde el 79. Tú llegaste con tu hermano, ¿no? ¿Cómo está?

Klara ha estado acariciando su copa de martini, apretando el estrecho tallo, pero ahora alza la vista.

—Murió.

Raj se atraganta con su bebida.

—¿Murió? Mierda, Klara, lo siento. ¿De qué?

—De sida —dice ella, y se siente agradecida de que, cuando menos, ahora tengan una razón y un nombre, que no existieron hasta tres meses después de la muerte de Simon—. Tenía veinte años.

—Joder... —Raj vuelve a negar con la cabeza—. Es un cabrón, el sida. Se llevó a uno de mis amigos el año pasado.

—¿A qué te dedicas? —pregunta Klara. Cualquier cosa para cambiar de tema.

—Soy mecánico. Sobre todo, hago reparaciones de coches, pero también he estado en la construcción. Mi padre quería que fuera cirujano. Había pocas posibilidades, fue lo que siempre le dije, pero me mandó aquí de todos modos. Él se quedó en Dharavi, en los suburbios de Bombay, con medio millón de personas por kilómetro cuadrado, mierda en el río..., pero es el hogar.

—Debió de ser duro venir aquí sin tu padre —dice Klara mirándolo. Tiene las cejas pobladas, pero sus rasgos son delicados: pómulos altos que se estrechan en una mandíbula delgada y una barbilla afilada—. ¿Cuántos años tenías?

—Diez. Me mudé con el primo de mi padre, Amit. Era la persona más lista de mi familia, le dieron una beca para la universidad y en los sesenta se trasladó a

California para estudiar Medicina con un visado de estudiante. Mi padre quería que fuera como él. Yo nunca fui bueno para las ciencias, no me gusta arreglar a la gente, pero sí me gusta arreglar cosas, así que mi padre tenía razón a medias sobre mí; aunque me imagino que la mitad no era suficiente. —Tiene una risa nerviosa, el rastro de un acento, aunque Klara necesita escuchar con atención para percibirlo—. ¿Y tú? ¿Cuánto tiempo llevas haciendo eso?

—Pues... —responde Klara—. ¿Seis años?

Al principio, la rutina era electrizante, pero ahora la extenua: los preparativos que hace sola, el viaje en tren a Berkeley con su gabardina mientras suena hip-hop en el radiocasete de alguien. Llegar a casa a la una de la mañana, o a las tres si regresa del este de la bahía, sumergirse en la bañera mientras espera a que la panadería china de la planta baja vuelva a la vida. Pasa las noches cosiendo las malditas lentejuelas del vestido con su porquería de máquina, pero es demasiado pobre para reemplazarla: hay lentejuelas entre los cojines del sofá, lentejuelas en la escalera, lentejuelas en el desagüe de la ducha.

Hace un año se lesionó de gravedad haciendo «La caída». Una chica que había contratado a través del *Chronicle* soltó la cuerda sin comprobar el freno de seguridad y se deslizó noventa centímetros resbalando por la viga. Klara no pudo evitar estamparse contra el suelo. Cuando volvió en sí, estaba a gatas, con el cráneo latiéndole como si le hubieran dado un golpe y los pies hinchados como globos oscuros. No tenía seguro y las facturas del hospital se llevaron casi todo el dinero que había heredado de Saul. Se pasó seis semanas furiosa e inmovilizada. Desde hace un año sólo trabaja con un chico de diecinueve años del circo, pero en marzo él se irá para unirse al Barnum.

—Te hace feliz, se nota —dice Raj sonriendo.

—Ah. —Klara sonrío—. Me hacía. Me hace, pero estoy cansada. Es difícil hacerlo sola. Y es difícil que me contraten. Hay pocos locales que me contraten, y sólo lo hacen unas pocas veces; te presentas en el mismo sitio durante años, se corre la voz, la publicidad sube y después muere, y tú sigues ahí, ya sabes, colgada de una cuerda con los dientes.

—Esa parte me gustó. El truco de la cuerda. ¿Cuál es el secreto?

—No hay secreto. —Klara se encoge de hombros—. Sólo te sostienes.

—Impresionante. —Raj enarca las cejas—. ¿Te pones nerviosa?

—Menos que antes, y sólo al principio. Es la expectación; estoy entre bastidores y siento... pánico escénico, me imagino, pero es más que eso, es emoción, saber que estoy a punto de mostrarle a la gente algo que no ha visto nunca, que podría cambiar la manera en que ve el mundo, aunque sólo sea durante una hora. —Frunce el ceño—. No me pongo nerviosa antes de los trucos con pañuelos o el de la copa y la pelota. Con eso crecí, pero a nadie le gustan tanto como «La caída».

—Entonces ¿por qué no cambias el espectáculo? Reduces las cosas pequeñas y vas a lo grande.

—Sería complicado. Necesitaría equipo y un asistente real a tiempo completo. Debería encontrar la manera de dominar accesorios más grandes. Además, mis números favoritos, de los que sólo he leído en libros..., tendría que descifrarlos. Como especie, los magos tienen los labios sellados.

—Entonces, imagínatelo: si pudieras hacer cualquier cosa, ¿qué harías?

—¿Cualquier cosa? Dios... —Klara sonrío—. «La jaula que desaparece» de De Kolta, para empezar. Levantaba en el aire una jaula con un periquito dentro, y entonces, ¡pum!, ésta desaparecía. Sé que seguramente debía de metérsela por la manga, pero nunca he podido descubrir cómo lo hacía.

—Seguramente era plegable. ¿Cómo estaban unidos los barrotes? ¿Eran más gruesos en medio y más finos en los extremos?

—No lo sé —responde Klara, pero ahora está sonrojada y habla a toda prisa—. Después está «El armario de Proteo». Es un armario pequeño, vertical, con patas largas montadas sobre unas ruedecitas para que los espectadores sepan que no puedes salir por una trampilla. Un asistente hace girar el armario, abre las puertas y las cierra, y entonces alguien llama desde dentro. La puerta se abre y ahí estás.

—Espejos —dice Raj—. Los espectadores no ven la superficie. Miran a través de ella cualquier objeto que se refleje.

—Claro, eso lo sé. Pero todo es una cuestión de ángulo; la geometría tiene que ser perfecta, ése es el truco: la matemática. —Ya se ha terminado su bebida, pero, por una vez, no se da cuenta—. Sin embargo, el número que de verdad querría hacer, mi favorito de todos los tiempos, se llama «La segunda visión». Lo inventó un mago llamado Charles Morrith. Los espectadores le dan algunos objetos, un reloj de oro, digamos, o una pitillera, y su asistente, que tiene los ojos vendados, los identifica. Otros magos lo han hecho después, con parloteo, ya sabes: «Sí, aquí tenemos un objeto muy interesante, por favor, tráiganlo», lo que obviamente es algún tipo de código, pero lo único que Morrith decía siempre era: «Sí, gracias». Mantuvo el secreto hasta su muerte.

—Quizá se podía ver a través de la venda.

—Su asistente estaba contra la pared.

—Algunos espectadores estaban compinchados.

Klara niega con la cabeza.

—De ningún modo. El número nunca se habría hecho tan famoso, la gente ha tratado de descifrarlo durante más de un siglo.

Raj se ríe.

—Maldita sea.

—Te lo he dicho. Llevo años pensándolo.

—Pues imagino que tendremos que pensar con más ganas —dice Raj.

En una ocasión, en el viaje anual de los Gold a Lavallette, Nueva Jersey, Saul despertó a toda la familia al amanecer. Gertie se quejó y fue la última en levantarse mientras él los conducía por la casa de la playa que habían alquilado, con contraventanas azules y amarillas, y por el sendero que llevaba al mar. Todos estaban descalzos, no habían tenido tiempo para ponerse los zapatos; cuando llegaron a la orilla, Klara vio por qué.

—El agua parece ketchup —dijo Simon, a pesar de que en el horizonte se volvía de un tono fucsia.

—No —repuso Saul—, es como el río Nilo. —Y miró el océano fijamente con tal convicción que Klara estuvo plenamente de acuerdo con él.

Años después, en la escuela, Klara estudió un fenómeno llamado *marea roja*: la florescencia de las algas se multiplica, haciendo que el agua de las costas se vuelva tóxica y colorida. Ese conocimiento la hizo sentirse extrañamente vacía: ya no tenía razón alguna para preguntarse sobre el mar rojo o para maravillarse por su misterio. Reconoció que le habían otorgado algo, pero, en cambio, le habían quitado otra cosa: la magia de la transformación.

Cuando Klara saca una moneda de la oreja de alguien o convierte una pelota en un limón, no busca engañar, sino aportar un tipo distinto de conocimiento, un sentido expandido de posibilidad. El objetivo no es negar la realidad, sino echar un vistazo detrás de su velo, descubriendo sus peculiaridades y sus contradicciones.

Los mejores trucos de magia, los del tipo que Klara quiere realizar, no le restan nada a la realidad. Le suman.

En el siglo VIII a. C., Homero escribió sobre Proteo, dios del mar y pastor de las manadas de focas, que podía adoptar cualquier forma. Podía predecir el futuro, pero cambiaba de forma para evitar hablar de él, y respondía preguntas sólo si se lo atrapaba. Tres mil años después, el inventor John Henry Pepper presentó una ilusión nueva en el Instituto Politécnico de Londres bajo el título «Proteo, o estamos aquí pero no aquí». Un siglo después, Klara y Raj hurgan en un contenedor de basura de Fisherman's Wharf buscando pedazos de madera. A esas horas de la noche el sitio está desierto —hasta los leones marinos duermen, con sus narices fuera del agua— y se llevan nueve tablas en la camioneta de Raj. En el sótano de la casa de Sunset que comparte con otros cuatro hombres, Raj construye un armario de noventa centímetros

de ancho y 1,80 metros de alto. Klara recubre el interior con papel pintado blanco y dorado, igual que el de John Henry Pepper. Raj instala dos espejos dentro, también cubiertos de papel pintado, de manera que parezcan las paredes del armario cuando estén apoyados sobre éstas, mientras que cuando estén abiertos hacia el centro del armario, con los bordes tocándose, escondan una abertura dentro de la cual Klara quepa perfectamente. Ahora los espejos reflejan una de las paredes laterales en lugar de la del fondo.

—¡Es precioso! —dice tomando aire.

La ilusión es impecable. Klara ha desaparecido a plena vista.

Ahí, en medio de la realidad, hay otra que nadie puede ver.

El pasado de Raj es cualquier cosa menos mágico. Su madre murió de difteria cuando él tenía tres años; su padre era trapero, escarbaba en montañas de basura para encontrar vidrio, metal y plástico que vender a los chatarreros. En su día le llevó algunos trozos de chatarra a Raj, que él convirtió en robots diminutos y delicados que colocaba en fila sobre el suelo de su apartamento de una sola habitación.

—Él tenía tuberculosis —dice Raj—, por eso me mandó para acá. Sabía que se estaba muriendo y que yo no tenía a nadie más. Si iba a sacarme de allí, tenía que ser pronto.

Están tumbados en la cama de Klara, hay pocos centímetros de separación entre sus narices.

—¿Cómo lo hizo?

Raj hace una pausa.

—Le pagó a alguien para que falsificara unos papeles que dijeran que yo era hermano de Amit. Era la única manera de conseguirlo, y le costó todo lo que tenía. — Su rostro refleja una vulnerabilidad que ella nunca había visto, o quizá era ansiedad —. Ahora ya tengo los papeles en regla, si es lo que te estás preguntando.

—No. —Klara entrelaza su mano con la de Raj y la aprieta—. ¿Tu padre logró venir aquí?

Él niega con la cabeza.

—Vivió dos años más, pero no me dijo que estaba enfermo, así que no tuve la oportunidad de verlo antes de que muriera. Creo que tenía miedo de que, si iba a visitarlo, no me marchase de su lado. Yo era su único niño.

Klara se imagina a los padres de ambos. En su mente, dondequiera que estén, son amigos: juegan al ajedrez en parques del más allá y debaten sobre teísmo en bares del cielo llenos de humo. Sabe que se supone que no debe creer en el cielo cristiano, pero sí cree; la versión judía —el Sheol, la Tierra del Olvido— es demasiado desesperanzadora.

—¿Qué pensarían de nosotros? —pregunta—. Una judía y un hindú.

—Un hindú a duras penas —Raj le pellizca la nariz—, y una judía a duras penas.

Raj elabora para sí una nueva mitología personal. Es el hijo del hijo del legendario faquir que le enseñó a Howard Thurston los más grandes trucos de magia de la India: cómo hacer crecer un árbol de mango a partir de una semilla en cuestión de segundos, cómo sentarse sobre clavos, cómo lanzar una cuerda suelta al aire para luego trepar por ella. Eso es lo que les dirá a los propietarios y a los agentes, lo que imprimirá en los programas, y cada vez que lo hace nota satisfacción y también una pizca de culpa. No está seguro de si se siente más como el nieto imaginario del faquir, recuperando algo que le pertenece, o como el estafador Howard Thurston, escabulléndose de Oriente a Occidente con un truco robado en su bolsillo.

—No lo entiendo —dice Raj—. «La Inmortal.»

Están sentados en el sillón de Klara. Es abril, son las cuatro en punto y está lloviscando, pero asciende el calor de la panadería de la planta baja y tienen que abrir una ventana.

—¿Qué no entiendes? —Klara lleva puesta una camiseta ancha y un bóxer de Raj, sus pies descalzos descansan sobre los muslos de él—. Yo nunca moriré.

—Fanfarrona. —Le aprieta la pantorrilla—. Entiendo qué significa, lo que no comprendo es por qué crees que estás jugando a eso.

—¿A qué estoy jugando?

—A la transformación. —Se levanta un poco sobre un codo—. Una bufanda se transforma en una flor. Una pelota se convierte en un limón. Una bailarina húngara —dice mientras mueve las cejas juguetonamente, pues Klara le ha hablado de su abuela— se convierte en una estrella estadounidense.

Raj tiene grandes planes: nuevos camerinos, nuevas tarjetas de presentación, locales más grandes. Está aprendiendo el truco indio de las agujas, en el que un mago se traga agujas sueltas y un hilo, se separa los carrillos para que lo inspeccione el público y luego regurgita las agujas perfectamente enhebradas. Ha reservado incluso una fecha en el teatro ZinZanni, un restaurante con escenario cuyo dueño es cliente del taller de reparaciones donde trabaja.

Klara no puede recordar cuándo exactamente decidieron ir juntos en el negocio o cuándo comenzaron a pensar en ello como un negocio. Aunque en realidad tampoco puede recordar muchas otras cosas, pero ama a Raj: la energía que desprende, su genialidad para animar objetos. Ama ese cabello suyo, oscuro y lacio, que siempre está apartándose de los ojos, y ama su nombre, Rajanikant Chapal. Construye un canario mecánico para «La jaula que desaparece» —moldeado en yeso hueco, con plumas reales pegadas—, y usa una varita para manipular su cabeza y sus alas. A Klara le encanta ver cómo el ave cobra vida en sus manos.

El mejor truco de Klara no es «Las fauces de la vida», sino la fuerza de voluntad que se requiere para ignorar los pitidos de los buscas del público y sus pantalones vaqueros lavados a la piedra. Al presentar su número, da marcha atrás al reloj hasta un tiempo en que la gente se maravillaba con las ilusiones y los espiritistas hablaban con los muertos, cuando pensaban que éstos tenían algo que decir. William e Ira Davenport —unos hermanos de Rochester, Nueva York, que conjuraban fantasmas mientras estaban atados a sillas de madera dentro de un gran armario— son los médiums más conocidos de la época victoriana, pero se inspiraron en unas hermanas. En 1848, siete años antes de la primera actuación de los Davenport, Kate y Margaret Fox oyeron un golpeteo en una habitación de su granja de Hydesville. Pronto se dijo que la casa Fox estaba embrujada, y las hermanas comenzaron una gira nacional. En Rochester, su primera parada, los médicos que examinaron a las hermanas declararon que eran ellas las que producían los ruidos al hacer crujir los huesos de sus rodillas. Sin embargo, un equipo de investigadores más amplio no pudo encontrar ninguna razón terrenal para el golpeteo, ni tampoco para el sistema de comunicación —un código basado en el conteo— que utilizaban las hermanas para traducirlo.

En mayo, Klara irrumpe en el baño mientras Raj está duchándose:

—¡Tiempo!

Raj abre un poco la mampara empañada de la ducha.

—¿Qué?

—«La segunda visión», el truco de Morritt: ¡es el tiempo, se hace con el tiempo!
—Se ríe, es tan obvio, tan sencillo.

—¿El truco en el que leen la mente? —Raj sacude la cabeza como un perro, el agua salpica las paredes—. ¿Cómo?

—Conteo sincronizado —responde Klara, pensando mientras habla—. Él sabía que el público estaba escuchando para descubrir un código secreto, un código basado en palabras. ¿Cómo podía resolver esa cuestión? Creando un código basado en el silencio: en la duración del silencio *entre* sus palabras.

—¿Y el silencio corresponde a qué?, ¿a letras? ¿Tienes idea de cuánto tiempo llevaría formar palabras completas?

—No, no podían ser letras, aunque tal vez tuvieran una lista, una lista de objetos comunes..., ya sabes, carteras, bolsos y, no sé, sombreros. Y si Morritt decía «gracias» después de doce segundos, su asistente sabía que se trataba de un sombrero. Para el tipo de sombrero podían tener otra lista, de materiales, pongamos por caso: un segundo para cuero, dos para lana, tres para tela... Podríamos hacerlo, Raj, sé que podríamos.

Él la mira como si estuviera loca, y claro que lo está, pero eso nunca la ha detenido. Incluso, años después, cuando ya han hecho el número cientos de veces —aun cuando Klara está embarazada de Ruby, aun después de que nazca Ruby—, Klara

nunca se siente tan cerca de Raj como cuando hacen «La segunda visión». Juntos se tambalean al borde del fracaso, mientras Raj sostiene un objeto y Klara hace un gran esfuerzo para escuchar su señal antes de recorrer velozmente sus listas numeradas. Una zapatilla Reebok. Un paquete de caramelos. La marcada inhalación de sorpresa del público cuando acierta. Con razón requiere un trago o tres para calmarse después del espectáculo, horas antes de que esté lo suficientemente amodorrada para poder dormir.

Dos días antes de su estreno en el teatro ZinZanni, Raj regresa al apartamento de Klara después de su turno en el taller de reparaciones. Tendrán que trabajar durante toda la noche en «La jaula que desaparece».

—¿Has comprado el alambre? —pregunta arrojando su abrigo sobre una silla.

—No estoy segura. —Klara traga saliva. Se suponía que el día anterior debería haber ido a por un rollo de alambre grueso a la tienda de pinturas de Market, que Raj utilizaría para terminar la jaula—. Creo que se me ha olvidado.

Raj se acerca a ella.

—¿Cómo que crees que se te ha olvidado? O has ido a la tienda o no has ido.

No le ha hablado a Raj sobre sus episodios de pérdida de memoria. Ya han pasado meses sin que haya tenido ninguno, pero ayer Raj hizo un turno extra en el trabajo y ella no tuvo ninguna distracción de los pensamientos que pululan por su mente cuando está a solas: la ausencia de su padre, la decepción de su madre. Estuvo pensando cómo desearía que su hermano Simon pudiera verla ahora, no en el pequeño escenario de luz azul en Fillmore, sino en un verdadero teatro, con atrezo de verdad y un socio de verdad. Así que salió de su apartamento para dirigirse a un bar en Kearny y bebió hasta que sus pensamientos se detuvieron.

—Pues sí, se me ha olvidado —dice con resentimiento, puesto que Raj nunca deja pasar nada—. Y el alambre no está aquí, así que no debo de haber ido a por él. Iré mañana.

Camina hasta la habitación y hace como que acomoda la guirnalda de luces alrededor de la ventana. Él la sigue, la coge del brazo.

—¡No me mientas, Klara! Si no lo has hecho, di que no; tenemos un espectáculo que dirigir y a veces parece que me importa más a mí que a ti.

Raj diseñó sus tarjetas de presentación (LA INMORTAL —decían—, CON RAJ CHAPAL) y los nuevos trajes de Klara. Consiguió una chaqueta de esmoquin en una tienda de saldos y le pagó a un sastre para que la ajustara al cuerpo de Klara. Para «Las fauces de la vida», pidió un traje con lentejuelas doradas de un catálogo de patinaje sobre hielo. Klara se resistió —ella piensa que es horrible, que no parece de vodevil—, pero Raj dijo que destellaría bajo las luces.

—Esto me importa más que cualquier otra cosa —responde con un siseo—, y yo no te mentaría. Es ofensivo.

—Está bien..., mañana —dice Raj entornando los ojos.

En junio de 1982, días después de la muerte de Simon, Klara llegó al número 72 de Clinton para su funeral. Tras un vuelo nocturno desde San Francisco, se detuvo temblando frente a la entrada del edificio de apartamentos. ¿En qué tipo de persona se había convertido para no haber visitado a su familia en años? Mientras subía por la larga escalera, pensó que iba a vomitar. Sin embargo, cuando Varya abrió la puerta y la abrazó —«Klara», jadeó, y envolvió con su cuerpo delgado el de Klara, más llenito —, el tiempo que había pasado lejos no importó, todavía no. Eran hermanas. Eso era lo que importaba y nada más.

Daniel tenía veinticuatro años. Había estado ejercitándose en el gimnasio de la Universidad de Chicago, donde se preparaba para la Facultad de Medicina. Cuando se quitó la sudadera y Klara vio su pecho pálido y musculoso, con dos manchas simétricas de vello oscuro, se sonrojó. El acné le cubría la barbilla, pero su solemnidad de adolescente había cambiado por un marcado entrecejo, una mandíbula pronunciada y una larga nariz romana. Se parecía a Otto, su abuelo.

Gertie insistió en una ceremonia judía para el entierro. Cuando Klara era niña, Saul le explicó las leyes judías con dignidad y persistencia, como Flavio Josefo hizo con los romanos. «El judaísmo no es una superstición —dijo—, sino una forma de vivir conforme a la ley: ser judío es observar las leyes que Moisés trajo del monte Sinaí.» Sin embargo, a Klara no le interesaban las reglas. En la escuela hebrea le encantaban las historias. ¡Miriam, profeta amargada, cuya piedra rodante proporcionó agua durante cuarenta años de itinerancia! ¡Daniel, ileso en el cubil de los leones! Ellos le sugerían que podía hacer cualquier cosa, así pues, ¿por qué querría sentarse en el sótano de la sinagoga durante seis horas cada semana para estudiar el Talmud?

Además, era un club de chicos. Cuando Klara tenía diez años, veinte mil mujeres dejaron sus máquinas de escribir y a sus bebés para hacer la Huelga por la Igualdad en la Quinta Avenida. Gertie lo vio por televisión con un estropajo en la mano, los ojos brillantes como cucharas, aunque apagó la vieja Zenith en cuanto Saul llegó a casa. El *bat mitzvah* de Klara no fue una celebración individual en el *sabbat* como las ceremonias de sus hermanos, sino en un grupo de diez chicas —a ninguna de las cuales se le permitió recitar de la Torá o de la *haftará*— durante el servicio menor del viernes por la tarde. Ese año, el Comité de Leyes y Estándares Judíos decidió que las mujeres podían contar para un *minyán*, pero la cuestión sobre si podían ser rabinos, argumentaron, necesitaba mayor estudio.

Ahora, mientras estaban con lo que quedaba de su familia y Gertie recitaba el *Kel Maleh Rachamim* en hebreo, algo cambió. Un cerrojo se abrió, entró el aire y, con él, una marea colosal de pena —¿o era alivio?— por las palabras que había oído desde la infancia. No podía recordar cada uno de sus significados, pero sabía que conectaban a los muertos, Simon y Saul, con los vivos: Klara y Varya, Gertie y Daniel. En las palabras de la plegaria no faltaba nadie. En las palabras de la plegaria, los Gold estaban juntos.

Tres meses después, Klara regresó a Nueva York para los días sagrados. Suponía una agonía estar con alguien, como frotar papel de lija en una quemadura, pero aun así reunió el dinero para el billete de avión: era menos insoportable estar con las personas que también habían amado a Simon. Al principio fueron amables unos con otros. Sin embargo, a media semana la amabilidad voló como el polvo. Daniel cortaba manzanas con brusquedad.

—Tengo la sensación de que ni siquiera lo conocí —dijo.

Klara tiró la cuchara que estaba usando para coger miel.

—¿Por qué? ¿Porque era maricón? ¿Eso es lo que piensas de él, que sólo era un marica?

Las palabras le salieron disparadas. Varya la miró con disgusto. Klara había llenado una botella de agua con licor transparente y la había escondido bajo el lavabo del baño, en una cesta llena de sales de baño y botes de champú viejos.

—Baja la voz —dijo Varya. Gertie estaba en la cama, donde permanecía siempre que no estaban en algún servicio.

—No —le respondió Daniel a Klara—. Porque nos abandonó. No nos dijo *una mierda*. ¿Sabes cuántas veces lo llamamos, Klara? ¿Sabes cuántos mensajes le dejamos rogándole que nos hablara, preguntándole por qué se había ido? Y que tú estuvieras de acuerdo, guardando sus secretos, sin llamarnos siquiera —se le quiebra la voz—, sin llamarnos siquiera cuando enfermó...

—Yo no tenía derecho —dijo Klara, pero la voz le salió débil porque la culpa la consumía.

Ahora se da cuenta: la muerte de su hermano fue la bomba que los hizo estallar, incluso más que la de Saul. Varya y Daniel estaban llenos de resentimiento, Gertie sufría. Y si Klara no hubiera convencido a Simon para marcharse, ¿aún estaría vivo? Ella era la única que creía en las profecías; era la única que vigilaba, empujando para que se inclinara y modificara la trayectoria. Y no importaba cuántas veces recordara las palabras de Simon en el hospital, cómo había apretado su mano, cómo le había dado las gracias, pues no podía evitar sentir que las cosas habrían sido diferentes si hubieran ido a Boston, Chicago o Filadelfia, si se hubiera guardado sus malditas creencias para ella sola.

—Quería ser leal con él —murmuró.

—¿Sí? ¿Y dónde estaba tu lealtad hacia nosotros? —Daniel miró a Varya—. V dejó toda su vida en suspenso. ¿Crees que quiere estar aquí? ¿Veinticinco años y viviendo aún con mamá?

—Sí, a veces creo que sí. A veces creo que le gusta vivir sin correr riesgos. A veces —dice Klara mirando a Varya— creo que te sientes más cómoda así.

—Que te den —le espeta Varya—. No tienes ni idea de cómo han sido los últimos cuatro años. No sabes nada sobre responsabilidad o deber. Y probablemente nunca lo sepas.

Mientras Daniel se había hinchado, al parecer, Varya se había encogido. Estaba trabajando como ayudante administrativa en una compañía farmacéutica, tras abandonar la carrera para vivir con Gertie. Una tarde, Klara vio que Varya se inclinaba sobre la cama de su madre; Gertie tenía los brazos alrededor de ella y se estremecía. Klara retrocedió avergonzada. El privilegio del contacto con su madre, su confianza, era algo que Varya se había ganado.

Gertie pasó los días de penitencia en una niebla de miseria. Después de la muerte de Saul, había dicho: «Nunca más». No podía soportar una vez más las consecuencias del amor, así que le dijo adiós a Simon antes de que él se despidiera de ella. «No quiero que vuelvas.»

Él no había vuelto. Y ahora ya nunca lo haría.

—Se abren tres libros en el paraíso en *Rosh Hashaná* —dijo el rabino Chaim la primera noche de los días sagrados—. Uno para el perverso, uno para el virtuoso y otro para los que están en el medio. Los perversos están inscritos en el libro de la muerte, los virtuosos, en el libro de la vida, pero el destino de los que se encuentran en medio está suspendido hasta *Yom Kipur*, y, seamos honestos —añadió mientras los presentes sonreían—, somos la mayoría de nosotros.

Gertie no podía sonreír. Sabía que era malvada. Ningún rezo del mundo podría cambiar nada; sin embargo, debía intentarlo, dijo el rabino Chaim cuando ella fue a verlo en privado. Sus ojos mostraban generosidad a través de las gafas, su barba se movía apaciblemente. Ella pensó en la familia del rabino —su ocupada esposa, que hablaba en raras ocasiones, y sus tres saludables hijos—, y por un segundo lo odió.

Otro pecado.

El rabino Chaim puso una mano sobre su hombro.

—Nadie está libre de pecado, Gertie. Sin embargo, Dios no rechaza a nadie.

Entonces ¿dónde estaba Él? Desde la muerte de Saul, Gertie se había comprometido de nuevo con el templo y sus promesas, se había entregado como una amante; incluso se había inscrito a las clases de hebreo. Y, no obstante, después de haber llorado suficientes lágrimas para llenar el Hudson, no sentía perdón, ningún cambio. Dios permanecía tan distante como el sol.

En *Yom Kipur*, Gertie soñó que visitaba Grecia. Era un lugar donde nunca había estado, aunque había visto fotos en una revista en la consulta del dentista. En el sueño, estaba de pie en un acantilado y abrazaba dos urnas de cerámica llenas de cenizas: las de su esposo y las de su hijo. Desde el acantilado, Gertie podía ver iglesias de techos azules y casas blancas que se metían en la montaña, como una ofrenda retirada. Cuando vertió el contenido de las urnas en el agua sintió una libertad abrumadora, una soledad total tan vertiginosa que sintió la atracción del agua.

Cuando despertó, tenía náuseas por no haber enterrado a Simon y a Saul de acuerdo con la costumbre judía. La atracción del agua era mala, como la oscura pendiente de la pena.

Su camisón estaba empapado en sudor. Se puso la bata rosa y se arrodilló en el suelo de madera al pie de la cama.

—Simon, perdóname —murmuró mientras sus rodillas temblaban. Al otro lado de la ventana, el sol empezaba a alzarse y ella lloró por él, por todos los soles que Simon, su luminoso hijo, nunca vería—. Perdóname, Simon. Es culpa mía, culpa mía, lo sé. Perdóname, hijo.

No tenía consuelo. Nunca lo tendría. Sin embargo, notaba el sol, que entraba por la ventana de la habitación, cálido en su espalda. Podía oír el claxon de los taxis en Rivington y las tiendas que se abrían a la vida.

Caminó tambaleante hacia la sala, donde los niños —siempre los llamaría así— se habían dormido. Klara estaba acurrucada contra Varya en el sofá. Las largas piernas de Daniel colgaban sobre el brazo del sillón favorito de Saul. Cuando regresó a la habitación, hizo la cama y ahuecó la almohada de Saul. Se puso un traje oscuro de lana y medias color carne, metió los pies en los tacones negros que llevaba al trabajo, se maquilló y se puso rulos calientes en el pelo. Cuando volvió a salir, Varya, que estaba haciendo café, levantó la vista sorprendida.

—Mamá.

—Es martes —dijo Gertie con la voz rasposa por todo aquel tiempo en el que apenas había hablado—. Necesito ir a trabajar.

La oficina: el tintineo de las llaves, el aire acondicionado. En 1982, Gertie tenía su propio ordenador, un mágico monstruo gris que debía cumplir sus deseos.

—Muy bien —dijo Varya tragando saliva—. Bien. Vamos al trabajo.

Cuatro meses después, en enero de 1983, Klara vio a Eddie O'Donoghue entre los espectadores de un club del Haight. Mientras la izaban para «Las fauces de la vida», su cara vuelta hacia arriba se hizo cada vez más pequeña y su placa reflejó el brillo del foco. Klara tardó un momento en reconocerlo como el policía que una vez había hospedado a Simon; después se sintió arder por dentro. Se tambaleó al aterrizar, hizo una reverencia sin gracia y salió del escenario. Pensó en todas las veces que había

deslizado una mano dentro del bolsillo de un hombre y cogido uno o dos billetes de veinte, más aún si lo necesitaba. ¿La estaba buscando? ¿Para vengarse, quizá, porque lo había insultado en los escalones de la comisaría?

No, eso no tenía sentido. Era cautelosa cuando robaba carteras; tenía una vista cuidadosa que lo observaba todo. Un mes después, esos ojos vieron a Eddie de nuevo en un espectáculo en North Beach. Esta vez no llevaba uniforme, sólo una camiseta de cuello redondo y unos pantalones Dockers. Klara necesitó de toda su capacidad de concentración para la rutina de la copa y la pelota, para ignorar aquellos brazos cruzados y aquella sonrisa apretada, que vio también después en un club nocturno de la calle Valencia. Esta vez, ella casi dejó caer sus aros de acero. Después de la actuación, caminó hacia Eddie, sentado en un taburete de piel alto en la barra.

—¿Y a ti qué te pasa?

—¿Qué me pasa? —preguntó el policía parpadeando.

—Sí, ¿qué te pasa? —Klara se sentó en el taburete a su lado, que chirrió—. Es la tercera actuación a la que vienes. Así que, ¿qué te pasa?

Eddie frunció el ceño.

—Vi la foto de tu hermano en el periódico.

—Que te jodan —dijo ella, y se sintió tan bien como el alcohol al quemar un virus, así que volvió a decirlo—: Que te jodan. No sabes nada de mi hermano.

Eddie se encogió. Había envejecido desde que lo había visto frente a la comisaría de policía de la calle Mission. Había arrugas bajo sus ojos y pelo anaranjado alrededor de su barbilla. Su cabello rubio rojizo estaba revuelto, como si acabara de levantarse de la cama.

—Tu hermano era joven. Fui duro con él. —Eddie la miró a los ojos—. Me gustaría disculparme.

Klara se quedó rígida. No esperaba algo así. Sin embargo, no podría perdonarlo. Cogió su gabardina y su bolsa de lona y salió del bar lo más rápidamente que pudo sin atraer la atención del dueño: un cerdo que nunca perdía la oportunidad de presionarla para que se tomara un trago. Fuera hacía mucho frío, y se oía una canción punk procedente de la entrada de Valencia Tool & Die. Klara entornó los ojos. Parecía increíble que Eddie estuviera vivo y Simon no, y sin embargo así era; estaba vivo y en ese momento corría hacia ella, con mirada firme y decidida.

—Klara —dijo—. Tengo que decirte algo.

—Que lo sientes, ya lo sé. Gracias. Estás absuelto.

—No. Algo más, de tu espectáculo —prosiguió Eddie—. Me ha transformado.

—Te ha transformado. —Klara ahogó la risa—. Qué bien. ¿Te gusta mi vestido? ¿Te gusta cómo se me marca el culo cuando giro?

—Qué grosera. —Hizo una mueca.

—Es la verdad. ¿Crees que no sé por qué vienen en realidad los hombres a mi espectáculo? ¿Crees que no sé lo que obtenéis de él?

—No, creo que no lo sabes. —Se sentía herido, pero sostuvo su mirada con una terquedad que la sorprendió.

—Está bien. ¿Qué obtienes de él?

Eddie abrió la boca justo cuando la puerta del Die expulsó a un grupo de punks, que hicieron una pausa para fumar contra la fachada vacía. Llevaban las cabezas rapadas o teñidas, y les colgaban cadenas de los cinturones. En comparación, él parecía terriblemente convencional, e hizo una pausa incómoda. Hacía años, Klara podría haber sentido compasión por él, por cualquiera, pero ahora su compasión se había agotado. Dio media vuelta y caminó con prisa hacia la calle Veinte.

—Cuando era niño —dijo Eddie detrás de ella— me encantaban los cómics. *Flash*, *Atom*..., el que fuera. Veía a Linterna Verde cuando miraba al cielo. Si pasaba junto a un incendio, sabía que era Johnny Blaze. Pensé que mi reloj de pulsera era el de Jimmy Olsen; joder, pensaba que yo era Jimmy Olsen. «Alucinas —me decía mi padre—. Eso es lo que pasa.» Pero no, eran mis sueños.

Klara cruzó los brazos, apretando contra sí la gabardina, pero dejó de caminar. Levantó la vista cuando Eddie la alcanzó y la rodeó para quedar enfrente.

—Por supuesto, no podía decirle eso a mi padre —prosiguió Eddie—. Estoy hablando de un católico irlandés anticuado y conservador, organizador de un sindicato, miembro de la Antigua Orden de los Hibernianos. «¿Me oyes? Alucinas —decía—. Y no quiero volver a oír una palabra.» «Muy bien», decía yo. Y no volví a hablar de ello. Fui al Sagrado Corazón y me uní al cuerpo, y me imaginé que podía seguir siendo uno de ellos. Un héroe, ¿sabes? Sin embargo, no era como ellos. Era un hombre, o menos incluso, un cerdo. Odiaba a los chicos y a los gais y a los malditos hippies, a todos los que no habían trabajado tan duro como yo y a aquellos a los que, aun así, les iba mejor que a mí. A las personas, pensaba, como tu hermano.

Klara comenzó a llorar. No costaba mucho hacerla llorar. El mes siguiente se cumpliría un año desde que se tumbó al lado de Simon y lo vio respirar por última vez.

—Estaba equivocado —dijo Eddie—. Cuando te vi sacando una carta de la nada o trabajando con los aros de acero, me acordé de los cómics. ¿Cómo era posible ser más de lo que eras, más de lo que habías empezado siendo? Me imagino que una forma de decirlo es que me diste fe. Otra es que pensé que a lo mejor aún no estoy del todo perdido.

Durante unos segundos, Klara no pudo hablar. Finalmente, sin que ella lo supiera, le había hecho recordar a alguien la magia. Le había dado fe a Eddie.

—No te estás burlando de mí, ¿verdad? —le preguntó.

Él sonrió como un niño, y esa ingenuidad la hizo llorar aún más.

—¿Por qué iba a hacerlo? —dijo, y se inclinó hacia delante, con las manos en los bolsillos, para besarla.

Klara se quedó inmóvil por la conmoción. La habían besado muchas veces, pero sólo ahora se daba cuenta de lo íntimo que era ese acto. Apenas había hablado con

alguien desde la muerte de Simon; por lo general era demasiado doloroso incluso ver a Robert. Dentro de ella, una bandada de pájaros se elevó y voló hacia Eddie desesperadamente. Sin embargo, cuando él se separó para sonreírle, una sonrisa de placer y de buena fortuna, su desesperación se convirtió en repulsión. ¿Qué pensaría Simon?

—No —dijo en voz baja.

La mano de Eddie apareció detrás de su cuello para acercarla más, porque no la había oído o porque había decidido fingir que no la había oído, y ella permitió que la besara por segunda vez. Al hacerlo, podía fingir ser un tipo diferente de persona: alguien que besaba a un hombre porque le gustaba, no porque la hiciera olvidar el abrupto acantilado al que se aferraba con las uñas.

—No —repitió, y como Eddie no la soltaba, le pegó en el esternón.

Él se quejó y se tambaleó hacia atrás. Un autobús de la línea 26 pasó por Valencia, soltando una nube por el tubo de escape, y Klara corrió hacia él. Cuando el humo se dispersó, Eddie estaba solo junto a una farola con la boca abierta y Klara se había ido.

Ese otoño, durante los días sagrados, regresó a Nueva York por tercera vez. Klara y Varya cortaban manzanas para el *kugel*, Gertie cocinaba fideos y Daniel contaba historias de su vida en Chicago. Varya, de veintisiete años, finalmente se había mudado a su propio apartamento. Había empezado la carrera en la Universidad de Nueva York, donde estudiaba Biología molecular. Su especialización era la expresión genética: ayudaba a un profesor invitado en la remoción de genes mutantes de organismos de crecimiento rápido —bacterias y levaduras, gusanos y moscas de la fruta— para ver si alteraban su probabilidad de enfermedad. Al final, esperaba hacer lo mismo en humanos.

Por las noches, Klara se subía a la litera con *Zoya*, que, a su avanzada edad, había adoptado un regio desinterés por deambular por la casa. Con la gata sobre el abdomen y Varya en la otra litera, le pedía que le contara historias de su trabajo. Le daba esperanza: la coincidencia de la expresión genética y las infinitas variables que podrían usarse para modificar el color de los ojos, la predisposición a la enfermedad, o incluso a la muerte. No se había sentido tan cerca de sus hermanos en años, y todos, incluso Gertie, parecían ahora más ligeros. Cuando, antes de *Yom Kipur*, Gertie sugirió que los Gold representaran el *kaparot*, en el que se hacen equilibrios con un pollo vivo sobre la cabeza mientras se recita del *majzor* («hijos del hombre, que habitan en tinieblas y a la sombra de la muerte —entonó—, aprisionados por la miseria y por cadenas de hierro»), Klara estalló en risas; el *jaroset* que tenía en la boca salpicó la camisa de Daniel.

—Es lo más deprimente que he oído —dijo.

—¿Y qué pasa con el pobre pollo? —preguntó Daniel, quitándose de encima la manzana masticada de Klara con dos dedos. La indignación de Gertie desapareció y de repente ella también se estaba riendo: un milagro, le pareció a Klara, quien no había oído a su madre reírse en años.

Sin embargo, Klara aún no podía explicarle a nadie lo que había significado para ella perder a Simon. Al mismo tiempo, lo perdió a él y se perdió a sí misma, a la persona que era en relación con él. También había perdido tiempo, pedazos enteros de vida que sólo Simon había presenciado: el dominio de su primer truco de monedas a los ocho, sacar monedas de las orejas de Simon mientras se reía. Las noches en que se escapaban por la escalera de incendios para ir a bailar a los clubes atestados del Village: las noches en que lo observaba mirar a los hombres, cuando dejaba que ella lo viera. La manera en que sus ojos brillaron cuando Klara le dijo que iría a San Francisco, como si fuera el mejor regalo que alguien le hubiera hecho. Incluso al final, cuando habían discutido sobre Adrian, era su hermano pequeño, su persona favorita en el mundo. Alejándose de ella.

En el número 72 de Clinton, se acostó en su antigua cama y cerró los ojos hasta que su presencia fue tangible. Ciento treinta y cinco años antes, las hermanas Fox oyeron golpes en su habitación de Hydesville. Una tarde gris y ventosa de septiembre de 1983, Simon hizo ruido para que Klara lo oyera. Fue más que un rechinar en las tablas del suelo, más que el quejido de una puerta: un golpe bajo y sonoro que parecía llegar de las entrañas del número 72 de Clinton, como si el edificio se crujiera los nudillos.

Klara abrió unos ojos como platos. Podía percibir los latidos de su corazón en los oídos.

—¿Simon? —aventuró.

Contuvo la respiración. Nada.

Luego negó con la cabeza. Se estaba emocionando demasiado.

No había olvidado en absoluto el golpe del 21 de junio de 1986, en el cuarto aniversario de la muerte de Simon. Había pasado los aniversarios previos en bares, tomando vodka solo hasta que olvidaba qué día era, pero ese año se había obligado a prepararse café, a atarse las Dr. Martens y a caminar hasta el Castro. Fue asombroso: muchos de los clubes gais habían cerrado junto con las saunas, pero el Purp seguía abierto. Incluso parecía que lo acabaran de pintar. Deseó poder hablarles de ello a Simon o a Robert. A Robert nunca le había gustado el Purp, pero Klara sabía que le encantaría enterarse de que había sobrevivido.

Robert. Solía encontrarse con él en el centro. En 1985, el presidente Reagan seguía sin reconocer el sida, y en protesta dos hombres se encadenaron a un edificio en la plaza de las Naciones Unidas. Klara y Robert llevaron comida y ejemplares del *Bay Area Reporter* a una creciente masa de voluntarios. Si Robert no tenía muchas náuseas, dormían fuera. Klara le rogó a una enfermera que había cuidado a Simon que incluyera a Robert en los ensayos clínicos con suramina y le dieron la última

plaza disponible. Pero el medicamento le daba náuseas, tantas que no podía bailar, así que lo dejó después de algunos días. Klara llamó a la puerta del apartamento de la calle Eureka donde ahora Robert vivía solo.

—¡Se lo debes a Simon! —gritó—. Ahora no puedes dejarlo.

Para agosto, ya no se hablaban. Para octubre, todos los pacientes que habían participado en los ensayos estaban muertos.

Cuando Klara lo leyó en el periódico, sintió su cuerpo entero en llamas, como si pudiera derretirse y escurrirse a través del suelo por el boquete de la quemadura. Trató de llamar a Robert, pero había dado de baja el número telefónico. Cuando llegó a la academia, Fauzi le dijo que Robert se había mudado otra vez a Los Ángeles. «Simplemente recogió sus cosas y se fue.» Eso había ocurrido siete meses antes. No había podido contactar con él desde entonces.

Encontró una flor anaranjada en el suelo y la colgó en el tirador de la puerta del Purp. Esa noche preparó el asado de Gertie, que a Simon le encantaba, y se desnudó para meterse en la bañera. Bajo el agua, su cabello se extendió como el de Medusa. Pudo oír un eco de voces, pisadas amortiguadas en la escalera y después un crujido. Lo reconoció instantáneamente como el ruido que había oído en Nueva York.

Salió disparada a la superficie, mojando el suelo.

—Si eres real —dijo—, si eres tú, hazlo otra vez.

El ruido se oyó por segunda vez, como un bate golpeando una pelota.

—Dios... —Empezó a temblar y sus lágrimas cayeron al agua—. Simon.

Junio de 1988: Raj está en el escenario del teatro ZinZanni mientras Klara se maquilla en el camerino. Es el teatro más bonito en el que ha estado, con un espejo dorado y una pantalla de televisión que muestra lo que ocurre en el escenario.

—La vida no consiste tan sólo en desafiar a la muerte —dice Raj mientras su voz sale de los altavoces a cada lado del televisor—. También consiste en desafiarse a uno mismo, en *insistir* en la transformación. Mientras uno pueda transformarse, amigos, no puede morir. ¿Qué tiene Clark Kent en común con un camaleón? Justo cuando están al borde de la destrucción, cambian. ¿Adónde han ido? A donde nadie puede verlos. El camaleón se convierte en una rama. Clark Kent se convierte en Superman.

Klara ve al Raj en miniatura de la pantalla abrir los brazos. Se perfila los labios con un lápiz rojo brillante.

Tres meses después, Klara vuela a Nueva York: sus visitas en los días sagrados se han vuelto una tradición. Está mareada de felicidad. «La segunda visión» fue un éxito, y aunque la jaula plegable se clavó como si de venas se tratara en la manga de la chaqueta de Klara —iban a pedirle a la costurera que lo arreglara—, al parecer, nadie del público se dio cuenta. El teatro ZinZanni los contrató para diez espectáculos más.

Klara quiere que Raj conozca a su familia, pero no pueden permitirse comprar dos billetes a Nueva York. Pronto, sin embargo, dice él, tendrán el dinero para ir a cualquier parte. En *Rosh Hashaná*, Klara arrastra a Varya al cuarto de las literas. Da la impresión de que su cuerpo es todo de helio, como si pudiera elevarse al techo con sólo quitarse los zapatos.

—Creo que quizá nos casemos —dice.

—Empezasteis a salir en marzo —repite Varya—. Sólo han pasado seis meses.

—En febrero —la corrige Klara—. Siete meses.

—Pero Daniel ni siquiera se lo ha propuesto todavía a Mira.

Mira es la novia de Daniel. Se conocieron hace un año, cuando ella estaba estudiando Historia del arte, y ya había ido a conocer a Varya y a Gertie. En cuanto Daniel encuentre trabajo, planea proponérselo con un anillo de rubí que Saul le dio a Gertie en su día.

Klara le acomoda un rizo detrás de la oreja a Varya.

—Estás celosa.

Observa a su hermana, sin acusarla, y es eso, la ternura en la voz de Klara, lo que hace que Varya se estremezca.

—Claro que no, me alegro por ti —responde.

Varya debe de pensar que es otro de los arrebatos de Klara, algo que abandonará dentro de uno o dos meses. No sabe que ya casi lo tienen todo listo, que Klara tiene su vestido y Raj su traje, que planean ir al ayuntamiento en cuanto ella regrese de Nueva York. Con toda seguridad, no sabe nada del bebé.

Fue una sorpresa que no los sorprendió. Klara sabe lo que ocurre cuando no tomas precauciones, pero aun así ella no las tomaba. Fue más que eso, fue lo repentino, el escarceo a la orilla de la causalidad —«si esto, entonces algo»— con el hombre que ama.

¿Qué es engendrar un bebé sino hacer aparecer una flor de la nada, convertir un pañuelo en dos?

Dejó de beber. Para el tercer trimestre tenía la mente clara, nunca había estado mejor, pero ése es el problema: está demasiado vacía, kilómetros de espacio donde Klara se sienta y piensa. Se distrae imaginándose al bebé. Cuando le da patadas, Klara ve sus pequeños pies. Le dijo a Raj que tenían que llamarlo Simon. Durante el último mes, cuando está tan hinchada que los zapatos ya no le caben, cuando no puede dormir más de treinta minutos seguidos, se imagina la cara de Simon y ya no le molesta el bebé. Entonces, cuando un médico saca a la criatura del cuerpo de Klara una noche tormentosa de mayo y Raj grita «¡Es una niña!», ella sabe que debe de haber un error.

—No puede ser. —Delira de dolor; siente como si una bomba le hubiera explotado en el cuerpo y ella, la estructura vacía, está al borde del colapso.

—Ay, Klara... —dice Raj—. Claro que sí.

Envuelven a la niña y se la entregan a Klara. Su cara es colorada, como si estuviera sorprendida de estar viva. Sus ojos son tan oscuros como pequeñas aceitunas.

—Estabas tan segura... —dice Raj. Se está riendo.

Lllaman Ruby a la pequeña. Klara recuerda que una amiga de Varya se llamaba así, una niña que vivía en el apartamento de encima del 72 de Clinton. Rubina. Es hindi, algo que la madre de Raj habría apreciado. Él se muda al apartamento de Klara y arrulla a Ruby, le canta canciones de cuna en su hindi oxidado: «*Soya baba Soya. Macjan roti chini*».

En junio, la familia de Klara los visita. Ella les muestra el Castro —Gertie sujeta con fuerza su bolso cuando pasan junto a un grupo de *drag queens*— y los lleva a una función de Corps. Klara se sienta al lado de Daniel con el estómago hecho un nudo —no sabe cómo responderá él cuando vea a hombres bailando ballet—; sin embargo, cuando los bailarines hacen su reverencia, aplaude más fuerte que nadie. Esa noche,

mientras el asado de Gertie está en el horno, Daniel le habla a Klara sobre Mira. Se conocieron en el comedor de la universidad y desde entonces han pasado largas noches en los bares de Hyde Park y en cafeterías abiertas veinticuatro horas debatiendo sobre Gorbachov, la explosión de la NASA y los méritos de *E. T.*

—Te desafía —comenta Klara. Ruby está durmiendo, su cálida mejilla pegada al pecho de ella, y por una vez siente que no hay nada malo en el mundo—. Eso es bueno.

En el pasado, Daniel habría contestado: «¿Me desafía? ¿Qué te hace pensar que necesito eso?», pero ahora asiente.

—Y no sabes cuánto —dice con un suspiro tan satisfecho que Klara casi siente vergüenza de oírlo.

Gertie adora a la pequeña. Coge constantemente a Ruby en brazos, mirando su nariz del tamaño de una frambuesa, mordisqueando sus dedos en miniatura. Klara busca un parecido entre ellas y encuentra uno: ¡sus orejas! Son pequeñas y delicadas, curvadas como conchas. Sin embargo, cuando Gertie conoce a Raj, boquea silenciosa como un pez. Klara observa que su madre hace inventario: la piel oscura de Raj, sus botas de trabajo, su desparpajo secular. Arrastra a Gertie al baño.

—Mamá —dice entre dientes—, no seas racista.

—¿Racista? —pregunta ella sonrojándose—. ¿Es demasiado pedir que la niña sea criada como judía?

—Sí —responde Klara—. Lo es.

Varya tiene un montón de consejos que ofrecer.

—¿Ya has intentado darle leche tibia? —pregunta cuando Ruby llora—. ¿Y pasearla en el cochecito? ¿Tienes un columpio para bebés? ¿Tiene cólicos? ¿Dónde está su chupete?

A Klara le da vueltas la cabeza.

—¿Qué es un chupete?

—¿Qué es un chupete? —repite Gertie.

—No puede ser cierto —dice Varya—. ¿No tiene chupete?

—Y este apartamento no es a prueba de niños —añade Gertie—. Espera a que empiece a caminar: podría abrirse la cabeza con esa mesa, caerse por la escalera.

—Está bien —interviene Raj—. Tiene todo lo que necesita.

Coge al bebé de los brazos de Varya, que se resiste un momento de más.

—¡Dásela! —bromea Daniel dando a Varya un codazo en las costillas, lo que motiva una bofetada de respuesta y un grito tan fuerte que Klara casi les pide que se vayan.

Sin embargo, cuando se van al día siguiente, los extraña terriblemente. Gertie se mete con dificultad en el asiento delantero de un taxi; Varya y Daniel dicen adiós con la mano desde la ventanilla trasera. Mientras estaban ahí, era fácil ignorar la ausencia de Simon y Saul. A su padre le encantaban los bebés. Klara todavía recuerda haber visitado el hospital cuando su madre tuvo a Simon, que nació de nalgas y con el

cordón umbilical enrollado en el cuello como un collar. Saul se detuvo frente a la sala de cuidados intensivos para observar a su niño medio azul nacido del revés, el último. En casa podía sostenerlo en brazos durante horas. Cuando Simon se retorció durante el sueño o hacía pucheros, Saul reía con un placer desproporcionado.

Cuando eran niños, los hermanos creían que Saul podía responder a cualquier pregunta que desearan hacerle. Sin embargo, a Klara y a Simon empezaron a disgustarles sus respuestas. Menospreciaban su rutina de trabajo y de estudio de la Torá, su uniforme de pantalón de vestir, gabardina y sombrero. Ahora Klara siente más simpatía por él. Saul descendía de inmigrantes y Klara sospecha que vivía con miedo de perder lo que la vida le había dado. Comprende también la soledad de la paternidad, que es la soledad de la memoria: saber que ella conecta con un futuro que sus padres no podrán conocer, con un pasado que su hija no podrá conocer. Ruby se acercará a Klara con preguntas. ¿Qué le responderá ella con insistencia frenética nunca antes oída? A Ruby el pasado de Klara le parecerá un cuento; Saul y Simon no serán más que los fantasmas de su madre.

Para octubre han pasado meses desde la última actuación de Klara y Raj. Ella no podía hacer «Las fauces de la vida» mientras estaba embarazada; ahora, las noches que pasa despierta con Ruby nublan su atención y no es capaz de contar bien en el número de lectura mental. No han podido recuperar los costes de sus materiales. Sus escasos ahorros se han ido en pañales, juguetes y ropa que a Ruby se le queda pequeña al cabo de una hora. Raj camina del Tenderloin hasta North Beach, preguntando en los clubes nocturnos y en los teatros, pero la mayoría lo rechazan. El dueño del teatro ZinZanni sólo puede darles cuatro fechas ese otoño.

—Tenemos que irnos —le dice Raj durante la cena—. Llevar el espectáculo de gira; San Francisco está quemado. La gente de aquí son como robots, son computadoras. Hay que darles muerte. —Finge pelearse con una computadora invisible.

—Espera —dice Klara alzando un dedo—. ¿Has oído eso?

Ya le ha hablado antes a Raj de los golpes de Simon, pero él siempre dice que no los oye. Esta vez no es posible que no lo haya oído. El ruido ha sido fuerte como un disparo; incluso la niña ha llorado. Tiene cinco meses, el sedoso cabello negro de Raj y la sonrisa de gato de Cheshire de Klara.

—No hay *nada ahí*. —Raj deja el tenedor.

A Klara la complace que Ruby pueda oír los golpes. Coge a la pequeña en brazos y le besa los nuevos dientes puntiagudos.

—Ruby —canturrea—. Ruby sabe.

—Céntrate, Klara. Te estoy hablando de mudarnos, de hacer dinero. De darle nueva vida al tema. —Raj da una palmada frente a su cara—. La ciudad está acabada, nena. Está muerta. Tenemos que abandonarla. Buscar oro en otra parte.

—A lo mejor ampliamos el negocio demasiado rápido —dice Klara cuando Ruby empieza a llorar de nuevo; la palmada la ha asustado—. A lo mejor tenemos que calmarnos.

—¿Calmarlos? Eso es lo último que necesitamos hacer. —Raj empieza a pasearse de un lado a otro—. Tenemos que movernos. Tenemos que seguir moviéndonos. Te quedas demasiado tiempo en un lugar y te quemas en todas partes. Ése es el secreto, Klara. No podemos dejar de movernos.

Tiene la cara encendida como una calabaza de Halloween. Raj tiene grandes ideas, igual que Klara; es una de las cosas que le gustan de él. Ella piensa en la caja negra de Ilya. «Su destino es estar en la calle», dijo Ilya. A lo mejor el de ella también.

—¿Adónde iríamos? —pregunta.

—A Las Vegas —dice Raj.

—Ni hablar —ríe Klara.

—¿Por qué?

—Es ordinario —dice empezando a contar con los dedos—. Es exagerado y excesivo. Es vulgar, pero ridículamente caro. Y nunca hay mujeres protagonistas.

Las Vegas le recuerda la primera y única convención de magia a la que asistió: un evento ostentoso en Atlantic City en el que la cola para el baño de hombres era más larga que la de mujeres.

—Sobre todo —añade—, es falso. No hay nada auténtico en Las Vegas.

Raj enarca las cejas.

—Tú eres maga.

—Exactamente. Soy una maga que actuaría en cualquier lugar menos en Las Vegas.

—En cualquier lugar menos en Las Vegas. Podría ser el título de nuestro nuevo espectáculo.

—Qué bonito. —Ruby se queja y Klara maniobra con incomodidad para levantarse la camiseta. Antes caminaba desnuda por el apartamento, pero ahora se avergüenza de su cuerpo—. Preferiría que viviéramos como nómadas.

—Vale —dice Raj—. Viviremos como nómadas entonces. Nos quedamos unos cuantos meses en cada ciudad, vemos mundo.

Ruby se despega, distraída. Klara se baja la camiseta y Raj coge a Ruby por las axilas.

—San Francisco está lleno de recuerdos, Rubycita —dice—. Si te quedas aquí, acabas mezclándote con los fantasmas.

¿Se imagina Klara que la está mirando a ella? Los ojos de Raj son como puntas de lápiz. Sin embargo, tal vez se equivoque; cuando vuelve a mirarlo, está jugando con la niña, haciendo pedorretas sobre su suave piel morena.

Klara se levanta para recoger los platos.

—¿Dónde nos quedaríamos?

—Conozco a alguien —dice Raj.

Esa noche, Raj y Ruby se duermen enseguida, pero Klara no puede. Se levanta de la cama y pasa junto a la cuna de Ruby en dirección al armario, donde guarda la caja negra de Ilya. Dentro hay cartas y aros de acero, sus pelotas y sus pañuelos de seda. Ya no la usa muy a menudo, los números más espectaculares desbancaron a sus trucos de prestidigitación, pero ahora se lleva dos pañuelos a la mesa redonda de la cocina. Las viejas lucecitas con forma de guindilla de Raj están colocadas alrededor de la ventana; para evitar que se dé cuenta, las deja apagadas. Antes de sentarse, saca la botella de vodka de detrás del frigorífico y se sirve un trago.

Antes trabajaba así hasta tarde. De adolescente, esperaba hasta que oía que la respiración de Simon se acompañaba, hasta distinguir los ruidos amortiguados del sueño de Varya, hasta que Daniel comenzaba a roncar, y después sacaba sus utensilios de debajo de la cama y los llevaba a la sala. Disfrutaba del silencio inusual y de la sensación de que todo el apartamento era suyo. También entonces dejaba las luces apagadas y se sentaba en el suelo junto a la ventana para alumbrarse con la luz de las farolas de Clinton. Durante meses, esas sesiones fueron su secreto. Sin embargo, una noche de invierno entró en la sala y se encontró con que su padre se le había adelantado.

Durante unos segundos, no se dio cuenta de su presencia. Estaba sentado en su sillón favorito —de respaldo alto y tapizado con terciopelo color verde— leyendo un libro. Había fuego reciente en la chimenea, los troncos brillaban.

Klara estuvo a punto de dar media vuelta, pero se detuvo. Si él podía estar sentado ahí a la una de la madrugada, ¿por qué ella no? Salió de la oscuridad del pasillo hacia el umbral de la sala, donde Saul por fin la vio.

—¿No puedes dormir? —preguntó ella.

—No —dijo Saul, y levantó su libro.

Era el Talmud, por supuesto. Klara no sabía cómo no se había hartado aún de él. Para entonces, ya lo había leído de todas las maneras posibles: de adelante hacia atrás, de atrás hacia delante, en fragmentos breves elegidos aleatoriamente, y en fragmentos largos en los que trabajaba durante semanas. A veces, miraba una sola página durante varios días.

—¿Qué parte estás leyendo? —le preguntó Klara, una pregunta que generalmente evitaba para evitar también una conferencia sobre el sacrificio de la hija de Jefté, o sobre los babilonios que se negaron a venerar la estatua dorada del rey Nabucodonosor y, así, sobrevivieron cuando los arrojó a un horno.

Saul dudó. A esas alturas ya casi se había hecho a la idea de que no podrían hacer un estudio de la Torá en familia. Incluso Gertie se distraía cuando él leía los libros en voz alta.

—La historia del rabino Eliezer y el horno —respondió—. Era el único sabio que creía que un horno impuro podía purificarse.

—Ah. Es una buena historia —dijo Klara de manera estúpida, porque no podía recordar la historia.

Esperaba que Saul continuara, pero en lugar de eso la miró a los ojos y sonrió de sorpresa o de alegría por su reacción. Ella se adentró más en la habitación, sosteniendo un mazo de cartas en una mano. Cuando se sentó junto a la ventana, Saul regresó al Talmud. Permanecieron así hasta que los troncos crujieron y los dos bostezaron. Cuando volvieron a sus respectivas habitaciones, Klara durmió mejor de lo que lo había hecho en meses.

Gertie nunca aprobó la afición a la magia de Klara. Pensaba que, con toda seguridad, crecería y se olvidaría de ella; sin duda iría a la universidad, como Varya, y tendría la carrera que ella nunca había tenido. Sin embargo, Saul era diferente. Y por eso Klara podía marcharse de casa semanas después de su muerte, por eso podía hacer algo así sin odiarse: porque no era su madre quien se había marchado, sino su padre, quien había permanecido despierto con ella durante largas noches en perfecto silencio, y quien, la mañana de su muerte, levantó la mirada de la Mishná para verla transformar un pañuelo azul en uno rojo.

—Es maravilloso —dijo mientras la seda se deslizaba a través de sus manos, y sonrió de una manera pícaro que le recordó a Ilya—. Vuelve a hacerlo, ¿vale?

Así que lo hizo una y otra vez hasta que él bajó el gran libro, cruzó una pierna sobre la otra y la observó realmente, no de la manera vaga en que a menudo miraba a sus hijos, sino con verdadero interés y asombro, como observaba a Simon de bebé. Por tanto, él habría comprendido su decisión de irse, ¿o no? Fuera como fuese, el judaísmo le había enseñado a seguir adelante, sin que le importara que trataran de hacerla prisionera. Le había enseñado a crear sus propias oportunidades, a convertir las piedras en agua y el agua en sangre. Le había enseñado que ese tipo de cosas eran posibles.

A las cuatro de la mañana Klara está mareada, con las manos agarrotadas por el satisfactorio dolor muscular que causan horas de trabajo. Piensa en devolver los pañuelos a la caja de Ilya, pero en cambio se los mete en el puño izquierdo y después los aprieta con la punta del pulgar derecho; cuando abre la mano, los pañuelos han desaparecido. Piensa en qué significa dejar San Francisco, en si al viajar de un lado a otro sentirá alguna vez que está en casa, y a su mente acude una de las historias de Saul. El año es 1948, el escenario, la cocina de un apartamento de la calle Hester. Un hombre y un niño están sentados a cada lado de una mesa, sus cabezas casi tocándose por encima de una radio Philco PT-44. El niño era Saul Gold. El hombre era Lev, su padre.

Cuando oyeron que el mandato británico había expirado, Lev se tapó la boca con las manos. Tenía los ojos cerrados y unas lágrimas se escurrieron sobre su barba.

—Por primera vez nosotros, los judíos, estaremos a cargo de nuestro propio destino —dijo cogiendo la barbilla estrecha de Saul—. ¿Sabes qué significa? Que siempre tendrás un lugar adonde ir: Israel siempre será tu hogar.

En 1948, Saul tenía trece años. Nunca antes había visto llorar a su padre. De repente, se dio cuenta de que lo que él entendía como su hogar —un apartamento de dos habitaciones en un edificio de ladrillo recién remodelado sobre la panadería Gertel's— para su padre no era más que atrezo en el escenario de otro, algo que en cualquier momento podía desmontarse y llevar entre bambalinas. En su ausencia, el hogar estaba en el ritmo de la *halajá*: la plegaria diaria, el *sabbat* semanal, los días sagrados anuales. Su cultura estaba en el tiempo. En el tiempo y no en el espacio, estaba su hogar.

Klara devuelve la caja de Ilya al armario y se mete en la cama. Alzándose sobre un codo, alcanza la cortina y abre un resquicio por el que puede ver una uña de luna. Siempre había pensado en su hogar como en un destino físico, pero quizá Raj y Ruby son hogar suficiente. Quizá el hogar, como la luna, la seguirá dondequiera que vaya.

Le compran una autocaravana a un compañero de trabajo de Raj. Klara esperaba que fuera deprimente, pero Raj retoca la mesa de madera de la cocina, quita las encimeras de plástico anaranjado y las reemplaza por un laminado que parece mármol. Canta *Hit the Road, Jack*. Monta estantes junto a la cama y les pone protecciones de aluminio para evitar que los libros se caigan cuando la autocaravana se mueva. Durante el día, la cama se convierte en un sofá, y deja libre un pequeño trozo de suelo donde Ruby puede jugar. Klara confecciona unas cortinas de terciopelo rojo y pone la cuna de Ruby al lado de la ventana trasera para que pueda ver pasar el mundo. Cargan su equipo en el compartimento de almacenaje trasero.

Una mañana fría y soleada de noviembre, se disponen a dirigirse hacia el norte.

Klara asegura a Ruby en su sillita.

—Di adiós, Rubini —dice Raj, estirándose hacia atrás para alzarle la mano—. Dile adiós a todo eso.

«Os quiero —piensa Klara mirando el templo taoísta, la panadería debajo del apartamento, la anciana que lleva cajas de comida china en bolsas de plástico rosa—. Adiós a todos.»

Consiguen dos actuaciones en un casino de Santa Rosa, cuatro en un hotel del lago Tahoe. El público sonrío a Raj —presentador y hombre de familia— y a Ruby, de ojos grandes bajo un sombrero de copa de tamaño infantil que Raj usa para recoger propinas después de cada espectáculo. Guarda el dinero bajo el asiento del conductor en una caja con cerrojo. En Tahoe compra un teléfono de coche para las contrataciones. Klara quiere llamar a su familia, pero Raj se lo impide.

—La factura ya es muy cara —dice.

Cuando llega el invierno, viajan al sur. En Los Ángeles hay una competencia terrible, pero les va bien en las ciudades universitarias y mejor en los casinos del desierto. Sin embargo, Klara odia los casinos. Los dueños siempre la confunden con la ayudante de Raj. La gente se sube a las mesas de cartas y a las máquinas tragaperras porque quieren ver a una mujer joven girar con un vestido entallado o porque están demasiado borrachos para irse a casa. Les gusta el truco indio de las agujas de Raj, pero abuchean «La jaula que desaparece». «Se la ha metido en la manga», grita alguien, como si el fallo en el truco fuera una ofensa personal. Klara recuerda con nostalgia los pequeños espectáculos en San Francisco, los escenarios desvencijados y oscuros, pero se olvida de los espectadores molestos, olvida que, en realidad, nadie quiere lo que ella vende, ni allí ni aquí.

Durante el día, mientras Raj está en reuniones, ella le lee a Ruby en la caravana. Admira el paisaje del desierto, las montañas azules y el cielo helado, pero no le gusta el ambiente, al mismo tiempo lánguido y agitado, o el calor que se aprieta contra ella como unas manos. En su neceser de maquillaje guarda botellas en miniatura de vodka, que prefiere por la claridad y el golpe repentino, por la manera en que le desgarran la garganta. Por la mañana, cuando Raj se va, le echa dos dedos a su café instantáneo. Algunas veces camina con Ruby hasta una tienda cercana y compra una botella de Coca-Cola, que disimula el olor. Raj sabe que dejó de beber durante el embarazo, pero también piensa que nunca ha vuelto a hacerlo. Sin embargo, ahora es diferente, algo más constante y difícil de detectar ha sustituido los episodios de pérdida de memoria y las arcadas: una ligera pero continua ausencia de los hechos de su vida. Antes de que Raj llegue a casa, se deshace de las botellas. De vuelta en la caravana, se lava los dientes y escupe por la ventana.

—¡Eso! —dice Raj contando cheques—. Así es como debe ser.

—No podemos quedarnos aquí mucho tiempo más —dice Klara.

Están estacionados ilegalmente en la parte trasera de un Burger King cerrado porque Raj no quiere pagar alquiler en un camping para caravanas.

—Nadie sabe que estamos aquí, amor —dice él—. Somos invisibles.

Las estaciones están mal. Cuando Klara llama a casa durante *Janucá*, inclinada sobre el teléfono mientras Raj está en la gasolinera, está nevando en Nueva York y en la autocaravana hay treinta grados centígrados.

—¿Cómo estás? —pregunta Daniel, y a ella le sorprende darse cuenta de cuánto lo extraña. Cuando visitó San Francisco, lo vio jugar con Ruby y por primera vez se lo imaginó siendo padre.

—Estoy bien —responde fingiendo una chispa, fingiendo un brillo—. Estoy bien.

Klara les oculta dos cosas a sus hermanos: los golpes de Simon y el hecho de que su muerte coincidió con la profecía. Simon nunca compartió su fecha con Varya ni con Daniel, y no han vuelto a hablar de la mujer de la calle Hester desde la *shivá* de Saul. Sin embargo, ese conocimiento se infecta dentro de Klara. Después de los espectáculos, mientras se quita el maquillaje y Raj recoge las propinas, calcula cuánto tiempo más vivirá si la mujer también acertó con ella.

«No me voy a morir —le dijo a Simon—. Me niego.»

Era más fácil para ella adoptar esa postura hasta que la primera predicción de la mujer se hizo realidad. Cuando Simon murió, Klara volvió a la época en que tenía nueve años, volvió a la puerta del apartamento de la calle Hester. A decir verdad, ella no quería conocer la fecha de su muerte, en realidad no. Sólo quería conocer a la mujer.

Nunca había oído hablar de una mujer maga. («¿Por qué somos tan pocas?», le preguntó una vez a Ilya. «Por una razón —respondió él—: la Inquisición. Por dos

cosas más: la Reforma y los juicios de las brujas de Salem. Y por otra más: la ropa. ¿Alguna vez has tratado de esconder una paloma en un vestido de noche?») Cuando Klara entró en el apartamento, la adivina estaba de pie frente a la ventana. Llevaba dos largas trenzas castañas, lo que hacía que su cara se viera simétrica y llena. Años más tarde, Klara salió antes de clase para caminar por la sala principal del Museo Metropolitano de Arte. Ahí vio una estatua que representaba la cabeza de Jano, prestada por el Museo Vaticano, y pensó en la adivina. Los dos rostros de la estatua miraban en direcciones opuestas, representando el pasado y el presente, pero eso no hacía que la figura pareciera distorsionada; más bien, tenía una coherencia circular. A Klara sólo le molestó que la estatua representara a Jano —dios de los comienzos, así como de las transiciones y el tiempo— como un hombre.

—Guau... —Klara observó los mapas y los calendarios, el *I Ching* y los palillos chinos de la fortuna en el apartamento de la mujer—. ¿Usted sabe usar todas estas cosas?

Para su sorpresa, ella negó con la cabeza.

—Son sólo objetos decorativos —respondió—. A la gente que viene aquí le gusta pensar que sé cosas por una razón. Así que tengo algunos accesorios.

Cuando caminó hacia Klara, su cuerpo tenía el poderío y la electricidad de un vehículo en movimiento. Klara estuvo a punto de echarse a un lado, pero no: se mantuvo firme y en su posición.

—Los accesorios hacen que todo el mundo se sienta mejor —dijo la mujer—. Pero no necesito nada de eso.

—Usted simplemente sabe —susurró Klara.

El aire entre sus cuerpos estaba tan cargado como entre dos imanes. Klara se sintió ligera, como si fuera a flotar hacia los brazos de la mujer si se relajaba.

—Simplemente lo sé —dijo la mujer. Alzó la barbilla, ladeó la cabeza y miró a la chica sesgadamente—. Como tú.

«Como tú.» Klara lo sintió como una prueba de su existencia. Ella quería más. No había pensado que le interesaría saber la fecha de su muerte, pero ahora estaba embelesada. Quería permanecer más tiempo bajo el hechizo de la mujer, un hechizo en el que, como en un espejo, Klara se veía. Preguntó por su suerte.

Cuando la mujer respondió, el hechizo se rompió.

Klara sintió como si acabaran de golpearla. No puede recordar si le dio las gracias a la mujer ni cómo llegó al callejón. Simplemente estaba allí, con la cara llena de lágrimas y las palmas manchadas de mugre de la barandilla de la escalera de incendios.

Trece años más tarde, la mujer tuvo razón sobre Simon, justo como Klara se temía. Sin embargo, ése era el problema: ¿la mujer era tan poderosa como parecía, o Klara había dado los pasos necesarios que habían hecho realidad la profecía? ¿Qué podía ser peor? Si la muerte de Simon era evitable, un fraude, entonces Klara quizá también lo fuera. Después de todo, si la magia existe en oposición a la realidad, dos

rostros mirando en diferentes direcciones como la cabeza de Jano, entonces Klara no puede ser la única con acceso a ella. Si duda de la mujer, entonces tiene que dudar de sí misma. Y si duda de sí misma, tiene que dudar de todo lo que cree, incluidos los golpes de Simon.

Lo que necesita es una prueba. En mayo de 1990, en una noche cálida en la que Raj y Ruby están dormidos, Klara se sienta en la cama.

Tiene que calcular el tiempo entre golpes, como hace en «La segunda visión». Un minuto por letra.

Se levanta y camina hacia el armario de la cocina, donde dejó el reloj de Simon, un regalo de Saul, con correa de piel y una pequeña esfera de oro. Se sienta donde hay suficiente luz de luna para ver cómo avanza el fino segundero.

—Vamos, Sy —murmura.

Cuando llega el primer golpe, empieza a contar el tiempo. Pasan siete minutos, luego ocho; veintitrés cuando suena un segundo golpe.

«V.»

Mira el reloj como si fuera una clave, como si fuera la cara sonriente de Simon. El siguiente golpe llega cinco minutos más tarde.

«E.»

Ruby se queja.

«Ahora no —piensa Klara—. Por favor, ahora no.» Pero el quejido se convierte en un gorjeo y después el llanto de Ruby irrumpe en la noche como el amanecer. Klara nota que Raj se levanta de la cama, lo oye murmurar hasta que la pequeña sólo solloza, y después aparece en la cocina.

—¿Qué estás haciendo?

Lleva a Ruby en brazos sobre su pecho, para que la cabeza esté alineada con la de él. Sus ojos brillan en la oscuridad.

—Nada. No podía dormir.

Raj arrulla a Ruby.

—¿Por qué no?

—¿Cómo voy a saberlo?

Él levanta la mano libre —«sólo preguntaba»— y regresa a la oscuridad. Klara oye que acuesta a Ruby en la cuna.

—Raj. —Mira hacia delante para observar la puerta cerrada del Burger King—. No soy feliz.

—Ya lo sé. —Va a sentarse en el asiento del pasajero y lo echa hacia atrás para estirar las piernas. Lleva el cabello sujeto en una cola de caballo, han pasado días desde la última vez que se lo lavó, y sus ojos están llorosos de cansancio—. Nunca quise esto para nosotros. Quería algo mejor; todavía quiero algo mejor, para ella. —Raj señala con la barbilla la cuna de Ruby—. Quiero que tenga una casa. Quiero que tenga vecinos. Quiero que tenga un cachorro, si eso es lo que quiere, pero los

cachorros no son baratos. Tampoco los vecinos. Estoy tratando de ahorrar, Klara, pero ¿qué estamos haciendo? Es mejor que antes, pero para nada es suficiente.

—Quizá éste sea el final del camino. —La voz de Klara es irregular—. Estoy cansada y sé que tú también. Tal vez sea hora de que los dos consigamos un trabajo de verdad.

Raj resopla.

—Yo dejé el instituto. Tú nunca fuiste a la universidad. ¿Crees que Microsoft nos querrá?

—Microsoft, no. Algún otro lugar. O podríamos retomar los estudios. Yo siempre he sido buena en matemáticas; podría hacer un curso de contabilidad, y tú tienes talento como mecánico. Eras muy bueno.

—¡Tú también! —estalla Raj—. *Tú* tenías talento. *Tú* eras brillante. La primera vez que te vi, en ese pequeño espectáculo en North Beach, Klara, te vi en el escenario y pensé: «Esa mujer es diferente». Tus sueños eran demasiado grandes y tu cabello demasiado largo, no dejaba de enredarse en las cuerdas, pero tú girabas en el techo como nada que hubiera visto antes y creía que nunca ibas a bajar. No estoy listo para que nos rindamos. Y tampoco creo que tú lo estés. ¿De verdad te gustaría sentar cabeza? ¿Conseguir un trabajo ordenando documentos o trabajar con el dinero de otra gente?

Su discurso la conmueve profundamente. Klara siempre ha sabido que ella tiene que ser un puente: entre la realidad y la ilusión, entre el presente y el pasado, entre este mundo y el siguiente. Sólo tiene que descifrar cómo hacerlo.

—Está bien —dice lentamente—. Pero no podemos seguir así.

—No, no podemos. —Raj tiene la vista fija al frente—. Tenemos que pensar en algo más grande.

—¿Como qué?

—Como Las Vegas.

—Raj... —Klara se aprieta las cuencas de los ojos con las palmas—. Ya te lo dije.

—Ya lo sé. —Él se mueve en su asiento y se inclina hacia ella por encima del apoyabrazos—. Pero quieres público, quieres causar un impacto; quieres que te conozcan, Klara, y aquí no pueden conocerte. La gente viaja de todas partes a Las Vegas en busca de algo que no pueden obtener en casa.

—Dinero.

—No, entretenimiento. Quieren romper las reglas, poner el mundo boca abajo. ¿No es eso lo que tú quieres? ¿No es eso lo que haces? —La toma de la mano—. Mira, yo nunca quise ser una estrella. Tú nunca quisiste ser ayudante. Siempre has sentido que tienes que hacer algo grandioso, algo mejor que esto, ¿verdad? Y yo siempre he creído en ti.

—Ya no soy así. Algo se ha ido. Ahora soy más débil.

—Estás mejor desde que dejaste de beber. Sólo eres débil cuando te metes en tu cabeza, cuando te quedas atascada ahí y no puedes salir. Tienes que mantenerte aquí —dice sosteniendo la mano bajo su barbilla—. Sobre el agua. Concéntrate en lo que es real, como Ruby y tu carrera.

Cuando Klara piensa en Ruby es como tratar de aferrarse a una roca en medio de un río, como tratar de agarrar algo pequeño y duro mientras todo lo demás tira de ella.

—Si vamos a Las Vegas y no puedo hacerlo —dice—, si no nos contratan, o si... simplemente no puedo, entonces ¿qué?

—Yo no pienso así —contesta Raj—. Y tú tampoco deberías.

—Las Vegas —dice Gertie—. Van a Las Vegas.

Klara nota que la mano de su madre tapa el auricular. Después la oye gritando: «¡Varya!, ¿me has oído? Las Vegas. Ha dicho que se van a Las Vegas».

—Mamá —dice Klara—. Puedo oírte.

—¿Qué?

—Es mi decisión.

—Nadie ha dicho que no lo sea; con toda seguridad, no sería mi decisión.

Se oye el clic del supletorio cuando lo descuelgan.

—¿Vais a Las Vegas? —pregunta Varya—. ¿Para qué? ¿De vacaciones? ¿Os lleváis a Ruby?

—Por supuesto que nos llevamos a Ruby. ¿Qué otra cosa podríamos hacer con ella? Y no nos vamos de vacaciones, vamos a mudarnos.

Klara mira por la ventana de la autocaravana. Raj está paseando mientras fuma. Después de unos segundos, se vuelve hacia Klara para ver si sigue hablando por teléfono.

—¿Por qué? —pregunta Varya horrorizada.

—Porque quiero ser maga. Y ahí es donde tienes que estar si quieres ser mago, si quieres hacer dinero siendo mago. Y, además, V, tengo una hija; no tienes ni idea de lo caro que es. La comida de Ruby, los pañales, la ropa...

—Yo crié cuatro hijos —dice Gertie—. Y no fui a Las Vegas ni una sola vez.

—Ya lo sabemos —repite Klara—. Yo soy diferente.

—Ya lo sabemos —suspira Varya—. Si eso te hace feliz...

Raj camina de vuelta a la autocaravana mientras ella cuelga.

—¿Qué han dicho? —pregunta acomodándose en el asiento del conductor para meter la llave en el contacto—. ¿No lo han aprobado?

—Nop.

—Ya sé que son tu familia —dice incorporándose a la carretera—, pero, si no lo fueran, tampoco te caerían bien.

Se detienen a dormir en un camping de Hesperia. Klara se despierta con el sonido de la voz de Raj. Se da la vuelta y echa un vistazo al reloj de Saul: las 3.15 de la mañana. Raj está sentado junto a la cuna de Ruby. La está observando a través de los barrotes, hablándole en susurros de la vida en Dharavi.

Planchas metálicas pintadas de azul brillante. Mujeres vendiendo caña de azúcar. Casas con las paredes hechas con sacos de yute; enormes chimeneas que se elevan, como los lomos de los elefantes, en las calles. Le habla de los cortes de electricidad y los manglares, de la choza donde nació.

—Ésa es la casa de tu *tata*. Demolieron la mitad cuando yo era niño. Probablemente la otra mitad tampoco esté ya, pero podemos imaginarla así. Imaginar que la mitad sigue en pie —dice—. En cada piso hay un negocio. En el piso de tu *tata* hay botellas de vidrio y objetos de plástico y de metal. En el siguiente hay hombres que fabrican muebles; en el piso de encima de ése están haciendo carteras y bolsos de piel. En el de arriba del todo hay mujeres que cosen diminutos pantalones vaqueros y camisetas, ropa para niños como tú. —Ruby gorjea y mueve una mano, azulada y blanca a la luz de la luna. Raj la coge—. Dicen que tu pueblo es intocable, peor que los que salieron de debajo de los pies de Brahma. Pero es un pueblo de trabajadores. Tu pueblo es de tenderos, campesinos y gente que repara cosas. En los poblados les prohíben entrar en los templos o en los altares; sin embargo, Dharavi es su templo —dice—. Y Estados Unidos es el nuestro.

Klara tiene la cabeza vuelta hacia la cuna, pero su cuerpo está rígido. Raj nunca le ha hablado de esas cosas. Cuando le pregunta acerca de Dharavi o del levantamiento en Cachemira, cambia de tema.

—Tu *tata* estaría orgulloso —dice Raj—. Y tú deberías estar orgullosa de él.

Raj se levanta. Klara pega la mejilla a la almohada.

—No lo olvides, Ruby —dice él tapándola con la sábana hasta la barbilla—. No lo olvides.

En Las Vegas se detienen en un camping para autocaravanas llamado King's Row. Está a quince minutos del Strip y cuesta doscientos dólares al mes, que Raj paga a regañadientes porque drenaron el lavadero y todas las lavadoras, excepto una, están estropeadas.

—Es algo temporal —le dice a Ruby, besando su nariz de botón de champiñón—. Pronto venderemos esta cosa.

Mientras él levanta el vehículo con gatos eléctricos y enchufa los aparatos, Klara explora el entorno. Hay un cuarto de juegos con una mesa de ping-pong y una máquina expendedora medio vacía. Parece que las otras autocaravanas llevan ahí meses, tienen porches de madera donde sus dueños han colocado macetas o banderas de Estados Unidos.

Alquilan un coche a largo plazo, un Pontiac Sunbird del 82, y conducen hasta el Strip. Klara nunca ha visto algo así. Cascadas que jamás se secan, flores tropicales constantemente abiertas. Los hoteles son metálicos y angulosos, como estaciones espaciales. «Chicas sexis en vivo», dice alguien entre dientes, y una tarjeta se materializa en la mano de Klara. Los dioses desfilan frente al Caesars; una mujer está boca abajo a un lado de la calle, su cabeza sobre un bolso rosa de piel. Mujeres que bailan y Elvis falsos se detienen al lado de un muñeco Chucky que saluda a Klara con la mano que sostiene el cuchillo.

El hotel más nuevo se alza como un libro abierto, dos edificios estrechos unidos por el lomo. Puede leerse THE MIRAGE con letras mayúsculas rojas en cursiva sobre un anuncio electrónico. Dice: «En nuestras primeras diez horas hemos pagado el mayor *jackpot* en la historia de Las Vegas. ¡4,6 millones! ¡Disfruten del bufet!». Después, las letras desaparecen, tímidas, y vuelve a aparecer THE MIRAGE. Un volcán que hay frente al hotel entra en erupción cada noche, les dicen, al compás de la música de Grateful Dead y del percussionista de tabla hindú Zakir Hussain. Hay un atrio con un bosque tropical artificial y un espacio cerrado para tigres de verdad. Es exactamente lo que Klara nunca ha querido, pero piensa en Ruby. Ahí hay dinero. Entran en el vestíbulo, donde cuelgan unas enormes lámparas de araña y pétalos de cristal del tamaño de llantas de coche. Detrás del mostrador, desde el suelo hasta el techo, hay un acuario de quince metros de ancho. Oye un rugido agudo y piensa que es la cascada o el volcán, antes de reconocer una sierra: el edificio sigue en construcción.

—Mira —dice Raj señalando un anuncio largo sobre la recepción.

En él aparecen los ilusionistas Siegfried y Roy, con las caras apretadas a ambos lados de un tigre blanco. «Todos los días, a las 13.00 y las 19.00 horas.» Son las 13.45. Siguen las señales hacia el teatro. Como el espectáculo ya ha comenzado, no hay nadie que recoja entradas. Raj se desliza por la puerta con Ruby sobre la cadera y tira de Klara en dirección a dos asientos vacíos. Siegfried y Roy van vestidos con camisas de seda sin abotonar, chaquetas cortas de piel y pantalones de cuero. Montan un dragón mecánico que exhala fuego, y azotan la cabeza de tres metros mientras unas mujeres con bikinis de conchas bailan con unos bastones con la empuñadura de cristal. Al final del espectáculo, Roy se sienta sobre un tigre blanco que está encima de una bola de discoteca. Junto con Siegfried y doce animales exóticos más, levitan hasta la pasarela de la tramoya.

Es un sueño americano retorcido, un sueño del sueño americano: cuarenta años antes, la pareja se conoció en un transatlántico y huyeron de la Alemania de la posguerra con un guepardo metido en un baúl. Ahora trabajan en su espectáculo doscientas cincuenta personas.

Cuando los hombres salen a saludar, Raj se acerca a la oreja de Klara.

—Sólo debemos encontrar la manera de entrar. Alguien que conozca a alguien — dice.

Klara da de mamar a Ruby en el futón, con un ojo en el reloj de Simon. Las mismas dos letras aparecen como antes: «V», después «E». El siguiente lapso es largo, catorce minutos, y le preocupa haberse perdido mientras hacía eructar a Ruby. Entonces vuelve a oír el ruido.

«N.»

—¡«Ven»!

Ruby se queja. A Klara se le está retirando la leche.

—¿Qué? —grita Raj desde fuera. Está tumbado bajo la caravana, revisándola.

—Nada —responde Klara. Raj no querrá oír lo que acaba de ocurrírsele: si Simon se está comunicando con ella desde el más allá, entonces ¿quién podría asegurar que Saul no lo hace también?

Klara se abrocha el sujetador de lactancia y arrulla a la pequeña, pero siente un dolor en la nariz, como si fuera a empezar a llorar. Ruby está viva y la necesita. Klara necesita a Simon, necesita a Saul, pero ellos están...

¿Muertos? Quizá. Sin embargo, quizá no del todo.

Raj no consigue nada por mediación de sus contactos en los casinos del sur de California, pero el propietario del hotel del lago Tahoe tiene un primo cuyo cuñado administra el Golden Nugget. Raj, con su mejor atuendo, va a encontrarse con el hombre en un asador del Strip. Cuando regresa, está eufórico, derrocha energía y tiene una mirada salvaje en los ojos, como extasiado.

—Cariño —dice—. He conseguido un número de teléfono.

Klara nunca ha actuado en un lugar como el proscenio del Mirage. La tramoya está a nueve metros del suelo; hay dos plataformas móviles, cinco ascensores de escenario, veinte luces y dos mil butacas. La cuerda de ascenso está preparada y el armario de Proteo espera montado sobre sus ruedas entre bastidores. Tres ejecutivos del Mirage están sentados en primera fila.

Durante el monólogo de apertura de Raj, Klara permanece entre bambalinas, con el sudor fluyendo por los costados de su vestido de lentejuelas. Por primera vez Ruby está en la guardería: un servicio en el piso diecisiete para los hijos de los empleados del hotel. Klara tiene un nudo en el estómago; trata de concentrarse, por el bien de Ruby. «Sacude las manos. Traga. Sonríe, maldita sea.» Entra en el escenario sobre unos tacones dorados.

Luz. Calor. No puede distinguir a los ejecutivos, con sus camisas por fuera y el rostro en las sombras. Se mueve nerviosamente en el armario de Proteo. Uno se va durante «La jaula que desaparece», poniendo como pretexto una conferencia telefónica. Los dos que quedan se despabilan con «La segunda visión», pero Klara calcula mal el tiempo de «La caída» y tiene que alzar las rodillas para evitar golpear el escenario demasiado pronto. Cuando abre los ojos, uno de los hombres está mirando su busca y el otro se aclara la garganta.

—¿Es todo? —grita este último.

Un tramoyista enciende las luces de la sala y Raj aparece por un extremo del escenario. Sonríe con la sonrisa de un vendedor, pero la ira emana de él como calor. Por una fracción de segundo, la enormidad de esa oportunidad —la enormidad de su fracaso— le roba el aliento a Klara. En el frigorífico de la autocaravana hay tan sólo tres potitos de comida para Ruby. Ella y Raj han estado alimentándose a base de comida rápida y puede notarlo en su cuerpo, la combinación de exceso y carencia. Tienen sesenta y cuatro dólares en una caja en la guantera. Si no les dan otro trabajo, ¿qué van a hacer?

Klara piensa en Ilya, su mentor. Él fue quien le enseñó que los trucos de magia fueron creados para hombres: los bolsillos de las chaquetas tienen el tamaño perfecto para guardar tazas de latón, y la prestidigitación es más fácil con unas manos más grandes. Después le enseñó cómo reinventarlos. Klara usa bolas de un material que puede comprimirse, y aprendió a trabajar sin errores con el cajón de una mesa de cartas. Sin embargo, no había manera de evitar el tamaño de sus palmas, y en cuanto se trataba de magia de habilidad manual, sólo podía confiar en la técnica.

—Tienes que ser tan buena como los mejores hombres magos —le dijo Ilya mientras la ayudaba a ejercitarse cortando con una sola mano hasta que los dedos le latían de dolor—. Y después tienes que ser todavía mejor.

Esos trucos de habilidad manual eran su fuerte. Todavía lo son. Sin embargo, Klara y Raj están tratando de ser Siegfried y Roy. En el proceso, ella olvidó la vieja y humilde magia con la que se crió. Se olvidó de sí misma.

—No —dice—. Todavía no.

Camina entre bastidores para recuperar la caja negra de Ilya, que ese día ha llevado consigo sólo para que le diera suerte. La carga a lo largo del escenario y baja hasta la platea, después convierte la caja en una mesa frente a los ejecutivos. De cerca, los hombres no se parecen para nada. Uno es compacto y completamente calvo, con unos ojos azules alertas detrás de unas gafas de montura metálica. Lleva una camisa de seda roja. El otro, con una camisa de rayas negras y blancas, es alto y con forma de pera, el cabello oscuro peinado en una cola de caballo. Sobre su nariz hay unas gafas color lavanda, y una delicada cruz de oro cuelga de su cuello.

Raj camina hasta el borde del escenario y se sienta detrás de Klara. Tiene el cuerpo rígido, pero la está observando. Ella saca su mazo favorito del cajón y extiende las cartas sobre la mesa de Ilya.

—Elija tres —le dice al hombre calvo—. Póngalas boca arriba.

Él saca el as de tréboles, la reina de diamantes y el siete de corazones. Ella las devuelve al mazo. Después aplaude.

El as sale volando, flota en el aire antes de aterrizar sobre una silla. Ella aplaude otra vez: la reina sale del centro. Cuando aplaude por tercera vez, el siete de corazones aparece en su mano.

—¡Ja! —dice el hombre—. Muy bonito.

Klara no se permite el halago. Tiene trabajo que hacer; el truco de «La carta que sube», para ser más exactos. Saca un rotulador permanente del cajón y se lo da al hombre de las gafas color lavanda.

—Corte las cartas —dice—. Donde quiera. —Él lo hace, revelando el tres de picas—. Excelente. ¿Podría firmar esa carta?

—¿Con el rotulador?

—Con el rotulador. Así verá que no hago trampas. Podría haber otro tres de picas en el mazo, pero no uno que sea como el suyo. Vamos a meterlo de vuelta en mitad del mazo, así. Pero aquí hay algo muy gracioso. Cuando giro la carta de encima del mazo —la gira—, ahí está su tres. Es extraño, ¿no? Ahora hay que meterlo de nuevo donde debería estar, en el centro. Pero, un momento: si golpeo la carta de más arriba por segunda vez, ahí está su tres de nuevo. Ascende por el mazo.

«La carta que sube» es uno de los trucos más difíciles que Klara sabe hacer pero no lo ha practicado en años. No debería salirle bien, pero algo la está ayudando. Algo está haciendo que vuelva a ser la persona que siempre ha sido.

—Ahora le voy a enseñar, con mucho cuidado, cómo la meto en medio del mazo. Incluso voy a dejar que sobresalga un poco esta vez, para que esté seguro de que no le miento, ¿la ve? Yo también. Entonces ¿por qué —dice girando la carta de encima otra vez— está arriba por *tercera* vez? Y ahora, a ver..., creo que se está moviendo. Es extraño, pero podría jurar que está debajo del todo. ¿Podría sacar la carta de abajo, por favor?

El hombre lo hace y comprueba que es su carta. Se ríe.

—Bien hecho. No habría notado el doble *lift* si no hubiera estado buscándolo.

Aún tiene un ojo en el busca. Klara lo convierte en su objetivo. Siente que el meñique se le acalambra, ha pasado un año desde la última vez que hizo sus estiramientos, pero no tiene tiempo para sacudirse las manos. Coge un puñado de monedas de veinticinco centavos cuando guarda el mazo y señala la taza metálica a los pies del hombre calvo.

—¿Le molesta si la uso? Gracias; muy amable. No sé si se habrá dado cuenta, pero este lugar está lleno de monedas.

Sostiene la taza en la mano derecha y extiende la izquierda para mostrarles que está vacía. Cuando chasquea los dedos, aparece una moneda entre su pulgar izquierdo y su índice. La echa en la taza, donde tintinea. Luego saca dos monedas del cuello de la camisa del hombre calvo, una de cada oreja y dos del bolsillo de la camisa del hombre más grande.

—Bien, esta taza es suya, no mía. No tiene un compartimento secreto, ningún depósito para monedas. Así que apuesto a que se están preguntando cómo lo hago. Apuesto a que ya tienen sus predicciones. —Klara señala con un gesto las gafas del hombre de cabello oscuro. Él se las entrega y ella las mete en la taza. Una moneda se desliza sobre cada uno de los cristales—. Es una respuesta natural: todo el tiempo tratamos de buscarle la lógica a la vida. Ustedes ven que saco monedas una y otra vez. Bueno, suponen que deben de estar en mi mano izquierda y, cuando les muestro mi mano izquierda, cuando se dan cuenta de que no estoy sosteniendo nada ahí, cambian la lógica. Ahora piensan que están en mi mano derecha. Podría ser, ¿no es así? Muy cerca de la taza. No pueden ver que podría estar cambiando —pasa la taza a su mano izquierda— los métodos —muestra la mano derecha, vacía.

Tose; dos monedas salen de su boca. El hombre de cabello oscuro deja el busca en el bolsillo de su camisa. Ahora Klara tiene toda su atención.

—Usted es un hombre religioso —dice ella, observando la cruz de su cuello—. Mi padre también lo era. A veces pensaba que era mi opuesto. Sus reglas contra mi ruptura de las reglas. Su realidad contra mis fantasías. Pero de lo que me he dado cuenta, y creo que él lo sabía, es de que ambos creíamos en lo mismo. Usted podría llamarlo trampilla, un compartimento secreto, o podría llamarlo Dios: un lugar para lo que no sabemos. Un espacio donde se hace posible lo imposible. Cuando recitaba el *kidush* o encendía las velas en el *sabbat*, estaba haciendo trucos de magia.

Raj tose para advertirle: «¿Qué estás haciendo?». Pero Klara sabe hacia dónde va. Siempre lo ha sabido.

—Sabíamos algo sobre la realidad, mi padre y yo. Y apuesto a que ustedes también. ¿Acaso la realidad es demasiado? ¿Demasiado dolorosa, demasiado limitada, demasiado restrictiva para la alegría o la oportunidad? No, yo creo que la realidad no es suficiente —dice.

Klara deja la taza en el suelo y saca una copa y una pelota del cajón. Pone la copa vacía boca abajo sobre la mesa y coloca la pelota encima.

—No es suficiente para explicar lo que no comprendemos. —Alza la pelota y la sostiene con fuerza en el puño—. No es suficiente para dar cuenta de las inconsistencias que vemos, oímos y sentimos. —Cuando abre el puño, la pelota ha desaparecido—. No es suficiente para fijar nuestras esperanzas, nuestros sueños, nuestra fe. —Levanta la copa de acero para revelar que la pelota está debajo—. Algunos magos dicen que la magia destroza nuestra visión del mundo; sin embargo, yo creo que la magia lo mantiene unido. Es materia oscura; es el cemento de la realidad, la masa que rellena los huecos entre todo lo que sabemos que es cierto. Y se necesita de la magia para revelar lo inadecuado —deja la copa en la mesa— que es — forma un puño con la mano— la realidad.

Cuando la abre, la pelota roja no está ahí. Lo que hay es una fresa perfecta.

El silencio se extiende desde el suelo enmoquetado hasta el techo a quince metros, desde el fondo del escenario hasta la galería. Entonces Raj empieza a aplaudir y el hombre calvo se le une. Sólo el hombre de la cruz dorada retiene el aplauso. En cambio, dice:

—¿Cuándo pueden empezar?

Klara observa la fresa que tiene en la palma, está húmeda, puede olerla. Hay un rugido en sus oídos como la cascada que oyó en el Mirage, ¿o era una sierra?

El hombre calvo saca de su bolsillo un calendario encuadernado en piel.

—Estoy pensando en diciembre, enero..., ¿en enero? La ponemos justo antes de Siegfried y Roy.

El hombre más grande tiene voz de algo que se mueve bajo el agua.

—Se la comerán viva.

—Sí, pero como primer número. Le daríamos media hora; mientras la gente entra quiere ver algo. Es una chica guapa... (eres una chica guapa), se ganará su atención, dejará cartas en los asientos y luego, ¡bang!, tigres, leones, explosiones..., los dejamos pasmados.

—Necesitarán vestuario nuevo —dice el otro hombre.

—Ah, una renovación completa del vestuario. Tendrán un equipo de producción: quitamos la jaula, quitamos el armario, mejoramos la cuerda y el truco de lectura mental; sacamos un miembro del público al escenario, ese tipo de cosas. Os prepararemos para eso. —Suena el busca de alguien. Los dos hombres comprueban sus bolsillos—. Hablemos. Tenéis cuatro meses antes de empezar, lo haréis bien.

—Dios —dice Raj en cuanto se cierran las puertas del ascensor—. Una fresa... —Se ríe, desplomándose en una esquina donde se juntan dos paredes de cristal—. Nunca sabré cómo lo has conseguido, pero ha sido perfecto.

—Yo tampoco lo sé. —Raj deja de reírse, pero su sonrisa sigue abierta—. En serio —dice Klara—. Nunca en mi vida había visto esa fresa. No tengo ni idea de dónde ha salido.

Su primer pensamiento es que los episodios de pérdida de memoria han vuelto: tal vez condujo hasta el mercado, compró un paquete de fresas y se metió una en el bolsillo. Pero eso no tiene sentido; Raj es el único que conduce el coche de alquiler y no hay ningún mercado a una distancia razonable de King's Row.

—¿Quién te imaginas que eres? —pregunta Raj. Hay algo animal en su rostro, algo salvaje, como un lobo que vigila a su presa—. ¿Una maga que se cree sus propios trucos?

Meses antes, ella se habría sentido herida. Esta vez, no. Ha notado algo.

Algo en la mirada de Raj; algo que ha confundido con ira, pero no es eso.

Él le tiene miedo.

Raj trabaja con el equipo de producción para montar «Las fauces de la vida» y la puesta en escena de «La segunda visión». Diseña accesorios nuevos para el truco indio de las agujas: agujas más grandes para que se vean mejor desde la platea, y un cordel rojo en lugar de hilo. El director de espectáculos del Mirage le pregunta a Klara si dejaría que Raj la cortara por la mitad con un serrucho —«Facilísimo, no duele nada»—, pero ella se niega. Él piensa que a ella le da miedo el truco, pero la verdad es que podría darle una clase de una hora sobre P. T. Selbit y sus inventos misóginos: «Destruir a una chica», «Estirar a una dama», «Machacar a una mujer»..., todos perfectamente calculados para aprovechar la sed de sangre de la posguerra y el sufragio femenino.

Klara no será la mujer que se deje cortar por la mitad, ni encadenar; tampoco la van a rescatar ni a liberar. Ella se salvará a sí misma. Ella será el serrucho.

Sin embargo, sabe que, si protesta con más fuerza, podrían perder el trabajo. Deja que la encargada de vestuario suba doce centímetros al bajo de su vestido y le baje cinco a su escote, también deja que le ponga relleno en el pecho. En los ensayos, Raj parece orgulloso, pero Klara se va encogiendo cada vez más. El fulgor que sintió durante la audición se va atenuando día tras día: disminuye con los focos de quinientos vatios, lo oscurece la niebla de las máquinas de humo. Había pensado que en el Mirage la querían tal como era, pero la quieren con el triple de potencia, completamente desbordada. La quieren «estilo Las Vegas». Para ellos es una novedad, igual que el volcán rosa frente al hotel: su propia maga.

Los cartílagos de Ruby se están convirtiendo en huesos y sus huesos se están fusionando. Su cuerpo es setenta por ciento agua, el mismo porcentaje de agua de la Tierra. Tiene unos colmillos delicados y un conjunto de protuberantes muelas. Puede decir «vete», «no» y «venmigo», que quiere decir «ven conmigo», lo que le derrite el corazón a Klara. Grita de alegría cuando ve las lagartijas rosas que se arrastran por King's Row y aprieta piedrecitas con fuerza en los puños. Cuando se estrene el espectáculo y cobren su primer cheque, Raj quiere vender la autocaravana y alquilar un apartamento, buscar una guardería y un pediatra, pero a Klara se le está terminando el tiempo: si la mujer de la calle Hester tenía razón, morirá dentro de dos meses.

No se lo dice a Raj, él pensaría que está más loca aún. Además, casi nunca lo ve: entre ensayos, él se queda en el teatro. Desde una red situada a veintisiete metros por encima del escenario, monta un sistema particular de cables y poleas sobre los perfiles de acero. Usa los escotillones del escenario para que Klara desaparezca después de la reverencia al final de «La caída». Fabrica una nueva mesa de cartas con ayuda de los montadores y los ayuda a llevar el atrezo del taller al escenario. El director de escena lo adora, pero algunos de los técnicos le tienen rabia. En una ocasión, de camino a recoger a Ruby, Klara pasa junto a dos tramoyistas; están de pie justo frente a las puertas del teatro, observando cómo Raj marca el escenario con cinta adhesiva.

—Tú eras el que ponía esas marcas —dice uno—; si no te andas con cuidado, Gandhi te dejará sin trabajo.

Klara camina hasta Vons, empujando a Ruby en su cochecito de plástico rojo. Roba del pasillo cuatro ocho potitos Gerber de puré de boniato, que tintinean en su bolso cuando camina hacia la salida. Las puertas automáticas se abren y nota una bocanada de aire caliente. Es una tarde de finales de noviembre, pero el cielo todavía tiene un tono azul claro. Se sienta bajo una farola de la calle, abre uno de los potitos y le da de comer a Ruby con el dedo índice.

Dos esferas de luz blanca se acercan, cada vez más grandes, y un Oldsmobile plateado se detiene frente a ella. Klara le cubre los ojos a Ruby y entorna los suyos, pero el coche no se mueve hasta que aparca como si le estuviera bloqueando la salida del aparcamiento. En el asiento del conductor hay un hombre que la mira fijamente; tiene el cabello pelirrojo y despeinado, sus ojos son de un dorado pálido y su boca está completamente abierta. Es idéntico a Eddie O'Donoghue, el policía de San Francisco.

Klara se levanta a toda prisa y carga a Ruby sobre su cadera; en el proceso se le cae el frasco de papilla, que se rompe y derrama el puré anaranjado, pero ella no se detiene: camina y después empieza a correr de vuelta a las multitudes anónimas del Strip. Va zigzagueando entre los turistas, empujando en diagonal el cochecito vacío con una mano y recordando cómo él le metió la lengua en la boca, cuando choca contra la espalda de una mujer corpulenta con dos largas trenzas castañas.

A Klara se le hiela la sangre. Es la adivina. Agarra a la mujer del hombro.

La mujer se vuelve. Es sólo una adolescente. Bajo las luces parpadeantes del Stage Door Casino, su cara se vuelve roja, luego azul.

—¿Qué demonios te pasa? —Las pupilas de la chica están dilatadas y alza la barbilla con gesto desafiante.

—Discúlpame —susurra Klara apartándose—. Creí que eras otra persona.

Ruby grita desde su cintura. Klara sigue adelante con torpeza, pasa el Caesars Palace y el Hilton Suites, deja atrás Harrah's y Carnival Court. Nunca había pensado

que sentiría tanto alivio al ver la estúpida espuma rosa del volcán del Mirage. Sólo tras entrar en el hotel se da cuenta de que ha olvidado el cochecito de Ruby vacío frente al Stage Door.

No quiere oír los golpes —quiere que se marchen por donde han venido—, pero éstos se hacen cada vez más fuertes. Simon está enfadado con ella, piensa que se está olvidando de él. Una hora después de su primera prueba de vestuario, Klara entra en el baño de mujeres del Mirage y deja a Ruby sobre el lavabo, junto a un jarrón de flores artificiales. Saca su reloj. «Ven» llega rápidamente, como antes. Un minuto después oye el siguiente golpe: «A». Trece minutos más tarde oye otro: una «M»; nueve minutos después, una «I».

Piensa que va a empezar una nueva palabra, pero entonces se da cuenta de lo que le está diciendo realmente: «Ven a mí». Después de varios minutos, tiene una palabra más.

«Nosotros.»

Simon y Saul. «Nosotros.» El baño le da vueltas. Klara apoya las manos sobre el mármol y deja caer la cabeza sobre el pecho. No está segura de cuánto tiempo ha pasado cuando oye la voz de Ruby. La niña no está llorando; ni siquiera balbucea. Lo que está diciendo es tan claro como el día:

—Ma. Ma. Ma-má.

Dentro de Klara, un largo tallo se dobla y se rompe. Siempre es así: la familia que la creó y la familia que ella creó tiran de su persona en direcciones opuestas. Alguien llama a la puerta.

—¿Klara? —grita Raj entrando en el baño.

En lugar de su ropa habitual —una camiseta blanca manchada y un mono viejo—, lleva puesto su vestuario: un chaqué hecho a medida y un sombrero de copa, liso y negro como el plumaje de un pingüino. Ruby está sentada al otro lado de la encimera, se ha arrastrado hasta uno de los lavabos dorados del Mirage y está jugando con el dispensador automático de jabón. Tiene espuma azul en la boca y está llorando.

—¡Joder, Klara...! ¿Qué coño te pasa?

Raj coge a Ruby en brazos, la ayuda a escupir y le enjuaga la boca con las manos. Moja una toalla de papel y le limpia los ojos y la nariz con suavidad. Luego pone las dos manos sobre el lavabo y se inclina hacia delante para apoyar con cuidado la barbilla sobre el cabello oscuro de la pequeña. A Klara le lleva un momento darse cuenta de que Raj está llorando.

—Estabas hablando con Simon, ¿verdad? —pregunta él.

—He estado calculando el tiempo entre los golpes. Antes no sabía si eran reales, pero ahora lo sé: sí lo son, acaban de deletrear...

Raj se inclina hacia ella como si fuera a besarla, pero sólo posa la nariz sobre su mejilla antes de retroceder.

—Klara —cuando la mira, hay algo vívido en su rostro, algo vivo, algo que ella cree que es amor antes de darse cuenta de que es furia—, lo huelo en tu aliento.

—¿Oler qué? —pregunta ella para hacer tiempo. Se ha bebido dos botellitas de Popov en la autocaravana; se suponía que debían ayudarla a tranquilizarse.

—Debes de ser alguna especie de masoquista para hacernos esto ahora, ¿o acaso crees que yo siempre estaré aquí para recoger los pedazos?

—Ha sido sólo un trago. —Klara detesta el modo en que le tiembla la voz—. Eres un controlador.

—¿Eso es lo que te dices a ti misma? —Raj abre más los ojos—. Si no te hubiera encontrado hace años, ¿dónde crees que estarías?

—Estaría mejor. —Estaría en San Francisco, haciendo su propio espectáculo. Se sentiría sola, pero sería dueña de su vida.

—Serías una borracha —dice Raj—. Un fracaso. ¿Quieres volver a eso?

Ruby mira a su madre desde los brazos de Raj. A Klara se le sube la sangre a las mejillas.

—La única razón por la que sigues haciendo lo que haces —dice Raj— es porque te encontré, y la única razón por la que estabas sobrellevando la situación antes de que te encontrara es porque estabas estafando a la gente. Robabas, Klara, sin vergüenza alguna. ¿Y crees que lo único que estabas haciendo era darle un buen espectáculo a la gente?

—Estaba dándole a la gente un buen espectáculo. Lo estoy haciendo —replica ella—. Estoy tratando de ser una buena madre. Quiero tener éxito, pero tú no sabes cómo es estar dentro de mi mente. No sabes lo que he perdido.

—¿Que no sé lo que has perdido? ¿Acaso tú sabes, tienes la más remota idea, de lo que pasó en mi país? —Raj se seca los ojos con la palma de la mano libre—. Tu padre tenía un negocio, una familia. Tú todavía tienes una madre, una hermana y un hermano mayor que es médico. Mi padre buscaba entre la basura, mi madre murió tan joven que ni siquiera la recuerdo. Amit murió en el 85 en un avión, a unos minutos de Bombay, la primera vez que trató de volver a casa. A tu familia le fue bien; le va bien.

—Sé lo difícil que ha sido tu vida —susurra Klara—, nunca he tratado de menospreciarla; pero mi hermano murió, mi padre murió. A ellos no les fue bien.

—¿Por qué? ¿Porque no vivieron hasta los noventa? Piensa en lo que tuvieron mientras estuvieron aquí. Por otro lado, personas como yo sobrevivimos aferrados a la vida con los dientes, y si tenemos mucha, mucha suerte, si somos jodidamente excepcionales, logramos llegar a alguna parte. Pero siempre pueden sacarte del país en un avión. —Raj niega con la cabeza—. ¡Por Dios, Klara! ¿Por qué crees que no te hablo de mis problemas, de mis problemas de verdad? Porque tú no puedes soportarlo. Sólo tienes espacio en la mente para tus problemas.

—Es horrible que me digas eso.

—Pero ¿no es verdad?

Klara no puede hablar; su cerebro está enredado, cortocircuitado, el monitor se ha apagado. Raj comprueba el pañal de Ruby y vuelve a atarle los cordones de los diminutos zapatos. Coge la bolsa de los pañales del hombro de Klara y camina hacia la puerta del baño.

—En serio, Klara, pensé que estabas mejorando. En cuanto tengamos el seguro médico, en cuanto tengamos un día libre, te llevaré a que alguien te examine. No puedes perderte ahora; estamos demasiado cerca.

28 de diciembre de 1990. Si la adivina estaba en lo cierto, a Klara le quedan cuatro días de vida. Si la adivina estaba en lo cierto, morirá la noche del estreno.

Debe de haber alguna salida, alguna puerta secreta. Es una maga, maldita sea. Lo único que tiene que hacer es encontrar la jodida puerta secreta.

Se lleva una pelota roja a la cama y juega con ella bajo las sábanas. Ya ha conseguido descifrar cómo convertirla en una fresa. Una caída francesa de la mano derecha a la izquierda hace que la pelota desaparezca; luego pasa la mano izquierda sobre la derecha. Cuando hace un pase de traslado y abre el puño izquierdo, ahí está la fruta fresca y fragante. Se come las fresas y guarda los tallos verdes bajo el colchón. Después se escabulle de la autocaravana.

Es una noche negra, muy negra, pero deben de estar a más de treinta y dos grados. Puede oír a la gente moverse en sus caravanas: se duchan y cocinan, comen y discuten, se oyen gemidos de la pareja de adolescentes del Gulf Stream que constantemente está practicando sexo. Hay vida por todas partes: se agita dentro de esas latas de aluminio, tratando de salir.

Camina hacia la piscina. Tiene forma de riñón y un brillo azul metálico de otro mundo. No hay hamacas, el gerente alega que siempre se las roban, así que Klara se queda de pie al borde del lado hondo. Se quita la blusa y los *shorts* y los deja caer en un montón de ropa. Aún tiene el abdomen blando y arrugado por Ruby. Cuando se quita la ropa interior, parece que florece su vello púbico.

Salta.

El agua la rodea como una membrana. Los pies de Klara se ven más cerca de lo que están y da la impresión de que se le doblan los brazos. La piscina parece menos honda de dos metros, aunque ella sabe que es una ilusión. Se llama refracción: la luz cambia de dirección cuando entra en un medio con una densidad distinta, pero el cerebro humano está programado para suponer que viaja en línea recta. Lo que ve difiere de lo que está ahí. Ha oído decir lo mismo de las estrellas: parece que parpadean cuando la luz, vista desde la atmósfera terrestre, cambia de dirección. El ojo humano procesa el movimiento como una ausencia, pero la luz siempre está ahí.

Klara sale a la superficie, toma una bocanada de aire.

Tal vez la cuestión no sea resistirse a la muerte. Tal vez la cuestión es que no existe tal cosa. Si Simon y Saul se están comunicando con ella, la conciencia

sobrevive a la muerte del cuerpo. Si la conciencia sobrevive a la muerte del cuerpo, entonces todo lo que le han dicho sobre la muerte es falso. Y si todo lo que le han dicho sobre la muerte es falso, entonces quizá en realidad la muerte no sea la muerte.

Se da la vuelta para flotar de espaldas. Si la adivina estaba en lo cierto, si pudo ver en 1969 la muerte de Simon, entonces la magia existe en este mundo: un conocimiento extraño y resplandeciente en el corazón de lo insondable. No importa si Klara va a morir o cuándo va a hacerlo; puede comunicarse con Ruby tal como ahora hace con Simon. Puede cruzar los límites como siempre quiso hacer.

Ella puede ser el puente.

La valla publicitaria frente al hotel ha cambiado. «Esta noche —dice—, La Inmortal, con Raj Chapal.» El espectáculo no dará comienzo hasta las once de la noche, un especial de Nochevieja, pero la entrada ya está atestada de turistas. Raj estaciona el Sunbird en el parking para empleados: por lo general, ella lleva las bolsas y él carga con Ruby, pero esa noche Klara no suelta a la niña. Le ha puesto un vestido rojo de fiesta que Gertie le mandó por su primer cumpleaños, con unos leotardos blancos y zapatos negros de charol.

Caminan a través del vestíbulo. Los peces brillan y se escabullen en el acuario de quince metros. Hay una multitud frente al recinto de los tigres, pero los animales están dormidos, con sus barbas aterciopeladas apoyadas en el hormigón. Raj y Klara giran en dirección a los ascensores. Ahí es donde se separan: Raj llevará las bolsas al teatro y Klara a Ruby al servicio de guardería.

Raj se vuelve hacia ella y le apoya una mano en la mejilla. Su palma es cálida y está llena de callos por el trabajo en el taller.

—¿Estás lista?

A Klara se le acelera el pulso. Observa su cara. Es hermosa: el cuello de cisne, la barbilla angulosa. Como siempre, lleva el cabello, largo hasta los hombros, recogido en una cola de caballo; la maquilladora se lo secará y le pondrá silicona para que brille.

—Quiero que sepas que estoy orgulloso de ti —dice Raj. Tiene los ojos brillantes, y Klara inhala por la sorpresa—. Ya sé que he sido duro contigo. Ya sé que ha habido mucha tensión entre nosotros, pero te amo; nos amo. Y tengo fe en ti.

—Pero no crees en mis trucos. No crees en la magia.

Klara sonríe. Siente lástima por él, por todo lo que no sabe.

—No —responde él, frustrado, como si hablara con Ruby—. Eso no existe.

Algunas familias caminan hacia los ascensores, se mueven alrededor de Klara y de Raj, entre ellos, y él baja la mano. Cuando vuelven a estar solos, la devuelve donde estaba, pero ahora es más dura, su palma le acaricia la mandíbula.

—Escucha. Que no crea en tus trucos no significa que no crea en ti. Creo que eres genial en lo que haces; creo que tienes el poder de conmovier a la gente. Eres una artista, Klara. Un espectáculo.

—No soy un espectáculo de ponis. No soy un payaso.

—No —responde él—. Eres una estrella.

Raj deja las bolsas y se acerca a ella. Con los brazos alrededor de su espalda, tira de ella en su dirección y la aprieta. Ruby suelta un chillido contra el pecho de Klara. Su familia de tres. Ya le parecen fantasmas, gente que conocía antes. Piensa en los días —que le parecen tan lejanos ya— en que creía que Raj podía darle todo cuanto quisiera.

—Voy a subir —dice ella.

—Vale. —Raj le hace una mueca a la niña, que se ríe—. Dime adiós, Ruby. Dile adiós a tu papá, deséale suerte.

La mujer que dirige el servicio de guardería abre la puerta cuando Klara llama. La habitación a sus espaldas está llena de los hijos de los tramoyistas y de los artistas, los recepcionistas y los cocineros, los encargados y las camareras.

—Es una noche de locos —dice. Parece un rehén, con la cara demacrada detrás de la cadena—. Feliz Año Nuevo, caray.

Klara oye que se rompe un cristal y una serie de gritos.

—¡Por Dios! —grita la mujer, girándose. Después vuelve a mirar a Klara—. ¿Te importa si lo hacemos deprisa? Hola, tú.

Abre la cadena de la puerta y sacude un dedo en dirección a Ruby. Klara abraza más fuerte a la pequeña; todo lo que hay de racional en ella se resiste a dejarla ir.

—¿Qué?, ¿no vas a dejarla esta noche? ¿No tienes una función que representar?

—Sí —responde Klara—. Sí la tengo.

Toca el cabello negro rizado de Ruby, le acaricia con suavidad las mejillas regordetas. Sólo quiere que la niña la mire, pero ella se retuerce: los otros niños la distraen.

—Adiós, mi amor. —Klara aprieta la nariz contra la frente de Ruby e inhala la dulzura lechosa, el sudor agrio, la humanidad esencial de su piel. La absorbe—. Te veré pronto.

Cuando vuelve a subir al ascensor, es como si Simon la hubiera estado esperando. Ella lo ve en el cristal, su rostro emana un arcoíris como un charco de aceite. Sube al piso cuarenta y cinco. Sólo quería apreciar la vista desde las alturas, y la suerte está de su lado: cuando pone un pie en el pasillo, una camarera sale de la suite del ático. En cuanto la mujer se sube al ascensor, Klara se abalanza hacia la puerta, la detiene con el dedo meñique y entra.

La suite es más grande que cualquier apartamento que ella haya visto. En la sala y el comedor hay sillones de piel color crema y mesas de cristal; en la habitación hay una cama *California king*, y también una televisión. El baño es tan grande como su autocaravana, con un jacuzzi enorme y dos lavabos de mármol. En la cocina hay un frigorífico de acero con botellas de alcohol de tamaño normal en lugar de miniatura.

Saca una botella de Bombay Sapphire, una de Johnnie Walker etiqueta negra y otra de Veuve Clicquot. Alterna entre las tres y tose con el champán cuando vuelve a empezar el ciclo.

Se le había olvidado apreciar la vista. Las cortinas gruesas y con pliegues, también de color crema, están cerradas. Cuando toca un botón redondo en la pared, se abren para revelar el Strip, que brilla de electricidad. Klara trata de imaginar cómo sería sesenta años atrás, antes de que veinte mil hombres construyeran la presa Hoover, antes de los anuncios de neón y las apuestas, cuando Las Vegas era sólo una ciudad adormilada de ferroviarios.

Va hacia el teléfono y marca. Gertie contesta al cuarto timbrado.

—Mamá.

—¿Klara?

—Mi espectáculo es esta noche, el estreno... Quería oír tu voz.

—¿El estreno? Qué maravilla —Gertie se queda sin aliento, como una niña. Klara oye risas de fondo y un grito disperso—. Estamos de celebración. Estamos...

—¡Daniel está comprometido! —Es la voz de Varya; debe de haber descolgado el supletorio.

—¿Comprometido? —Lo entiende un momento después—. ¿Comprometido con Mira?

—Sí, tonta —responde Varya—. ¿Con quién va a ser?

El calor se filtra a través de Klara como si fuera tinta. Un nuevo miembro en la familia. Sabe por qué están celebrándolo, por qué significa tanto.

—Qué maravilla —responde—. Es maravilloso.

Cuando cuelga, percibe la *suite* fría y abandonada, como una fiesta de la que todos los invitados acaban de irse; sin embargo, ella no estará sola durante mucho más tiempo.

Los magos nunca han sido muy buenos para morir.

David Devant tenía cincuenta años cuando los temblores lo sacaron del escenario. Howard Thurston se desplomó en el suelo después de una actuación. Houdini murió por su propia confianza: en 1926 dejó que un miembro del público lo golpeará en el estómago, y el golpe le reventó el apéndice. Y después estaba su abuela. Klara siempre ha supuesto que murió por la caída de «Las fauces de la vida» en Times Square, pero ahora lo duda. La abuela había perdido recientemente a Otto, su esposo. Klara sabe lo que se siente al estar aferrada al mundo con los dientes. Sabe lo que se siente al querer soltarse.

Abre su bolsa y saca la cuerda, enrollada como una serpiente. Es la primera que usó para «Las fauces de la vida», en San Francisco. Klara recuerda el tejido duro y fuerte, su rebote repentino. Se sube a la mesa del salón y la enreda alrededor de la enorme lámpara del techo.

Ha estado esperando que algo le demostrara que las profecías de la mujer eran ciertas. Pero aquí está el truco: Klara tiene que probarlo. Ella es la respuesta al acertijo, la segunda mitad del círculo. Ahora trabajan juntas, espalda con espalda, cabeza con cabeza.

No es que no esté aterrada. Pensar en Ruby en la guardería, gateando por la habitación sobre sus piernas regordetas, gritando de alegría, hace que cada célula de su cuerpo se estremezca. Se detiene.

Quizá deba esperar una señal. Un golpe, sólo uno.

Está tan segura de que el golpe llegará que se sorprende cuando, después de dos minutos, no ha llegado. Se cruje los nudillos y recuerda respirar. Pasa otro minuto y después cinco más. A Klara empiezan a temblarle los brazos. Sesenta segundos más y se rendirá. Sesenta segundos más y recogerá su cuerda, volverá junto a Raj y actuará.

Y entonces llega.

Su respiración es inestable, su pecho se estremece; llora unas lágrimas densas y desordenadas. Ahora los golpes son insistentes, retumban rápidamente, como granizo. «Sí —le dicen—. Sí, sí, sí.»

—¿Señorita?

Alguien está llamando a la puerta, pero Klara no se detiene. Ha colgado el letrero de «No molestar» en el pomo. Si es la camarera, lo verá.

La mesa del salón parece cara, es de cristal, con los cantos afilados, pero sorprendentemente ligera. La empuja hacia la pared y la sustituye por un taburete alto de la barra de la cocina.

—¿Señorita? ¿Señorita Gold?

Más golpes. Klara siente una ráfaga de miedo. Atraviesa la cocina y toma un trago de whisky, después de ginebra. El mareo llega tan repentinamente que tiene que inclinarse y bajar la cabeza para no vomitar.

—¿Señorita Gold? —dice la voz, más fuerte—. ¿Klara?

La cuerda cuelga esperándola, su vieja amiga. Se sube a la silla y se recoge el pelo hacia atrás.

Una mirada más hacia afuera, a la marea de personas y las luces. Un momento más para tener a Ruby y a Raj en su mente; pronto hablará con ellos.

—¿Klara? —grita la voz.

Es el 1 de enero de 1991, justo como la mujer le prometió. Klara toma sus propias manos y ambas se elevan hacia el cielo, que está muy oscuro. Flotan como hojas, pequeñas en el universo infinito; se dan la vuelta y centellean, dan la vuelta otra vez. Juntas iluminan el futuro, incluso desde tan lejos.

Raj tiene razón. Klara es una estrella.

TERCERA PARTE
LA INQUISICIÓN

1991-2006

DANIEL

Daniel vio a Mira tres veces antes de que hablaran: primero, en una sala de estudio en la biblioteca Regenstein, escribiendo en un pequeño cuaderno rojo; después, en la cafetería estudiantil en el sótano del Cobb, saliendo por la puerta con un café en la mano. Su andar tenía una electricidad que él percibió cuando pasó rozándolo. La vio de nuevo dos semanas más tarde, corriendo alrededor del Stagg Field, pero no fue sino hasta mayo de 1987 cuando ella se acercó a él.

Daniel estaba sentado en el comedor, comiendo un sándwich de cerdo desmenuzado. (Gertie habría tenido un ataque al corazón si hubiera sabido que estaba comiendo cerdo. Incluso había empezado a gustarle el beicon, que guardaba en el frigorífico de su apartamento de Hyde Park y que juraba que ella podía oler siempre que regresaba a Nueva York.) A las tres de la tarde, el lugar estaba casi vacío; Daniel comía a esa hora porque su horario de prácticas era de seis de la mañana a dos y media de la tarde. Sintió una ráfaga cuando se abrieron las puertas principales, y otro tipo de estremecimiento cuando reconoció a la joven que acababa de entrar. Sus ojos se pasearon por la sala y después empezó a caminar hacia Daniel. Él fingió que no la había advertido hasta que se detuvo enfrente de su mesa para cuatro.

—¿Te importa si...? —Llevaba un voluminoso bolso de piel colgado de un hombro y los brazos llenos de libros.

—No —dijo Daniel, mirando hacia arriba como si no se hubiera dado cuenta de que estaba ahí hasta un momento antes de entrar en acción. Apartó una lata aplastada de Coca-Cola y el envoltorio de una pajita, así como el envase de plástico rojo con los restos de su sándwich: trozos de grasa de cerdo y salsa—. Por supuesto que no.

—Gracias —dijo la chica en un tono frío y formal. Se sentó en la esquina opuesta a Daniel, sacó un cuaderno y un estuche y empezó a trabajar.

Daniel estaba intrigado. Parecía que no quería saber nada de él. Desde luego, podría haber tenido otras razones para elegir esa mesa: su distancia del bufet o el hecho de que estaba junto a las ventanas en un raro espacio que recibía el sol de Chicago.

Él buscó un libro en su mochila y la estudió de reojo. Era pequeña pero no delgada, con una cara redonda que terminaba en una barbilla estrecha y fina. Tenía unas cejas elegantes y pobladas y los ojos color avellana con las pestañas sorprendentemente pálidas. Su piel era aceitunada y tenía pecas. El cabello castaño le llegaba hasta las clavículas.

El reloj marcó las tres y media. Luego las cuatro. A las cuatro y cuarto, Daniel se aclaró la garganta.

—¿Qué estás estudiando?

La chica tenía un *walkman* Sony plateado y azul en el regazo. Se quitó los auriculares.

—¿Disculpa?

—Sólo me preguntaba qué estudias.

—Ah —respondió—. Historia del arte. Arte judío.

—Ah —dijo Daniel alzando las cejas y sonriendo de una manera que esperaba que denotara su interés, aunque el tema no le interesaba mucho.

—Ah. No te parece bien.

—¿No me parece bien? Dios, no. —Daniel se sonrojó—. Tienes derecho a estudiar lo que quieras.

—Gracias —respondió ella de manera inexpresiva.

Daniel se sonrojó aún más.

—Disculpa, eso ha sonado condescendiente. No pretendía decirlo así. Yo soy judío —añadió con solidaridad. Ella miró lo que quedaba de su sándwich—. Ancestralmente.

—Estás perdonado, entonces —dijo ella, pero sonrió—. Soy Mira.

—Daniel. —¿Debía darle la mano? Por lo general, no se sentía tan incómodo con las mujeres. En cambio, le devolvió la sonrisa.

—Entonces —dijo Mira—, ¿ya no eres religioso?

—No —admitió.

De niño, a Daniel lo reconfortaba la sinagoga: los hombres con barba y chalecos de seda y sus rituales, las manzanas con miel y las hierbas amargas, los rezos. Creó una plegaria privada que repetía cada noche con exactitud fiel, como si el error en una frase pudiera causar que algo terrible le ocurriera. Sin embargo, sí le habían ocurrido cosas terribles: la muerte de su padre, después la de su hermano. Poco después de la muerte de Simon, Daniel había dejado de rezar. No lo perturbaba haber abandonado la religión. Después de todo, no había habido una lucha. Su creencia se marchó voluntariamente, de manera lógica, del mismo modo que el coco desaparecía una vez que uno miraba bajo la cama. Ése era el problema con Dios: no resistía un análisis crítico. No podía soportarlo: desaparecía.

—Eres un hombre de pocas palabras —dijo Mira.

Algo en su tono lo hizo reír.

—Es que, bueno, hablar de religión... puede incomodar a las personas, o ponerlas a la defensiva. —Y, por si Mira se ponía a la defensiva, añadió—: Veo mucho valor en la tradición religiosa.

Ella inclinó la cabeza con interés.

—¿Como qué?

—Mi padre era devoto. Yo respeto a mi padre, así que respeto lo que él creía. — Daniel hizo una pausa para reunir sus pensamientos; nunca antes los había expresado —. De alguna manera, veo la religión como el pináculo del logro humano. Al inventar a Dios, desarrollamos la capacidad de considerar nuestros propios rasgos, y lo equipamos con el tipo de tecnicismos útiles que nos permiten creer que sólo tenemos cierto control. La verdad es que la mayoría de la gente disfruta experimentando cierto nivel de impotencia. Sin embargo, creo que *sí* tenemos control, tanto, que nos da un miedo mortal. Como especie, Dios podría ser el regalo más grande que nos hayamos dado. El regalo de la cordura.

La boca de Mira dibuja un pequeño semicírculo hacia abajo. Pero pronto su expresión se volverá tan familiar para Daniel como sus pequeñas manos frías o el lunar que tiene en el lóbulo izquierdo.

—Yo rastreo obras de arte robadas por los nazis —dice después de un momento —. Y lo que he percibido es lo lejos que viajan los objetos. Por ejemplo, el *Retrato del doctor Gachet* de Van Gogh. Lo pintó en 1880 en Auvers-sur-Oise, más o menos un mes antes de suicidarse. La obra cambió de manos cuatro veces, del hermano de Van Gogh a la viuda de su hermano y a dos coleccionistas independientes antes de que lo adquiriera el instituto de arte Städelsches Kunstinstitut en Frankfurt. Cuando los nazis saquearon el museo en 1937, se hizo con él Hermann Göring, que lo vendió a un coleccionista alemán. Sin embargo, aquí es donde las cosas se ponen interesantes: ese coleccionista se lo vendió a Siegfried Kramarsky, un banquero judío que huyó del Holocausto a Nueva York en 1938. Es maravilloso, ¿no?, que la pintura terminara, después de todo, en manos judías y directamente de un asociado de Göring. —Mira juega con sus auriculares; de repente, parece tímida—. Supongo que necesitamos a Dios por la misma razón por la que necesitamos el arte.

—¿Porque es algo bonito de contemplar?

—No. —Ella sonrió—. Porque nos muestran lo que es posible.

Era precisamente el tipo de idea reconfortante que Daniel había rechazado hacía mucho, pero se sentía atraído por Mira a pesar de ello. Ese fin de semana bebieron vino y escucharon *Graceland* de Paul Simon en un radiocasete que Mira había colocado junto a la ventana abierta de su apartamento, situado en un tercer piso sin ascensor. Cuando metió las manos en los bolsillos traseros de los vaqueros de él y lo acercó hacia sí, Daniel sintió tanta alegría que casi le resultó vergonzoso. No se había dado cuenta de lo solo que estaba, o de cuánto tiempo llevaba solo.

En su boda, cuando miró a los invitados y sólo vio a Gertie y a Varya, algo se rompió en su corazón. Que Klara y Mira nunca se hubieran conocido seguía siendo una de las cosas más tristes de su vida. Mira era eminentemente práctica, y Klara, con toda seguridad, no, pero compartían el sentido del humor y un aire de desafío juguetón, aunque a veces no tanto. No sabía cuánto dependía de su hermana para ese propósito hasta que conoció a su mujer. Durante la rotura del vaso, se imaginaba su vida hasta ese momento como algo también roto: su ignorancia y su angustia, sus

pérdidas terribles y absurdas. De los pedazos reuniría algo nuevo con Mira. Observó sus brillantes ojos color avellana, centelleando detrás de una capa de lágrimas, y sintió que su alma se relajaba como si entrara en un baño caliente. Mientras siguiera mirándola, esa sensación de paz pulsaría hacia afuera para empujar el dolor en dirección al perímetro de su conciencia.

Más tarde, desnudo con su esposa —Mira roncaba, con la frente sudorosa sobre su pecho—, Daniel empezó a temblar. Rezó. Las palabras acudieron a su mente, tan necesarias como la orina. (Una analogía terrible, lo sabía; Mira se habría sentido horrorizada si se lo hubiera dicho, y sin embargo le parecía aún más adecuada que las metáforas elevadas que había oído en su infancia.) «Por favor, Dios —pensó—. Por favor, Dios, haz que esto dure.»

En las semanas siguientes, cuando recordaba la plegaria, Daniel se sentía avergonzado, pero también, de alguna manera, más ligero; era como si se hubiera cortado un mechón de cabello. No había pensado que la religión pudiera hacer eso por él. En realidad, las semillas de su ateísmo se habían sembrado años antes de las muertes de Klara, Simon y Saul. Había empezado con la mujer de la calle Hester. Había sentido tanta vergüenza de su paganismo, de su deseo de conocer lo desconocido, que la vergüenza se había convertido en rechazo. Nadie, juró, tendría ese tipo de poder sobre él: ninguna persona, ninguna deidad.

Sin embargo, quizá Dios no tuviera nada que ver con la fascinación aterradora e impactante que lo había llevado a ver a la adivina; quizá no tuviera en absoluto relación con sus declaraciones ridículas. Para Saul, Dios había significado orden y tradición, cultura e historia. Daniel seguía creyendo en la elección, sin embargo, quizá eso no anulaba la creencia en Dios. Se imaginaba un nuevo Dios, uno que le advirtiera cuando fuera por el camino equivocado pero que nunca lo obligara con demasiada fuerza; uno que lo aconsejara pero que no insistiera; uno que lo guiara, como un padre. Un Padre.

Varios años después, cuando estaban casados y vivían en Kingston, Nueva York, le preguntó a Mira si se había sentado intencionadamente a su lado en el comedor años atrás.

—Por supuesto —dijo ella. Cuando se rió, un rayo de luz que entraba por la cocina transformó sus ojos en monedas de oro—. La cafetería estaba vacía. ¿Por qué, si no, iba a escoger tu mesa?

—No lo sé —respondió Daniel, avergonzado por haberlo preguntado o por haber dudado de ella—. A lo mejor querías compañía o sol. Recuerdo que había sol.

Mira lo besó. Sintió en la nuca la banda fría de su alianza de matrimonio, un anillo de oro a juego con el suyo.

—Sabía exactamente lo que hacía —dijo ella.

Diez días antes de Acción de Gracias de 2006, Daniel está sentado en la oficina del coronel Bertram, de la Oficina de Reclutamiento Militar de Albany. En estos cuatro años en la oficina de reclutamiento del ejército, sólo ha visitado el despacho del coronel algunas veces: por lo general, para discutir un caso un poco atípico, una vez para recibir un ascenso de médico a oficial médico jefe, y hoy espera recibir un aumento.

El coronel Bertram está sentado en un sillón de piel detrás de un escritorio amplio y brillante. Es más joven que Daniel, con una franja de cabello rubio rasurado a los costados, y de complexión estrecha y firme. Apenas parece mayor que los ansiosos oficiales de reserva que llegan a montones para su evaluación.

—Ha tenido una carrera larga —le dice.

—¿Disculpe?

—Ha tenido una carrera larga —repite—. Ha servido bien a su país, pero voy a ser directo, mayor. Algunos de nosotros creemos que es hora de que se tome un descanso.

Contrataron a Daniel después de la Facultad de Medicina. Durante los primeros diez años de su carrera trabajó en el Hospital Comunitario Militar Keller en West Point. Era la clase de trabajo que siempre se había imaginado hacer, de alto riesgo e impredecible, pero lo agotaron los horarios y el infatigable sufrimiento. Cuando hubo una vacante en la ORM, Mira lo alentó a que enviara una solicitud. El puesto no era glamuroso, pero Daniel comenzó a disfrutar de cierta estabilidad, y ahora difícilmente podría imaginarse volver al hospital, o, peor, al paro.

A veces teme que su preferencia por la rutina sea una muestra de cobardía. No se le escapa la paradoja de su trabajo, que consiste en confirmar que los jóvenes están lo suficientemente sanos para ir a la guerra. Por otro lado, también se percibe como un guardián. Su tarea es actuar como un filtro: separar a los que están listos para la guerra de los que no lo están. Los aspirantes lo miran con esperanza ansiosa, como si él pudiera darles permiso para vivir, no licencia para morir. Desde luego, hay algunos rostros que muestran puro terror, y en ellos Daniel ve a sus padres militares o la pobreza infinita que los llevó a las fuerzas armadas en primer lugar. Siempre les pregunta si están seguros de querer ir a la guerra. Siempre le responden que sí.

—Señor —por un momento, la mente de Daniel se vuelve oscura—, ¿es por Douglas?

El coronel inclina la cabeza.

—Douglas era apto. Debería habersele dado autorización.

Daniel recuerda los papeles del joven: la espirometría y su flujo respiratorio estaban muy por debajo de lo normal.

—Douglas tenía asma.

—Douglas es de Detroit. —El coronel Bertram deja de sonreír—. En Detroit, todo el mundo tiene asma. ¿Considera que deberíamos rechazar a los jóvenes de Detroit?

—Desde luego que no.

Por primera vez, Daniel comprende la gravedad de la situación. Sabe que el reclutamiento ha bajado un diez por ciento. Sabe que el ejército ha reducido los estándares del examen de aptitud mental; no habían admitido a tantos aspirantes de categoría cuatro desde la década de los setenta. Ha oído que ciertos oficiales han redactado exenciones por detenciones por mala conducta: robo, asalto, incluso homicidio imprudente en accidente de tráfico y homicidio.

—No se trata sólo de Douglas —dice.

—Comandante. —El coronel Bertram se inclina hacia delante y su insignia, una estrella laureada, captura la luz. Daniel se lo imagina inclinado sobre el escritorio con la insignia en la mano, pasándole una bola de algodón embebida en abrillantador—. Tiene buenas intenciones; todos lo sabemos. Sin embargo, es de una generación diferente. Es conservador, y eso está bien: no quiere que muera nadie que no tenga que ir. Algunos de esos jóvenes no están bien, le doy la razón. Buscamos un motivo. Sin embargo, hay un tiempo para ser conservadores, comandante, y éste no lo es. Necesitamos hombres, necesitamos números, por Dios y por el país, y a veces tenemos que aceptar a un hombre con una rodilla herida o con un poco de tos, pero si su corazón está en el lugar adecuado, es lo suficientemente bueno. Y justo ahora, doctor Gold, necesitamos corazón. Necesitamos algo lo suficientemente bueno. Necesitamos —el coronel recoge un montón de formularios— exenciones.

—Escribo exenciones cuando se merecen.

—Escribe exenciones cuando usted *cre*e que se merecen.

—Pensé que era la descripción de mi trabajo.

—Usted trabaja para mí. Yo le doy la descripción de su trabajo, y estoy seguro de que no quiere en su expediente un artículo 15 que apeste como la mierda.

—¿Por qué? —A Daniel le amarga la boca—. Nunca he actuado en contra del código.

Un artículo 15 pondría fin a su carrera en el ejército. Nunca obtendría un ascenso; incluso podrían darlo de baja. Además, caería en desgracia, y la humillación lo quemaría vivo.

Sin embargo, su orgullo no es el único asunto. Mira trabaja en una universidad pública. Cuando Daniel dejó el empleo en el hospital, tenían más dinero del que necesitaban, pero a partir de entonces asumieron los gastos de Gertie. A la madre de Mira le diagnosticaron un cáncer, y a su padre, demencia. Cuando la madre murió, a

él lo llevaron a una residencia, cuyo pago anual ha consumido gran parte de sus ahorros y seguirá haciéndolo: su padre tiene sesenta y ocho y está bastante sano.

—Por insubordinación. —Un trozo de clara de huevo tiembla bajo el labio inferior del coronel. Levanta el papel de aluminio en el que tenía envuelto su sándwich y lo dobla por la mitad—. Por no conseguir satisfacer los estándares militares.

—Eso es mentira.

—¿Soy un mentiroso? —pregunta el coronel tranquilamente. Sigue sosteniendo el pedazo de papel de aluminio y lo dobla una y otra vez.

Daniel sabe que le acaba de dar una oportunidad para corregirse. Sin embargo, pensar en el artículo 15 lo hace bullir por dentro. Se siente indignado por la amenaza, por la injusticia.

—Eso, o un borrego —responde—. Un borrego que hace lo que cualquiera de sus jefes le dice.

El coronel se detiene. Se guarda en el bolsillo el pedazo de papel de aluminio, que ahora tiene el tamaño de una tarjeta. Después se levanta de su sillón y se inclina hacia Daniel con las palmas sobre la mesa.

—Queda suspendido de su labor. Dos semanas.

—¿Quién hará mi trabajo?

—Tenemos otros tres tipos que pueden hacer exactamente lo mismo que usted hace. Eso es todo.

Daniel se levanta. Si saluda, el coronel Bertram notará que le están temblando las manos, así que no lo hace, aunque sabe que su situación se volverá mucho peor.

—Usted debe creerse alguien jodidamente especial —dice el coronel cuando Daniel se vuelve hacia la puerta—. Un verdadero héroe estadounidense.

Mientras Daniel camina en dirección al parking, le zumban los oídos. Deja que el coche se caliente y mira el edificio federal Leo W. O'Brien, un cubo alto de cristal que alberga la ORM de Albany desde 1974. Después de una reforma en 1997, a Daniel le dieron una amplia oficina nueva en el tercer piso. El centro de Albany no es gran cosa, pero cuando Daniel se sentó por primera vez en esa oficina lo llenó un sentimiento de propósito y de certeza, la sensación de que su vida lo había estado dirigiendo desde el principio hasta ese momento, y de que había llegado ahí al tomar decisiones prudentes y estratégicas.

Sale marcha atrás del aparcamiento e inicia el trayecto de cincuenta minutos hasta Kingston. ¿Qué le va a decir a Mira? Antes de ese día, los hombres buscaban su consejo, pedían su consentimiento: era como un oráculo. Ahora no puede distinguirse de cualquier otro hombre, como un sacerdote sin su hábito.

—Hijo de puta —dice Mira cuando Daniel se echa en sus brazos y se lo cuenta—. Nunca me ha gustado ese tipo, ¿Bertram? ¿Bertrand? *Hijo de puta...* —Se alza de

puntillas y pone las palmas sobre las mejillas de Daniel—. ¿Dónde está la ética? ¿Dónde está la maldita ética?

Fuera, la luz del garaje ilumina el bosque que bordea su jardín. Un ciervo olfatea unos troncos tras la primera línea de árboles. El paisaje se ha vuelto marrón demasiado rápido este año.

—Úsalo en tu propio beneficio —dice Mira—. Pasaremos las siguientes dos semanas preparando tu caso. Mientras tanto, tendrás un respiro; piensa qué te gustaría hacer.

En su mente, como si fuera una pantalla de televisión, Daniel piensa en la lista de condiciones para la inhabilitación: «Úlcera, varices, fístulas, acalasia u otros trastornos de la motilidad gastrointestinal. Atresia o microtia grave. Síndrome de Ménière. Dorsiflexión de 10°. Falta de pulgares». Una y otra y otra: miles de regulaciones en conjunto. Para las mujeres es incluso más restrictivo: «Quistes ováricos. Sangrado anormal». Sorprende que alguien pueda cumplir los requisitos, pero, de nuevo, también es una maravilla que la mayor parte de las personas, a pesar de los altos índices de cáncer, diabetes y enfermedades cardiovasculares, sigan viviendo después de los setenta y ocho años.

—¿Qué te gustaría hacer? —continúa Mira. Está tratando de ser fuerte por él, pero su ansiedad es obvia: siempre quiere mantenerse ocupada cuando está preocupada—. Podrías arreglar el cobertizo, o ponerte en contacto con tu familia.

Muchos años antes, Mira le preguntó con su franqueza característica por qué no tenía una relación cercana con sus hermanas.

—No es que *no* tengamos una relación cercana —contestó.

—Bueno, no la tenéis —dijo Mira.

—A veces sí —replicó Daniel, aunque la verdad era más compleja.

En ocasiones pensaba en sus hermanas y sentía un amor que cantaba desde su cuerpo como un *shofar*, rico de alegría, agonía y reconocimiento eterno: ellos tres estaban hechos del mismo polvo de estrellas que él, ellos, a los que conocía desde el principio del principio. Sin embargo, cuando estaba en su compañía, la menor infracción hacía que se sintiera irreversiblemente resentido. A veces era más fácil pensar en ellas como personajes —la rígida Varya; Klara, soñadora e imprudente—, que confrontarlas en su plena y poco atractiva adultez: su aliento matinal y sus elecciones estúpidas, sus vidas que serpenteaban entre una maleza poco familiar.

Esa noche, cae a la deriva en el sueño y vuelve a despertarse. Está pensando en sus hermanas y en las olas, el proceso de dormirse se parece al de una playa contra la que choca el océano. En una de sus vacaciones en Nueva Jersey, Saul llevó a los hermanos de Daniel al cine, pero Daniel quería nadar. Tenía siete años. Él y Gertie llevaron unas tumbonas a la playa y Gertie estuvo leyendo una novela mientras Daniel jugaba a ser Don Schollander, que había ganado cuatro medallas en Tokio el

año anterior. Cuando la marea se llevó a Daniel hacia el horizonte, él se lo permitió, electrificado por la distancia cada vez mayor entre él y su madre. Cuando se cansó de tragar agua, se había alejado casi cincuenta metros de la arena.

El océano le inundaba la nariz y la boca. Sus piernas eran largas e inútiles. Escupió y trató de gritar, pero Gertie no lo oía. Sólo porque una repentina ráfaga le voló el sombrero se puso en pie y, al ir a recuperarlo, vio la cabeza de Daniel.

Soltó el sombrero y corrió hacia su hijo con la sensación de hacerlo a cámara lenta, aunque nunca se había movido tan rápido. Llevaba sobre el traje de baño un vestido largo, cuyo bajo tenía que alzar; con un gemido de consternación, se lo quitó y lo dejó abandonado en la arena. Debajo llevaba un bañador de una pieza con una faldita que dejaba ver sus muslos robustos y celulíticos. Chapoteó en el agua poco profunda antes de inhalar hondamente y arrojarse hacia las olas. «Date prisa —pensó Daniel tragando agua salada—. Date prisa, mamaíta.» No la había llamado así desde que era un niño pequeño. Por fin, las manos de su madre aparecieron bajo sus axilas. Lo arrastró fuera del agua y juntos se derrumbaron sobre la arena. Gertie tenía el cuerpo rojo y el cabello pegado a la cabeza como el casco de un aviador. Respiraba a grandes bocanadas, y Daniel pensó que eran de extenuación antes de darse cuenta de que estaba llorando.

En la cena, contó con suntuosidad la historia del casi ahogamiento, pero, por dentro, brillaba con aquel nuevo apego a su familia. Durante el resto de las vacaciones, perdonó el continuo balbuceo de Varya durante el sueño. Permitted que Klara se duchara primero cuando regresaban de la playa, aunque sus duchas le llevaban tanto tiempo que Gertie una vez golpeó la puerta para preguntarle por qué, si necesitaba tanta agua, no se llevaba el jabón al mar. Años más tarde, cuando Simon y Klara se fueron de casa, y después de eso, cuando Varya se alejó de él, no podía comprender por qué ellos no sentían lo mismo que él: el dolor de la separación y la alegría de regresar. Esperó. Después de todo, ¿qué podía decirles? «No os vayáis tan lejos. Nos echaréis de menos.» Sin embargo, conforme pasaron los años y al ver que no volvían, se sintió herido y desesperado; luego sintió amargura.

A las dos de la mañana baja al estudio. Deja la luz apagada; el brillo azulado del monitor del ordenador es suficiente. Teclea la dirección de la página web de Raj y Ruby. Cuando se carga, aparecen grandes palabras rojas en la pantalla: «¡Experimente las MARAVILLAS DE LA INDIA sin levantarse de su asiento! Deje que RAJ y RUBY lo lleven volando en su ALFOMBRA MÁGICA a ver las maravillas de otro mundo, desde el truco indio de las agujas hasta el misterio de la gran cuerda que asombró a HOWARD THURSTON, el mayor mago estadounidense del siglo XX».

Las mayúsculas danzan y parecen parpadear. Debajo de ellas brillan las caras de Raj y Ruby, con *bindis* en la frente. Hay un álbum de fotografías que gira en el centro de la página. En una imagen, Raj está atrapado en una cesta que Ruby ha ensartado con dos espadas. En otra, Raj sostiene una serpiente tan gruesa como el cuello de Daniel.

Es excesiva, piensa Daniel. Exagerada. Sin embargo, es Las Vegas: claramente, lo excesivo es un buen argumento de venta. Él ha ido dos veces; primero, para la despedida de soltero de un amigo, y después a una conferencia médica. En ambas ocasiones le impactó como una monstruosidad característicamente estadounidense, como si todo fuera una versión caricaturesca de sí mismo. Había restaurantes llamados Margaritaville y Cabo Wabo, volcanes que exhalaban humo rosa y el Forum Shops, un centro comercial construido con la apariencia de la antigua Roma. ¿Quién podría sentir, viviendo ahí, que estaba en el mundo real? Por lo menos, Raj y Ruby viajan: la base de su espectáculo es el Mirage, pero un enlace llamado «Giras y horarios» muestra que van a actuar en el Mystery Lounge de Boston ese fin de semana. Dentro de dos semanas actuarán durante un mes en Nueva York.

Daniel se pregunta qué plan tendrán para Acción de Gracias. Raj ha mantenido a Ruby lejos de los Gold, mostrándola y ocultándola cada dos años como un conejo en una chistera. Daniel la vio como una apasionada niña de tres años, después como una niña seria y observadora de cinco y nueve años, y la última vez, como una preadolescente taciturna. Esa visita terminó con una fuerte discusión sobre «Las fauces de la vida», el número especial de Klara. Raj se lo estaba enseñando a Ruby, lo que molestó a Daniel. No podía concebir que Raj quisiera recrear la imagen de Klara colgando de una cuerda por medio de su hija.

—Mantengo vivo su recuerdo —protestó Raj—. ¿Podéis decir lo mismo vosotros?

No habían vuelto a hablar desde entonces, aunque no sólo era culpa de Raj. Había habido muchas ocasiones en que Daniel podría haberlo buscado, por supuesto, antes de ese desencuentro e incluso después. Sin embargo, estar en presencia de Raj y Ruby siempre le había dejado una sensación dolorosa. Cuando la niña era pequeña, se parecía a Raj, pero en su adolescencia había desarrollado las mejillas plenas y con hoyuelos de Klara y su sonrisa de gato de Cheshire. El cabello largo y rizado le caía hasta la cintura como el de Klara, con la excepción de que el de Ruby era castaño — el color natural de Klara— en lugar de rojo. A veces, cuando ella estaba de malhumor, Daniel experimentaba una sensación fantasmagórica de *déjà vu*. Con facilidad holográfica, Ruby se convertía en su madre, y Klara miraba a Daniel de manera acusadora. No había estado lo suficientemente cerca de ella, no sabía lo enferma que estaba. También había sido idea suya visitar a la adivina, lo que había afectado a todos sus hermanos, pero quizá a Klara más que a ninguno. Todavía recuerda su aspecto en el callejón después de la visita: con las mejillas húmedas y la nariz roja, los ojos al mismo tiempo alertas y extrañamente vacíos.

El único número de teléfono que Daniel tiene es el fijo de Raj. Como viajan constantemente, hace clic en «Contacto». En la pantalla aparece una lista con las direcciones de correo del mánager, el publicista y el agente de Raj y de Ruby sobre un recuadro que dice «¡Escribe a los Chapal!». Quién sabe si alguna vez lo

comprueban —el cuadro de diálogo parece diseñado para correos de admiradores—, pero decide intentarlo.

Raj:

Soy Daniel Gold. Ha pasado algún tiempo, así que he pensado en escribiros. He visto que vais a viajar a Nueva York en las próximas semanas. ¿Algún plan para Acción de Gracias? Estaríamos encantados de que os quedarais con nosotros. Es una pena pasar tanto tiempo sin ver a la familia.

Saludos,
D. G.

Daniel vuelve a leer el correo y le preocupa que sea demasiado informal. Añade «Querido» antes de «Raj», después lo borra (Raj no le es querido, y ni él ni Daniel toleran lo falso, es una de las pocas cosas que tienen en común). Escribe «tenéis» antes de «algún plan para Acción de Gracias», y sustituye «estaríamos encantados» por «me gustaría mucho» antes de «que os quedarais con nosotros». Borra la última línea, (¿en realidad son familia?), y luego vuelve a escribirla. Son bastante cercanos. Hace clic en «Enviar».

Creía que, a pesar de la suspensión, se despertaría a las seis y media a la mañana siguiente (un hombre de cuarenta y ocho años es sumamente predecible); sin embargo, cuando suena su móvil, el sol está muy alto en el cielo. Ve su reloj entreabriendo los ojos, sacude la cabeza y vuelve a entreabrirlos: son las once. Busca algo en su mesilla con una mano, encuentra sus gafas y su teléfono, se pone las primeras y contesta el segundo. ¿Será Raj quien lo llama? ¿Tan pronto?

—¿... la?

Sólo oye interferencias.

—Daniel —dice una voz—... oy... di...

—Disculpe —dice él—, pero se corta. ¿Qué pasa?

—Es... di... aquí en... servicio...

—¿Di?

—Eddie —dice la voz insistentemente—. Eddie O... hue...

—¿Eddie O'Donoghue? —Incluso entrecortado, el nombre sacude la memoria de Daniel. Se sienta y acomoda la almohada debajo de su cuerpo.

—... es... poli... conocimos... cisco... Su... mana... FBI...

—Por Dios —dice Daniel—. Desde luego.

Eddie O'Donoghue fue el agente del FBI que se asignó al caso de Klara. Asistió al funeral en San Francisco, y después Daniel se lo encontró en un bar de Geary. Al día siguiente, Daniel se despertó con una terrible migraña y no podía imaginar por qué había compartido tanto con Eddie, pero esperaba que el agente estuviera lo suficientemente ebrio para olvidarlo.

—... detenerme —dice Eddie, y de repente su voz se vuelve clara—. Por fin. Santa Madre de Dios, el servicio es una mierda. ¿Cómo lo aguanta?

—Tenemos un número fijo —responde Daniel—. Es mucho más fiable.

—Escucha, no puedo hablar mucho, estoy en la carretera, pero ¿es una buena hora para ti? ¿A las cuatro, cinco de la tarde? ¿Algún lugar en el centro? Hay algunas cosas que quiero compartir contigo.

Daniel parpadea. La llamada, la mañana entera, parece irreal.

—Está bien —dice—. Podríamos encontrarnos en la casa Hoffman. A las cuatro y media.

Hasta que cuelga no se da cuenta de que hay una gran sombra en el umbral de la puerta: su madre.

—Por Dios, mamá —dice Daniel, cubriéndose con las mantas. Gertie aún tiene el poder de hacerlo sentir como un niño de doce años—. No te había visto.

—¿Con quién hablabas? —Ella lleva su bata rosa de guata, ¿cuántos años hace que la tiene?, Daniel no quiere ni saberlo, y su cabello grueso y canoso se parece al de Beethoven.

—Con nadie —dice—. Con Mira.

—Por supuesto que no era Mira, no soy imbécil.

—No. —Daniel se levanta de la cama, se pone una sudadera de SUNY Binghamton y las pantuflas de piel con borreguito. Después va hacia la puerta y besa a su madre en la mejilla—. Pero eres una entrometida. ¿Ya has desayunado?

—¿Si ya he desayunado? Por supuesto que sí. Es casi mediodía y tú aquí, durmiendo como un adolescente.

—Me han suspendido.

—Ya lo sé, me lo ha dicho Mira.

—Entonces trátame con cariño.

—¿Por qué crees que no te he despertado?

—Ay, no sé —dice Daniel bajando la escalera—. ¿Porque ya no soy un niño?

—Respuesta incorrecta. —Gertie se escabulle detrás de él y lo adelanta, sermoneando dramáticamente hasta la cocina—. Porque te estoy tratando con cariño. Nadie te trata con más cariño que yo. Ahora, siéntate si quieres que te prepare café.

Gertie se había mudado a Kingston tres años antes, en el otoño de 2003. Hasta entonces había insistido en quedarse en la calle Clinton. Por lo general, Daniel la visitaba una vez al mes, pero ese año se había saltado marzo y abril: el trabajo era caótico por la invasión de Irak, y Gertie le había asegurado que pasaría la Pascua judía con una amiga.

Cuando él llegó el 1 de mayo, ella estaba en cama con la bata puesta, leyendo *El proceso* de Kafka. Las ventanas estaban cubiertas con papel de embalar. Donde antes estaba colgado el espejo con marco de madera sobre su cómoda, ahora había un clavo desnudo. Había arrancado de los goznes el espejo del baño, que también era la puerta

del armario de las medicinas, para dejar expuesta una farmacia de frascos repletos de pastillas prescritas.

—Mamá —dijo Daniel con la garganta seca—, ¿quién te ha recetado todo esto?

Gertie entró en el baño. Su mirada tenía esa apariencia necia de «¿A quién?, ¿a mí?».

—Médicos.

—¿Qué médicos? ¿Cuántos médicos?

—Pues no estoy segura. Vi a un tipo por mis problemas de estómago y a otro por mis huesos. Luego está el médico de cabecera, el oculista, el dentista, la alergóloga, aunque no la he visto en meses, el ginecólogo, el fisioterapeuta, que piensa que tengo escoliosis, aunque nadie me la había diagnosticado a pesar de que toda mi vida he tenido dolores de espalda; hay un huesecito en mi esternón que te juro que se sale cuando hago lo que el doctor Kurtzburg llama «giros pesados». —Levantó una mano cuando Daniel iba a empezar a protestar—. Deberías alegrarte de que me estén tratando, cuidando, procurando los cuidados que necesita una vieja que está sola en este mundo. Tú —repite con la mano alzada— deberías alegrarte.

—No tienes escoliosis.

—Tú no eres mi médico.

—Soy algo más que eso: tu hijo.

—Acabo de recordar a la dermatóloga. Ella controla mis lunares. La gente cree que son signos de belleza, pero la belleza podría matarte. ¿Alguna vez has pensado que Marilyn Monroe podría haber muerto a causa de un lunar? ¿Ese que tenía en la cara, por el que era tan famosa?

—Marilyn Monroe se suicidó. Se tomó un montón de barbitúricos.

—Tal vez —dice Gertie de manera conspirativa.

—¿Por qué has quitado los espejos?

—Por tu hermano, tu hermana y tu padre —dijo Gertie. Daniel se dirigió a la cocina. Sobre la encimera había una copa de vino rodeada de una nube de moscas de la fruta—. Y eso es para Elijah, no lo toques.

Cuando Daniel tiró el Manischewitz pestilente por el desagüe, la nube de moscas se levantó y se dispersó. Gertie resopló. Al otro lado del fregadero había una bandeja de aluminio con *kugel*, sin tapar: la pasta estaba brillante y dura como el plástico. Allí, como en la habitación, las ventanas estaban cubiertas con papel de embalar.

—¿Y por qué has cubierto las ventanas?

—Ahí también hay reflejos —dijo Gertie con las pupilas dilatadas, y Daniel supo que tenía que hacer algo.

En un principio ella se negó, pero después se sintió halagada al pensar que Daniel quería que estuviera cerca, y aliviada por el fin de su soledad. La sacaron de Manhattan en agosto. Varya se había mudado a California para trabajar en el Instituto Drake de Investigaciones en torno al Envejecimiento, pero voló al este para echar una mano. Por la tarde, el apartamento estaba tan desnudo que Daniel sintió pena de

haberlo hecho. Tras sacar el sillón de terciopelo verde de Saul, un mueble horrendo que toda la familia adoraba, lo único que quedaba era desmontar las literas.

—No quiero verlo —dijo Gertie, mitad amenazadora, mitad desesperanzada.

Habían comprado las literas en Sears cuarenta años antes, y ella no las quitó ni siquiera después de que Klara y Simon murieran. Al principio dijo que necesitaban un lugar para dormir si Daniel, Mira y Varya la visitaban al mismo tiempo, pero cuando él sugirió que por lo menos podían desmontar una de las dos, Gertie se puso tan nerviosa que él decidió no volver a abordar el asunto. Antes de que Mira la acompañara al coche, Gertie insistió en que le hicieran una foto con las literas. Se detuvo sosteniendo su bolso y sonriendo alegremente, como una turista frente al Taj Mahal, antes de salir rápidamente del cuarto, volviéndose hacia la pared para que no pudieran verle la cara.

Daniel cerró la puerta principal detrás de ella y regresó a la habitación. Al principio no vio a Varya; sin embargo, unos sollozos salían de su litera en lo alto, y cuando levantó la vista vio su pie derecho asomando por el borde. Las lágrimas le resbalaban de los ojos, dejando dos círculos húmedos sobre el colchón.

—Ay, V —dijo.

Empezó a acercarse a ella, pero después lo pensó mejor: sabía que no le gustaba que la tocaran. Durante años le había dolido su costumbre de evitar los abrazos y su distanciamiento en general. Sólo quedaban ellos dos, y a veces pasaban semanas antes de que ella le devolviera las llamadas. Sin embargo, ¿qué podía hacer? Era demasiado tarde para que cualquiera de los dos cambiara.

—Sólo estaba recordando —dijo Varya, respirando hondo—. Cuando dormía aquí.

—¿Cómo?, ¿cuando éramos niños?

—No. Cuando éramos mayores. Cuando estaba —hipó— de visita.

La palabra parecía cargada de significado, pero Daniel no tenía ni idea de qué quería decir. Así era siempre con ella: el paisaje que Varya veía era diferente, algunas cosas eran portentosas u ominosas, ella veía con temor lo que a él le parecía un tramo de acera inmaculada. A veces pensaba en preguntarle, pero entonces cualquier canal abierto entre ambos se cerraba, y eso mismo fue lo que ocurrió en ese momento. Varya se secó la cara rápidamente con una mano y balanceó las piernas hacia la escalera.

Sin embargo, no pudo bajar. La escalera estaba sujeta a la litera de arriba con unos tornillos tan viejos que la fuerza repentina de su peso hizo que se soltaran de la madera. La escalera se estrelló contra el suelo; Varya gritó con un pie colgando. El salto de la litera de arriba al suelo no era nada peligroso, pero se aferró a la barandilla mirando dudosa por el borde.

Daniel estiró los brazos hacia ella.

—Ven aquí, pajarraco —dijo.

Varya hizo una pausa. Después reprimió la risa y se acercó a él. Daniel le puso las manos bajo las axilas y ella lo sujetó por los hombros mientras la bajaba al suelo.

El funeral de Klara se había celebrado quince años antes en el Columbario de San Francisco. Raj había planeado enviar su cuerpo a la tumba de la familia Gold en Queens, pero en un principio Gertie se negó. Cuando Daniel se enfrentó a su madre, ella le argumentó que la ley judía prohibía enterrar a quienes cometieran suicidio a menos de tres metros de otro judío muerto, como si sólo la observancia más estricta pudiera proteger a los miembros de la familia que quedaban. Daniel se enfureció con Gertie hasta que ella cedió; podría haberle pegado, y nunca antes se había sentido capaz de algo así.

Daniel y Mira acababan de mudarse a Kingston. Mira había obtenido una plaza de profesora agregada de Historia del arte y Estudios judíos en la Universidad Estatal de Nueva York en New Paltz, y Daniel tenía un puesto de noche en el hospital. Iba a empezar su trabajo dentro de un mes y su boda sería al cabo de seis, y nunca antes se había sentido tan incapaz. La muerte de Simon ya había sido bastante terrible, ¿cómo había sido posible que también perdieran a Klara? ¿Cómo podría soportarlo la familia? Después del funeral, Daniel se dirigió hasta un bar irlandés en Geary, apoyó la cabeza sobre la barra y se puso a llorar. Apenas era consciente de su aspecto o de lo que decía —«Dios, ay, Dios..., están muriendo todos»—, hasta que alguien le respondió.

—Sí —dijo el hombre del taburete a su lado—. Pero eso no lo hace más fácil.

Daniel alzó la vista. El hombre tenía más o menos su edad, el cabello pelirrojo y unas patillas gruesas. Sus ojos, de un color extraño, más dorado que castaño, estaban enrojecidos. Una barba incipiente se extendía de sus mejillas a la parte inferior de su cuello.

Levantó su Guinness.

—Eddie O'Donoghue.

—Daniel Gold.

Eddie asintió.

—Lo vi en el funeral. Investigué la muerte de su hermana. —Buscó en el bolsillo de su pantalón negro y sacó una identificación del FBI. Decía AGENTE ESPECIAL, junto a una firma ininteligible.

—Ah —consiguió decir Daniel—. Gracias.

¿Era eso lo que uno decía en esas circunstancias? Daniel se alegraba de que se investigara la muerte de Klara (él tenía sus propias sospechas), pero le preocupaba que los federales se involucraran.

—Si no le importa que se lo pregunte —dijo—, ¿por qué el FBI se hizo cargo del caso? ¿Por qué no lo hizo la policía local?

Eddie guardó su identificación y miró a Daniel. A pesar de sus ojos enrojecidos y de su aspecto descuidado, parecía joven.

—Yo estaba enamorado de ella.

Daniel estuvo a punto de ahogarse con su propia saliva.

—¿Cómo?

—Estaba enamorado de ella —repitió Eddie.

—¿De... mi hermana? ¿Le fue infiel a Raj?

—No, no. Dudo que lo conociera en ese entonces. De todos modos, ella no me correspondió.

El camarero apareció delante de ellos.

—¿Les sirvo algo, jóvenes?

—Uno más para mí, y también para él, yo invito. —Eddie hizo un gesto con la cabeza hacia el vaso de bourbon de Daniel. Sólo entonces éste se dio cuenta de que se lo estaba tomando.

—Gracias —dijo Daniel. Cuando el camarero se fue, se volvió hacia Eddie—. ¿Cómo la conoció?

—Estaba trabajando en San Francisco y su madre nos llamó; dijo que su hermano había huido y nos pidió que lo detuviéramos. Eso ocurrió, ¿cuándo?, ¿hará unos doce años? No tenía más de dieciséis. Fui muy duro con él y no debería haberlo hecho. No creo que su hermana alguna vez me haya perdonado. De todos modos, ella logró que me espabilara. Cuando la vi frente a la comisaría, con el cabello volando hacia atrás y las botas que llevaba, pensé que era la mujer más hermosa que había visto. No sólo porque era guapa, sino porque también era poderosa. Así la recuerdo.

Eddie se terminó la cerveza y se limpió la espuma de los labios.

—Un par de años más tarde vi su cara en un folleto —continuó—. Empecé a ir a sus funciones. La primera vez debía de ser a principios de 1983; había tenido un día horrible, varios drogadictos se habían matado unos a otros en el Tenderloin, y cuando me senté a verla me sentí... transportado. Una noche se lo dije. Le conté cómo me había ayudado, cómo su espectáculo me había hecho diferente. Tardé meses en reunir el valor; pero ella no quería tener nada que ver conmigo.

El camarero regresó con las copas y Daniel bebió la suya de un solo trago. No tenía idea de qué responder a las revelaciones de Eddie, pues eran lo suficientemente íntimas como para que se sintiera incómodo. De todos modos, entumecían su desesperación: mientras Eddie hablaba, su hermana estaba suspendida en la habitación.

—Voy a ser honesto con usted —dijo el policía—. Yo no estaba bien. Mi padre acababa de morir y bebía demasiado. Sabía que tenía que marcharme de San Francisco, así que solicité ingresar en el FBI. Recién salido de Quantico, me destinaron a Las Vegas para trabajar en casos relacionados con el fraude de hipotecas.

Cuando pasé por el Mirage y vi el rostro de Klara en un anuncio, pensé que me había vuelto loco. Al día siguiente la vi en un parking de Vons. Yo conducía un Oldsmobile y ella estaba en la acera con un bebé.

—Ruby.

—¿Así se llama? Una niña preciosa, incluso cuando gritaba. Su hermana salió corriendo; seguramente la asusté, pero no era mi intención. En cuanto la vi, quise hablar con ella, así que decidí que iría al estreno. Me imaginé quedándome hasta el final, y me aseguraría de que las cosas fueran limpias. Sin resentimientos. Nada que la pusiera nerviosa.

Los dos miraban hacia delante; era la ventaja de sentarse en la barra, pensó Daniel: se podía tener una conversación sin mirar nunca a los ojos al otro.

—La noche anterior no había podido dormir. Llego temprano al Mirage; estoy paseando frente al teatro cuando veo que entran los tres: Klara, su marido y la pequeña —dice Eddie—. Está discutiendo con el tipo, se ve a la legua. Cuando él se va hacia el teatro, ella se dirige hacia el ascensor con la niña. Los ascensores son de cristal, así que me meto en el que está al lado y me mantengo agachado para ver dónde se baja. Dejó a su hija en la guardería del piso diecisiete y subió al cuarenta y cinco. No parecía saber adónde iba hasta que una camarera salió de la suite del ático. Cuando la camarera se fue, Klara se deslizó en la habitación.

Daniel estaba agradecido por la penumbra del bar y el licor, agradecido porque había lugares a los que uno podía ir una tarde en busca de oscuridad. La barba que empezaba a crecerle sabía salada por sus lágrimas.

—Era viernes por la noche —continuó Eddie—, y todos habían salido. Nunca había visto tanta calma en un hotel de Las Vegas. Y eso es algo que uno aprende cuando es policía: la paz está bien, también la tranquilidad, pero si duran demasiado tiempo no son ni paz ni tranquilidad. Salí corriendo por el pasillo y llamé a la puerta. «Señorita —grité—, señorita Gold». Pero no hubo respuesta. Así que fui a buscar una llave a la recepción y volví a subir... —Apuró su cerveza—. No debería seguir.

—No pasa nada —dijo Daniel. Ya la había perdido. Lo que oyera ahora no marcaría ninguna diferencia.

—Al principio no sabía lo que estaba viendo. Pensé que estaba practicando. Estaba colgada de la cuerda, como en su espectáculo. Estaba girando, un poco, pero el mordedor colgaba junto a su mandíbula. Puse las manos sobre su cuerpo, quería curarla. Traté de hacerle el boca a boca.

Daniel se equivocaba. Lo que había oído sí marcaba una diferencia.

—Basta.

—Lo siento. —En la oscuridad, las pupilas de Eddie estaban dilatadas y brillaban—. Ella no merecía eso.

Love Me Tender, de Elvis, sonaba en la máquina de discos. Daniel cogió su vaso.

—¿Cómo es que le dieron el caso? —preguntó.

—Yo fui quien la encontró. Eso sirvió de algo. Y después luché por ello. Los casos principales de asesinato, los crímenes que cruzan las fronteras de los estados, el secuestro, todo ese tipo de cosas están bajo la jurisdicción del FBI, no de la policía. Por supuesto, parecía un suicidio, pero tenía el radar puesto y algo no me cuadraba. Sabía que habían cruzado fronteras estatales y que ella había estado robando. Y sabía que tenía un mal presentimiento sobre Chapal.

—Raj —dijo Daniel, sorprendido—. ¿Sospechaba de él?

—Soy agente, sospecho de todos. ¿Y usted?

Daniel hizo una pausa.

—Apenas lo conocía, aunque pienso que era controlador, no le gustaba que ella estuviera en contacto con nosotros. —Apretó los ojos. Era horrible conjugar los verbos en pasado.

—Lo investigaré —prometió Eddie—. ¿Tiene alguna otra sospecha?

Daniel deseaba tener otras sospechas. Quería una razón, pero lo único que tenía era una coincidencia. Cuando Simon murió, él no pensó en la adivina de la calle Hester. Su muerte le había impresionado tanto que había borrado cualquier otro pensamiento de la mente de Daniel, y, después de todo, Simon nunca había compartido su profecía con ellos. Sin embargo, Daniel recordaba la de Klara: la mujer había dicho que moriría a los treinta y uno, y ésa era exactamente la edad que tenía.

—Sólo se me ocurre una cosa —dijo—. Es ridículo, pero también extraño.

Eddie alzó las manos.

—No lo juzgaré.

El dolor le atravesó el cráneo a Daniel. No estaba seguro de si era el alcohol o la revelación que estaba a punto de hacer, una que ni siquiera le había hecho a Mira. Cuando terminó de hablarle a Eddie de la mujer de la calle Hester, de su reputación y de su visita, de la coincidencia con la muerte de Klara, el policía frunció el ceño. Dijo que lo investigaría, pero Daniel no tenía muchas esperanzas. Sintió que había decepcionado al agente, que Eddie quería secretos o conflictos, no un recuerdo de infancia con una adivina viajera.

Seis meses después, cuando se declaró que la causa de la muerte de Klara había sido el suicidio, Daniel no se sorprendió. Era la hipótesis más simple, y, lo había aprendido, la hipótesis más simple por lo general era la correcta. Su asesor en la Facultad de Medicina había sido alumno del doctor Theodore Woodward y le gustaba citar lo que éste les decía a sus residentes de Medicina: «Cuando oigan pisadas de cascos, piensen en caballos, no en cebras».

Catorce años después y diez estados al este, Daniel entra en la casa Hoffman para volver a encontrarse con Eddie. La casa Hoffman era una fortificación y un mirador durante la guerra de Independencia; ahora, allí se sirven hamburguesas y cerveza.

Aparte de su arquitectura —una construcción holandesa de piedra, persianas blancas, techos bajos y suelos de madera de lamas anchas—, el único recordatorio de la historia de la casa Hoffman es la visita anual de entusiastas de la guerra que llegan para representar el incendio de Kingston a manos de los británicos.

En un principio, a Daniel le habían intrigado los intérpretes. Lo impresionaba su atención a los detalles. Hacían sus trajes a mano, basándose en documentos y pinturas originales, y llevaban sus armas en mochilas de lino blanco. Sin embargo, ahora le molestaban: las mujeres bulliciosas con enaguas y bonetes, los hombres que se paseaban con mosquetes falsos como actores que se hubieran escapado de un teatro comunitario. Los cañones todavía lo hacían brincar, y, además, el tema lo molestaba. ¿Por qué tenían que representar el drama de una guerra sucedida hacía tanto cuando ocurría una en el presente? Lo molestaba la determinación de los actores a vivir en un tiempo diferente. Le recordaba a Klara.

Hoy, en Hoffman, sólo está Eddie O'Donoghue. Está sentado en un reservado de madera al lado de la chimenea, con una cerveza. Frente a él hay un vaso intacto de whisky.

—Woodford Reserva —dice—. Espero que esté bien.

Daniel le estrecha la mano.

—Qué buena memoria.

—Para eso me pagan. Me alegro de verte.

Se miran el uno al otro: Daniel y Eddie, Eddie y Daniel. Como Eddie, Daniel pesa por lo menos diez kilos más que en 1991. Como Daniel, Eddie debe de tener casi cincuenta años, si no los tiene ya. Las cejas de Daniel se extienden como exploradores intrépidos, crecen tan rápido que Mira le compró para *Januká* una recortadora profesional; la cara de Eddie se ha suavizado e hinchado alrededor de la mandíbula, como un perro avergonzado. Sin embargo, sus ojos, como los de Daniel, están brillantes por el reconocimiento. Daniel está nervioso; sólo puede imaginar que algo nuevo ha surgido en el caso de Klara, pero se alegra de ver a Eddie, a quien aprecia como a un amigo.

—Agradezco que hayas salido del trabajo para encontrarte conmigo —dice Eddie, y Daniel no lo corrige—. No te voy a hacer esperar.

Daniel se avergüenza de sus vaqueros gastados y del suéter que Mira le regaló hace una década. Eddie lleva una camisa y unos pantalones de vestir; una chaqueta de sport descansa sobre el respaldo del reservado. Levanta una cartera negra, la deja sobre la mesa y la abre. Saca un cuaderno y una carpeta, también negros. Luego extrae una hoja de papel y se la tiende a Daniel.

—¿Alguna de estas personas te resulta familiar?

En la página hay por lo menos doce fotografías fotocopiadas. Daniel busca sus gafas en el bolsillo de la chaqueta. La mayoría son fotos policiales, pequeños recuadros desde los cuales una variedad de personas de cabello y ojos oscuros miran con desconfianza o con ira, aunque dos adolescentes sonrían y un hombre joven hace

un gesto de paz y amor con los dedos. Debajo de las fotos policiales hay tres de una mujer robusta de cabello blanco. Parecen las imágenes que captaría una cámara de seguridad en el vestíbulo de un edificio.

—Creo que no. ¿Quiénes son?

—Los Costello —responde Eddie—. ¿Ves a esta mujer? —señala la primera imagen, una mujer de unos setenta años. Su cabello está ondulado como el de una estrella de cine de 1940, sus ojos, sumamente delineados y fríos—. Es Rosa, la matriarca. Éste es su esposo, Donnie; estas dos son las hermanas de ella. En esta fila están los hijos de Rosa, tenía cinco, y abajo están los hijos de ambos: nueve más. Dieciocho personas en total. Dieciocho personas a cargo del fraude de adivinación más sofisticado de la historia de Estados Unidos.

—¿Fraude de adivinación?

—Así es. —Eddie cruza las manos y se inclina hacia atrás—. Ahora, la adivinación es sumamente difícil de denunciar. Está prohibida en algunas partes del país, pero difícilmente se vigilan esas prohibiciones. Después de todo, tenemos gente que predice cómo va a funcionar el mercado de valores. Tenemos gente que predice el clima y a la que le pagan por ello. Diablos, si hay horóscopos en todos los periódicos. Además, es un asunto cultural: estas personas son romaníes, quizá los conozcas como *gitanos*. Huyeron de los mongoles, de los europeos y de los nazis. Históricamente son pobres, marginados. No van a la escuela, se les enseña a leer la buena fortuna desde que nacen. Así que, cuando se levantan cargos de fraude contra alguno, ¿qué es lo primero que hace la defensa? Exponerlo como un asunto de libertad de expresión. Lo tratan como si fuera un tema de discriminación. Entonces ¿qué hacemos? ¿Cómo detenemos a los Costello por catorce delitos federales?

Algo amargo empieza a subir hasta la garganta de Daniel. Se da cuenta de que Eddie no tiene información sobre Klara. Eddie tiene información sobre la mujer de la calle Hester.

—No lo sé —responde—. ¿Cómo?

—Te voy a contar la historia de un hombre al que llamaremos Jim. —Eddie baja la voz—. Ese hombre, Jim, había perdido a un hijo que padeció un cáncer. Su esposa se divorció de él. Jim tenía muchísima ansiedad y constantes dolores musculares. Se trata de un hombre realmente enfermo, un hombre al que nadie en el mundo de la medicina normal trataría porque es tan desagradable, tan molesto, que sus relaciones con los médicos convencionales se deterioran; imagina a un tipo así, no nos sorprende que termine en la puerta de alguien diferente, alguien que dice «yo puedo ayudarte; yo puedo hacerte bien». Alguien como Rosa Costello.

Rosa Costello. Daniel mira su fotografía. Sabe que no es la mujer que conoció en 1969. Sus labios son demasiado gruesos; su cara tiene forma de corazón. En pocas palabras, es más guapa. Sin embargo, en su mente se transforma. Su cara adopta la barbilla retadora de la mujer, sus ojos inexpresivos y vagos.

—Así es como comienza —dice Eddie—. Esta adivina, Rosa Costello, dice: «Voy a venderle una vela por cincuenta dólares, y voy a encenderla por usted y a decir esta plegaria, y usted percibirá la diferencia en sus nervios». Y cuando Jim no nota ninguna diferencia, ella dice: «Muy bien, entonces vamos a hacer otra cosa. Déjeme venderle estas hojas, hojas espirituales, y las vamos a quemar y a decir una plegaria diferente». Avanzamos rápidamente dos años y ese hombre ha pasado ya por varios rituales de sanación y dos sacrificios muy dramáticos cuyo coste asciende a un total de cuarenta mil dólares. Finalmente, Rosa dice: «Su dinero es el problema, está maldito y causa dificultades, así que tiene que traerme diez mil dólares más y acabaremos con la maldición». La suma se ofrece como una donación. Esa familia tiene nombre de iglesia: la Iglesia del Espíritu Libre, la llaman.

Daniel no había pensado que tuviera hambre, pero cuando aparece un camarero a su lado, nota que está hambriento. Eddie pide las alitas de la casa. Daniel elige los calamares.

—Lo que tienes que comprender de estos casos —continúa Eddie una vez de nuevo a solas— es que hacen que los fiscales huyan despavoridos; sin embargo, los Costello eran diferentes. Los Costello se reían de nosotros; cuando dimos con sus bienes, encontramos coches, motocicletas, yates, joyas de oro. Encontramos casas en el Canal Intracostero. Y cincuenta millones de dólares.

—Por Dios.

—Espera —dice Eddie levantando una mano—. Antes de su alegato de defensa, su abogado presenta un informe de veinticuatro páginas y se solicita el sobreseimiento del caso sobre la base de la libertad de religión. ¿Recuerdas que ellos tienen su propia iglesia? ¡La Iglesia del maldito Espíritu Libre! Además, declara que el caso no es más que el ejemplo más reciente de una larga lista de persecuciones a los gitanos. Pero ¿estoy diciendo que todos los gitanos son unos embaucadores y unos canallas? Por supuesto que no. Sin embargo, tenemos a nueve de ellos con cargos de estafa, falsa declaración de ingresos, fraude postal, fraude telegráfico, blanqueo de dinero. Pedimos sus partidas de nacimiento, queríamos a todos los involucrados en ese asunto. Sólo hubo una persona a la que no pudimos encontrar.

Eddie señala las tomas de seguridad de la mujer del vestíbulo. Lleva un abrigo marrón largo y unos zapatos grises que se cierran con velcro. Sus manos se apoyan sobre la barra de una puerta giratoria y el cabello blanco le cuelga en dos trenzas largas y finas.

—Dios mío —dice Daniel.

—¿Es ésa la mujer?

Él asiente. Ahora lo ve: la frente amplia, la boca fruncida y poco amistosa. Recuerda haber observado esa boca mientras entonaba su futuro. Recuerda la abertura de sus labios, la lengua rosa húmeda.

—Quiero que la mires con atención —dice Eddie—. Quiero que estés seguro.

—Estoy seguro. —Daniel suelta el aire—. ¿Quién es?

—Es la hermana de Rosa. Podría estar involucrada; podría ser que no. Lo que sabemos es que parece estar aislada del resto de la familia. Los romaníes viven en grupos, por lo que es poco usual que la mujer que viste trabaje sola. Sin embargo, en algo es típica: siempre está viajando. Y es inteligente. Trabaja bajo diferentes identidades. No tiene licencia, lo cual es ilegal en la mayor parte del país, pero también la mantiene fuera del sistema.

—Esta familia —dice Daniel—, ¿no acepta pago alguno al principio? Porque así fue con nosotros. No pidió que le pagáramos, o, en cualquier caso, mi hermano no le pagó. Siempre me pareció extraño.

Eddie se ríe.

—¿Que si no aceptan pagos? Aceptan todos los pagos posibles. Quizá esa mujer os trató con indulgencia porque erais niños.

—Pero si fuera cierto, entonces ¿por qué decimos cosas tan horribles? Klara tenía nueve años. Yo tenía once, y lo que me dijo todavía me aterra. Lo único que he podido deducir es que espantaba a sus clientes para engancharlos; cuanto más los asustara, más probable era que regresaran. Que se hicieran dependientes.

Cuando era médico residente en Chicago, Daniel estudió con un doctor que usaba técnicas similares: insistía en que la depresión de alguien no podría controlarse sin visitas regulares, o le decía a un paciente obeso que sin cirugía moriría.

—Tal vez no importaba lo que dijera, porque ya había acaparado el mercado. La adivinación romaní por lo general es muy predecible: hablan sobre tu vida amorosa, tu dinero, tu trabajo. ¿Lo de decirnos la fecha de vuestra muerte? Es atrevido, es astuto. Los romaníes hacen un par de cosas más: los hombres ponen suelos, venden coches usados, hacen trabajo físico y de reparación, pero incluso si el mundo deja de producir baldosas, si dejamos de usar coches, ¿qué es lo que ha estado presente desde que somos seres humanos? Nuestro deseo de saber. Y pagaríamos cualquier cosa para satisfacerlo. Los gitanos han estado prediciendo la suerte durante cientos de años con el mismo éxito económico. Sin embargo, esa mujer va un paso por delante. Si os dice cuándo vais a morir, está ofreciendo un servicio que incluso los demás gitanos no dan. No tiene competencia.

La chimenea hace que Daniel sude. Se quita el suéter y se acomoda el polo que lleva debajo. Se le ocurre que no le ha dicho a Mira dónde está, y que se supone que se encontrará con ella en el templo a las seis. Sin embargo, no puede irse; ni siquiera puede escribirle un mensaje de texto ahora que finalmente ha descubierto cómo enviárselos.

—¿Qué más sabes de ellos? —pregunta cuando el camarero llega con su comida.

Eddie moja una alita en una salsa de color naranja eléctrico y después la sumerge en un denso aderezo ranchero.

—¿De los Costello? Llegaron a Florida desde Italia en la década de los treinta, probablemente huyendo de Hitler. Como todos los romaníes, son muy reservados. Cuando no están con clientes, hablan su propia lengua; ni siquiera tratan de

integrarse. Necesitan a los *gazhe* para tener dinero, o sea, a los que no somos romaníes, como nosotros, pero también creen que estamos contaminados. —Se limpia la boca—. Son las mujeres las que leen la buena fortuna. Lo ven como un don de Dios. Sin embargo, como las mujeres interactúan con los *gazhe*, los romaníes creen que ellas también están contaminadas. Son muy obsesivos con la limpieza y la pureza. Si entras en una casa romaní, verás que está impecable.

—Pero la mujer que yo vi tenía la casa repleta de cosas y muy desordenada. Casi podría decir que sucia. —Daniel frunce el ceño—. ¿Le preguntasteis a la familia por ella?

—Por supuesto, pero no dijeron nada. Por eso estoy hablando contigo.

—¿Qué quieres saber?

—Lo que estoy a punto de pedirte... —Eddie hace una pausa—. Soy consciente de que es algo delicado. Soy consciente de que quizá no quieras hablar de ello, pero te rogaría que lo intentaras. Como te he dicho, no hemos encontrado mucho. Desde luego, esa mujer no está registrada, pero no presentaremos cargos por ello. En lo que estamos interesados es en el hecho de que se la ha relacionado con varias muertes. Suicidios, concretamente.

La respuesta del cuerpo de Daniel es tan simple, tan instantánea: pierde por completo el apetito. Incluso podría vomitar.

—Ahora bien, no hemos encontrado una relación directa, causal —prosigue Eddie—. Todas ellas son personas que fueron a verla dos, diez, a veces veinte años antes. Sin embargo, son muchas, cinco, incluida tu hermana, lo cual es suficiente para que uno se haga preguntas. —Cruza los brazos y se inclina hacia Daniel—. Así que esto es lo que quiero saber. Quiero saber si dijo o hizo algo para empujaros en esa dirección. O si se lo hizo a Klara.

—A mí no. Yo le dije lo que quería de ella, y ella me lo dio. Fue sólo una transacción. No percibí que a ella le importara lo que yo hiciera con la información después de que me marchara. —Tiene la sensación de que algo le avanza por el cuello, rápido y como con muchas patas, como un ciempiés, aunque cuando Daniel usa el índice para palpar bajo el cuello de su camisa no encuentra nada. Se le ocurre que Eddie no ha mencionado si eso es una conversación o un interrogatorio—. En cuanto a Klara, no estoy seguro. Nunca me dijo que se sintiera presionada, pero ella siempre fue diferente.

—¿Cómo diferente?

—Era vulnerable. Un poco inestable. Susceptible, me imagino, lo cual podría haber sido algo con lo que nació, o quizá lo desarrolló con el tiempo. —Daniel aparta su comida a un lado. No quiere ver el cuerpo del calamar, cortado en anillas perfectas, o los brazos que se curvan hacia adentro—. Sé lo que te dije después del funeral; pensé que era una coincidencia muy extraña el hecho de que esa adivina predijera la muerte de Klara. Pero estaba perturbado, no pensaba con claridad. Sí, la adivina tenía razón, pero sólo porque Klara eligió creer en ella. No hay más misterio.

Daniel hace una pausa. Siente una profunda ansiedad, aunque le lleva un momento identificar por qué.

—Por otro lado —añade—, si *crees* que esa mujer tuvo algo que ver con ello, si seguimos pensando en esa pequeña posibilidad, entonces, francamente, la culpa es mía. Fui yo quien había oído hablar de ella, yo arrastré a mis hermanos a su apartamento.

—Daniel, no puedes culparte. —Eddie coloca la mano sobre su cuaderno, pero su expresión se suaviza con compasión—. Hacerlo es como culpar a nuestro hombre, Jim, por haber ido a ver a Rosa. Hacerlo es como culpar a la víctima. Tampoco debió de ser fácil para ti ir a ver a esa mujer a una edad tan temprana. Oír cuándo dijo que morirías.

Daniel no ha olvidado su fecha, el 24 de noviembre de ese mismo año, pero tampoco ha creído nunca en ella. La mayor parte de las personas que conoce que murieron jóvenes fueron desafortunadas receptoras de diagnósticos mortales: sida, como Simon, o un cáncer incurable. Sólo dos semanas antes, Daniel se había hecho su chequeo anual. De camino a la consulta estaba agitado, pero después se sintió avergonzado por haber permitido que la superstición lo afectara. Aparte de un ligero aumento de peso y una tasa de colesterol en el límite, estaba perfectamente sano.

—Desde luego —responde—. Yo era un niño; fue una experiencia desagradable. Sin embargo, la borré de mi mente hace mucho tiempo.

—¿Y si Klara no pudo hacerlo? —pregunta Eddie, extendiendo el dedo índice para hacer énfasis—. Eso es lo que hacen los estafadores: presionan al más vulnerable. Mira, esa susceptibilidad de la que hablas..., piensa en ella como un gen. Es posible que la adivina fuera el factor ambiental que lo desencadenó. O quizá lo percibió en Klara. Quizá se centró en ella.

—Quizá —responde Daniel, pero se siente molesto.

Se da cuenta de que es posible que Eddie haya usado una metáfora médica para apelar a la experiencia de Daniel, pero la idea suena pseudocientífica y sus esfuerzos, condescendientes. ¿Qué sabe él de la expresión genética, y mucho menos del fenotipo de Klara? Es mejor que Eddie se dedique a lo que mejor sabe hacer. Daniel no le diría cómo llevar a cabo un interrogatorio.

—¿Y qué me dices de tu hermano? —Eddie observa sus notas—. Murió en 1982, ¿verdad? ¿La adivina predijo eso?

Algo en el gesto del policía, el breve vistazo que echa a la carpeta abierta —suficiente para sugerir que ha tenido que consultar la fecha, pero demasiado breve como para haberlo hecho realmente—, molesta más a Daniel. No duda de que Eddie sabe el año de la muerte de Simon al igual que muchísimas cosas más, cosas que Daniel con toda seguridad ignora.

—No tengo ni idea. Él nunca nos contó lo que le había dicho; sin embargo, mi hermano siempre hacía lo que quería. Era un hombre homosexual que vivía en San Francisco en los ochenta y se contagió de sida. A mí me parece bastante claro.

—Muy bien. —Eddie mantiene las muñecas sobre la mesa, pero levanta los dedos y las palmas en un gesto de apaciguamiento: no se le ha escapado la ansiedad en la voz de Daniel—. Te agradezco la información que me has proporcionado. Si hay algo más que te venga a la memoria —le tiende una tarjeta desde el otro lado de la mesa—, aquí tienes mi número de teléfono.

Eddie se levanta y cierra su carpeta, y la golpea una vez sobre la mesa para acomodar los papeles que están dentro. Mete la carpeta en su cartera y se echa la chaqueta sobre un hombro.

—Oye, te busqué —dice—. He visto que sigues trabajando con nuestras tropas.

—Así es —responde Daniel, pero se le cierra la garganta y no puede continuar.

—Qué bien —dice Eddie como despedida, dando palmadas en la espalda de Daniel como un entrenador de liga de béisbol aficionado—. Sigue así.

Daniel se apresura a llegar a su coche y arranca con una sacudida. Se siente al mismo tiempo emocionado y exhausto; no se había dado cuenta de lo perturbador que podría ser volver a la historia de la mujer con tanto detalle o escuchar el resumen de las transgresiones de su familia. Es tan doloroso contemplar las muertes de sus hermanos que Daniel lo ha hecho únicamente cuando está solo: tumbado despierto en la cama mientras Mira duerme, o mientras conduce al trabajo en invierno con la carretera iluminada por los faros, la radio sonando de fondo.

Lo que le ha contado a Eddie es verdad: no cree en las afirmaciones de la adivina. Él cree en las malas decisiones; cree en la mala suerte. Y, sin embargo, el recuerdo de la mujer de la calle Hester es como una aguja minúscula que se le clava en el estómago, algo que se tragó hace mucho y que flota indetectable, salvo por los instantes en que se mueve de determinada manera y siente un pinchazo.

Nunca se lo ha contado a Mira. Ella creció en Berkeley, una estudiosa hija de músicos, padre cristiano, madre judía, que componían canciones interreligiosas para niños. Mira ama a sus padres, pero no soporta escuchar *Oy to the World* o *El tamborilero*, y tiene poca paciencia con las instituciones *new age*. No es una sorpresa que haya gravitado hacia el judaísmo: le gusta su intelectualidad y su moralidad, sus leyes.

Antes de que se casaran, Daniel pensó que ella consideraría infantil la historia de la adivina. No quería alejarla. Después de la muerte de Klara, deseó compartirlo con ella, pero una vez más no lo hizo. Ahora temía que Mira frunciera el ceño por la preocupación; una pequeña y delicada «V», como un ganso seguro de su dirección. Temía que viera en él una convergencia con Klara: su excentricidad, su falta de razón; incluso su enfermedad. Y él no tenía nada en común con Klara, Daniel estaba seguro de eso. No había razón para hacer que Mira lo pensara.

Raj y Ruby visitarán a los Gold en Acción de Gracias. El viernes, Raj respondió al correo electrónico de Daniel y se pusieron de acuerdo. Llegarán el martes, dos días antes de la fecha, así que Daniel y Mira pasan el fin de semana ocupados con los preparativos. Lavan las sábanas de la habitación de invitados y preparan el sofá cama en el estudio de Daniel. Limpian la casa: Mira, la cocina y la sala; Daniel, las habitaciones y los baños; Gertie, el comedor. Van a Rhinebeck para comprar verduras en Breezy Hill Orchard y quesos en Grand Cru. Antes de volver a cruzar el río en dirección a Kingston, se detienen en Bella Vita para comprar un centro de mesa con tulipanes, granadas y rosas color albaricoque. Daniel lo lleva al coche. Contra el apagado cielo de noviembre, parece que las flores brillan.

Dos horas antes de lo acordado, suena el timbre mientras Mira está dando clases y Gertie duerme la siesta. Daniel baja la escalera a trompicones, llevando todavía su camiseta de la Universidad de Binghamton y unos náuticos viejos, maldiciéndose por no haberse cambiado. A través de la mirilla: un hombre y una niña..., no, una niña no, una adolescente casi tan alta como su padre. Daniel abre la puerta. Fuera está helando; una miríada de gotas de agua descansa sobre la brillante melena oscura de Ruby.

—Raj —dice Daniel—. Y Rubina.

Al momento se siente incómodo por haber dicho su nombre completo, un nombre que figura en su partida de nacimiento pero que, según él sabe, ella emplea en raras ocasiones. Sin embargo, parece tan cambiada —ya no es la niña que recuerda, sino una adulta que no conoce— que le ha parecido mejor usar el nombre igualmente adulto y desconocido: Rubina.

—Hola —dice Ruby. Lleva un chándal de terciopelo fucsia metido en unas botas Ugg de corte alto. Cuando sonrío, se parece tanto a Klara que Daniel casi se estremece.

—Daniel —dice Raj, avanzando para tenderle la mano—. Me alegro de verte.

La última vez que Daniel vio a Raj le pareció poco atractivo, casi anémico, como un perro callejero: barbilla afilada, pómulos salidos, nariz recta. Ahora se lo ve arreglado y saludable, la parte superior de su cuerpo está tonificada bajo su suéter de cachemira con capucha. Lleva el cabello pulcramente recogido. Tiene un mechón gris

en la sien, pero su cara tiene menos arrugas que la de Daniel. En la mano sujeta una botella de zumo de un color nada atractivo.

—Y yo a vosotros —responde Daniel—. Pasad. Gertie está durmiendo y Mira está dando clases, pero las dos estarán aquí pronto. ¿Queréis algo de beber?

—Para mí, un vaso de agua —responde Raj.

Mete una maleta plateada por el pasillo. Ruby lleva una bolsa de tela de Louis Vuitton. Se vuelve para cargársela al hombro. En la parte trasera de sus pantalones hay dos palabras escritas con lentejuelas: «Juicy», con elaboradas letras mayúsculas, y con otras más pequeñas y menos atractivas: «Couture».

—¿Seguro? —pregunta Daniel cerrando la puerta—. Tengo un Barolo estupendo en el garaje.

¿Por qué está tratando de impresionar a Raj? ¿Para compensar su camiseta holgada y sus náuticos? Ya está pensando en qué va a cocinar al día siguiente para el desayuno: una tortilla, quizá, con queso *fontina* y lo que quede de los tomates de la casa.

—Ah —dice Raj—. No es necesario, pero gracias.

—No hay ningún problema. —De repente, Daniel siente desesperación por beber algo—. Sólo está languideciendo ahí abajo, esperando una ocasión como ésta.

—De verdad —dice Raj—. Yo estoy bien, pero sírvete tú si te apetece.

Hay una pausa cuando sus miradas se encuentran y Daniel comprende: Raj no bebe. Un gran reloj de plata se desliza por su muñeca.

—Desde luego —dice—. Entonces agua. Vamos a instalaros. El cuarto de invitados tiene una cama de matrimonio, y hay un sofá cama en mi estudio. Os hemos preparado los dos.

Ruby ha estado escribiendo algo en un teléfono delgado con la tapa rosa, el Motorola Razr que todos los adolescentes tienen, pero ahora lo cierra de un golpe.

—Papá, yo me quedo en el sofá cama.

—Incorrecto —dice Raj.

—Y quiero una copa de Barolo —añade Ruby.

—Incorrecto otra vez —dice Raj.

Ella entorna los ojos y hace una mueca, pero cuando Raj alza las cejas, la mueca de Ruby se convierte en una verdadera sonrisa.

—Papaíto tonto —dice siguiendo a Daniel al estudio—. Papaíto aguafiestas. Papaíto aguafiestas de piernas largas.

A la mañana siguiente, miércoles, Daniel se despierta a las diez y maldice. Oye correr el agua de la ducha en la habitación principal —Mira—, y espera que Raj y Ruby también se hayan quedado dormidos. A Daniel lo sorprende que se quedaran despiertos hasta muy tarde la noche anterior, y lo sorprende aún más lo bien que se lo pasaron, una cena agradable de dos horas con su madre, su esposa, su cuñado y su

sobrina, como si algo así fuera normal para ellos, seguida de chocolatinas y té en la sala. Al final, Daniel sacó el Barolo de todos modos, e incluso Gertie se fue a la cama después de las once.

Daniel se acostó aún más tarde. Su ordenador de sobremesa se encuentra en el estudio, donde Ruby dormía; Mira también estaba en la cama, así que Daniel aprovechó la oportunidad para coger su portátil de la mesilla y llevárselo al baño de la habitación principal.

La maleta Louis Vuitton le había picado la curiosidad. La mayor parte de las grandes marcas no le decían nada, pero había reconocido las icónicas letras color café. El reloj de Raj, también: claramente era caro. Y el suéter de cachemira: ¿quién se pone ese tipo de cosas? Así que Daniel investigó. Sabía que les estaba yendo bien: en 2003, cuando Roy Horn fue atacado por uno de los tigres blancos del dueto, Ruby y Raj reemplazaron a Siegfried y a Roy en el número principal del *Mirage*; sin embargo, la información que le proporcionó Google lo sorprendió. Su casa, una propiedad vallada completamente blanca, aparecía en páginas como *Luxury Las Vegas* y *Architectural Digest*. La verja estaba marcada con unas iniciales «RC» ornamentales que se abrían para dar paso a un camino de un kilómetro y medio que llevaba a doce hectáreas de mansiones y jardines interconectados. En la propiedad había un centro de meditación, un cine y un recinto donde podían visitarse cisnes negros y avestruces por una elevada tarifa. Para el decimotercer cumpleaños de Ruby, Raj le había comprado un poni de las Shetland, un espécimen bastante sobrealimentado llamado *Krystal*, con el que Ruby posó para la revista de adolescentes *Bossy*: los brazos de la niña colgaban alrededor del cuello del poni, su melena oscura caía sobre la crin rubia de *Krystal*. En el artículo, un pdf que Daniel encontró en internet, *Bossy* catalogaba a Ruby como la millonaria más joven de Las Vegas.

¿Por qué Daniel no sabía todo eso? ¿Es que no quería saberlo? Había evitado leer nada acerca del espectáculo de Ruby y Raj, principalmente porque le hacía pensar en el desastre de su último encuentro y en la culpa que sentía por haberse distanciado de ellos. Ahora no podía evitar volver a pensar en la noche anterior. Daniel y Mira compraron su casa en 1990, cuando no podían permitirse nada en Cornwall-on-Hudson o Rhinebeck y todavía pensaban que Kingston estaba en alza. Daniel se imaginó a Raj y a Ruby conduciendo a su ciudad esperando encontrar un lugar histórico —Kingston había sido una vez la capital de Nueva York—, y descubriendo una ciudad que seguía luchando por mantenerse a flote tras el cierre de la fábrica de IBM que empleaba a siete mil residentes. Los vio pasar por el centro tecnológico abandonado y la calle principal, que había caído en un descuido andrajoso. ¿Qué debían de haber pensado del sofá cama en el estudio de Daniel y del queso caro? El primero, una vergüenza, y el segundo, un intento de compensarla.

No podía soportar pensar en su vuelta al trabajo el lunes y en lo que podía ocurrir si se mantenía firme en cuanto a las excepciones. Días antes había presentado una

solicitud para revisar su caso ante el Consejo de Defensa del área local, un abogado militar que proporcionaba representación a los miembros del servicio acusados. Sabe que Mira tiene razón, que lo mejor es ser conscientes de las opciones que tiene para defenderse, pero tan sólo la solicitud es humillante. Sin trabajo, ¿quién sería él? Alguien que se sienta en la alfombra de un baño con la espalda apoyada en el váter a leer sobre el solárium de su cuñado, pensó Daniel; una imagen lo bastante terrible como para obligarlo a irse a la cama sólo para poder dormir y dejar de verla.

Ahora se viste bien y baja rápidamente la escalera. Raj y Ruby están sentados en la barra de la cocina, bebiendo zumo de naranja y comiendo tortilla francesa.

—Mierda —dice Daniel—. Perdón, es que quería cocinaros yo.

—No tienes por qué disculparte. —Raj acaba de ducharse y lleva otro suéter de apariencia cara, verde salvia esta vez, y unos vaqueros oscuros—. Nos las arreglamos.

—Siempre nos levantamos temprano —dice Ruby.

—Las clases de Ruby empiezan a las siete y media —explica Raj.

—Menos los días en que tenemos función —añade Ruby—. Esos días dormimos hasta tarde.

—¿Ah, sí? —dice Daniel. El café lo ayudará. Por lo general, Mira lo tiene listo para él, pero ese día la jarra está vacía—. ¿Por qué?

—Porque acabamos muy tarde. A veces a la una, o incluso más tarde —dice Ruby—. Esos días doy clases en casa.

Ella todavía va en pijama: unos pantalones de Bob Esponja y un top blanco con un sujetador rosa debajo. El efecto es desconcertante: los pantalones infantiles y el top, que no es exactamente estrecho, pero que de cualquier manera muestra un poco más de lo que Daniel querría ver.

—Ah —vuelve a decir—. Suena complicado.

—¿Ves? —le dice Ruby a Raj, volviéndose hacia él.

—No es complicado —dice Raj—. Los días de escuela, temprano. Los días de función, tarde.

—¿Has visto a mi madre? —pregunta Daniel.

—*Sip* —asiente Ruby—. Ella también se ha levantado temprano y hemos tomado café juntas. Después se ha ido a taichí. —Deja el tenedor con un ruido—. Oye, ¿tenéis un exprimidor eléctrico?

—¿Un exprimidor? —pregunta Daniel.

—Sí. Papá y yo encontramos esto en el frigorífico —Ruby alza el vaso; el zumo de naranja se acerca precariamente al borde—, pero preferimos el zumo natural.

—Me temo que no tenemos —responde Daniel—. Un exprimidor.

—Está bien. —Ruby se ríe. Corta un pedazo de tortilla—. Entonces ¿qué sueles tomar para desayunar?

Daniel sabe que sólo le está dando conversación, pero le cuesta trabajo seguirla. Lo peor es que la cafetera no está funcionando. Ha llenado el filtro con café, ha

echado agua y ha encendido el interruptor que pone en marcha el proceso de infusión, pero la lucecita roja sigue apagada.

—En realidad, no desayuno mucho —responde—. Por lo general sólo me llevo una taza de café al trabajo.

Se oyen unas suaves pisadas en la escalera y Mira entra en la cocina. Su cabello, brillante y recién secado, se eleva como un ala.

—Buenos días —dice.

—Buenos días —responde Raj.

—Buenos días —responde Ruby. Se vuelve de nuevo hacia Daniel—. ¿Por qué no has ido hoy al trabajo?

—Está desenchufada, cariño —dice Mira.

Cruza por detrás de él, tocándole la parte baja de la espalda, y enchufa la cafetera. La lucecita roja se enciende de inmediato.

—Es la víspera de Acción de Gracias, Ru —dice Raj—. Nadie trabaja.

—Ah —dice ella—. Claro. —Corta otro pedazo de tortilla. Come a su manera, de fuera hacia adentro—. Eres médico, ¿no?

—Sí. —La humillación de que su carrera, que consolidó hace tanto tiempo, sea ahora precaria se exacerbó al ver la mansión de Raj, su suéter de cachemira, su exprimidor eléctrico. Daniel necesita hacer un esfuerzo monumental para recordar la pregunta de Ruby—. Trabajo para la oficina de reclutamiento del ejército. Me aseguro de que los soldados estén lo suficientemente sanos para ir a la guerra.

—Bueno, eso sí que es un oxímoron —se ríe Raj—. ¿Y te gusta?

—Mucho —responde Daniel—. Llevo en el ejército desde hace más de quince años.

Aún se siente orgulloso de decirlo. El café empieza a gotear en la jarra.

—Muy bien —responde Raj, como si hubiera llegado a un punto muerto.

—¿Y a vosotros? —pregunta Mira—. ¿Os gusta vuestro trabajo?

—Nos encanta —sonríe Raj.

Mira se inclina con los codos sobre la barra.

—Es tan emocionante, tan diferente de nuestro mundo. Nos encantaría tener la oportunidad de veros actuar. Estáis invitados cuando queráis al Centro de Artes Escénicas de Ulster, aunque me temo que podría no cumplir con vuestros estándares.

—Vosotros seréis bienvenidos en Las Vegas —dice Raj—. Tenemos un espectáculo semanal de jueves a domingo.

—Cuatro noches seguidas —dice Mira—. Debe de ser extenuante.

—Para nada. —La voz de Raj es suave, pero ha dejado de sonreír—. Por otra parte, Rubina...

—Papá —dice ella—, no me llames así.

—Pero es que te llamas así.

—Sí, es algo así como «mi nombre de pila» —Ruby arruga la nariz—, pero no es mi verdadero nombre.

—Uyy —dice Daniel sonriendo—. Yo también te llamé Rubina ayer.

—Ah, tranquilo —responde Ruby—. Quiero decir que tú eres un extraño.

La palabra resuena en la habitación durante unos segundos antes de que se dé cuenta de lo que ha dicho.

—Ay, Dios... —añade—. Perdón, no quería decir... Por supuesto que no eres un extraño.

Mira implorante a Raj. A Daniel lo conmueve su gesto: la adolescente que corre a esconderse detrás de las piernas de su padre y se aferra a ellas.

—Está bien, cariño. —Raj la despeina—. Todos lo comprendemos.

Se amontonan en el coche de Daniel, los cinco, todos le ofrecen el asiento delantero a Gertie y acceden cuando ella prefiere sentarse al lado de Ruby en el de atrás. Conducen hasta el museo marítimo y el casco histórico y dan un breve paseo por la reserva Mohonk. Daniel hace una carrera con Ruby por un campo, y el barro que levantan les salpica las chaquetas. El aire que entra en sus pulmones es gloriosamente frío y él jadea de placer. Cuando empieza a nevar, espera que Ruby se queje, pero ella aplaude.

—¡Es como Narnia! —exclama, y todos se ríen mientras regresan al coche.

Ella también lo sorprende de otras maneras. En la cena, por ejemplo, cuando Gertie hace un recuento de sus enfermedades, un tema que la propia Gertie alienta y que Daniel y Mira temen, por lo que intercambian miradas de pánico cuando comienza.

—Tengo un callo en un pie que desde hace un año no se cura —dice—. Ésa es una parte de la historia; después, a causa de la infección, me dio algo que se llama linfadenitis. Los nódulos linfáticos de mis piernas están inflamados; tengo bultos de pus del tamaño de pelotas de golf. En poco tiempo se me extendieron a las ingles y el cabello dejó de crecerme por completo.

—Mamá —dice Daniel entre dientes—. Estamos comiendo.

—Perdón —dice Gertie antes de proseguir—: Pero no estaba respondiendo a los antibióticos, así que el doctor me visitó y me dijo que si me operaba drenarían mis nódulos y eso podría arreglar mi problema. Había dos doctores ocupándose de mí, uno viejo y otro más joven, y el más joven dice: «Señora Gold, no va a creer la cantidad de porquería que hemos encontrado». Después me conectaron a un tubo de drenaje y tuve que quedarme en el hospital hasta que sacaron toda la sangre y los fluidos.

—Mamá —insiste Daniel.

Raj deja su tenedor y Daniel se siente mortificado; le gustaría cerrar la boca de su madre con cinta aislante, pero Ruby se inclina hacia delante con interés.

—Entonces ¿qué fue? —pregunta—. ¿Qué estaba causando todo eso?

—Bueno —dice Gertie—. Como estamos comiendo, no creo que deba contarlo, pero ya que a ti te interesa...

—A nosotros no —repone Daniel con firmeza—. Ahora no.

Y lo más curioso es que Ruby parece casi tan decepcionada como Gertie. Cuando Mira le pregunta a Raj sobre su gira, la chica se inclina hacia su abuela.

—Me lo cuentas en casa —murmura, y Gertie se sonroja con un placer tan extraño que Daniel casi se estira para darle las gracias a Ruby.

Esa noche, mientras se lava los dientes, Daniel piensa en Eddie. Su pregunta sobre Simon, acerca de si la adivina predijo su muerte, le preocupa.

Daniel no sabe cuándo predijo la adivina que moriría Simon. Simon sólo dijo «joven» en el desván del 72 de Clinton aquella noche ebria y confusa, siete días después de la muerte de su padre. Sin embargo, «joven» podría haber sido a los treinta y cinco. «Joven» podría haber sido a los cincuenta. El detalle era tan vago que Daniel lo descartó. Parecía más probable que la muerte de Simon fuera consecuencia de sus propias acciones. No porque fuera homosexual —cualquier leve incomodidad que Daniel sintiera por la sexualidad de Simon estaba lejos de ser una homofobia moralizante—, sino porque fue descuidado, egoísta. Sólo pensaba en su propio placer. Uno no puede vivir así siempre.

Sin embargo, el resentimiento que Daniel siente hacia Simon oculta algo más profundo y más oscuro: está igualmente furioso consigo mismo. Por no haber sido capaz de conocer a Simon, de no haberlo conocido verdaderamente mientras estaba vivo. Por su fracaso en comprenderlo, incluso en la muerte. Él era su único hermano, y Daniel no lo protegió. Sí, habían hablado después de que se marchara a San Francisco, y Daniel había tratado de convencerlo para que regresara a Nueva York. No obstante, cuando colgó, se enfureció tanto que tiró el teléfono al suelo de linóleo y se rompió, y pensó que quizá de todos modos la vida de Gertie sería más fácil sin Simon. Obviamente, el pensamiento fue tan fugaz como cruel, pero ¿no podría haberlo intentado con más ganas? ¿No podría haber cogido el siguiente autobús a San Francisco en lugar de encerrarse en su propio resentimiento y esperar a que el tiempo le diera la razón?

«Presionan al más vulnerable —le había dicho Eddie mientras le hablaba de los adivinos—. Pueden distinguir fácilmente ese rasgo en la personalidad de la gente.»

Es cierto, piensa Daniel, que Simon era vulnerable. Tenía siete años, pero no sólo por eso. Del mismo modo que había algo diferente en Klara, también había algo diferente en él. Era imposible decir si a esa edad ya sabía que era homosexual, pero de todos modos era esquivo, difícil de aprehender. No hablaba tanto como sus hermanos. Tenía pocos amigos en la escuela, le encantaba correr, pero corría solo; quizá la profecía sembró dentro de él algo parecido a un germen. Quizá lo incitó a ser descuidado, a vivir al borde del peligro.

Daniel escupe en el lavabo y vuelve a pensar en la teoría de Eddie: que la vulnerabilidad innata de Klara podría haberse desencadenado tras su visita a la adivina. Con toda certeza hay situaciones en las que la unión entre psicología y fisiología es innegable, aunque no se comprenda del todo; el hecho de que el dolor no se origine en los músculos o en los nervios, sino en el cerebro, por ejemplo. O que los pacientes cuya actitud es positiva tiendan a superar más fácilmente las enfermedades. Cuando era estudiante, Daniel trabajó como ayudante en una investigación que exploraba el efecto placebo. Los autores sostenían la hipótesis de que las esperanzas del paciente ocasionaban el efecto, y, de hecho, los pacientes a quienes se les dijo que la píldora de almidón que consumían era un estimulante pronto mostraron un aumento en el ritmo cardíaco, la presión sanguínea y el tiempo de reacción. En cambio, un segundo grupo de pacientes, a quienes se les dijo que el placebo era un somnífero, se durmieron al cabo de un promedio de veinte minutos.

Desde luego, el efecto placebo no era algo nuevo para Daniel, pero había otra cosa que había comprobado de primera mano: un pensamiento podía mover moléculas en el cuerpo, el cuerpo se aceleraba para coincidir con la realidad del cerebro. Según esa lógica, la teoría de Eddie tenía todo el sentido: Klara y Simon creían que habían tomado pastillas con el poder de cambiar sus vidas sin saber que en realidad habían ingerido un placebo, desconociendo, por tanto, que las consecuencias se originaban en sus propias mentes.

Una alta columna se desmorona en el interior de Daniel. Lo embarga la pena y también algo más: una empatía por Simon, insoportablemente tierna, que ha mantenido oculta durante años. Apoya las manos en la superficie de mármol y se inclina hasta que pasa. Necesita llamar a Eddie.

Su tarjeta está en el estudio. Ruby está dentro con la puerta cerrada, pero la luz está encendida. Cuando Daniel llama, no obtiene respuesta. Llama por segunda vez antes de abrir la puerta con preocupación.

—¿Ruby?

Está sentada en la cama, bajo las mantas, con unos auriculares enormes en las orejas y un libro, *El oscuro pasajero*, sobre las piernas. Cuando ve a Daniel, se sobresalta.

—Mierda —dice quitándose los auriculares—. Me has asustado.

—Lo siento —dice él levantando una mano—. Sólo quería coger algo. Puedo volver por la mañana.

—Da igual. —Ruby le da la vuelta al libro—. No estaba haciendo nada.

Durante el día lleva maquillaje, delineador y algún tipo de brillo de labios, pero ahora tiene la cara lavada y parece más joven. Su piel es un tono más claro que la de Raj, y aunque sus ojos son oscuros como los de él, tiene las mejillas llenas de Klara. También la sonrisa de ella, desde luego. Daniel camina hasta el escritorio, encuentra la tarjeta de Eddie en el cajón superior y se la guarda en el bolsillo. Está a punto de irse cuando Ruby vuelve a hablar.

—¿Tienes fotos de mi madre?

A Daniel se le encoge el corazón. Hace una pausa, mirando hacia la pared. «Mi madre.» Nunca antes había oído que alguien se refiriera a Klara de esa forma.

—Sí. —Cuando se da la vuelta, Ruby acerca las rodillas al pecho. Lleva los pantalones de Bob Esponja, una sudadera ancha y unas gomas para el pelo a modo de pulseras—. ¿Te gustaría verlas?

—Nosotros también tenemos algunas —se apresura a responder—. En casa, pero ya las he visto todas un millón de veces. Así que, sí, me gustaría verlas.

Daniel se dirige a la sala a buscar los viejos álbumes de fotos. Qué extraño es que esté ahí Ruby, su sobrina. Daniel y Mira, obviamente, no son padres. Cuando le pidió a Mira que se casara con él, ella le habló de su endometriosis en grado cuatro.

—No puedo tener hijos —confesó.

—No pasa nada —dijo Daniel—. Hay otras opciones. La adopción...

Pero Mira le explicó que no quería adoptar. Le habían diagnosticado la enfermedad, de manera inusual, a los diecisiete, así que había tenido años para pensar en ello. Encontraría otras satisfacciones en la vida, eso había decidido; no necesitaba ser madre. Daniel descubrió que no podía decirle adiós. Sin embargo, se lamentaba en silencio. Siempre se había imaginado siendo padre. Cuando veía que un padre sacaba de un restaurante a un niño dormido, con la cabeza apoyada contra su cuello, Daniel pensaba en sus propios hermanos. No obstante, la paternidad también lo asustaba. Sólo había tenido a Saul, rígido y distante, para comparar. Era imposible saber cómo sería él. En aquel entonces, pensó que sería mejor que Saul, pero eso quizá fuera falso. Era igualmente posible que fuese peor.

Vuelve al estudio con dos álbumes de fotos. Ruby está sentada con las piernas cruzadas sobre la cama, la espalda apoyada contra la pared. Palmea el espacio que hay a su lado, y Daniel se sienta. No es lo suficientemente flexible para cruzar las piernas, así que las deja colgando por el borde del futón cuando abre el primer álbum.

—Hace años que no miro estas fotos —dice.

Había pensado que sería doloroso, pero lo que siente cuando ve la primera fotografía, los cuatro hermanos Gold en los escalones del número 72 de la calle Clinton —Varya como una adolescente de piernas largas, Simon como un niño pequeño rubio—, es alegría. Por la manera en que ésta lo llena, con esa calidez, podría llorar.

—Ella es mi madre. —Ruby señala a Klara. Tiene cuatro o cinco años y lleva un vestido verde con vuelo de cuadros escoceses.

—Claro que sí —se ríe Daniel—. Le encantaba ese vestido; gritaba cuando tu abuela se lo lavaba. Siempre que lo usaba hacía como que era Clara, de *El cascanueces*. ¡Y éramos judíos! Volvía locos a mis padres.

Ruby sonríe.

—Tenía una personalidad fuerte, ¿no?

—Muy fuerte.

—Yo también. Creo que es una de mis mejores cualidades —dice ella. A Daniel le hace gracia, pero cuando vuelve la cabeza para mirarla, nota que está seria—. De lo contrario, la gente te mangonea. En especial si eres mujer. En especial si estás en el negocio del espectáculo. Papá me ha dicho eso, pero creo que mamá habría estado de acuerdo.

Daniel se espabila. ¿Alguien ha estado molestando a Ruby?, ¿cómo? Sin embargo, ella pasa la página para descubrir más fotos del mismo día, de los hermanos en parejas.

—Ellos son la tía Varya y el tío Simon. Él murió antes de que yo naciera, de sida —dice, y mira a Daniel en busca de confirmación.

—Es cierto. Era joven, demasiado joven.

Ruby asiente.

—Algún día habrá una píldora para eso: Truvada. ¿Lo sabías? No cura el VIH, pero evita que lo contraigas. Leí un artículo al respecto en el *New York Times*. Ojalá hubiera existido en aquel entonces, para el tío Simon.

—Sí, lo he oído, es increíble.

Incluso milagroso e impensable en el momento más álgido de la epidemia, cuando decenas de miles morían cada año sólo en Estados Unidos. En la década de los noventa, cuando se presentaron los medicamentos para el sida, los pacientes tenían que tomar hasta treinta y seis píldoras diarias, y a principios de los ochenta ni siquiera había opciones. Daniel se imagina a Simon, con tan sólo veinte años, muriendo de una enfermedad desconocida y sin nombre. ¿Fueron capaces en el hospital de hacer algo para que se sintiera más cómodo? Tiene la misma sensación que hace unos momentos en el baño, esa insoportable empatía, mucho más molesta que el resentimiento.

—Mira a la abuela —dice Ruby señalando—. Se la ve tan feliz.

Abuela, otra palabra que Daniel nunca había oído; se siente profundamente conmovido por ella, por el hecho de que Ruby piense en los Gold como su familia.

—Estaba feliz. Ahí está con tu abuelo, Saul. Debían de tener unos veinte años.

—Él murió antes que el tío Simon, ¿verdad? ¿Cuántos años tenía?

—Cuarenta y cinco.

Ruby cruza las piernas.

—Cuéntame algo de él.

—¿Algo?

—Sí, algo genial. Algo interesante que yo no sepa.

Daniel hace una pausa. Podría hablarle de los Gold, pero, en cambio, piensa en un frasco con letras verdes y tapa blanca.

—¿Sabes los pepinillos en miniatura? Saul estaba obsesionado con ellos. También era muy especial: empezó comiendo de las marcas Cains, Heinz y Vlasic antes de descubrir otra que se llamaba Milwaukee's, que mi madre hacía traer de Wisconsin

porque no se podía encontrar casi en ninguna tienda de Nueva York. Podía comerse un bote entero de una sentada.

—Qué raro. —Ruby se ríe—. ¿Sabes algo gracioso? Me gusta comer pepinillos con sándwiches de mantequilla de cacahuete.

—No es cierto... —Daniel hace un ruido de falso disgusto.

—¡Sí! Los corto y los pongo encima. Sabe bien, lo juro; hay una especie de estallido dulce y ácido, y después la dulzura de la mantequilla de cacahuete mezclada con lo crujiente...

—No me lo creo —dice Daniel, y ahora los dos se están riendo. El sonido es extraordinario—. No me creo ni media palabra.

A medianoche deja a Ruby con el montón de álbumes de fotos y sube al primer piso de la casa. En la cocina, hace una pausa. Estaba tan contento, sentado con Ruby, que el sentimiento sigue detrás de él: parece tonto o innecesario hacer cualquier otra cosa más que meterse en la cama con Mira. Sin embargo, cuando encuentra la tarjeta de Eddie en el bolsillo de sus pantalones, su alegría se transforma y siente una nostalgia cercana duelo. Podría haber tenido más momentos así desde hace años, con Ruby o con un hijo propio. Tal vez, piensa, había otra razón por la que no presionó a Mira para que reconsiderara el tema de la adopción. Quizá sentía que no lo merecía. Después de todo, como Saul pasaba tanto tiempo en el trabajo, Daniel había tratado de ser un líder para sus hermanos. Había tratado de enfrentarse al peligro, a lo impredecible, al caos. Y mira el resultado.

«Culparte tú —había dicho Eddie— es culpar a la víctima.» Sin embargo, es demasiado tarde: Daniel lo siente así. Ha pasado décadas culpándose por algo que no fue culpa suya. La compasión de Daniel por sí mismo se intensifica, su ira contra la adivina se arraiga. Quiere que la atrapen; no sólo por Simon y por Klara, sino también por él mismo.

Camina hacia la puerta principal y la abre suavemente. Oye un sonido de succión y se enfrenta al glacial aire de noviembre, pero sale y cierra la puerta tras de sí. Después abre el móvil y marca el número de Eddie.

—¿Daniel? ¿Ocurre algo?

Daniel se imagina al agente en una habitación de hotel de Hudson Valley. Quizá Eddie esté trabajando durante la noche, con una taza de café barato junto al codo. A lo mejor está pensando en la adivina tan fijamente como él, el pensamiento compartido que los conecta como un cable.

—Me he acordado de algo —dice. Debe de haber dos grados de temperatura fuera, pero Daniel nota el cuerpo caliente—. Me preguntaste sobre Simon, sobre si la adivina había predicho la fecha de su muerte, y te dije que no lo sabía, pero recuerdo, en cambio, que nos dijo que iba a morir joven. Así que supongamos que él sabía que era homosexual. A los dieciséis, nuestro padre ha muerto y Simon está conmocionado

por la profecía; siente que es su única oportunidad para vivir la vida que quiere, así que es descuidado, se olvida del sentido común y de velar por su seguridad.

—Vale —dice Eddie lentamente—. ¿Simon no fue más específico?

—No, no fue más específico. Ya te dije que éramos niños, fue sólo una conversación, pero le da credibilidad, ¿no?, a lo que dijiste el otro día..., eso de que también lo presionó a él.

—Puede ser —responde Eddie, pero suena indiferente. Ahora Daniel se lo imagina de manera distinta: tumbado de lado, con el teléfono sobre el hombro. Tantea con una mano en la mesilla de noche para apagar la luz otra vez, pues la revelación de Daniel lo ha decepcionado—. ¿Algo más?

El calor está abandonando a Daniel para dar paso a la depresión. Entonces, se le ocurre algo. Si Eddie se ha quedado impassible con la información, quizá incluso esté desilusionado con el caso, por lo que Daniel debería hacer su propia investigación.

—Sí. Una pregunta. —Cuando respira, nubes de aire blanco flotan como paracaídas—. ¿Cómo se llama?

—¿De qué te va a servir saberlo?

—Voy a tener un nombre con el que llamarla —dice Daniel, pensando rápido. Usa un tono despreocupado para tranquilizar a Eddie—. Algo que no sea «la adivina», o, peor, «la mujer».

Eddie hace una pausa y se aclara la garganta.

—Bruna Costello —dice finalmente.

—¿Qué? —Hay un rugido fuerte en los oídos de Daniel, un flujo de adrenalina.

—Bruna —repite Eddie—. Bruna Costello.

—Bruna Costello. —Daniel saborea cada una de las palabras—. ¿Y dónde está?

—Eso son dos preguntas —dice Eddie—. Cuando termine, yo te llamaré. Cuando todo se haya dicho y hecho.

La mañana de Acción de Gracias, Daniel se despierta antes que Raj y Ruby. Son las 6.45, fuera hay una luz rosada y el alboroto de las ardillas, un ciervo que mordisquea la hierba seca. Prepara una jarra de café bien cargado y se sienta en la mecedora junto a la ventana de la sala con el portátil de Mira.

Cuando busca a Bruna Costello en Google, el primer enlace que aparece es el de las personas más buscadas del FBI. «Proteja a su familia, a su comunidad local y a la nación ayudando al FBI a detener a los terroristas y a los fugitivos buscados —dice la página web—. En algunos casos se ofrecen recompensas.» Ella está en la categoría de «Se necesita información», una pequeña foto en blanco y negro en la cuarta hilera. Está borrosa, un primer plano de una cámara de seguridad. Cuando Daniel hace clic en su nombre, la foto se amplía, y lo que ve es la misma imagen que Eddie le mostró en la casa Hoffman.

La Oficina Federal de Investigación (FBI) busca el apoyo de los ciudadanos para identificar a las presuntas víctimas de Bruna Costello, sospechosa de fraude en relación con un círculo de adivinos de Florida. Otros miembros de la familia Costello han cumplido penas de cárcel por crímenes federales, que incluyen estafa, falsa declaración de ingresos, fraude postal, fraude telegráfico y blanqueo de dinero. Hasta la fecha, Costello es la única sospechosa que ha eludido el interrogatorio.

Costello viaja en una autocaravana Gulf Stream Regatta de 1989 (véase «Más fotos»). Previamente ha vivido en Coral Springs y Fort Lauderdale, Florida, y se desconoce si ha recorrido extensamente Estados Unidos. En la actualidad se cree que reside a las afueras de Dayton, Ohio, en el pueblo de West Milton.

Daniel hace clic en «Más fotos». Hay una imagen de la caravana, un vehículo redondeado y amplio pintado de color crema sucio, o quizá originalmente blanco, con una gruesa franja color café. Debajo de «Más fotos» hay otro enlace llamado «Alias».

Drina Demeter

Cora Wheeler

Nuri Gargano

Bruna Galletti

Y media docena más. Abruptamente, Daniel cierra el portátil. Seguramente Eddie debía de saber dónde estaba ella. Entonces ¿por qué no se lo ha dicho? Debe de haber pensado que Daniel estaba alterado y que tenía intención de vengarse.

¿Es así? Es cierto que Daniel se siente motivado por primera vez desde su suspensión. Siente la presencia de la mujer como una canción que alguien interpreta en la habitación de al lado o como una ráfaga que le agita el cabello, desafiándolo a acercarse más.

Mira y Raj se encargan de las verduras mientras Gertie prepara su famoso relleno. Daniel y Ruby se ocupan del pavo, una bestia de ocho kilos sazonada con mantequilla, ajo y tomillo. Es primera hora de la tarde; mientras la mayor parte de la comida se está horneando o espera para entrar en el horno y Mira limpia la encimera, Raj hace una llamada de negocios en la habitación de invitados. Gertie se echa una siesta. Ruby y Daniel se sientan en la sala: Daniel, en la mecedora con el portátil; Ruby, en el sofá con un libro de sudokus. Al otro lado de la ventana, la nieve que cae se derrite en cuanto toca el cristal.

Daniel está buscando información acerca de los romaníes: cómo surgieron en la India, cómo escaparon de la persecución religiosa y la esclavitud. Viajaron al oeste, hacia Europa y los Balcanes, y empezaron a leer la buena fortuna como refugiados. Medio millón de ellos murieron asesinados en el Holocausto. Le recuerda a la historia de los judíos. Éxodo y vagabundeo, resiliencia y adaptación. Incluso el famoso proverbio romaní, *Amari čhib s'amari zor* —«Nuestra lengua es nuestra fuerza»— suena como algo que habría dicho su padre. Daniel saca de su bolsillo un recibo de la tintorería y escribe la frase, junto con un segundo proverbio: «Los pensamientos tienen alas».

Últimamente se le ha hecho difícil mantener una conexión con Dios. Un año antes, decidió explorar la teología judía. Pensó en ello como un tributo a Saul, y esperaba encontrar consuelo por la muerte de sus hermanos. Sin embargo, halló poco: en temas de muerte e inmortalidad, el judaísmo tenía poco que decir. Mientras otras religiones se preocupaban por la muerte, los judíos se preocupaban más por la vida. La Torá se concentraba en *olam haze*: «este mundo».

—¿Estás trabajando? —pregunta Ruby.

Daniel alza la mirada. El sol anida justo encima de las montañas Catskill, que tienen un suave color azul celeste y melocotón. Ruby está acurrucada contra el brazo del sofá.

—En realidad, no. —Daniel cierra el portátil—. ¿Y tú?

—En realidad, no. —Ruby se encoge de hombros y cierra su libro de sudokus.

—No entiendo cómo podéis hacer esos crucigramas —dice Daniel—. A mí me parecen muy difíciles.

—Tenemos mucho tiempo libre haciendo el espectáculo. Si no encuentras algo más en lo que seas bueno, te vuelves loco. A mí me gusta resolver cosas.

Ruby echa las piernas a un lado, ese día envueltas en un pantalón de chándal Juicy diferente. Su cabello es un voluminoso nido de pájaros recogido en un moño.

Daniel se da cuenta de que la echará de menos cuando se vaya.

—Serías una buena doctora —dice él.

—Eso espero. —Cuando alza la cabeza para mirarlo, su rostro es vulnerable. Qué sorpresa: le importa lo que él piense—. Eso es lo que quiero ser.

—¿Ah, sí? ¿Y el espectáculo?

—No voy a hacer eso siempre.

Habla en un tono plano, resuelto, que Daniel no puede discernir del todo. ¿Raj sabrá algo al respecto? Nunca podría tener una relación con otro ayudante como la que tiene con Ruby. Daniel piensa en la conversación que mantuvieron la mañana anterior, en la tensión entre Ruby y Raj cuando discutían su agenda. Raj dijo que era simple. «En cambio —añadió—, Rubina...»

Ruby se echa el cabello sobre un hombro. No está decidida, Daniel se da cuenta. Está preocupada.

—O sea —dice—, quiero ir a la universidad, quiero ser una persona real. Quiero hacer algo que sea importante.

—Tu madre no quería ser una persona real.

Las palabras se le escapan a Daniel antes de que pueda detenerlas. Su voz es baja y está sonriendo, pues de alguna manera, cuando piensa en Klara, es lo primero que se le viene a la mente: sus agallas, su arrojo. No lo que le pasó después.

—¿Y? —Ruby se sonroja. Hay algo en sus ojos que destella con la luz de la lámpara de la sala—. ¿Y qué tiene que ver eso conmigo?

—Perdona. —Daniel siente náuseas—. No sé por qué lo he dicho.

Ruby abre la boca y la vuelve a cerrar. Ya está perdiéndola; está yéndose a ese lugar ajeno y adolescente: las montañas del resentimiento, unas cavernas que Daniel no puede ver.

—Tu madre era especial —dice. Siente urgencia para convencerla de ello—. Eso no significa que tengas que ser como ella. Quiero que lo sepas.

—Ya lo sé —dice Ruby sin energía—. Todo el mundo me lo dice.

Sale para hacer una caminata por la nieve. Daniel la observa caminar por el lodazal con las botas Ugg y la sudadera con capucha; unos mechones de cabello oscuro flotan junto a su rostro antes de que desaparezca entre los árboles.

—Aleluya, alabemos a Dios en su santuario. Alabemos su poder en el cielo. Alabemos sus grandes acciones. Alabemos su incomparable grandeza. Alabémoslo con el sonido del cuerno. Alabémoslo con el salterio —Gertie hace una pausa— y el arpa.

—¿Qué es un salterio? —pregunta Ruby.

Cuando ha vuelto de su paseo, estaba de nuevo alegre. Ahora está sentada entre Raj y Gertie, a un lado de la mesa. Mira y Daniel se cogen de las manos al otro lado.

—No lo sé —dice Gertie, frunciendo el ceño hacia el *Tehillim*.

—Espera, voy a buscarlo en Wikipedia. —Ruby saca su teléfono del bolsillo y marca rápidamente las pequeñas teclas—. Vale. «El salterio inclinado es un tipo de salterio o cítara que se toca con un arco. A diferencia del de siglos anteriores, el salterio de arco parece ser una invención del siglo xx.» —Cierra el teléfono—. Bueno, ha sido útil. Sigue, abuela.

Gertie regresa al libro.

—Alabémoslo con panderos y danzas. Alabémoslo con el sonido fuerte de los címbalos. Que todo lo que tenga aliento alabe a HaShem. Aleluya.

—Amén —dice Mira en voz baja. Aprieta la mano de Daniel—. Comamos.

Daniel también le aprieta la mano, pero se siente inquieto. Esa tarde se ha enterado de que ha habido una explosión en el distrito de Sadr en Bagdad. Cinco coches bomba y un mortero han matado a más de doscientas personas, sobre todo chiitas. Bebe un largo trago de vino, un Malbec. Antes se ha tomado una copa o dos de un vino blanco que Mira ha descorchado mientras cocinaban, pero sigue deseando la niebla agradable en la que se adentra cuando bebe.

Gertie mira a Ruby y a Raj.

—¿A qué hora os vais mañana?

—Temprano —responde él.

—Por desgracia —dice Ruby.

—Tenemos un espectáculo en la ciudad a las siete —dice Raj—. Debemos estar allí antes del mediodía para encontrarnos con el equipo.

—Ojalá no tuvierais que iros —dice Gertie—. Ojalá pudierais quedaros un poco más.

—A mí también me gustaría —dice Ruby—. Pero puedes venir a visitarnos a Las Vegas. Tendrías tu propia suite. Puedo presentarte a *Krystal*. Es un poni de las Shetland y un encanto total. Probablemente come media hectárea de hierba diaria.

—Por Dios —ríe Mira. Corta algunas judías verdes con su tenedor—. Ahora tengo una petición personal. No quería sacar el tema porque estoy segura de que las personas os piden este tipo de cosas todo el tiempo, del mismo modo que nuestros amigos siempre intentan que Daniel los diagnostique, pero tenemos dos magos en casa y no podemos dejar que os vayáis sin hablar del tema.

Raj enarca las cejas. El comedor casi se queda en silencio.

Mira deja el tenedor; está sonrojada.

—Cuando era niña, un mago callejero me hizo un truco de cartas. Me pidió que escogiera una mientras él extendía el mazo, lo que no debió de llevarnos más de un segundo. Elegí el nueve de corazones y él lo adivinó. Le hice repetir el truco para asegurarme de que el mazo no estaba lleno de nueves de corazones. Nunca he podido saber cómo lo hizo.

Raj y Ruby intercambian una mirada.

—Influencia —dice Ruby—. El mago manipula tus decisiones.

—Pero es precisamente eso —dice Mira—. Él no hizo ni dijo nada para influenciarme. Yo tomé la decisión.

—Eso creíste —repite Raj—. Hay dos tipos de influencia. Con la psicológica, un mago utiliza el lenguaje para dirigirte hacia una elección en particular. Sin embargo, la influencia física, que probablemente usó, es cuando un objeto particular resalta del resto. Es posible que hiciera una pausa durante un nanosegundo más en el nueve de corazones que en cualquiera de las otras cartas.

—Aumento de exposición —añade Ruby—. Es una técnica clásica.

—Fascinante. —Mira se apoya en la silla—. Aunque os confieso que casi me siento... ¿decepcionada? Supongo que no esperaba que la solución fuera tan racional.

—La mayor parte de los magos son increíblemente racionales. —Raj está cortando un muslo de pavo, colocando cortes limpios a un lado de su plato—. Son analistas. Tienes que serlo para desarrollar ilusiones. Para engañar a la gente.

Algo en la frase inquieta a Daniel. Le recuerda lo que siempre le molestó de Raj: su pragmatismo, su obsesión por los negocios. Antes de que Klara lo conociera, la magia era su afición, su mayor pasión. Ahora Raj vive en una mansión rodeada de vallas y Klara está muerta.

—No estoy seguro de que mi hermana lo viera de esa forma —interviene.

Raj hace a un lado una cebolleta.

—¿A qué te refieres?

—Klara sabía que la magia se podía usar para engañar a la gente, pero trataba de hacer lo contrario: revelar una verdad mayor. Tirar del hilo.

El candelabro en el centro de la mesa mantiene en la sombra la mitad inferior del rostro de Raj, pero sus ojos están iluminados.

—Si me preguntas si creo en lo que hago, si siento que estoy ofreciendo una especie de servicio esencial..., bueno, yo podría hacerte la misma pregunta. Ésta es mi carrera y para mí significa tanto como la tuya para ti.

A Daniel se le hace difícil masticar la comida que tiene en la boca. Lo asalta el terrible pensamiento de que Raj sabía desde el principio que lo habían suspendido del ejército y ha fingido todo el tiempo por cortesía o conmiseración.

—¿A qué te refieres?

—¿Tú sientes que es noble enviar a hombres jóvenes a una batalla mortal? —pregunta Raj—. ¿Te mueve una verdad mayor?

Gertie y Ruby miran alternativamente a Raj y a Daniel. Este último se aclara la garganta.

—Estoy realmente convencido de la importancia del ejército, sí. Si lo que hago es noble o no, no depende de mí. ¿Lo que hacen los soldados? Eso es nobleza, sí.

Suena bastante convincente, pero Mira nota la tensión en su voz. Inclina la cabeza hacia su plato. Daniel sabe que lo está evitando por cortesía, para que lo que sea que está en su mirada no lo ponga en evidencia, pero eso sólo hace que se sienta más como un fraude.

—¿Incluso ahora? —pregunta Raj.

—Especialmente ahora.

Daniel recuerda perfectamente el horror del 11-S. Su mejor amigo de la infancia, Eli, trabajaba en la torre sur. Después de que se estrellara el segundo avión, Eli se detuvo en la escalera del piso 78 y comenzó a enviar personas hacia el ascensor exprés. «¡Muy bien! —gritó—. ¡Todo el mundo fuera!» Antes de eso, algunas personas estaban paralizadas por el miedo. Más tarde, un colega que había estado en las torres durante el atentado de 1993, se refirió a él como una voz que los despertó. Eli llegó a la azotea, punto de rescate en 1993, y llamó a su esposa. «Te quiero, amor —dijo—. Quizá llegue tarde a casa.» Cayó junto con la torre a las diez de la mañana.

—¿Especialmente ahora? —pregunta Raj—. ¿Cuando han diezmado la infraestructura de Irak? ¿Cuando los sádicos abusan de hombres inocentes en Abu Ghraib? ¿Cuando no se encuentran por ninguna parte armas de destrucción masiva?

Raj mira a Daniel a los ojos. Esa celebridad de Las Vegas, este mago de ropa cara..., Daniel lo ha subestimado.

—Papá —dice Ruby.

—¿Queréis judías? —pregunta Mira, levantando el plato.

—¿Y tú permitirías que un tirano brutal continuara asesinando y reprimiendo a cientos de miles? —pregunta Daniel—. ¿Qué me dices de la violencia genocida de Sadam contra los kurdos y de la violencia en Kuwait? ¿De los secuestros de Barzani? ¿De la guerra química, de las fosas comunes?

El vino ya le ha hecho efecto. Se siente poco claro, confuso y contento, y por tanto capaz de enumerar los crímenes de Husein a voluntad.

—Estados Unidos nunca se ha guiado por una brújula moral a la hora de hacer alianzas políticas. Cesaron las operaciones militares en Pakistán. Apoyaron a Husein durante el período más álgido de sus atrocidades. Y ahora van a la caza de algo que

no existe. El programa de armas de destrucción masiva de Irak terminó en 1991. Ahí no hay nada; sólo petróleo.

Lo que Daniel se niega a admitir es que teme que Raj tenga razón. Ha visto las fotos terribles de Abu Ghraib: los hombres encapuchados y desnudos, golpeados y electrocutados. Hay rumores de que ahorcarán a Husein en diciembre durante *Eid al-Adha*, el día sagrado musulmán: una perversión de la religión, y no del enemigo.

—Eso no lo sabes —responde.

—¿No? —Raj se limpia la boca con una servilleta—. Hay una razón por la que ningún país se siente muy entusiasta por la guerra en Irak, excepto Israel.

Lo dice como si fuera una reflexión a destiempo, como si por una vez hubiera olvidado a qué público se dirige. ¿O ha sido premeditado? Los Gold lo entienden, se juntan instantánea y cerradamente. Daniel tiene sus propias reservas sobre el sionismo, pero ahora nota la mandíbula rígida y su corazón late apresuradamente, como si alguien hubiera insultado a su madre.

Mira deja los cubiertos.

—¿Perdón?

Por primera vez desde su llegada, la confianza de Raj cae hacia atrás como una capucha.

—No tengo que decirlo que Israel es un aliado estratégico, o que la invasión de Bagdad tenía como objetivo reforzar su seguridad regional tanto como la nuestra —dice tranquilamente—. A eso me refería.

—¿De verdad? —Los hombros de Mira están rígidos, su voz reprimida—. Sinceramente, Raj, ha sonado más como si estuvieras acusando a los judíos.

—Los judíos ya no son las víctimas. Son uno de los grupos de votantes más influyentes de Estados Unidos. El mundo árabe se opone a una guerra estadounidense en Irak, pero los árabes estadounidenses nunca tendrán el poder de los judíos estadounidenses. —Raj hace una pausa. Debe de saber que toda la mesa está contra él; sin embargo, como se siente amenazado o porque ha decidido no estarlo, sigue adelante—. Mientras tanto, los judíos actúan como si aún fueran víctimas de una terrible opresión. Es un estado mental que les resulta útil cuando quieren oprimir a otros.

—Ya basta —dice Gertie.

Se ha arreglado para esa cena: lleva un vestido entallado marrón con medias y zapatos de piel. En el pecho luce un broche de cristal que le regaló Saul. A Daniel le duele ver el sufrimiento en su rostro. La apariencia de Ruby es aún peor. La sobrina de Daniel está mirando su plato vacío. Incluso a la luz de las velas, puede ver que sus ojos empiezan a brillar.

Raj mira a su hija. Por un momento parece arrepentido, casi confundido. Después echa la silla hacia atrás con un chirrido.

—Daniel —dice—. Salgamos a dar un paseo.

Raj conduce a Daniel tras la primera línea de arcos —hace unas semanas estaban rojos, ahora están desnudos—, hasta un claro que hay más allá: un estanque bordeado de espadañas y abedules. Es más bajo que Daniel, quizá 1,75 frente al 1,82 de Daniel, pero a éste lo sorprende su seguridad; cómo camina dando pasos largos para salir de la casa en dirección al claro, como si se sintiera tan cómodo en la propiedad de Daniel como se siente estando en su casa. Es suficiente para que Daniel aseste el primer golpe.

—Hablas de la guerra como si supieras con certeza a quién culpar, pero es terriblemente fácil hacer alegatos cuando estás sentado en una mansión haciendo trucos con monedas. Tal vez deberías intentar hacer algo que de verdad sea importante. —¿Dónde ha oído esa frase antes? De Ruby. «Quiero ir a la universidad», le dijo. «Quiero ser una persona real. Quiero hacer algo que sea importante». Daniel puede sentir el calor en sus mejillas, el pulso en la garganta, y de repente sabe exactamente qué es lo que puede herir más a Raj—: Incluso tu propia hija piensa que no eres más que un *showman* de Las Vegas. Me contó que quiere ser médico.

El estanque refleja la luz de la luna, y el rostro de Raj se contrae como un puño. Daniel ve su debilidad con tanta seguridad como conoce la suya propia: Raj teme perder a Ruby. No sólo la ha mantenido alejada de los Gold porque no le caen bien, sino también por la amenaza que representan. Una familia alternativa; una vida alternativa.

Sin embargo, Raj sostiene la mirada de Daniel.

—Tienes razón. Yo no soy médico. No tengo un título universitario y no nací en Nueva York. Sin embargo, crié a una chica increíble. Tengo una carrera exitosa.

Daniel se pierde, pues de repente ve el rostro del coronel Bertram. «Usted debe creerse alguien jodidamente especial —le había dicho con una sonrisa sobre su insignia—. Un verdadero héroe estadounidense.»

—No —replica—. Robaste una carrera. Robaste el número de Klara. —Hace años que quiere hacer ese alegato y lo aviva encontrar por fin el momento de decirlo.

La voz de Raj se vuelve más baja y más lenta.

—Yo era su *socio* —dice con un efecto que no es de calma, sino de contención terrible.

—Y una mierda. Eras un engreído. Te importaba más el espectáculo que ella.

Con cada palabra, Daniel siente una corriente de convicción, y algo que inicialmente es borroso se transforma en una imagen más clara: el eco de otra historia, la historia de Bruna Costello.

—Klara confiaba en ti —dice—. Y tú te aprovechaste de ella.

—¿Me estás tomando el pelo? —Raj echa la cabeza hacia atrás unos centímetros y el blanco de sus ojos brilla a la luz de la luna. En ellos, Daniel ve posesión, anhelo y algo más: amor—. Yo cuidé de ella. ¿Sabes lo jodida que estaba? ¿Alguno de vosotros lo sabía? Tenía episodios de pérdida de memoria. Su cabeza estaba hecha pedazos. No podría haberse vestido por las mañanas de no haber sido por mí.

Además, era tu hermana. ¿Qué hiciste tú para ayudarla? ¿Visitaste a Ruby alguna vez? ¿Hablaste con ella en *Januká*?

A Daniel le da un vuelco el estómago.

—Deberías habérselo dicho.

—Apenas os conocía. Nadie de tu familia me dio la bienvenida. Me tratasteis como si estuviera violando vuestra propiedad, como si no fuera lo suficientemente bueno para Klara, para los Gold: refinados, con derecho, que tanto sufrían.

La burla en la voz de Raj hiere a Daniel, y por un momento no puede hablar.

—No tienes ni idea de lo que pasamos —dice finalmente.

—¡Eso! —dice Raj, señalándolo, y sus ojos están tan vivos, su brazo tan electrificado, que Daniel tiene la impresión, absurda, de que está a punto de hacer un truco de magia—. Ése es exactamente el problema. Habéis pasado por varias tragedias, nadie lo niega. Sin embargo, *ésa no es la vida que estáis viviendo ahora*. El aura está pasada. La historia, Daniel, está pasada. No puedes dejarla ir, porque si lo haces ya no seríais víctimas. Sin embargo, hay millones de personas que aún viven en la opresión. Yo provengo de ellas. Y esas personas no pueden vivir en el pasado, no pueden vivir en sus cabezas. No pueden permitirse ese lujo.

Daniel retrocede, se aleja hacia la oscuridad de los árboles como si pudiera cubrirse. Raj no espera su respuesta: da media vuelta y camina de regreso, rodeando el estanque. Pero hace una pausa camino de la casa.

—Una cosa más —la voz de Raj le llega fácilmente, pero su cuerpo está en las sombras—. Tú afirmas que estás haciendo algo importante, algo que tiene trascendencia. Sin embargo, te estás engañando. Lo único que estás haciendo es asegurarte de que otras personas hagan el trabajo sucio a miles de kilómetros de distancia. Eres un peón, sólo una pieza más en el engranaje. Y tienes miedo, joder. Tienes miedo de que nunca puedas hacer lo que hizo tu hermana; salir al escenario, tú solo, noche tras noche, y desnudar tu puñetera alma sin saber si te van a aplaudir o a abuchear. Es posible que Klara se suicidara, pero aun así era más valiente que tú.

Raj y Ruby se van antes de las ocho de la mañana. Ha llovido durante la noche y su coche de alquiler está mojado frente a la entrada de la casa. Raj y Daniel llenan el maletero sin hablar. La aguanieve se aferra al terciopelo amarillo de la última sudadera de Ruby, que le da un abrazo rígido a Daniel. Está igual de fría con Raj, pero él es su padre: finalmente tendrá que perdonarlo. No sucederá lo mismo con Daniel, quien siente una desesperación visceral cuando ella se sube al asiento del pasajero y cierra la puerta. Cuando salen marcha atrás por el camino de acceso, se despide con la mano, pero Ruby ya ha agachado la cabeza para mirar su teléfono, y lo único que Daniel ve es su cabello.

Mira conduce a New Paltz para una reunión del departamento. Daniel camina hacia el frigorífico y empieza a sacar las sobras de ayer. La piel del pavo, antes crujiente, se ha puesto húmeda y arrugada. La grasa de la cazuela se ve opaca, un charco de color beige.

Vuelve a calentarse un plato lleno en el microondas y come en la mesa de la cocina hasta que siente náuseas. No puede soportar estar sentado a la mesa del comedor, donde los Chapal y los Gold cenaron, al parecer, hace años. Por primera vez, Daniel sintió un lazo con Ruby; sintió que *podía* estar más cerca de ella, que no necesitaba avergonzarse de su papel en la muerte de su madre. Y ahora la ha perdido. Quizá Ruby vuelva a visitarlos cuando tenga dieciocho y pueda tomar sus propias decisiones, pero Raj no volverá a llevarla y nunca la alentará a que vaya. Daniel podría tratar de acercarse a ella, pero quién sabe cómo respondería. El fracaso del Día de Acción de Gracias no fue sólo culpa de Raj.

Después de la última discusión con él, hace años, Daniel encontró consuelo en el trabajo. Pero ya no puede hacerlo: esta vez, cuando piensa en la oficina, se siente como estrangulado. El único modo de poder mantener su trabajo es cediendo su poder, que radica en su capacidad para tomar decisiones. Y si hace eso, si elige el trabajo sobre la integridad, la seguridad sobre el libre albedrío, será justo el peón que Raj dijo que era.

Su móvil suena en la habitación. Daniel sube la escalera y, cuando ve el número en la pantalla, coge el teléfono de manera tan abrupta que arranca el cargador del enchufe.

—¿Eddie? —pregunta.

—Daniel. Te llamo porque hay novedades en el caso. Querías que te mantuviera informado.

—¿Sí?

La voz de Daniel es pesada, exhausta.

—Vamos a retirar todos los cargos contra ella.

Daniel se deja caer en la cama. Aprieta el teléfono contra su oreja y el cable lo sigue como una cola.

—No podéis hacer eso.

—Mira —Eddie exhala—, es un área muy gris. ¿Cómo puedes probar que ella mató a esas personas cuando nunca las tocó, ni siquiera las alentó, al menos no de forma explícita? He pasado los últimos seis meses tratando de atrapar a esa mujer. Cuando estuve contigo, casi habíamos cerrado el caso; sin embargo, pensé que podría haber algo que se me estaba escapando, alguna prueba que sólo tú conocías. Y tú hiciste lo que pudiste, fuiste honesto. Simplemente, no fue suficiente.

—¿Y qué sería suficiente? ¿Cinco suicidios más? ¿Veinte? —La voz de Daniel se rompe en la última sílaba, algo que no le había ocurrido desde la infancia—. Pensé que habías dicho que no tenía licencia. ¿No puedes arrestarla por eso?

—Sí, no tiene licencia. Pero apenas gana dinero. La Oficina piensa que es una pérdida de tiempo. Además, es una vieja. No va a vivir mucho tiempo más.

—¿Y eso qué importa? Buscáis gente que ha hecho cosas horribles, cosas espantosas, no importa cuánto tiempo pase hasta que haya justicia. El objetivo es que la haya.

—Cálmate, Daniel —dice Eddie, y a Daniel le arden las orejas—. Yo quería que esto pasara tanto como tú, pero tengo que dejarlo.

—Eddie. Hoy es mi día —dice Daniel.

—¿Tu día?

—La fecha que me dijo. La fecha en que dijo que moriría.

Es la última carta de Daniel. Nunca pensó que lo compartiría con Eddie, pero está desesperado por hacer que el agente reconsidere su postura.

—Ay, Daniel —suspira él—. No hagas eso. Sólo te estás torturando, ¿y para qué?

Daniel se queda en silencio. Fuera ve una nevada delicada y cristalina. Los copos de nieve pesan tan poco que no se puede decir si flotan hacia el cielo o hacia la tierra.

—Cuídate, ¿de acuerdo? —le pide Eddie—. Lo mejor que puedes hacer hoy es cuidarte.

—Tienes razón —dice Daniel inexpresivo—. Comprendo y agradezco todo lo que has hecho.

Cuando cuelgan, Daniel lanza el teléfono contra la pared. Se rompe por la mitad con un crujido sordo. Lo deja en el suelo y baja la escalera para ir al estudio. Mira ya ha desmontado la cama de Ruby, ha metido las sábanas en la lavadora y ha convertido el futón en un sofá. Ha pasado incluso el aspirador, un gesto generoso, pero sólo hace que Daniel sienta que Ruby nunca ha estado allí.

Daniel se sienta frente a su escritorio y accede a la sección de «Los más buscados» en la web del FBI. Han eliminado a Bruna Costello del enlace «Se necesita información». Cuando escribe su nombre en el buscador, aparece una breve línea de texto: «Su búsqueda no coincide con ningún documento».

Daniel se apoya en el respaldo de la silla de escritorio y gira llevándose las manos al rostro. Regresa al mismo recuerdo que ha tenido muchas veces antes: la última vez que habló con Simon. Éste lo llamó desde el hospital, aunque entonces Daniel no lo sabía. «Estoy enfermo», dijo. Daniel estaba sorprendido; tardó un momento en identificar la voz de Simon, que al mismo tiempo era más madura y más frágil de lo que nunca antes lo había sido. Aunque no lo demostró, sintió tanto alivio como resentimiento. En la voz de Simon oyó el canto de sirena de la familia: cómo te atrae a pesar de toda lógica; cómo te obliga a descartar tus propias convicciones, tu identidad moral, en favor de una profunda dependencia.

Si Simon hubiera ofrecido la más mínima disculpa, Daniel lo habría perdonado. Pero no lo hizo; en realidad, no dijo mucho. Le preguntó cómo estaba, como si fuera una llamada informal entre dos hermanos que no se han distanciado durante años. Daniel no sabía si algo iba verdaderamente mal o si Simon sólo estaba siendo Simon: egocéntrico, evasivo. Quizá había decidido llamarlo tan irreflexivamente como había decidido marcharse a San Francisco.

—¿Simon? —preguntó Daniel—. ¿Hay algo que pueda hacer por ti?

Pero sabía que su voz era fría, y Simon colgó pronto.

«¿Hay algo que pueda hacer por ti?»

No puede salvar a Simon ni a Klara; ellos pertenecen al pasado. Pero quizá pueda cambiar el futuro. La ironía es impecable: el mismo día que Bruna Costello profetizó que sería el de su muerte, él puede encontrarla y obligarla a confesar cómo se aprovechó de ellos. Y después puede asegurarse de que nunca vuelva a hacerlo.

Daniel deja de girar. Se aparta las manos del rostro y parpadea contra la luz artificial del estudio. Después se inclina sobre el teclado y trata de recordar frases de la publicación del FBI. Había una foto de una autocaravana color crema con una franja marrón, una serie de alias. Y el nombre de un pueblo en Ohio, algo de Milton; había leído *El paraíso perdido* en la universidad y esa palabra había arraigado en su mente cuando lo leyó. ¿East Milton? No: West Milton. Busca en Google y aparecen enlaces de una escuela primaria y una biblioteca, así como un mapa de West Milton delineado en rojo y con una forma como la de Italia sin el tacón. Hace clic en las imágenes y ve un centro pintoresco con tiendas que exhiben la bandera de Estados Unidos. Una foto muestra una pequeña cascada al lado de una larga escalera. Cuando Daniel hace clic, lo envía a un foro de discusión.

«Cascadas y escalera de West Milton —ha publicado alguien—. El lugar no está en absoluto bien cuidado. La gente tira basura y la escalera y la barandilla no son seguras.»

Parece un mejor lugar para esconderse que la avenida principal. Daniel regresa al mapa: West Milton está a diez horas en coche desde Kingston. Pensar en ello hace que se le acelere el pulso. No conoce la ubicación precisa de Bruna, pero la cascada parece prometedora y todo el pueblo no tiene más de siete kilómetros cuadrados, ¿cómo de difícil puede ser encontrar una vieja autocaravana?

Oye un timbre agudo que proviene de la cocina. En esos días, usan tan poco el teléfono fijo que le cuesta un momento ubicarlo. Las únicas personas que tienen el número son vendedores y miembros de la familia, y algún vecino. Esta vez no tiene que mirar el identificador de llamadas para saber que es Varya.

—V —dice.

—Daniel. —Varya no pudo acompañarlos en la cena de Acción de Gracias porque se había comprometido a dar una conferencia en Ámsterdam—. Tu móvil está apagado, sólo quería asegurarme...

La voz de Eddie se cortaba desde la autopista, pero la voz de Varya se filtra por el auricular a seis mil kilómetros de distancia con tanta claridad que podría estar de pie enfrente de él. Habla con un autocontrol relajado para el que Daniel no tiene paciencia.

—Sé por qué me llamas —dice.

—Bueno —dice ella con una risa crispada—. Demándame. —Hace una pausa que Daniel no se esfuerza por llenar—. ¿Cómo estás hoy?

—Voy a encontrar a la adivina; daré con ella y la obligaré a disculparse por lo que le ha hecho a nuestra familia.

—No tiene gracia.

—Habría estado bien que vinieras ayer.

—Tenía una presentación.

—¿En Acción de Gracias?

—Resulta que los holandeses no lo celebran. —Endurece el tono y el resentimiento de Daniel vuelve a elevarse—. ¿Qué tal os fue?

—Bien. —No le va a decir nada—. ¿Cómo estuvo la conferencia?

—Bien.

Lo enfurece que a Varya le importe lo suficiente para llamarlo, pero no cualquier otro día y no lo suficiente como para ir a verlo. En vez de ello, lo observa desde arriba mientras él da vueltas como un ratón, sin bajar jamás a intervenir.

—Entonces ¿cómo es que estás pendiente de estas cosas? —pregunta apretándose el teléfono contra la oreja—. ¿Tienes una hoja de cálculo o lo memorizaste todo?

—No seas desagradable —dice ella, y Daniel titubea.

—Estoy bien, Varya. —Se inclina sobre la encimera de la cocina y usa la mano libre para frotarse el puente de la nariz—. Todo estará bien.

Se arrepiente en cuanto cuelgan. Varya no es el enemigo, pero ya habrá mucho tiempo para arreglar las cosas. Se dirige al otro lado de la encimera y coge sus llaves de una cesta de mimbre.

—Daniel —dice Gertie—, ¿qué estás haciendo?

Su madre está de pie en la puerta. Lleva su vieja bata rosa y las piernas desnudas. La piel alrededor de sus ojos está húmeda y, extrañamente, de color lavanda.

—Voy a salir a dar una vuelta en coche —dice.

—¿Adónde?

—A la oficina. Hay algunas cosas que quiero hacer antes del lunes.

—Es *sabbat*. No deberías trabajar.

—El *sabbat* es mañana.

—Empieza hoy por la noche.

—Entonces me quedan seis horas —responde Daniel.

Pero sabe que no habrá regresado para entonces. No va a regresar antes del amanecer. Entonces se lo contará todo a Gertie y a Mira. Les contará cómo atrapó a Bruna y cómo ella confesó. También se lo contará a Eddie, que quizá reabra el caso.

—Daniel. —Gertie le bloquea la salida—. Estoy preocupada por ti.

—No te preocupes.

—Estás bebiendo demasiado.

—No es cierto.

—Y me estás ocultando algo. —Lo mira fijamente, con curiosidad y pesar—. ¿Qué me estás ocultando, cariño?

—Nada. —Por Dios, lo hace sentir como si fuera un niño. Si tan sólo se apartara de en medio—. Estás paranoica.

—No creo que debas ir. No está bien..., en *sabbat*.

—El *sabbat* no significa nada —replica él con agresividad—. A Dios no le importa. A Dios le importa una mierda.

De repente, la idea de Dios parece tan exasperante e inútil como la llamada de Varya. Dios no cuidó de Simon ni de Klara, y con toda seguridad no hizo justicia. Pero ¿qué esperaba Daniel? Cuando se casó con Mira, escogió volver al judaísmo. Se imaginaba un Dios en el que creer, y ése era el problema. Desde luego, la gente elige cosas en las que creer todo el tiempo: relaciones, ideologías políticas, billetes de lotería. Pero Daniel ahora se da cuenta de que Dios es diferente. Dios no debería estar diseñado a partir de las preferencias personales, como unos guantes a medida. No debería ser un producto del anhelo humano, que es lo suficientemente poderoso para crear una deidad de la nada.

—Daniel —dice Gertie. Si no deja de repetir su nombre, Daniel se va a poner a gritar—. No lo dices en serio.

—Tú tampoco crees en Dios, mamá —responde—. Sólo quieres creer.

Gertie parpadea con los labios apretados, aunque se mantiene muy quieta. Daniel le pone una mano en el hombro y se inclina para besarla en la mejilla. Cuando se va, ella sigue de pie en la cocina.

Camina hasta el cobertizo de detrás de la casa. En su interior están las herramientas de jardinería de Mira: los paquetes de semillas medio vacíos, los guantes de piel y la regadera plateada. Mueve la manguera verde del estante inferior para alcanzar la caja de zapatos que está detrás. Dentro de ella hay una pequeña pistola. Cuando se unió al ejército, hizo prácticas con armas de fuego, así que tener una parecía razonable. Aparte de un viaje anual al campo de tiro en Saugerties, no la ha usado, pero renovó su licencia en marzo. Carga la pistola y se la lleva al coche en el interior de su chaqueta. Es posible que tenga que intimidar a Bruna para hacerla hablar.

Justo después del mediodía, se incorpora a la autopista. Para cuando se da cuenta de que ha olvidado borrar el historial de búsqueda del ordenador, ya está en Pensilvania.

Deja atrás Scranton temprano por la tarde. Cuando llega a Columbus, son casi las nueve. Tiene los hombros entumecidos y le duele la cabeza, pero está ansioso por el café barato y la expectativa. Las ciudades se hacen más rurales: Huber Heights, Vandalia, Tipp City. Un pequeño letrero verde y beige señala West Milton. Casas bajas recubiertas de planchas de aluminio, después colinas suaves y campos de cultivo. No hay ninguna caravana ni ningún camping para casas rodantes, pero Daniel lo tiene claro. Si él quisiera esconderse, iría al bosque.

Consulta el reloj: las 22.32 y no hay más vehículos en la carretera. La cascada del foro de discusión está en la intersección de las carreteras 571 y 48, detrás de un almacén de muebles. Daniel aparca y camina hacia el mirador. No ve nada excepto la escalera, que está desvencijada, como decían en internet. Los escalones están resbaladizos con hojas mojadas, la barandilla, carcomida por el óxido.

¿Y si Bruna se ha marchado de West Milton? Sin embargo, es demasiado pronto para rendirse, se dice al caminar de vuelta al coche. El bosque se extiende sin fin hasta el siguiente pueblo. Si se ha marchado, es posible que no haya ido lejos.

Continúa hacia el norte, siguiendo el río Stillwater hasta Ludlow Falls, de 209 habitantes. Después de un campo en la avenida Covington, puede ver el puente que lleva a la carretera 48 sobre otra cascada, más impresionante aún. Aparca en el arcén, se pone su abrigo de lana y mete la pistola en el bolsillo. Después camina cuesta abajo, bajo el puente.

Las cataratas Ludlow tienen casi dos pisos de alto y parecen rugir. Una vieja escalera se adentra por lo menos nueve metros hacia el desfiladero, hasta un camino que colinda con el río y que sólo está alumbrado por la luz de la luna.

Daniel baja lentamente al principio, y después más rápido conforme se adapta a la anchura y al ritmo de los escalones.

El suelo del desfiladero es abrupto, es más difícil avanzar por él. El abrigo se le engancha constantemente en las ramas y tropieza dos veces con raíces que sobresalen de la tierra. ¿Por qué pensó que eso sería una buena idea? El desfiladero es muy estrecho para meter allí una autocaravana, la entrada es demasiado inclinada. Sigue caminando con la esperanza de encontrar otra escalera o un camino que lleve a un terreno más alto, pero su expectativa pronto se convierte en fatiga. En un punto, resbala con el borde húmedo de una roca y tiene que sujetarse con las cuatro extremidades para evitar caer al río.

Sus manos se aferran a musgo y a piedra. Las rodillas de sus pantalones están empapadas; los latidos se han desplazado al estómago y se han instalado ahí de manera equivocada. Daniel está a tiempo de dar media vuelta y regresar. Podría coger una habitación en un motel, asearse y llegar a casa por la mañana, decirle a Mira que se quedó dormido en la oficina. Es posible que ella se enfadara, pero lo creería. Sobre todo, él es leal.

Sin embargo, se aparta con cuidado de la roca para ponerse de rodillas y levantarse. Encuentra mayor adherencia más lejos del agua, donde el suelo está seco. Conforme el desfiladero se estrecha, empieza a ascender. No está seguro de cuánto tiempo ha pasado cuando se da cuenta de que las cascadas han quedado atrás en la distancia. Debe de haber caminado a su alrededor, hacia el lado sur.

Daniel ve un terreno más llano arriba. Avanza a tumbos aunque más rápidamente, aferrándose a troncos de árboles y ramas bajas para ayudarse a seguir por el desfiladero. Conforme trepa, adaptando la vista a la oscuridad, nota que parte del terreno está bloqueado por algo angular. Rectangular.

Hay una autocaravana estacionada en una explanada más allá de los árboles densos. Para cuando llega al borde más alto del desfiladero, está sin aliento, pero siente como si pudiera volver a escalarlo dos veces más. El vehículo está cubierto de barro. La nieve se acumula en el techo. Las ventanas están tapadas y la palabra «Regatta» está escrita en letra cursiva a lo largo de un costado.

Lo sorprende encontrar la puerta abierta. Sube la escalera y entra.

Un momento antes de que sus ojos se adapten a la oscuridad, es difícil ver con las ventanas cerradas, pero el entorno básico es discernible. Está de pie en una habitación atestada, su rodilla izquierda toca un sofá sucio tapizado con un patrón abstracto horrible. Hay una mesa enfrente del sofá, o apenas una mesa: un tablero que sale de la pared, en ese momento lleno de cajas. Dos sillas plegables metálicas están metidas entre la mesa y los asientos de delante, también cubiertos de cajas. A la izquierda de la mesa hay un fregadero y una encimera con una gran variedad de velas y figuras.

Camina hacia el fondo de la caravana, pasa por un baño auxiliar repleto de cosas antes de llegar a una puerta cerrada. En el centro de la puerta, a la altura de los ojos, cuelga de dos tachuelas una cruz de madera. Gira el pomo.

Hay una cama individual en un rincón, pegada a la pared. A su lado, una caja con una biblia encima, así como un plato, vacío salvo por un envoltorio de plástico. Encima hay una pequeña ventana cuadrada. La cama está cubierta con sábanas de franela de cuadros y un edredón azul marino bajo el que se asoma un solo pie.

Daniel se aclara la garganta.

—Levántese.

El cuerpo se mueve. El rostro está vuelto hacia un lado, escondido entre largos mechones de cabello. Lentamente, una mujer se coloca boca arriba y abre un ojo,

luego el otro. Por un momento, lo mira inexpresivamente. Después inspira de manera brusca y se incorpora para sentarse. Lleva un camisón de algodón con pequeñas flores amarillas.

—Tengo una pistola —dice Daniel en tono seco—. Vístase. —La mujer tiene el pie desnudo, con el talón duro y agrietado—. Vamos a hablar.

La lleva a la sala y le ordena que se siente en el sofá. Ella lleva el edredón azul de la habitación y lo mantiene envuelto alrededor de sus hombros. Daniel retira las cortinas negras de las ventanas para poder verla mejor a la luz de la luna.

Sigue siendo robusta, aunque quizá parezca más grande así, envuelta en el edredón. Su cabello es blanco y descuidado y le cuelga sobre los senos; su cara está cubierta de arrugas delicadas, tan precisas que podrían estar dibujadas a lápiz. La carne bajo sus ojos es blanda y rosada.

—Te conozco —dice ella, su voz es pesada—. Te recuerdo. Fuiste a verme en Nueva York. Estabas con tus hermanos, dos niñas y un niño pequeño.

—Están muertos. El niño y una de las niñas. —La boca de la mujer está apretada. Se mueve bajo el edredón—. Sé su nombre —continúa Daniel—. Es Bruna Costello. Conozco a su familia y sé lo que han hecho. Pero quiero saber sobre usted; quiero saber por qué nos hizo todo eso a nosotros.

La boca de la mujer está rígida.

—No tengo nada que decirte.

Daniel saca la pistola de su abrigo y dispara dos balas al suelo de aluminio. La mujer grita y se cubre los oídos; el edredón cae a un lado. Tiene una cicatriz, blanca y brillante como pegamento seco, bajo la clavícula.

—Es mi casa —dice—. No tienes derecho a hacer esto.

—Voy a hacer algo peor. —Apunta con la pistola a su rostro, el cañón queda a la altura de su nariz—. Así que empiece por el principio. Proviene de una familia de criminales.

—Yo no hablo de mi familia.

Daniel apunta hacia arriba y vuelve a disparar. La bala atraviesa el techo y silba en el aire. Bruna grita. Con una mano, vuelve a tirar del edredón sobre sus hombros; sostiene la otra enfrente, con la palma hacia Daniel, pidiéndole que se detenga.

—*Drabarimos*, es un don de Dios. Mi familia no lo emplea bien. Son tramposos, deshonestos, asestan el golpe y huyen. Yo no hago eso. Yo hablo de la vida y de las bendiciones de Dios.

—Sabe que están en la cárcel, ¿no? ¿Sabe que los detuvieron?

—Lo oí, pero no hablo con ellos. Yo no tengo nada que ver con eso.

—Es mentira. Se mantienen juntos, los de su pueblo, como ratas.

—Yo no —dice Bruna—. Yo no.

Cuando Daniel baja la pistola, ella baja la mano. En sus ojos, él ve un brillo de lágrimas. Quizá esté diciendo la verdad; quizá siente a su familia tan lejana como Klara, Simon y Saul lo han sido para Daniel, como parte de otra vida.

Sin embargo, no puede ablandarse.

—¿Fue por eso por lo que se marchó de su casa?

—En parte.

—¿Por qué más?

—Porque era niña. Porque no quería ser la esposa de nadie, la madre de nadie. Desde los siete años ya estás limpiando la casa. A los once, doce, estás trabajando; a los catorce, casada. Yo quería ir a la escuela, ser enfermera, pero no tenía educación. Lo único que había era «*Shai drabarel, shai drabarel*», leer la buena ventura. Así que huí; hice lo que sabía, hice lecturas. Pero me dije que iba a ser diferente. No iba a cobrar si no tenía que hacerlo. Nada de brujería. Tuve una clienta durante años, no le pedí una sola vez que me pagara. Le dije: «Enséñeme a leer». Ella se rió: «¿Las palmas?». «No», le dije, «el periódico».

La boca de Bruna tiembla.

—Tenía quince años —dice—, estaba viviendo en un motel. No podía poner un anuncio porque no sabía escribir. No podía leer un contrato. Estaba aprendiendo, pero vi lo que uno tenía que hacer para ser enfermera, la universidad y todo eso, y yo había dejado la escuela a los siete. Sabía que no podía; sabía que era demasiado tarde. Entonces, me dije: «Está bien, tengo el don, aún tengo eso. Tal vez sólo se trate de cómo usarlo».

Al final de su monólogo, se desinfla. Daniel se da cuenta de lo desgraciada que es al verse obligada a compartir eso con él.

—Continúe —dice.

Bruna inspira con un silbido.

—Quería hacer algo bueno, así que pensé: «Vale. ¿Qué hacen las enfermeras? Ayudan a la gente, a las personas que sufren. ¿Y por qué sufren? Porque no saben lo que les va a pasar. Entonces ¿cómo podría ayudarlos yo? Si tienen respuestas, serán libres», fue lo que pensé. «Si saben cuándo van a morir, pueden vivir.»

—¿Qué quiere de la gente que viene a verla? Dinero, no. Entonces ¿qué?

—Nada. —Sus ojos están hinchados.

—Mentira. Quería poder. Nosotros éramos niños, y usted nos tuvo comiendo de la palma de su mano.

—Yo no os hice venir.

—Anunciaba sus servicios.

—No. Vosotros me encontrasteis.

Su rostro es vivaz y parece indignado. Daniel trata de recordar si eso es cierto. ¿Cómo supo de ella? Oyó hablar a dos chicos en un restaurante. Pero ¿cómo supieron ellos de ella? El rastro debe de llevar de vuelta a Bruna.

—Incluso si eso fuera cierto, usted debería habernos disuadido. Éramos niños y usted nos dijo cosas que ningún niño debería oír.

—Todos los niños piensan en la muerte. ¡Todos piensan en ello! Y los que acuden a mí tienen sus razones, cada uno de ellos, así que les doy aquello a por lo que han venido. Los niños son puros en sus deseos; tienen valor, quieren saber, no tienen miedo. Tú eras un chiquillo audaz, te recuerdo. Pero no te gustó lo que oíste, así que no me creíste. Pues muy bien, ¡no me creas! Vive como si no me creyeras.

—Así vivo. Así es como vivo.

Está saliéndose del guion. Es por el cansancio y el frío —¿cómo lo soporta Bruna?—, el viaje, la preocupación de que Mira encuentre su teléfono en el suelo.

—¿Usted conoce su propio futuro? ¿Su propia muerte?

La mujer parece estar temblando hasta que él se da cuenta de que está negando con la cabeza.

—No, no lo sé. No puedo verme.

—No puede verse a sí misma. —Un placer cruel florece en Daniel—. Eso debe de volverla loca.

Tiene la edad de su madre, la talla de su madre. Sin embargo, Gertie es robusta. De alguna manera, Bruna parece al mismo tiempo hinchada y frágil.

Apunta la pistola.

—¿Y si es ahora?

La mujer jadea. Se cubre las orejas con las manos y el edredón cae al suelo, revelando su camión y sus piernas desnudas. Sus pies están cruzados a la altura de los tobillos, apretados para calentarse.

—Respóndame —dice Daniel.

Ella habla en voz baja, en el registro más alto de su garganta.

—Si es ahora, es ahora —responde.

—Aunque no tiene por qué ser precisamente ahora —dice él acariciando el arma—. Podría ser en cualquier momento..., presentarme en su puerta: nunca sabría cuándo voy a venir. ¿Qué preferiría? ¿Marcharse ahora o no saber nunca cuándo lo hará? Esperar, esperar, caminar de puntillas, mirar por encima del hombro todos los putos días, permanecer aquí mientras todos a su alrededor mueren y usted se dice que podría haber sido usted, y se odia porque...

—¡Es tu día! —grita Bruna, y Daniel se sorprende por el cambio en su voz, cómo se hace más baja y más segura—. Tu día es hoy. Por eso estás aquí.

—¿Cree que no lo sé? ¿Cree que no he hecho esto intencionadamente? —dice, pero Bruna lo mira con una incertidumbre que sugiere otro argumento: que él no ha ido allí intencionadamente en absoluto, sino obligado por los mismos motivos que Simon y Klara. Que su decisión estaba marcada desde el principio porque la mujer tiene algún tipo de visión que él no puede comprender, o porque es lo suficientemente débil para creer en eso.

No. Simon y Klara fueron atraídos de manera magnética, inconscientemente; Daniel está en plena posesión de sus facultades. Sin embargo, los dos argumentos flotan como una ilusión óptica —¿un florero o dos rostros?—, cada uno tan convincente como el otro, una perspectiva que pierde relevancia en cuanto la suelta un poco.

Sin embargo, hay una forma de hacer que su propia interpretación sea permanente, mientras la otra se desvanece en lo que era antes o en lo que podría haber sido. No está seguro de que la idea se le acabe de ocurrir o de si ha estado dentro de él desde que vio su fotografía.

Los ojos de la mujer se vuelven hacia la izquierda y Daniel se queda quieto. Al principio sólo oye el rumor de la cascada, pero después otro ruido se hace evidente: el lento avance de unas pisadas en el acantilado.

—No se mueva —dice.

Se dirige hacia la cabina. Cuando sus ojos se acomodan a la oscuridad, ve una masa negra que se mueve rápidamente a través del pasaje estrecho.

—Sal —dice Bruna—. Vete.

Ahora las pisadas se están acercando más rápido, y su pulso empieza a acelerarse.

—¿Daniel? —grita una voz.

El mapa de West Milton en la pantalla de su ordenador. La tarjeta sobre el escritorio. Mira debe de haberlos encontrado; ella debe de haber llamado a Eddie.

—¡Daniel! —grita Eddie.

Daniel gime.

—Te he dicho que te fueras —dice Bruna.

Sin embargo, Eddie está demasiado cerca. Daniel ve una figura que sale tambaleándose del borde del acantilado en dirección a la explanada. El estómago le da un vuelco. Golpea la mesa plegable de Bruna hacia la pared para que las cajas caigan al suelo; las sillas plegables de metal caen encima.

—Ya está bien —ordena Bruna—. Ya basta.

Pero Daniel no puede detenerse. Lo asusta su propio miedo, la prisa imparable y profunda de su miedo. No es él, no es suyo: debe cortarlo de raíz. Camina hacia la encimera al lado del fregadero y barre con el cañón de la pistola los iconos religiosos, tirándolos al piso. Vacía las cajas en los asientos delanteros, arrojando su contenido al suelo: periódicos y comida enlatada, cartas de juego y de tarot, papeles viejos y fotografías. Ahora Bruna está gritando mientras se levanta pesadamente del sofá, pero él pasa por su lado en dirección a la habitación. Arranca la cruz de madera y la lanza contra la pared de la caravana.

—¡No tienes derecho a hacer eso! —grita Bruna, tambaleándose sobre sus pies—. Ésta es mi casa —la parte blanca de sus ojos está roja, y las bolsas debajo brillan—. He estado aquí durante años y no voy a marcharme a ninguna parte. No tienes derecho. Soy estadounidense, igual que tú.

Daniel la agarra de la muñeca, que nota como un hueso de pollo.

—Usted no es igual que yo —replica.

La puerta de la caravana se abre de par en par y Eddie aparece en el umbral. No está de servicio y lleva una chaqueta de piel y unos vaqueros, pero ha sacado su placa y su pistola.

—Daniel —dice—, baja el arma.

Él niega con la cabeza. Ha actuado con valor en muy pocas ocasiones, así que ahora lo hará: por Simon, por su sexualidad oculta en vida, comprendida sólo en la muerte. Por Klara, de mirada salvaje, colgada de una lámpara en el techo. Por Saul, que trabajaba doce horas diarias para que sus hijos no tuvieran que hacerlo, y por Gertie, que los perdió a todos.

Para él es un acto de fe. No fe en Dios, sino en su propia mediación; no fe en el destino, sino en la elección. Él viviría. Vivirá. Fe en la vida.

Sigue sujetando la delicada muñeca de Bruna. Lleva la pistola hacia su sien y ella chillaba.

—¡Daniel! —grita Eddie—. Voy a disparar.

Pero él apenas lo oye. La libertad, la grandeza de pensar que es inocente, lo llena y lo eleva como si estuviera hecho de helio. Mira hacia abajo, a Bruna Costello. Una vez creyó que la responsabilidad fluía entre ellos como el aire. Ahora no puede recordar lo que pensó que tenían en común.

—*Akana mukav tut le Devlesa* —dice Bruna en voz muy baja, un murmullo fatigado—. *Akana mukav tut le Devlesa*. Te dejo en manos de Dios.

—Escúchame, Daniel —dice Eddie—. Después de esto no podré ayudarte.

Las manos de Daniel están húmedas; amartilla el arma.

—*Akana mukav tut le Devlesa* —dice Bruna—. Te dejo en...

CUARTA PARTE
EL LUGAR DE LA VIDA

2006-2010

VARYA

Frida tiene hambre.

Cuando Varya entra en el vivero a las 7.30, la mona ya está de pie en su jaula, aferrada a los barrotes. La mayor parte de los animales pían y trinan con la certeza de que la llegada de Varya presagia el desayuno, pero *Frida* lanza el mismo chillido rápido que lleva haciendo durante semanas. «Shhh, shhh —dice Varya—. Shhh, shhh.» Cada mono recibe un comedero en forma de laberinto que lo obliga a esforzarse para obtener su alimento, como ocurriría en la naturaleza: usan los dedos para guiar una bolita de la parte superior de un laberinto de plástico amarillo hasta un hoyo que está en la parte inferior. Los vecinos de *Frida* arañan los comederos, pero ella deja el suyo en el suelo de la jaula. El laberinto es demasiado fácil; podría sacar la bola en cuestión de segundos. En cambio, observa fijamente a Varya y chilla con la boca tan abierta que dentro podría caberle una naranja.

Una ráfaga de pelo oscuro, una mano en la puerta, y Annie Kim asoma la cabeza en la sala.

—Ya ha llegado —anuncia.

—Temprano.

Varya lleva el uniforme azul del laboratorio y guantes gruesos hasta el codo. Un gorro le cubre el cabello corto y en el rostro lleva una mascarilla y un protector de plástico. Sin embargo, el olor a orina y a almizcle es penetrante. Lo detecta en su apartamento, así como en el laboratorio. No sabe a ciencia cierta si su cuerpo ha empezado a desprender la esencia o si ahora le es tan familiar que se la imagina donde sea.

—Sólo por cinco minutos. Mira —dice Annie—, cuanto antes empieces, antes terminará. Es como ir a que te arranquen una muela.

Algunos de los monos han terminado con sus laberintos y gritan para que les den más comida. Varya usa el codo para rascarse un picor que siente en la cintura.

—Una cita con el dentista que dura una semana.

—La mayoría de las solicitudes de recursos llevan más tiempo —dice Annie, y Varya se ríe—. Recuerda: cuando lo veas, imagínate el símbolo del dólar.

Con el pie, sostiene la puerta abierta para que Varya pase. Enseguida se cierra detrás de ellas con un rechinar casi indetectable, como si proviniera de una televisión distante. El edificio es de hormigón, con pocas ventanas, y todas las habitaciones están insonorizadas. Varya sigue a Annie por el pasillo hasta la oficina que comparten.

—*Frida* sigue en huelga de hambre —comenta.

—No aguantará mucho tiempo más.

—No me gusta, me preocupa.

—¿Crees que no lo sabe? —pregunta Annie.

La oficina es un rectángulo largo. El escritorio de Varya está pegado al estrecho muro oriental; el de Annie se apoya contra el largo muro sur, a la izquierda de la puerta. Entre sus escritorios, del lado opuesto a la puerta, hay un lavabo de laboratorio de acero. Annie se sienta y gira para quedar frente a su ordenador. Varya se quita la mascarilla y el protector, el uniforme del laboratorio y los guantes, la cofia para el cabello y los cubrezapatos. Se lava las manos con agua y jabón tres veces, con el agua más caliente que puede soportar. Después se pone su ropa habitual: unos pantalones negros y una camisa azul Oxford con un suéter negro abotonado encima.

—Adelante, pues. —Annie dirige los ojos hacia la pantalla del ordenador con una mano sobre el ratón, sosteniendo en la otra una barrita energética a medio comer—. No lo dejes demasiado tiempo a solas con los titís o pensará que todos nuestros monos son así de simpáticos.

Varya se frota las sienes.

—¿Por qué no puedes ir tú en mi lugar?

—El señor Van Galder fue muy claro. —Annie no aparta la mirada de la pantalla, pero sonríe—. Tú eres la investigadora principal. Tú eres la de los hallazgos importantes; no me quiere a mí.

Cuando Varya sale del ascensor, encuentra al hombre enfrente de la jaula de los titís. La jaula es el único elemento de exhibición pública del laboratorio. Tiene tres metros de alto por dos y medio de ancho, y unas paredes hechas con una malla rígida recubierta de vidrio. El hombre no se vuelve de inmediato, lo que le permite a Varya observarlo desde atrás. Debe de medir 1,82, tiene una densa mata de rizos rubios y lleva ropa más adecuada para hacer senderismo que para una visita a un laboratorio: una especie de pantalones de nailon con un cortavientos y una mochila de apariencia complicada.

Los titís se amontonan contra la tela metálica. Son nueve: dos padres y sus hijos, todos mellizos excepto uno. Plenamente adultos, miden apenas dieciocho centímetros de largo y cuarenta si se incluye la expresiva cola de rayas. Los rostros de los monos son del tamaño de una cáscara de nuez, pero extraordinariamente detallados, como si los hubieran diseñado a una mayor escala y encogido de manera perfecta: sus orificios nasales son del tamaño de una cabeza de alfiler y sus ojos negros son lágrimas sesgadas. Uno está en cuclillas sobre la superficie de un tubo de cartón dispuesto en un ángulo de cuarenta y cinco grados. Tiene los pies girados hacia afuera y los muslos curvos cubiertos de pelo, lo que da la impresión de estar viendo a un genio. Profiere un silbido penetrante que el cristal sólo amortigua ligeramente.

Diez años antes, cuando Varya empezó a trabajar allí, confundió los gritos de los titís con una alarma en algún pasillo en las profundidades del edificio.

—Eso es lo que hacen —dice avanzando—. No es tan malo como suena.

—Terrorífico.

Cuando el hombre se vuelve, le sorprende lo joven que parece. Es flaco como un galgo, con un rostro que sirve de fondo a una nariz larga y protuberante. Tiene los labios carnosos, y cuando sonríe adquiere una guapura inesperada. Hay una ligera separación infantil entre sus dientes delanteros. Detrás de las gafas de montura plateada, sus ojos son de un color avellana que le recuerda a los de *Frida*.

—Es un grito de contacto —explica—. Los titís lo usan para comunicarse a larga distancia para recibir a los recién llegados. En cambio, no se debe mirar a los macacos fijamente. Son territoriales y se sienten amenazados; los titís son curiosos y más sumisos.

Es verdad que los titís son menos agresivos que el resto de los monos, pero ese silbido con la boca abierta es un grito de peligro. Varya no está segura de por qué le ha mentado tan pronto y sobre algo de tan poca relevancia. Tal vez haya sido la intensidad de la mirada del hombre, una intensidad que ahora centra en ella.

—Tú debes de ser la doctora Gold —dice.

—Señor Van Galder. —Varya no extiende la mano con la esperanza de que él tampoco lo haga, pero lo hace, así que se obliga a estrechársela. De inmediato registra la mano en su mente, su mano derecha.

—Llámame Luke, por favor.

Ella asiente.

—Mientras no tengamos tus resultados de tuberculosis no puedo llevarte al interior del laboratorio. Así que había pensado que hoy podría mostrarte el campus principal.

—Ya estamos tardando —dice Luke.

Sus bromas ponen nerviosa a Varya. Eso es lo que hacen los periodistas: crean una falsa sensación de intimidad, confraternizando hasta que uno se siente lo suficientemente cómodo para decirles cosas que de otro modo habría tenido la sensatez de no confiarles. El último periodista al que le permitieron entrar al laboratorio era un reportero de televisión cuyo reportaje causó tal frenesí entre los donantes que el Instituto Drake construyó una nueva zona de juegos para los monos con tal de apaciguarlos. Por supuesto, ese reportero eligió sólo las imágenes más comprometedoras: los macacos sacudiendo los barrotes de la jaula y chillando como si estuvieran matándolos de hambre.

Varya lleva a Luke al vestíbulo principal, donde un hombre robusto, detrás de un puesto de seguridad, lee el periódico.

—¿Ya has conocido a Clyde?

—Claro, somos viejos amigos. Acaba de hablarme del cumpleaños de su madre.

—Cumplió ciento un años el mes pasado —dice Clyde dejando el periódico—. Así que mis hermanos y yo fuimos a Daly City y le organizamos una fiesta. No puede salir de casa, de modo que le pagamos al coro de su vieja iglesia para que fuera a cantarle. Todavía se sabe todas las letras.

En los diez años que llevaba trabajando en el laboratorio, Varya no había intercambiado más que saludos diarios con Clyde. Se acerca a la pesada puerta de acero e introduce el último código de Annie en el teclado situado a un lado.

—¿Tu madre tiene ciento un años? —pregunta.

—Así es —responde Clyde—. Debería pincharla a ella en lugar de a esos monos.

El Instituto Drake de Investigaciones en torno al Envejecimiento está conformado por una serie de edificios angulosos y blancos anidados dentro de las colinas perpetuamente verdes del monte Burdell. El terreno, de casi doscientas hectáreas, se encuentra a tres kilómetros al sur del Parque Histórico Estatal de Olompali, y tres kilómetros al norte del Rancho Skywalker, casi todo campo virgen. El instituto está confinado en una meseta a medio camino de la montaña, donde grandes masas de piedra caliza se asientan entre laureles y chaparrales, como un campamento alienígena. A Varya el paisaje siempre le ha parecido antiestético por su falta de arreglo, con arbustos enredados y espinosos y los laureles abundantes como barbas demasiado crecidas, pero Luke Van Galder alza los brazos sobre la cabeza y exhala un suspiro.

—Dios mío —dice—. Trabajar en un lugar así, con veintiún grados en marzo... Puedes pasear por un parque natural durante el almuerzo.

Varya busca sus gafas de sol.

—Me temo que eso nunca ocurre. Llego al trabajo a las siete de la mañana; generalmente no tengo ni idea del tiempo que hace hasta que me voy por la tarde. ¿Ves ese edificio? —pregunta señalando—. Son las instalaciones principales de investigación. Lo diseñó Leoh Chen. Es conocido por sus elementos geométricos; debes de haber aparcado en el lugar destinado a los visitantes, así que habrás visto que el edificio es un semicírculo. Tiene ventanas en todos los lados. Desde aquí se ven pequeñas, pero en realidad van del suelo al techo. —Se detiene a cincuenta pasos del laboratorio de primates y a cuatrocientos metros de las instalaciones principales—. ¿Tienes un cuaderno?

—Escucho. Puedo comprobar los detalles después.

—Si te parece el mejor procedimiento...

—Ahora sólo estoy orientándome, estaré aquí toda la semana. —Luke alza las cejas y sonrío—. Me imagino que podríamos sentarnos.

—Por supuesto, nos sentaremos... —dice Varya— en algún punto; sin embargo, por lo general no me reúno con periodistas y confío en que comprendas que cierta

información la obtendrás sólo con el tiempo. Teniendo en cuenta el diseño del estudio, es importante que yo pase el menor tiempo posible lejos del laboratorio.

Con su 1,78, está casi al nivel de la mirada de Luke. Su rostro, visto a través de las gafas oscuras, está atenuado en color y dimensión, pero de todos modos puede ver sorpresa en él. ¿Por qué? ¿Porque es brusca e impersonal? Seguramente Luke no se sorprendería si un hombre con esas cualidades dirigiera el laboratorio. La culpa que Varya siente por su sequedad es reemplazada por la confianza en sí misma. En el mundo de la investigación en primates, ella establecía su dominio.

Luke balancea su mochila al frente y saca una grabadora negra.

—¿Te parece bien?

—Sí —responde Varya. Luke pulsa el botón para grabar y ella empieza a caminar de nuevo—. ¿Cuánto hace que trabajas para el *Chronicle*?

Una tregua, ese momento de temida conversación trivial, mientras avanzan hacia los caminos más amplios y pavimentados que rodean el edificio principal. El trayecto hasta el laboratorio de primates no es más que un camino de tierra con un nuevo propósito. «Les gusta mantener ocultos a los salvajes», dijo Annie una vez, y Varya se rió, aunque no sabía si su compañera se refería a los monos o a ellas dos.

—No trabajo para el *Chronicle* —dice Luke—. Soy periodista independiente. Ésta es la primera vez que hago algo para ellos. Trabajo fuera de Chicago; por lo general, escribo para el *Tribune*. ¿No leíste mi solicitud?

Varya niega con la cabeza.

—La doctora Kim es quien se encarga de eso.

Aunque Annie es investigadora y no la encargada de los asuntos de información pública, ha desempeñado con facilidad ese papel. Con frecuencia, Varya se siente agradecida por la destreza de Annie con los medios, por lo que decidió aceptar cuando ella sugirió que hicieran esa entrevista de una semana, que se publicaría en el *San Francisco Chronicle*. El laboratorio de primates lleva diez años en un estudio que durará veinte. Ese año solicitarán una segunda ronda de financiación. De manera oficial, la publicidad no tiene repercusiones en los fondos destinados a la investigación. Extraoficialmente, a las fundaciones que apoyan al Drake les gusta sentir que están financiando algo importante, algo que ha conseguido tanto interés público como, en el caso de la investigación con primates, aprobación pública.

—¿Habías trabajado antes en una redacción? —pregunta.

—En la universidad; era jefe de redacción del periódico.

Varya está a punto de echarse a reír. Annie sabía exactamente lo que hacía: Luke Van Galder es un niño.

—Debe de ser un trabajo emocionante. Muchos viajes. Ningún encargo es igual que otro —dice, aunque en realidad esas cosas no le causan la menor emoción—. ¿Qué estudiaste en la universidad?

—Biología.

—Yo también. ¿Dónde?

—En St. Olaf, una pequeña universidad de artes liberales a las afueras de Minneapolis. Soy de un pueblo rural de Wisconsin, así que estaba lo suficientemente cerca de casa.

El atuendo de Varya es apropiado para el laboratorio, sin luz natural y siempre frío, pero no para el exterior. El calor la hace sudar, así que siente alivio cuando llegan al edificio principal, donde siegan la hierba y recientemente han plantado árboles. Varya guía a Luke por un acceso circular y una puerta giratoria.

—Joder —dice él cuando pasan al interior.

El vestíbulo del Drake es palaciego, con techos de dos pisos y jardineras de piedra caliza para árboles del tamaño de piscinas infantiles. Los suelos son de mármol blanco importado y se extienden tanto como en la cafetería de un instituto. Un grupo en una visita guiada se reúne junto al muro occidental, donde exhiben vídeos y proyecciones interactivas en pantallas planas. Hay un segundo grupo que va hacia los ascensores, que son espectaculares: cubos modernos de vidrio y cromo que miran hacia la bahía de San Pablo. Sin embargo, el único miembro del personal que los usa es un investigador de setenta y dos años que va en silla de ruedas a causa de la artritis reumatoide que padece, y que estudia el gusano nematodo *Caenorhabditis elegans*. Todos los demás utilizan la escalera a no ser que estén enfermos o lesionados, incluso los que trabajan en el octavo piso.

—Por aquí —dice Varya—. Podemos hablar en el patio interior.

Luke se queda atrás, observándolo todo. El patio, diseñado a la manera del Louvre, es un triángulo de cristal que da al océano Pacífico y el monte Tamalpais. También sirve como cafetería, con mesas redondas y una barra de zumos en la que ya hay diez turistas. Varya se detiene frente a la mesa más alejada, se sienta y cuelga su bolso del brazo de una silla.

—No siempre está tan lleno —dice—. Ofrecemos visitas guiadas al público los lunes por la mañana.

Se inclina ligeramente hacia delante, de manera que sólo la parte más baja de su espalda toque la tela: un acto de equilibrio, una amenaza superada por la vigilancia constante, como si la incomodidad fuera el precio que tiene que pagar por la seguridad. Una vez, cuando era niña, se acostó en su litera superior y apoyó un pie sucio en el techo sólo para ver qué se sentía. Su planta dejó una marca oscura en la pintura. Esa noche, temió que partículas de mugre flotaran sobre su cara mientras dormía, así que se quedó despierta, observando. En ningún momento vio que la mugre cayera, lo que significaba que no había caído. Si se hubiera dormido, si no hubiera permanecido despierta, probablemente lo habría hecho.

—Debe de haber un gran interés del público por este lugar —dice Luke, sentándose también. Se quita el cortavientos de color naranja brillante, como el chaleco reflectante de un policía que regula el tráfico, y lo cuelga del respaldo de la silla—. ¿Cuántas personas trabajan aquí?

—Hay veintidós laboratorios. Cada uno está dirigido por un miembro de la facultad y tiene por lo menos tres miembros adicionales, a veces hasta diez: personal científico, profesores, investigadores asociados, técnicos de laboratorio y de animales, estudiantes de posgrado y becarios. Los laboratorios más grandes tienen ayudantes administrativos, como el Dunham, que está estudiando las señales de las neuronas en el alzhéimer. Y eso sin mencionar el personal de vigilancia e intendencia. ¿En total? Alrededor de ciento setenta empleados, la mayoría científicos.

—¿Y todos investigan sobre el antienvjecimiento?

—Nosotros preferimos el término *longevidad*. —Varya entorna los ojos; aunque ha elegido la parte del patio con sombra, el sol se refleja en la superficie de su mesa metálica y la deslumbra—. Si uno dice *antienvjecimiento*, la gente piensa en ciencia ficción, en criogenia y emulación cerebral. Sin embargo, para nosotros el Santo Grial no es sólo aumentar el tiempo de vida: es aumentar el tiempo de salud, la calidad de vida en la vejez. Por ejemplo, la doctora Bhattacharya está creando un nuevo tratamiento para el párkinson. El doctor Cabrillo está tratando de demostrar que la edad es el único factor principal de riesgo para desarrollar cáncer. Y la doctora Zhang ya ha podido revertir enfermedades cardíacas en ratones ancianos.

—Imagino que debéis de tener detractores, gente que cree que la esperanza de vida humana ya es demasiado larga. Gente que señala lo inevitable de la escasez de alimentos, la sobrepoblación, la enfermedad. Por no mencionar las repercusiones económicas de aumentar la esperanza de vida, o las políticas acerca de quién se beneficiará de ello principalmente.

Varya está preparada para ese tipo de preguntas, ya que siempre ha habido detractores. Una vez, en una cena, un abogado especializado en derecho medioambiental le preguntó por qué no trabajaba en la conservación, ya que estaba tan interesada en la preservación de la vida. Actualmente, sostenía, incontables ecosistemas, especies vegetales y animales estaban al borde de la extinción. ¿No era más urgente reducir las emisiones de dióxido de carbono o salvar a la ballena azul que aumentar diez años más la esperanza de vida de los seres humanos? Además, añadió su esposa, economista, el aumento de la esperanza de vida causaría que los costes de la seguridad social y los seguros médicos se inflaran, lo que sumiría al país en una deuda más profunda. ¿Qué opinaba Varya al respecto?

—Por supuesto —le responde a Luke—. Y exactamente por eso es tan importante que el Instituto Drake sea transparente. Por eso organizamos visitas guiadas cada semana, por eso recibimos a periodistas como tú en los laboratorios: porque el público nos obliga a ser honestos. Sin embargo, esto es un hecho: con cualquier decisión que se tome, con cualquier estudio que se haga, habrá ciertos grupos que se beneficien y otros que no. Uno tiene que elegir a quién debe lealtad, y mi lealtad es para los seres humanos.

—Hay quien diría que eso es egoísta.

—Así es. Pero hay que seguir ese argumento hasta su conclusión lógica. ¿Deberíamos dejar de buscar curas para el cáncer? ¿No deberíamos tratar el VIH? ¿Deberíamos recortar el acceso a los cuidados de la salud a los ancianos, sentenciándolos a lo que sea que se les presente? Esos puntos son válidos en teoría, pero a quien sea que haya perdido un padre por una enfermedad cardíaca o a un cónyuge a causa del alzhéimer, si se les pregunta a esas personas si apoyarían nuestras investigaciones, le garantizo que responderían indudablemente que sí.

—Ah. —Luke se inclina hacia delante y junta sus manos, apoyándolas sobre la mesa. Una manga de su chaqueta resbala de la silla hasta rozar el suelo—. Entonces se trata de algo personal.

—Nuestro objetivo es reducir el sufrimiento humano. ¿No es un imperativo moral tan válido como salvar a las ballenas? —Ése es su as en la manga, la frase que hace callar a los conocidos en los cócteles y a los inevitables polemistas que aparecen en cada conferencia pública—. Tu chaqueta —añade luego sin inmutarse.

—¿Cómo?

—Tu chaqueta está en el suelo.

—Ah —responde Luke, y se encoge de hombros, dejándola donde está.

El cielo está moteado con la luz del atardecer cuando Varya sale del laboratorio. En mitad del Golden Gate, los principales cables de luz se encienden a la vida. Pasa por Land's End, por la Legión de Honor y las mansiones de Seacliff, y se detiene en el parking para visitantes de Geary. Después firma en la recepción y avanza por el pasillo exterior hacia el edificio de Gertie.

Gertie ha pasado en el asilo Helping Hands los últimos dos años. Los meses posteriores a la muerte de Daniel, se quedó en Kingston mientras Mira y Varya discutían opciones. Sin embargo, en mayo de 2007 Mira volvió del trabajo y encontró a Gertie tirada boca abajo en el patio trasero: se había desmayado al regresar del jardín. La mejilla izquierda de la anciana estaba sobre la tierra, con un círculo viscoso de saliva junto a la barbilla. Tenía sangre en el brazo derecho, donde se había arañado con la reja del gallinero. Mira gritó, pero descubrió enseguida que Gertie podía levantarse e incluso caminar. Después de una tomografía y unos análisis de sangre, los médicos dictaminaron que el incidente había sido un derrame cerebral.

Varya estaba furiosa. No había otra palabra; apenas si sentía tristeza, sólo una furia tan cegadora que se sintió mareada en cuanto oyó, por fin, la voz de Gertie.

—¿Por qué no llamaste a Mira? —preguntó Varya—. Podías levantarte, podías caminar. Entonces ¿por qué no entraste en casa para llamar a Mira, o a mí?

Apretó el móvil contra su oreja. Arrastraba su maleta por el aeropuerto de San Francisco para embarcar en el avión que la llevaría a Kingston.

—Pensé que me estaba muriendo —dijo Gertie.

—Seguramente te diste cuenta enseguida de que no era así.

El silencio se extendió y en él Varya oyó lo que ya sabía que era verdad, la fuente de su furia en primer lugar. «Esperaba estar muerta. Quería estar muerta.» Su madre no tenía que decirlo. Varya lo sabía; también sabía por qué, por supuesto que sabía por qué, y, sin embargo, le parecía insoportablemente cruel pensar que Gertie la dejara ahora, por voluntad propia, cuando ya sólo quedaban ellas dos.

Al cabo de unas semanas, Gertie empezó a tener complicaciones. Se confundía fácilmente, se le entumeció el brazo izquierdo y su equilibrio era peor. Durante seis meses vivió en el apartamento de Varya, pero una serie de caídas peligrosas la convencieron de que necesitaba cuidado permanente. Fueron a ver tres asilos diferentes antes de decidirse por Helping Hands, que a Gertie le gustó porque el edificio —pintado de color beige y azul turquesa, con marquesinas amarillas sobre

cada balcón— le recordaba a la casa de la playa que alquilaban en Nueva Jersey y donde los Gold solían pasar sus vacaciones. Además, tenía una biblioteca.

Cuando Varya entra en la habitación de su madre, Gertie se levanta de un sillón deslucido y se tambalea hacia la puerta sobre sus débiles tobillos. El personal de Helping Hands sugirió que usara una silla de ruedas todo el tiempo, pero Gertie odia el aparato y encuentra cualquier excusa para librarse de él, como una adolescente que abandona a sus padres en una multitud.

Sujeta a Varya por los brazos.

—Estás distinta.

Varya se inclina para besar a su madre en la delicada y aterciopelada mejilla. Durante la mayor parte de su vida, Varya ha escondido su nariz dejándose el cabello largo; sin embargo, ahora ha encanecido por completo, y la semana anterior se lo hizo cortar muy cerca de la nuca.

—¿Por qué usas ropa negra? —pregunta Gertie—. ¿Por qué llevas el pelo como la protagonista de *La semilla del demonio*?

—¿*La semilla del diablo*? —Varya frunce el ceño—. Ella era rubia.

Oyen un ligero golpe en la puerta y una enfermera entra para traerle la cena a Gertie: ensalada, una pechuga de pollo con una capa gelatinosa amarilla y un pequeño panecillo con una porción de mantequilla envuelta en aluminio dorado.

Gertie se sube a la cama para comer y activa un brazo robótico que se convierte en una pequeña mesa. Al principio odiaba el asilo. Lo llamaba así, *el asilo*, en lugar del término que prefería Varya, *el hogar*, y trataba de escaparse cada semana. Dieciocho meses antes, después de que llamara al concesionario de coches de Don Dorfman e hiciera los trámites para comprar un Volvo S40, dándole a Don Dorfman el número de una tarjeta de crédito cancelada hacía mucho tiempo y que pertenecía a Saul, a Gertie le prescribieron un antidepresivo y su estado mejoró. Ahora asiste a clases de educación continua en temas como los conflictos de la Segunda Guerra Mundial y una popular sesión sobre los asuntos presidenciales (nada que ver con el Estado). Juega al mahjong con un grupo de viudas escandalosas. Usa la biblioteca e incluso la piscina, donde flota sobre una colchoneta inflable como una celebridad en una carroza de desfile, saludando a gritos a quienquiera que pueda oírla.

—No sé por qué no quieres ir nunca al comedor —le dice a Varya cuando la enfermera se va—. Podríamos sentarnos en una mesa para socializar; tal vez incluso podrías comer algo.

Sin embargo, los nuevos amigos de Gertie hacen sentir incómoda a Varya. Opinan constantemente sobre los hijos de quienes van a ir de visita y de los nietos que acaban de tener hijos. Responden con asombro y luego con lástima cuando se enteran de que Varya no tiene hijos y no está casada, y muestran poco interés en su investigación sobre la longevidad, que, después de todo, tiene como objetivo ayudar a personas como ellos.

—Pero ¿no tienes hijos? —insisten, como si Varya hubiera mentido la primera vez—. ¿No tienes a nadie con quien compartir tu vida? Qué pena.

Ahora Varya se detiene junto a la cama de Gertie, de pie.

—Vengo a verte a ti. No necesito socializar con nadie más. Y ya te dije, mamá, que casi nunca ceno tan temprano. Nunca ceno antes de...

—Las siete y media. Ya lo sé.

La expresión de Gertie es al mismo tiempo desafiante y triste. Conoce a Varya mejor que nadie, conoce su secreto más profundo y probablemente ha adivinado muchos otros, y últimamente las visitas de Varya han provocado esas luchas de poder, ocasiones en las que Gertie presiona el muro exterior de Varya, y ella vuelve a colocar el rígido armazón en su lugar, insistiendo en su legitimidad.

—Te he traído algo —dice.

Camina hacia una pequeña mesa cuadrada junto a la ventana y empieza a sacar el contenido de una bolsa de papel. Hay un libro de poemas de Elizabeth Bishop, que encontró rebajado en una librería; un frasco de pepinillos Milwaukee's, en honor a Saul, y lilas, que lleva al pequeño baño de Gertie. Corta los tallos sobre la papelera, llena un vaso con agua y luego las coloca en la mesa junto a la ventana.

—¿Qué tal si dejas de andar de un lado para otro? —dice Gertie.

—Te he traído flores.

—Entonces, detente y míralas.

Varya las mira. El vaso es demasiado bajo. Una flor se inclina sobre un costado. No estarán vivas mucho tiempo.

—Muy bonitas —dice Gertie—. Gracias.

Y cuando Varya observa la mesa de plástico y la ventana cubierta de polvo, la cama de hospital sobre la que Gertie ha puesto una manta afgana descolorida que tejió la madre de Saul, comprende por qué Gertie piensa que las flores son bonitas. En ese entorno, las flores resaltan, tan coloridas que casi parecen de neón.

Varya coloca junto a la cama de Gertie una silla plegable metálica. El sillón está más cerca de la cama, pero la tapicería está raída y manchada, y Varya no tiene modo de saber quién se ha sentado antes en ella.

Gertie retira el envoltorio de la mantequilla y hunde en ella un cuchillo de plástico.

—¿Me has traído una foto?

Varya la ha traído, aunque cada semana espera que Gertie se olvide de preguntar. Diez años antes, cometió el error de fotografiar a *Frida* con la cámara de su nuevo móvil. *Frida* acababa de llegar al Instituto Drake después de un viaje de tres días desde un laboratorio de primates en Georgia. Tenía alrededor de dos semanas de vida: la arrugada cara rosada con forma de pera, y los pulgares en la boca. Ese año, Gertie seguía viviendo sola, y pensar en su aislamiento provocó que Varya le enviara la foto por correo electrónico. De inmediato se dio cuenta de su error. Había empezado a trabajar en el Drake un mes antes, cuando firmó un acuerdo de confidencialidad

inflexible. Sin embargo, Gertie respondió a la foto con tanta alegría que Varya pronto se descubrió enviándole otra de *Frida* envuelta en una manta azul mientras tomaba su biberón.

¿Por qué no se detuvo? Por dos razones: porque las fotografías eran una forma de compartir su investigación con Gertie, que nunca la había comprendido plenamente —antes, Varya había trabajado con levaduras y drosófilas, organismos tan pequeños y poco carismáticos que Gertie no podía concebir cómo Varya podría descubrir en ellos algo útil para los seres humanos—, y porque le causaban alegría a Gertie; porque Varya le daba una alegría a Gertie.

—Mejor —dice ahora—. Te he traído un vídeo.

El rostro de Gertie es una máscara de emoción. Sus manos, gruesas y crispadas por la artritis, se extienden hacia el móvil, como si Varya le hubiera llevado noticias de un nieto. Ayuda a Gertie a sostener el teléfono y pulsa «Play». En el vídeo, *Frida* se acicala mientras se mira en el espejo que cuelga fuera de su jaula. El espejo es una fuente de enriquecimiento, como los comederos de laberinto y la música clásica que ponen en el vivero cada tarde. Al extender sus dedos a través de los barrotes, los monos pueden manipular los espejos, usándolos para mirarse a sí mismos y también el resto de las jaulas.

—¡Ay! —dice Gertie acercándose la pantalla—. Mírala.

El vídeo es de hace dos años. Varya empezó a reciclar material viejo para sus visitas, pues *Frida* está muy diferente ahora. Sonríe recordando a *Frida* a esa edad, pero observa que el rostro de Gertie se va ensombreciendo. Durante los últimos tres años, desde que tuvo el derrame, esos momentos se han vuelto más frecuentes. Varya sabe lo que ocurrirá antes de que la transformación termine: un vacío en los ojos, la boca floja, conforme se establezca la nueva desorientación de Gertie.

Ahora desplaza los ojos del teléfono a Varya con mirada acusadora.

—Pero ¿por qué la tienes encerrada en una jaula?

—Hay dos teorías principales sobre cómo detener el envejecimiento —explica Varya—. La primera es que se debe suprimir el aparato reproductor.

—El aparato reproductor —repite Luke. Tiene la cabeza inclinada sobre un pequeño cuaderno negro, que ese día ha llevado consigo además de la grabadora.

Varya asiente. Esa mañana se había encontrado con Luke en el patio interior y ahora él la sigue por el camino de tierra que conduce al laboratorio de los primates.

—Un biólogo llamado Thomas Kirkwood dijo que nos sacrificamos con el fin de pasar nuestros genes a nuestras crías, y que los órganos que no tienen un papel en la reproducción, por ejemplo, el cerebro o el corazón, soportan daños con tal de proteger el aparato reproductor. Eso se ha probado en el laboratorio: hay dos células en los gusanos que dan origen a sus órganos reproductores; cuando se destruyen con láser, el gusano vive un sesenta por ciento más de tiempo.

Hay una pausa antes de que oiga la voz de Luke detrás de ella.

—¿Y la segunda teoría?

—La segunda teoría es que hay que reducir el consumo calórico. —Introduce un nuevo código en el teclado con el nudillo del dedo índice derecho, Annie lo cambió la noche anterior—. Que es lo que yo estoy haciendo.

La luz se pone verde y Varya abre la puerta cuando oye un sonido. Dentro, saluda a Clyde con la cabeza y echa una mirada a los titís —hoy, nueve de ellos están tumbados en la misma hamaca, indistinguibles salvo por sus pequeñas marcas de metal— mientras emplea el codo para pulsar el botón del ascensor.

—¿Y cómo funciona? —pregunta Luke.

—Creemos que tiene que ver con un gen llamado DAF-16, que está involucrado en la secuencia de señales moleculares iniciada por el receptor de insulina. —La puerta se abre y sale un técnico de animales con un atuendo azul; Varya y Luke ocupan su lugar—. Cuando bloqueas esa secuencia en los *Caenorhabditis elegans*, por ejemplo, su esperanza de vida aumenta a más del doble.

Luke la mira.

—¿Y en cristiano?

Varya rara vez habla de su trabajo con personas no científicas. Razón de más para aceptar esa entrevista, dijo Annie: llevar su trabajo al amplio público del *Chronicle*.

—Te daré un ejemplo —dice cuando se abre la puerta del ascensor—. La gente de Okinawa tiene la esperanza de vida más alta del mundo. En la facultad estudié la dieta de Okinawa, y lo que está claro es que, aunque es muy nutritiva, también es

muy baja en calorías. —Dobla a la izquierda, hacia un pasillo largo—. Comemos para producir energía; sin embargo, la producción de energía también crea químicos que dañan el cuerpo, porque ocasionan que las células se estresen. Y aquí viene la parte interesante. Cuando haces una dieta restringida, como la gente de Okinawa, en realidad le causas al sistema *más* estrés, pero eso es lo que le permite al cuerpo vivir más tiempo: que continuamente lucha con un nivel bajo de estrés, y eso le enseña a lidiar con él a largo plazo.

—No suena muy divertido. —Luke lleva unos pantalones con bolsillos y una chaqueta con cremallera y capucha. Sobre la cabeza tiene unas gafas de sol, sujetas por los rizos.

Varya introduce la llave en la puerta de la oficina y la empuja con la cadera.

—Los hedonistas no suelen vivir mucho tiempo.

—Pero se divierten más mientras viven. —Luke la sigue al interior de la oficina. El lado de Varya está impecable, mientras que el de Annie está lleno de envoltorios de barritas de avena, botellas de agua y montones de revistas académicas—. Da la impresión de que puedas elegir vivir, o sobrevivir.

Varya le entrega una pila de ropa especial.

—Equipo de protección.

Él coge el montón en sus brazos y deja su mochila. Los pantalones son casi demasiado cortos; las piernas de Luke son largas y delgadas, y, sin esperárselo, Varya ve las piernas de Daniel, la cara de Daniel. Se da la vuelta para coger aire. Durante años después de su muerte, no había tenido episodios de ese tipo. Sin embargo, un lunes de hace cuatro meses, su cafetera se estropeó, así que fue a una cafetería y esperó con los demás clientes que hacían cola. La música era horrenda, una compilación de música de jazz navideña, aunque apenas si era Acción de Gracias, y algo en eso, además de las multitudes y del olor denso y penetrante del café y el chirrido de las máquinas, hizo que Varya sintiera como si se ahogara. Cuando llegó a la caja, se dio cuenta de que podía ver que la boca del empleado se movía, pero no oía lo que decía. Lo miró, observando sus labios como si mirara a través de un telescopio, hasta que habló más tajantemente: «¿Señora? ¿Se encuentra usted bien?», y el telescopio se hizo añicos contra el suelo.

Cuando se vuelve, Luke ya está vestido y la está mirando.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando aquí? —le pregunta, que es diferente de lo que ha pensado que diría («¿Te encuentras bien?»), y lo agradece.

—Diez años.

—¿Y antes?

Varya se inclina para ponerse las fundas protectoras en los zapatos.

—Estoy segura de que ya lo has investigado.

—Te graduaste en Vassar en 1978. En 1983 estudiabas Biología en la Universidad de Nueva York, y terminaste en 1988. Permaneciste allí como ayudante de investigación durante dos años más y después obtuviste una beca en Columbia. En

1993 publicaste un estudio sobre levaduras: «Extensión extrema de la esperanza de vida en mutantes de levaduras: aumento en las mutaciones dependientes de la edad a un ritmo más lento en organismos con SIR2 activado por RC», si no recuerdo mal, lo suficientemente novedoso para que lo comentaran algunas revistas científicas populares, y después el *Times*.

Varya se pone de pie sorprendida. La información que ha citado está disponible en la página web del Drake, pero no creía que fuera capaz de memorizarla.

—Quería asegurarme de que mis datos fueran correctos —añade Luke. Su voz está amortiguada por la mascarilla, pero sus ojos, como si los viera a través del protector facial, parecen ligeramente avergonzados.

—Son correctos.

—Entonces ¿por qué el salto a los primates? —Sostiene la puerta abierta para que ella pase, y luego Varya cierra con llave desde fuera.

Estaba acostumbrada a organismos tan pequeños que sólo podían verse adecuadamente a través de un microscopio: bacterias, hongos y levaduras transportados en contenedores sellados al vacío de una compañía de suministros de Carolina del Norte, y moscas de la fruta criadas para el estudio humano, con diminutas alas demasiado pequeñas para volar. Varya tenía cuarenta y cuatro años cuando la directora del Drake, una estricta mujer mayor que le advirtió que una oportunidad como ésa no volvería a presentarse en su carrera, la invitó a dirigir un estudio de restricción calórica en primates. Cuando la llamada terminó, Varya rió aterrada. Ya tenía bastantes problemas con ir a la consulta del médico; pasar los días en estrecho contacto con macacos, que podían transmitirle tuberculosis, ébola y el virus del herpes B, era inconcebible.

Además, estaba desconcertada. No había trabajado nunca con primates, ni siquiera con ratones, pero la fuente de su interés, dijo la directora, era que el Drake no quería promover un estilo de vida bajo en calorías para los seres humanos —«Imagínate lo exitoso que sería», dijo la mujer con sequedad—, sino desarrollar un medicamento que tuviera el mismo efecto. Necesitaban a alguien experto en genética, alguien que pudiera analizar sus hallazgos a nivel molecular. Y se apresuró a asegurarle a Varya que sus tareas diarias tendrían poco que ver con los animales. Tenían técnicos y veterinarios para eso; Varya pasaría la mayor parte del tiempo en conferencias telefónicas, reuniones o en su oficina, leyendo y revisando artículos, solicitando subvenciones, revisando datos, preparando presentaciones. En realidad, si ella lo prefería así, podía no tener ningún contacto con los animales.

Ahora Varya lleva a Luke hacia una gran puerta de acero.

—Compartimos alrededor del noventa y tres por ciento de nuestros genes con los macacos. Yo me sentía más cómoda trabajando con levaduras, pero me di cuenta de que lo que hacía con ellas nunca sería tan importante para los seres humanos como un estudio en primates. Biológicamente hablando, jamás habría logrado nada.

Lo que no cuenta es que, en el año 2000, cuando el Instituto Drake la buscó, habían pasado casi diez años desde la muerte de Klara y veinte de la de Simon. «Piénselo», le dijo la directora, y Varya le respondió que lo haría mientras calculaba cuánto tiempo sería razonable para contestar, cuánto tiempo tenía que esperar antes de rechazar la oferta. Sin embargo, cuando regresó a su laboratorio en Columbia, donde dirigía un nuevo estudio con levaduras, no sintió satisfacción ni orgullo, sino inutilidad. Cuando Varya estaba en la universidad, su investigación había sido innovadora; pero en esos días cualquier estudiante de posgrado sabía cómo extender la esperanza de vida de una mosca o de un gusano. Dentro de cinco años, ¿qué podría mostrar? Probablemente, no un marido, seguramente ningún hijo, pero idealmente sí un hallazgo importante. Una contribución diferente al mundo.

También aceptó el trabajo por otra razón. Varya siempre se había dicho que se dedicaba a la investigación por amor: amor por la vida, por la ciencia y por sus hermanos, que no habían vivido lo suficiente para llegar a viejos. Pero en el fondo le preocupaba que su motivación principal fuera el miedo. Miedo de no tener ningún control; de que la vida se le escurriera entre los dedos inevitablemente. Miedo de que Simon, Klara y Daniel por lo menos hubieran vivido en el mundo, mientras que ella vivía en su investigación, en sus libros, en su mente. Sintió que el trabajo en el Drake era su última oportunidad. Si podía obligarse a hacerlo, a pesar de los agobios que pudiera causarle, podría minar su culpa, la deuda que había engendrado en ella el hecho de haber sobrevivido.

—Tus guantes —dice deteniéndose frente a la puerta del vivero—. No te los quites, ninguno de los dos.

Luke alza las manos. La cámara le cuelga del cuello con una correa; ha dejado su cuaderno y su grabadora en la oficina. Varya abre la puerta del vivero 1, otra puerta que sólo se abre mediante un código que Annie cambia cada mes, y conduce a Luke hacia el clamor cegador del mediodía.

En latín, *vivarium* significa «lugar de vida». En la ciencia, se refiere a un espacio cerrado donde se mantiene a animales vivos en condiciones que simulan su entorno natural. ¿Cuál es el ambiente natural del macaco? Los seres humanos son el único primate que se ha extendido ampliamente por el mundo más que los macacos, nómadas que han viajado por toda la Tierra y sobre el agua, y que pueden vivir tanto en una montaña de seis mil cuatrocientos metros como en una selva o un manglar. Desde Puerto Rico hasta Afganistán, el macaco prospera haciendo hogares en templos, bancos junto a canales y estaciones de ferrocarril. Comen insectos y hojas junto con cualquier alimento que puedan robar a los humanos: pan frito, cacahuètes, plátanos, helado. Cada día, viajan kilómetros.

Nada de eso es fácil de simular en el laboratorio, pero el Drake lo ha intentado. Como los macacos son criaturas sociales, están enjaulados por parejas, y cada jaula

tiene la posibilidad de abrirse hacia la siguiente, lo que crea una columna tan amplia como el vivero. Las actividades gratificantes garantizan que los monos se mantengan estimulados: psicológicamente, por medio de los comederos con laberintos y los espejos, así como con pelotas de goma y vídeos que ven en iPads (aunque recientemente los han retirado porque los monos rompían las pantallas a menudo), y sonidos selváticos desde altavoces situados en alto. Anualmente, un representante del Departamento de Agricultura federal visita el laboratorio para asegurarse de que funciona de acuerdo con la Ley de Bienestar Animal, y el año anterior recomendó que ocasionalmente el personal entrara en el vivero usando ropa diferente — sombreros o guantes con estampados atractivos— para intrigar y entretener a los animales, cosa que también hacen ahora.

Varya no se engaña: desde luego que los monos preferirían estar libres. Sin embargo, como sólo están realizando un estudio, las jaulas del Drake son más grandes de lo que recomiendan los Institutos Nacionales de Salud. Detrás del vivero hay una zona vallada más amplia donde los monos pueden jugar con llantas, cuerdas y columpiarse desde redes, aunque en realidad debería ser más grande, y cada mono disfruta tan sólo de un par de horas allí cada semana. Sin embargo, la cuestión es que su estudio no busca probar nuevos medicamentos o investigar el virus de la inmunodeficiencia en simios, sino mantener vivos a los animales el mayor tiempo posible.

¿Qué hay de malo en ello?

Se vuelve hacia Luke y toca los temas de conversación que le sugirió Annie. Sin la investigación en simios, no se habrían descubierto incontables virus. No se habrían creado incontables vacunas y no se habría demostrado que incontables terapias eran seguras para el alzhéimer, el párkinson y el sida. Después estaba el hecho de que la vida en el mundo exterior no es un juego de niños: está llena de depredadores y existe la posibilidad de morir de inanición. Con excepción de un sádico, y quizá de Harry Harlow, a nadie le gusta ver a un mono en una jaula, pero en el Drake por lo menos los cuidan y los protegen.

Aun así, se da cuenta de que un visitante podría llevarse una impresión equivocada. Las jaulas están dispuestas contra las paredes, dejando un estrecho pasillo central para Varya y Luke. Los animales se ponen frente a ellos contra la tela metálica como si fueran gecos, sus panzas rosas expuestas, y enganchan los dedos a través de los cuadros abiertos. Los monos dominantes miran silenciosamente con los labios entreabiertos y muestran los dientes largos y amarillos; los menos dominantes hacen muecas y gritan. Le hacen lo mismo al nuevo director del Drake, un hombre que visita el laboratorio una o dos veces al año durante el menor tiempo posible.

En su primer año, los monos también reaccionaban así con Varya. Tuvo que valerse de todo su autocontrol para no salir corriendo. Sin embargo, no lo hizo, y aunque la anterior directora tenía razón (Varya pasa la mayor parte del tiempo en su escritorio), se obliga a visitar el vivero una vez al día, por lo general, para supervisar

el desayuno. No le gusta tocar a los animales, pero le gusta saber cómo están, le gusta ver las pruebas de su éxito. Dirige la atención de Luke a los monos con una dieta restringida en calorías y después a los monos de control, que comen cuanto quieren. Luke saca fotografías de ambos grupos y el *flash* hace que chillen con más fuerza. Algunos han empezado a sacudir los barrotes de sus jaulas, así que Varya tiene que gritar para explicarle que los monos de control son más propensos a tener diabetes a edades tempranas y que su riesgo de enfermarse es casi tres veces más elevado que el del grupo de la dieta restringida. Los ejemplares de este último grupo parecen incluso más jóvenes: sus miembros más viejos tienen un pelaje abundante y rojizo, mientras que los monos de control están arrugados y calvos y muestran los cuartos traseros.

El estudio está a la mitad, así que es pronto para evaluar la esperanza de vida total. De todos modos, es obvio que los resultados son prometedores, sugieren que es probable que se demuestre la tesis de Varya, y al compartirlo siente tanto orgullo que puede ignorar los gritos, el barullo, el hedor, y enfrentarse a los monos, sus objetos de estudio, con placer.

Cuando Luke se va, busca a *Frida*.

Una hora antes, le había pedido a Annie que la llevara al cuarto de aislamiento. *Frida* es su mona favorita, pero es mala para las relaciones públicas; *Frida*, de entrecejo amplio y plano y ojos dorados con un delineado tan negro como si llevara kohl. De bebé, sus orejas eran demasiado grandes, sus dedos, largos y rosados. Llegó a California una semana después que Varya. Esa mañana, Annie había recibido un envío de nuevos monos, pero uno se había rezagado por una tormenta de nieve, un bebé que habían criado en un centro de investigación de Georgia. Annie tenía que irse, así que Varya se quedó. A las nueve y media de la noche, una camioneta blanca sin rotular subió a trompicones por la colina y se detuvo frente al laboratorio de primates. De ella bajó un joven sin afeitar que no podía tener más de veinte años y le pidió a Varya que le firmara un recibo, como si se tratara de una pizza. Parecía despreocupado por su cargamento, o tal vez ya se había hartado de él: cuando le entregó la jaula, cubierta con una sábana, de ésta salió un chillido tan horrible que Varya retrocedió instintivamente.

No obstante, ahora el animal era su responsabilidad. Llevaba ropa de protección de pies a cabeza, aunque eso no servía de ninguna manera para amortiguar los sonidos que salían de la jaula cuando el repartidor se la entregó. El tipo se limpió el rostro con alivio y trotó de regreso a la camioneta. Luego bajó la colina mucho más rápido de como había subido, dejando a Varya sola con la jaula aullante.

La jaula era del tamaño de un microondas. No iban a meter a *Frida* con los demás animales hasta el día siguiente, así que Varya la llevó a un cuarto de aislamiento del tamaño de una portería y la dejó en el suelo. Los brazos le dolían y el corazón le latía agitado de terror. ¿Por qué había aceptado eso? Ni siquiera había hecho la parte más

difícil, que era la transición física de la jaula vieja a la nueva, y que requería que Varya tocara al animal que había dentro.

La jaula seguía cubierta por lo que —ahora Varya se daba cuenta— era una sábana de bebé, con estampado de cascabeles amarillos. Alzó una esquina de la sábana y los gritos del animal se hicieron más fuertes. Varya se puso en cuclillas. Cada vez estaba más ansiosa, sabía que tenía que hacer la transición en ese momento o no sería capaz de hacerla, así que metió la pequeña jaula transportadora en la más grande y quitó la sábana. La transportadora apenas era mayor que la mona, pero el animal empezó a moverse, girando en círculos mientras se aferraba a los barrotes; se movía tan deprisa que Varya no podía verle la cara, pero la confusión y el miedo del animal eran insostenibles. Varya quitó el seguro como Annie le había enseñado y abrió la puerta de la transportadora.

La mona salió disparada como una bala de cañón, pero no aterrizó en la jaula más grande, sino en el pecho de Varya. No pudo evitarlo: ella también gritó y cayó de culo al suelo. Pensó que el animal quería hierirla, pero envolvió sus delgados brazos alrededor de su espalda y se aferró a ella, apretando la cara contra su pecho.

¿Quién estaba más aterrada? Varya había visto imágenes de disentería y hepatitis B, todas las enfermedades con las que soñaba por la noche y de las que temía morir, todas ellas razones por las que, en un primer momento, no había querido aceptar ese trabajo. Sin embargo, presionando contra ese miedo había otro ser vivo. El cuerpo de la mona era pesado, mucho más denso que un bebé humano, tanto que hacía pensar en un bebé humano como en algo hueco. No supo cuánto tiempo permaneció así, meciéndose en el suelo mientras la mona lloraba. Tenía tres semanas de vida. Varya sabía que la habían separado de su madre a las dos semanas, que había sido su primera cría, y que la madre, que se llamaba *Songlin* —la habían transportado de un centro de crianza en Guangxi, China—, había estado tan agitada que la habían sedado en medio del proceso.

En un momento determinado, alzó la mirada y vio su imagen en el espejo montado en un lateral de la jaula. A su mente acudió el *Autorretrato con mono*, de Frida Kahlo. Varya no se parecía a Frida, no era tan fuerte ni tan desafiante, y el laboratorio, con sus muros de hormigón color beige, no podía ser más diferente de la yuca y las grandes hojas brillantes del cuadro de Kahlo. Pero ahí estaba el mono, en brazos de Varya, sus ojos oscuros y enormes como frambuesas; ahí estaban las dos, igualmente temerosas, igualmente solas, mirándose juntas en el espejo.

Tres años y medio antes, cuando Varya llegó a Kingston después de la muerte de Daniel, Mira la llevó a la habitación de invitados y cerró la puerta.

—Tengo que enseñarte algo —le dijo.

Se sentó en el borde de la cama con el portátil sobre los muslos. Con las piernas tensas y los dedos de los pies enredados en la alfombra, le mostró una serie de páginas web del historial: búsquedas en Google sobre los romaníes, una captura de pantalla de Bruna Costello del enlace de los más buscados del FBI. Varya reconoció a la mujer de inmediato. De pronto, sintió un golpe de adrenalina en la cabeza: vértigo, como confeti plateado. Estuvo a punto de desmayarse.

—Ésta es la mujer a la que Daniel decidió perseguir. Cogió nuestra pistola del cobertizo y condujo hasta West Milton, donde ella vivía. Y yo llamé al agente que le disparó —dijo Mira; su voz se quebró como un junco—. ¿Por qué, Varya? ¿Por qué Daniel hizo eso?

Entonces Varya le contó a Mira la historia de la mujer. Tenía la voz ronca, las palabras se desprendían como capas de óxido, pero las forzó a salir hasta que surgieron más rápido y con mayor claridad. Estaba desesperada por ayudar a Mira a comprender. Sin embargo, cuando terminó, ella parecía aún más perpleja.

—Pero fue hace muchos años —dijo—. Algo enterrado en el pasado.

—Para él, no. —Las lágrimas de Varya corrían libremente; se limpió las mejillas con los dedos.

—Pero debería haber sido así. Debería haber sido así... —Mira tenía los ojos rojos, la voz ronca—. Joder, Varya... Si sólo lo hubiera dejado estar.

Discutieron qué iban a decirle a Gertie. Varya quería contarle que Daniel se había obsesionado con los crímenes de una mujer de la región después de que lo suspendieran en el ejército; que la idea de justicia le había dado algo en lo que trabajar, en lo que creer. Mira, en cambio, quería contarle la verdad.

—¿Qué importa que le digamos o no la verdad? —dijo—. La historia no nos traerá a Daniel de vuelta. No cambiará la manera en que murió.

Pero Varya no estaba de acuerdo. Sabía que las historias tenían el poder de cambiar las cosas: el pasado y el futuro, incluso el presente. Había sido agnóstica desde la facultad, pero si había un postulado del judaísmo con el que estaba de acuerdo, era éste: el poder de las palabras. Se escurrían por debajo de las puertas y a través de las cerraduras. Se aferraban a los individuos y se transmitían a través de las generaciones como parásitos. La verdad podría cambiar la percepción de Gertie sobre

sus hijos, unos hijos que ya no estaban vivos para defenderse. Casi con toda seguridad, le provocarían más dolor.

Esa noche, mientras Mira y Gertie dormían, Varya se levantó de la cama de invitados y se dirigió al estudio. Había rastros de Daniel por todas partes: la reconfortaban por su familiaridad, pero la hacían sufrir por su superficialidad. Junto al ordenador había un pisapapeles con la forma del Golden Gate, que Varya había comprado en el aeropuerto de San Francisco, cuando era una estudiante de posgrado agobiada de camino a Kingston para *Januká* y se dio cuenta de que había olvidado comprar regalos. Esperaba que Daniel pensara que era una obra de arte, pero no fue así. «¿Una baratija del aeropuerto?», dijo divertido, fulminándola con la mirada. Ahora la pátina dorada se había vuelto del color verde del cobre; no sabía que lo había conservado todos esos años.

Se sentó en su silla y echó la cabeza hacia atrás. No había viajado a Ámsterdam en Acción de Gracias, como le había dicho; nunca existió tal conferencia. Había descongelado una bolsa de vegetales, los había salteado en aceite de oliva y se había comido sola el montón aguado en la mesa de la cocina. Ese otoño, su ansiedad por la fecha de Daniel se había agudizado. No sabía lo que ocurriría ese día, no pensaba que pudiera soportar presenciarlo, o quizá era que, de haber estado ahí, se habría sentido responsable. Seguía temiendo que pudiera adquirir o transmitir algo terrible, como si su suerte fuera al mismo tiempo mala y contagiosa. Lo mejor que podía hacer por Daniel era mantenerse alejada de él.

Pero a las nueve de la mañana del día siguiente a Acción de Gracias, el corazón había empezado a palparle con fuerza. Sudaba tanto que una ducha fría sólo supuso una prórroga temporal. Varya hizo lo que había jurado no hacer, y lo llamó. Él hizo un comentario acerca de que iba a encontrar a la adivina, algo que ella pensó que era una locura y no lo creyó. Después empezó el viejo juego de culpas, la voz de Daniel se hizo insistente e infantil —«Habría estado bien que vinieras ayer»—, y ella sintió molestia teñida de odio por sí misma. Algunas veces borraba sus mensajes de voz sin haberlos escuchado para no tener que oír ese tono, una demostración de su herida enloquecedora e infatigable, como si lo satisficiera que lo decepcionaran una y otra vez. ¿Por qué no dejaba de insistir? Después de todo, tenía a Mira. Cuanto antes se diera cuenta de que Varya no tenía nada que ofrecerle, que nunca iba a dejar de fallarle, antes sería feliz, libre de ella, y antes Varya se sentiría liberada de él.

Un recibo de la tintorería que antes estaba bajo el pisapapeles flotó junto al ordenador. La letra ordenada y cuadrada de Daniel se transparentaba desde el otro lado del papel.

Varya le dio la vuelta. «Nuestra lengua es nuestra fuerza», había escrito. Debajo había una segunda frase, que Daniel había repasado tantas veces que parecía alzarse de manera tridimensional desde la hoja: «Los pensamientos tienen alas».

Varya sabía exactamente a qué se refería. Una vez, cuando era estudiante de posgrado, trató de explicarle ese fenómeno a su primer terapeuta.

—No se trata de *ver* que algo está limpio —le dijo—. Se trata de *sentir* que está limpio.

—¿Y qué pasa si sientes que no lo está? —preguntó el terapeuta.

Varya hizo una pausa. La verdad era que no sabía exactamente qué pasaría; sólo sentía una premonición constante, la sensación de que la destrucción la acechaba como una sombra, y que, si podía continuar con los rituales, podría evitarla.

—Entonces pasará algo malo —respondió.

¿Cuándo había comenzado? Siempre había padecido ansiedad, pero algo había cambiado después de su visita a la mujer de la calle Hester. Sentada en el apartamento de la *rishika*, Varya estaba segura de que era un fraude, pero cuando se marchó a su casa, la profecía tuvo en ella el efecto de un virus. Vio que a sus hermanos les ocurría lo mismo: era evidente en la forma en que corría Simon, en la tendencia a la ira de Daniel, en la manera en que Klara se apartó y fue alejándose de ellos a la deriva.

Quizá siempre habían sido así. O quizá de todos modos se habrían comportado de la misma manera. Pero no: Varya ya lo había visto, los inevitables seres futuros en que se convertirían sus hermanos. Lo había sabido.

Tenía trece años y medio cuando se le ocurrió que, si evitaba pisar las grietas de la acera, podía evitar que la predicción de la mujer se cumpliera para Klara. En su catorce cumpleaños, sintió que era imperativo soplar todas las velas lo más rápidamente posible, porque algo terrible podía pasarle a Simon si no lo hacía. Le faltaron tres velas, y Simon, de ocho años, sopló el resto. Varya le gritó, sabiendo que ello la hacía parecer egoísta, pero ése no era el problema. El problema era que el acto de Simon había arruinado su intento de protegerlo.

No le dieron un diagnóstico hasta los treinta años. En esos días, todos los niños tenían un acrónimo que explicaba su problema, pero cuando Varya era joven las convulsiones no parecían ser más que su propia carga secreta. Empeoraron después de la muerte de Simon. Sin embargo, no fue hasta el posgrado cuando se le ocurrió que podía intentar ir a terapia, y hasta que el terapeuta mencionó el trastorno obsesivo-compulsivo no se le ocurrió que había un nombre para su costumbre de lavarse las manos constantemente, el modo en que se cepillaba los dientes, su alejamiento de los baños públicos, las lavanderías y los hospitales, y su rechazo a tocar puertas, los asientos del metro y las manos de otras personas: todos los rituales que repetía cada hora, cada día, cada mes, cada año. Tiempo después, una terapeuta diferente le preguntó exactamente a qué le temía. En un principio, Varya quedó desconcertada, no porque no supiera a qué le temía, sino porque era difícil pensar en algo a lo que no temiera.

—Entonces dame algunos ejemplos —dijo la terapeuta, y esa noche Varya hizo una lista.

El cáncer. El cambio climático. Ser la víctima de un accidente de circulación. Ser la causa de un accidente de circulación. (Hubo un tiempo en que el pensamiento de matar a un ciclista mientras giraba a la derecha ocasionaba que Varya siguiera a cualquier ciclista durante manzanas, asegurándose una y otra vez de que no lo hubiera atropellado.) Los hombres armados. Los accidentes de avión (¡muerte instantánea!). Personas que llevaban tiritas, el sida (en realidad, todas las clases de virus, bacterias y enfermedades). Infectar a otra persona. Las superficies sucias, las sábanas sucias, los fluidos corporales. Las farmacias y las boticas. Las pulgas, las garrapatas y los piojos, los químicos. Los indigentes. Las multitudes. La incertidumbre, el riesgo y los cabos sueltos. La responsabilidad y la culpa. Incluso temía a su propia mente. Temía su poder, lo que le hacía.

En su siguiente cita, Varya leyó la lista en voz alta. Cuando terminó, la terapeuta se recostó en su silla.

—Muy bien —dijo—. Pero ¿en realidad a qué le temes?

Varya se rió por la pureza de la pregunta. Era a la pérdida, desde luego. A la pérdida de la vida; a la pérdida de la gente a la que amaba.

—Pero ya has pasado por eso —dijo la terapeuta—. Perdiste a tu padre y a todos tus hermanos, has sufrido más pérdidas familiares de las que soporta mucha gente a tu edad. Y sigues en pie. Sentada —añadió sonriendo hacia el sofá.

Sí, Varya seguía sentada, pero no era tan simple. Había perdido partes de sí misma al perder a sus hermanos. Era como observar el corte del suministro eléctrico en un vecindario: ciertas partes de él quedaban a oscuras, luego otras. Ciertos modos de valentía —valentía emocional— y deseo. El coste de la soledad era alto, lo sabía, pero el coste de la pérdida era aún mayor.

Había pasado un tiempo antes de que comprendiera eso. Tenía veintisiete años y estaba dando un curso de posgrado en el departamento de Física. El curso lo impartía un profesor invitado de Edimburgo que había estudiado con un investigador llamado Peter Higgs.

—Muchas personas no creen en el doctor Higgs —le dijo a Varya—. Pero están equivocadas.

Estaban en un restaurante italiano del centro de la ciudad. El profesor dijo que el doctor había postulado la existencia de algo llamado *el bosón de Higgs*, que imbuye las partículas de masa. Dijo que podía ser la clave para nuestra comprensión del universo, que era un eje de la física moderna, aunque nadie lo había visto. Dijo que apuntaba a un universo regido por la simetría, pero en el que los sucesos más emocionantes, como los seres humanos, eran aberraciones, productos de breves momentos en los que la simetría fallaba.

Algunas amigas de Varya se asustaban cuando se les retrasaba el período, pero Varya lo supo de inmediato: se despertó una mañana sin ser ella misma. Tres días

antes se había acostado con el profesor en la cama individual de su apartamento del campus. Cuando él hundió la cara entre las piernas de Varya y movió la lengua, ella tuvo por primera vez un orgasmo. Poco después, el profesor se volvió cortés y distante, y ella no volvió a saber de él. Varya se imaginó las nuevas células en su cuerpo, y pensó: «Me vas a destruir. Vas a arraigarme para siempre. Vas a hacer el mundo tan vívido, tan real, que no podría olvidar mi dolor ni siquiera por un instante». Tenía miedo de la aberración, que no podía controlarse; prefería la consistencia segura de la simetría. Cuando pidió cita para que le practicaran un aborto en el Centro de Planificación Familiar de la calle Bleecker, vio que la aberración desaparecía como si se cerraran las puertas de un ascensor, de una manera tan absoluta que quizá nunca hubiera estado ahí.

Otras personas hablaban del éxtasis en el sexo y la alegría más compleja de la paternidad, pero para Varya no existe un placer mayor que el alivio: el alivio de darse cuenta de que lo que teme no existe. Incluso es temporal: un estallido, una ráfaga de placer, histérica como la risa —«¿En qué estaba pensando?»—, seguido de la lenta erosión de esa certeza, la filtración de la duda, que requiere otro vistazo al espejo retrovisor, otro baño, otra limpieza del pomo de una puerta.

Varya ha ido lo suficiente a terapia como para saber que se está contando cuentos. Sabe que su fe —que los rituales tienen poder, que los pensamientos pueden cambiar resultados o alejar el infortunio— es un truco de magia: ficción, quizá, pero necesaria para la supervivencia. Y sin embargo..., y sin embargo, ¿es un cuento si uno cree en él? Su secreto más profundo, la razón por la que no cree que algún día pueda librarse del trastorno, es que algunos días no piensa que sea un trastorno. Algunos días no piensa que sea absurdo creer que un pensamiento logre que algo se convierta en realidad. En mayo de 2007, seis meses después de la muerte de Daniel, Mira llamó a Varya histérica.

—Han retirado los cargos contra Eddie O'Donoghue —dijo. (Una revisión interna no había encontrado pruebas de mala praxis.)

Varya no lloró. Sintió que la furia entraba en su cuerpo y se instalaba ahí, como un niño. Ya no creía que Daniel hubiera muerto de una bala dirigida a su pelvis pero que había entrado por su muslo rasgando la arteria femoral, de manera que se desangró por completo en menos de diez minutos. Su muerte no apuntaba a un fallo del organismo. Apuntaba al poder de la mente humana, un adversario completamente diferente: al hecho de que los pensamientos tienen alas.

El viernes por la mañana, cuando va camino del trabajo, Varya se desvía hacia el arcén de la carretera, detiene su coche e inclina la cabeza a la altura de las rodillas. Está pensando en Luke. Durante los últimos dos días se ha encontrado con ella en el laboratorio a las siete y media y luego la ha seguido al vivero. Allí ha sido útil, ayudándola a pesar las bolitas de alimento, cargando jaulas hasta el almacén para que las lavaran, y los animales se han acostumbrado a él. El miércoles inventó un juego con uno de los machos más viejos, *Gus*, un macaco precioso con el pelo anaranjado y un ego a la altura. *Gus* se acercaba al frente de su jaula y mostraba la panza para que él lo rascara. Después, o daba un salto hacia atrás para sorprender a Luke, que se reía y le seguía el juego, o permanecía allí mientras Luke le rascaba el estómago expuesto, color salmón, entrechocando los labios con afecto. Cuando Varya expresó sorpresa por su habilidad con los primates y su deseo de ayudar, Luke le explicó que había crecido en una granja, que el trabajo físico y el trato con los animales le eran familiares, y que de todos modos eso era lo que el editor del *Chronicle* quería: reflejar la vida diaria en el Drake, de manera que los investigadores se presentaran vivos, como personas reales, y los monos como individuos también. El jueves, mientras almorzaban en la oficina —Varya, con su recipiente con brócoli y alubias negras; Luke, con un burrito de pollo del patio—, él le preguntó si pensaba en los monos como individuos y si la perturbaba verlos en jaulas. Si lo hubiera hecho el lunes, ella habría estado más alerta, pero los días desde entonces habían pasado con tal facilidad, sin crisis ni juicios, que para el jueves se sentía lo suficientemente relajada para responder con honestidad.

Antes de incorporarse al Drake, nunca había estado rodeada de organismos vivos de ese tamaño. Los cuerpos de los monos eran carnosos e imposibles de ignorar: apestaban y chillaban, estaban cubiertos de pelo, padecían diabetes y endometriosis. Sus pezones eran rosados como el chicle y distendidos, sus caras, sorprendentemente emotivas. Era imposible mirarlos a los ojos y no percibir —o imaginar haber visto— justo lo que pensaban. No eran sujetos pasivos sobre los que pudiera actuarse, sino participantes con opiniones. Era consciente de que no debía antropomorfizarlos y, sin embargo, en los primeros años se sorprendió por la familiaridad de sus caras y especialmente de sus ojos. Cuando se reunían y la miraban con esos ojos sin fondo, lo hacían como humanos con trajes de mono, mirando a través de los ojos de sus máscaras.

—Lo cual, obviamente, era insostenible —le dice a Luke—. Ese tipo de pensamiento.

Estaba sentada frente a su escritorio, y Luke en el de Annie. Él tenía el tobillo derecho sobre la rodilla izquierda, las piernas largas dobladas con el desgarbo arácnido de los jóvenes altos. Tranquilizada por la dulzura de su atención, Varya prosiguió:

—Un Día de Acción de Gracias, debió de ser en mi segundo o tercer año en el Drake, visité a mi hermano, que trabajaba como médico militar, y compartí con él lo que pensaba. Él me habló de un paciente que había visto ese día, un soldado de veintitrés años con una amputación infectada que maldecía a los afganos cada vez que Daniel tocaba su piel. Mi hermano lo recordaba de una revisión médica que le había hecho dos años antes, cuando el soldado expresó tanta ansiedad sobre la situación en Afganistán, tanta preocupación por su pueblo, que Daniel estuvo a punto de pedir una evaluación psiquiátrica. Le preocupaba que el chico fuera demasiado blando.

Daniel se había sentado de una manera muy parecida a la de Luke ese jueves, una pierna sobre la otra, los grandes ojos atentos, pero la piel bajo sus ojos era oscura y su cabello, antiguamente grueso, era escaso. En ese momento, Varya lo recordó de niño, su hermano menor, cuyo idealismo había sido reemplazado por algo más realista pero igual de sencillo, algo que reconocía en sí misma.

—Su opinión —siguió Varya— era que es imposible sobrevivir sin deshumanizar al enemigo, sin crear un enemigo en primer lugar. Dijo que la compasión era el ámbito del civil, no de aquellos cuyo trabajo era actuar. Actuar requiere elegir una cosa sobre otra. Y es mejor ayudar a un bando que a ninguno de los dos.

Levantó la tapa del recipiente y pensó en *Frida*, que era parte del grupo de la dieta restringida. Al principio pedía más y más comida. En casa, Varya se sentía acechada por sus gritos. Había algo en el hambre desvergonzada del animal que hacía que se sintiera al mismo tiempo culpable y asqueada. El deseo de *Frida* de vivir era tan claro, tan visible la acusación en sus ojos, que Varya casi esperaba que cambiara sus gritos rudos y fuertes por un idioma que reconociera.

—Sí me siento apegada a los monos —añadió—. No debería decirlo, no es muy científico. Sin embargo, hace diez años que los conozco. Y me recuerdo que el estudio también los beneficia a ellos. Los estoy protegiendo, sobre todo a los de la dieta restringida. Así vivirán más tiempo. —Luke permanecía en silencio; había guardado la grabadora, y aunque su cuaderno estaba sobre el escritorio de Annie, no lo había tocado—. De todos modos, uno tiene que trazar una línea en la arena que diga: «La investigación lo vale. La vida de este animal simplemente no es tan valiosa como cualquier avance médico que esa vida pueda aportar». Tienes que hacerlo.

Esa noche, Varya permaneció despierta durante horas. Se preguntaba por qué había compartido todo eso con Luke, y qué podría reflejar de ella si Luke lo incluía en su artículo. Podría pedirle que omitiera la conversación, pero eso indicaría un

grado de duda sobre su trabajo, y el tipo de pensamiento que se requería para llevarlo a cabo, que no quería proyectar.

Ahora está sentada en el coche, sintiendo náuseas. Tiene la sensación abrumadora de que no sólo se ha puesto en peligro, sino que también ha traicionado a Daniel. Cuando piensa en reunirse con Luke en el laboratorio, ve a su hermano. No tiene sentido. La única similitud es su estatura y, sin embargo, la visión permanece, Daniel la espera con el cortavientos de Luke y con su mochila, la cara de Daniel se sobrepone a la de Luke, más joven y expectante. La imagen se transforma entonces: ve a Daniel en la autocaravana con una bala en la pierna y en el suelo un charco rojo, y sabe que si no hubiera sido tan reservada, él habría hablado con ella sobre Bruna y quizá podría haberlo salvado.

Cuando supera las náuseas y sus manos dejan de temblar lo suficiente para sujetar el volante, ya ha pasado una hora. Nunca antes ha llegado tarde al trabajo, y Annie, para su alivio, ha llevado a Luke a la cocina, donde lo está ayudando a pesar la comida que los monos no han comido y a separar las bolitas de la siguiente semana en los comederos de laberinto. Varya lo evita trabajando en unos documentos en la oficina, con la puerta cerrada. En un momento dado, alguien llama, y como Annie no la molestaría, Varya sabe que sólo puede ser Luke.

—Quería preguntarte si te apetecería ir a cenar —dice cuando abre la puerta. Tiene las manos en los bolsillos, y sonrío al ver su confusión—. Ya son las seis de la tarde.

—Me temo que no tengo hambre. —Vuelve a su escritorio para apagar el ordenador.

—¿Una copa? El vino tinto contiene resveratrol. No podrás decir que no he investigado al respecto.

Varya exhala un suspiro.

—¿Sería para la entrevista o no?

—Como quieras. Yo creo que no.

—Si no es para la entrevista —dice dándose la vuelta—, ¿para qué, entonces?

—¿Para socializar? ¿Contacto humano? —Luke la mira con curiosidad, como si no pudiera determinar si está bromeando—. No muerdo. Por lo menos, no como los monos.

Ella apaga la luz de la oficina y la cara de Luke queda entre las sombras, solamente alumbrada por los tubos fluorescentes del pasillo. Ha herido sus sentimientos.

—Yo invito —añade—. Como agradecimiento.

Más tarde, ella se preguntará por qué aceptó cuando nada en ella quería ir, y qué habría ocurrido si no lo hubiera hecho. ¿Fue la culpa o el cansancio? Estaba cansada de la culpa, que sólo disminuía cuando trabajaba y cuando se lavaba las manos, dejando que el agua corriera hasta que estaba tan caliente que la sensación ya no era de agua, sino de fuego o hielo. También disminuía cuando estaba muy hambrienta, lo

cual pasaba con frecuencia; había momentos en los que se sentía lo suficientemente ligera como para elevarse hacia el cielo, lo suficientemente ligera para elevarse hacia sus hermanos. Ahora tenía hambre; sin embargo, algo la hizo ir, algo hizo que dijera que sí.

Se sientan en un bar de la avenida Grant y comparten una botella de tinto, un cabernet que fue cultivado y embotellado once kilómetros al sur y que Varya se toma de inmediato. Se da cuenta de cuánto tiempo ha pasado desde que ha comido por última vez, pero ella no come en restaurantes, así que bebe y escucha lo que Luke le cuenta sobre su vida: que su familia tiene una granja de cerezas en Door County, Wisconsin, una combinación de islas y playa que se extiende hasta el lago Michigan. Le dice que le recuerda a Marin, la tierra que perteneció a los nativos americanos —en Door County, los potawatomi; en Marin, los miwoks—, antes de la llegada de los europeos, que se apoderaron de esa tierra y la usaron para la agricultura y la obtención de madera. Describe la piedra caliza y las dunas, los árboles de cicuta, con sus largos dedos verdes, y los álamos amarillos, que a finales del otoño dejan sorprendentes sábanas doradas en el suelo.

En temporada baja, hay menos de treinta mil habitantes, dice, pero en verano y a principios del otoño la población aumenta casi diez veces. En julio, la actividad en la granja se vuelve frenética, la prisa por recolectar, secar, enlatar y congelar las cerezas es una especie de locura. Tienen cuatro tipos de cerezas, y cuando Luke era joven cada miembro de la familia tenía asignado recolectar uno con una cosechadora. El padre de Luke recogía el tipo grande, las jugosas Balaton. Como Luke era el más pequeño, él y su madre se juntaban para recoger las Montmorency, de translúcida piel amarilla. El hermano mayor de Luke recogía las cerezas dulces, firmes y negras, las más preciadas de todas.

Varya se descubre a la deriva mientras él habla. Ve las cerezas, su color amarillo, negro y rojo, con el suave enfoque de un sueño. Luke usa su teléfono para mostrarle una foto de su familia. Es a principios del otoño, los árboles son una confusión de mostaza y salvia. Los padres de Luke tienen su denso cabello rubio, aunque el suyo es más claro que el de Luke. Su hermano —Asher, dice— es un adolescente con acné que sonríe abiertamente con las manos sobre los hombros de Luke. Él no puede tener más de seis años. Sus hombros quedan a la altura de las manos de Asher, y su sonrisa es tan amplia que casi parece una mueca.

—¿Y tú? —pregunta devolviendo el teléfono a su bolsillo—. ¿Cómo es tu familia?

—Mi hermano mayor era médico, como te mencioné. Mi hermano pequeño fue bailarín, y mi hermana era maga.

—¿De verdad? ¿Con una chistera negra y un conejo?

—Ninguna de las dos cosas. —A su alrededor, la luz es tenue, así que Varya no puede percibir todas las cosas que suelen preocuparla—. Era fantástica con las cartas y era mentalista; su pareja elegía un objeto de alguien del público, un sombrero o una cartera, y ella lo adivinaba sin pistas verbales, con los ojos vendados y el rostro vuelto hacia una pared.

—¿Y ahora qué hacen? —pregunta Luke, y ella se sobresalta. Él la observa—. Perdón, es que has usado el tiempo pasado. Pensé que se habían...

—¿Retirado? —pregunta Varya, y niega con la cabeza—. No. Murieron.

No sabe qué le hace decir lo que dice a continuación; quizá es que sabe que Luke se irá, y siente alivio al poder compartir con otra persona esas cosas que sólo le ha contado a su terapeuta.

—Mi hermano más pequeño murió de sida; tenía veinte. Mi hermana... se quitó la vida. En retrospectiva, me pregunto si era bipolar o esquizofrénica, aunque no hay nada que pueda hacer ya al respecto. —Apura su copa y se sirve otra; sólo bebe en raras ocasiones, y el vino hace que se sienta laxa, tranquila, abierta—. Daniel se mezcló en algo en lo que no debía. Le dispararon.

Luke se queda en silencio, mirándola, y por un momento ridículo ella teme que vaya a estirarse para apretar su mano; sin embargo, no lo hace —¿por qué iba a hacerlo?—, y Varya exhala.

—Lo siento mucho —dice él—. ¿Por eso haces este trabajo? —Ella no responde, y él la presiona un poco, al principio con duda y después deliberadamente—: Los medicamentos que tenemos actualmente, bueno, le habrían salvado la vida a tu hermano si hubieran estado disponibles en aquel entonces. Y las pruebas genéticas habrían hecho posible detectar el riesgo individual de una enfermedad mental, incluso diagnosticarla. Eso podría haber salvado a Klara, ¿no es cierto?

—¿De qué trata tu artículo? —pregunta Varya—. ¿De mi trabajo o de mí?

Trata de mantener un tono de voz ligero. Dentro de ella hay una sensación de miedo, aunque no está segura del porqué.

—Es difícil separar ambas cosas, ¿no?

Cuando Luke se inclina hacia delante, sus ojos se oscurecen y algo se sacude en las profundidades de Varya. Ahora se da cuenta de lo que la ha asustado: ella nunca le ha dicho cómo se llamaba su hermana.

—Debo irme —dice rápidamente, poniendo las manos sobre la mesa para levantarse. De inmediato, pierde el equilibrio, las paredes se tambalean y ella se sienta, cae, otra vez.

—No —dice Luke, y ahora pone su mano sobre la de ella.

Una burbuja de pánico sube por su garganta y estalla.

—Por favor, no me toques —dice Varya, y él la suelta.

Su rostro muestra aflicción; parece que le tiene lástima, y eso es más de lo que ella puede soportar. Vuelve a levantarse y esta vez tiene éxito.

—No deberías conducir —señala Luke, levantándose también. Ella ve pánico en su rostro, el mismo pánico que ella siente, y eso la espanta aún más—. Por favor..., lo siento.

Varya busca algo en su bolso, saca un delgado montón de billetes de veinte que deposita sobre la mesa.

—Estoy bien.

—Déjame llevarte —insiste cuando ella se dirige hacia la puerta—. ¿Dónde vives?

—¿Dónde vivo? —dice Varya entre dientes, y Luke se queda atrás; incluso en la oscuridad del bar, ella se da cuenta de que se ha sonrojado—. ¿De qué coño vas?

Ahora está en la puerta, fuera. Después de mirar hacia atrás para asegurarse de que Luke no la está siguiendo, ve su coche y corre hacia él.

Se despierta el sábado con un crujido de dolor en el centro de la espalda y un martilleo en la nuca. Tiene la ropa empapada de sudor, y apesta. Por la noche se quitó los zapatos de una patada y el suéter de un tirón, pero la blusa se le pega al estómago y los calcetines están tan empapados que cuando se los arranca caen pesadamente sobre el suelo del coche. Se incorpora en el asiento trasero. Fuera ya es de día y sobre la calle Grant cae una lluvia densa.

Se lleva las palmas a los ojos. Recuerda el bar, el rostro de Luke acercándose a ella, su voz baja pero insistente —«Es difícil separar ambas cosas, ¿no?»— y su mano sobre la de ella, caliente. Recuerda haber corrido hacia el coche y haberse tumbado en el asiento trasero, como un niño pequeño.

Se muere de hambre. Se arrastra hasta la parte delantera y busca sobras de comida del día anterior en el asiento del pasajero. Las manzanas están blandas y marrones, pero se las come de todos modos, así como unas uvas calientes y arrugadas. Evita el espejo retrovisor, pero alcanza a ver accidentalmente una imagen de sí misma en la ventanilla del lado del pasajero, su cabello como el de Einstein, su boca abierta llena de saliva, antes de apartar la vista y encontrar las llaves.

En su apartamento, se desviste y mete cada prenda directamente en la lavadora, y se ducha durante tanto tiempo que el agua se enfría. Se pone la bata, rosa y ridículamente mullida, un regalo de Gertie, algo que Varya nunca se habría comprado, y toma tanto ibuprofeno como cree que su cuerpo puede soportar. Después se mete en la cama y vuelve a dormirse.

Ya es mediodía cuando se despierta. Ahora ya no está exhausta; siente una ráfaga de pánico y sabe que no puede pasar el resto del día en casa. Se viste rápidamente. Tiene la cara pálida y parecida a la de un pájaro, con mechones plateados pegados a la nuca. Se moja las manos para peinárselo, pero después se pregunta para qué lo hace: los únicos que van al laboratorio los sábados son los técnicos de animales y, de todos modos, se va a cubrir la cabeza en cuanto llegue. Por lo general, no almuerza, pero ese día saca una bolsa del frigorífico y se come unos huevos cocidos mientras conduce.

En cuanto llega al laboratorio, se siente más tranquila. Se cambia de ropa y entra en el vivero.

Quiere echar un vistazo a los monos. La pone nerviosa estar cerca de ellos, pero a veces la acosa el miedo de que algo les ocurra mientras ella no está. Nada ha ocurrido, desde luego. *Josie* sujeta su espejo de tal modo que puede ver la entrada, y cuando ve a *Varya*, lo deja caer. Las crías se escabullen con ansiedad en su jaula comunal. *Gus* está sentado al fondo de su jaula, pero la última jaula, la jaula de *Frida*, está vacía.

—¿*Frida*? —pregunta *Varya*, absurdamente; no hay prueba de que los monos comprendan sus nombres, y sin embargo vuelve a intentarlo.

Sale del vivero y camina por el pasillo gritando, hasta que una técnica de animales llamada *Johanna* sale de la cocina.

—Está en aislamiento —le dice.

—¿Por qué?

—Se estaba arrancando el pelo —explica rápidamente *Johanna*—. Pensé que allí podría...

Pero no termina, porque *Varya* ya ha dado media vuelta y se está alejando por el pasillo.

El segundo piso del laboratorio es un cuadrado. La oficina de *Varya* y *Annie* está en el lado occidental; el vivero, al norte. La cocina está en el sur, junto con la enfermería y la sala de aislamiento, y el lavadero, en el este. De 1,80 de ancho por 2,40 de alto, la sala de aislamiento en realidad es más alta que las jaulas normales de los monos; sin embargo, no tiene ningún entretenimiento, es un lugar donde mandan a los animales desobedientes para castigarlos. Por supuesto, no hay nada amenazador en ello, nada demasiado aterrador. Simplemente no hay nada interesante tampoco: es una jaula de acero inoxidable con una pequeña puerta cuadrada de entrada que se cierra desde fuera. Está equipada con una caja de alimento y una botella de agua. Hay diez centímetros entre el suelo y el fondo de la caja, que tiene agujeros para permitir que la orina y los excrementos caigan en una bandeja extraíble.

—*Frida* —dice *Varya*. Mira dentro de la jaula, el mismo sitio donde llevó a *Frida* la noche de su llegada, cuando la mona sólo tenía días de vida.

Ahora *Frida* está de cara a la pared del fondo de la jaula y se mece sobre sí misma, encorvada. En su espalda hay calvas del tamaño de un puño donde se ha arrancado el pelo. Hace seis meses dejó de acicalarse, y los otros animales se mantenían alejados, percibiendo su debilidad, repelidos por ella. Se sienta sobre un pequeño charco de orina color óxido que no se ha drenado a la bandeja.

—*Frida* —repite *Varya*, más fuerte, pero con voz consoladora—. Ya basta, *Frida*, por favor.

Cuando el animal oye su voz, vuelve ligeramente la cabeza. De perfil, sus ojos son vidriosos y color lavanda; su boca, una media luna. Después hace una mueca. Lentamente se da la vuelta, pero cuando queda frente a *Varya*, no se detiene: sigue

girando, apoyándose en el brazo derecho, arrastrando el izquierdo. Hace dos semanas se mordió el muslo izquierdo con tanta fuerza que tuvieron que coserla.

¿Cómo ocurrió? Cuando *Frida* era joven, tenía más entusiasmo que cualquiera de los otros monos. Podía ser maquiavélica en su comportamiento social, forjaba alianzas estratégicas y les robaba alimento a los animales más sumisos, pero también era encantadora y terriblemente curiosa. Le encantaba que la cargaran: extendía los brazos a través de los barrotes en busca de la cintura de Varya, y ella ocasionalmente la dejaba salir y la cargaba por el vivero sobre su cadera. La experiencia de estar tan cerca hacía que Varya se sintiera al mismo tiempo asustada y extasiada: asustada por la posibilidad de contaminación con *Frida*, y extasiada porque brevemente podía sentir, a través de las capas de la ropa de protección, lo que era estar cerca de otro animal, ser ella misma un animal.

Oye un golpe en la puerta. Johanna, piensa, o Annie, aunque Annie en raras ocasiones va al laboratorio los fines de semana. Como Varya, tampoco tiene hijos ni está casada. A los treinta y siete difícilmente es demasiado tarde, pero Annie no quiere esas cosas. «No me hace falta nada de eso», le había dicho una vez, y Varya la había creído. La ostentosa familia coreanoestadounidense de Annie vive justo al otro lado del puente. Siempre parece tener un amante —a veces hombre, a veces mujer—, y entabla esas relaciones con la misma confianza con que aborda su investigación. Varya siente un afecto maternal por Annie, así como una envidia maternal. Ella es la clase de mujer que Varya esperaba ser: la clase de mujer que toma decisiones poco convencionales y se siente satisfecha con ellas.

Vuelven a llamar a la puerta.

—¿Johanna? —grita Varya, levantándose para ir a abrir.

Sin embargo, la persona con la que se encuentra es Luke. Lleva el cabello despeinado y grasiento. Tiene los labios agrietados y un extraño tono amarillento en el rostro. Lleva la misma ropa del día anterior. Seguramente también ha dormido con ella puesta. La calma que Varya había logrado reunir esa tarde se resquebraja y se hace añicos.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunta.

—Clyde me ha dejado entrar —parpadea Luke. Una mano sigue en el pomo, y la otra está temblando—. Necesito hablar contigo.

Frida se vuelve hacia la pared y comienza a mecerse de nuevo. Varya odia que haga eso y odia que Luke esté ahí mirándola. Se da la vuelta para cerrar la puerta de la sala de aislamiento. El proceso no le toma más de dos segundos, pero antes de cerrarla oye un clic sordo y se gira. Cuando vuelve a mirarlo, él está guardando su cámara en la mochila.

—Dame eso —dice, iracunda.

—No —responde Luke, pero su voz es suave, como la de un niño pequeño con una pertenencia que atesora.

—¿No? No tenías autorización para sacar esa foto. Te voy a demandar.

El rostro de Luke no está lleno de la alegría profesional que esperaba, sino de miedo. Abraza la mochila.

—No eres periodista —dice Varya. Siente un miedo agudo que resuena con fuerza. Piensa en los gritos de alarma de los titís—. ¿Quién eres?

Pero él no le responde. Está mirando fijamente la puerta, su cuerpo tan quieto que podría ser una estatua de no ser por su mano izquierda, que sigue temblando.

—Voy a llamar a la policía —dice ella.

—No —repite Luke—. Yo...

Pero no termina, y en esa pausa un pensamiento cruza la mente de Varya espontáneamente. «Que sea benigno —piensa—, que sea benigno...», como si estuviera mirando la radiografía de un tumor y no el rostro de un completo desconocido.

—Me pusiste de nombre Solomon —dice él.

Y todo se torna oscuro a su alrededor. Al principio, siente confusión: «¿Cómo? No es posible. Yo lo habría sabido». Después, el impacto pleno, el golpe violento. Se le nubla la visión.

Porque cuando se detuvo frente al Centro de Planificación Familiar de la calle Bleecker, veintiséis años atrás, se quedó enraizada en la tierra como si le hubiera caído un rayo encima. Era principios de febrero, estaba oscuro y helado a las 15.30, pero el cuerpo de Varya ardía. Dentro de ella había un movimiento poco familiar. Vio la mole del edificio que albergaba la clínica y se preguntó qué ocurriría si no aplastaba esa agitación. Podía tomar la decisión que había planeado tomar; su vida podría continuar como había sido antes de la aberración y permanecer simétrica. En cambio, se desabotonó el abrigo frente a una ráfaga de aire frío. Y después dio media vuelta.

Sale tambaleándose del vivero y baja la escalera del primer piso. Corre a través del vestíbulo, pasa junto a Clyde, que se levanta para preguntarle si está bien, y sale en dirección al monte. No le importa que Luke esté dentro sin vigilancia; sólo quiere alejarse de él. La lluvia ha cesado para revelar un sol tan brillante que le quema los ojos. Camina hacia el parking lo más rápido que puede sin llamar la atención; no quiere desperdiciar el tiempo que le llevaría sacar sus gafas de sol, porque ahora puede oír que Luke la está siguiendo.

—¡Varya! —grita, pero ella no se detiene—. ¡Varya!

Como ha gritado, se da la vuelta.

—Baja la voz. Éste es mi lugar de trabajo.

—Perdona —dice Luke, jadeando.

—¿Cómo te has atrevido...? ¿Cómo te has atrevido a engañarme? ¿Cómo te has atrevido a hacerlo en el laboratorio, en *mi* laboratorio?

—No habrías aceptado hablar conmigo de otro modo. —El tono de Luke es extrañamente alto, y Varya se da cuenta de que está tratando de no llorar.

Ella se ríe, un quejido.

—Ahora no voy a hablar contigo.

—Sí vas a hacerlo. —Una nube pasa por delante del sol, y, en la nueva luz acerada, él se reafirma—. O venderé las fotos.

—¿A quién?

—A PETA.

Varya lo mira fijamente. Piensa en la sensación de quedarse sin aire por un golpe, pero no es la correcta: no se ha quedado sin aire a causa de un golpe, sino que se lo han succionado.

—Pero Annie comprobó tus referencias —dice.

—Le pedí a mi compañera de piso que se hiciera pasar por editora del *Chronicle*. Ella sabía cuánto deseaba conocerte.

—Nos apegamos a los estándares éticos más estrictos —dice Varya. Su voz se quiebra con una ira inútil.

—Tal vez, pero a *Frida* no le va muy bien.

Se detienen a medio camino del monte. Detrás de ellos, dos estudiantes de posgrado caminan hacia el edificio principal, devorando comida rápida.

—Me estás chantajeando —dice Varya cuando puede hablar otra vez.

—No quería hacerlo; pero me llevó años descubrir quién eras. La agencia de adopción no me ayudó lo más mínimo, sabían que tú no querías que te encontrara, y tenían bloqueado mi expediente. Gasté todo lo que tenía en un viaje a Nueva York y revisé las actas de nacimiento del registro civil durante... semanas. Sabía mi fecha de nacimiento, pero no a qué hospital habías ido a dar a luz, y cuando te encontré, cuando finalmente te encontré, no pude...

Su discurso sale en una ráfaga y ahora inhala profundamente. Después mira fijamente a Varya. Da la vuelta a su mochila para buscar algo dentro y saca un pedazo doblado de tela blanca.

—Un pañuelo —dice Luke—. Estás llorando.

Varya no se había dado cuenta.

—¿Llevas un pañuelo? —pregunta.

—Era de mi hermano, y de nuestro padre antes de él. Sus iniciales son las mismas. —Le muestra las letras diminutas bordadas y después hace una pausa—. Está limpio. No lo he usado desde la última vez que lo lavé, y siempre lo lavo con agua caliente.

Su tono es de confianza. Ella comprende entonces que él la ha visto como es, de la manera en que no quiere ser vista, y la embarga la vergüenza.

—La cuestión es que yo lo tengo también —dice Luke—. Lo noté en ti de inmediato. Sin embargo, lo mío no tiene que ver con la contaminación. Me da miedo hacer daño a alguien, matar a otros accidentalmente.

Varya coge el pañuelo y se limpia la cara; cuando la levanta, piensa en lo que Luke ha dicho —«matar a otros accidentalmente»—, y se ríe hasta que él se suma a la risa y ella empieza a llorar de nuevo, porque comprende exactamente lo que quiere decir.

Varya conduce hacia su apartamento en silencio mientras Luke la sigue. Al subir la escalera, oye sus pasos detrás de ella, siente el peso de su cuerpo, y el estómago se le sube a la garganta. Es muy raro que lleve a alguien a su casa, y si hubiera sabido que él iba a ir, la habría preparado. Sin embargo, ahora no hay tiempo para eso, así que enciende las luces y observa cuando él mira el espacio a su alrededor.

El apartamento es pequeño. La decoración, un acto de equilibrio que busca reducir su ansiedad todo lo posible. Elige piezas que aumenten y obstruyan la visibilidad: su sofá es de piel, por ejemplo, lo suficientemente oscuro como para que pueda ver cualquier rastro de polvo o suciedad, pero lo suficientemente liso para que, a diferencia de una tela estampada, pueda encontrar fácilmente cualquier cosa ofensiva antes de sentarse. Por la misma razón, sus sábanas son de un aburrido color carbón. Las sábanas blancas de los hoteles son un lienzo tan desnudo que la pone histérica revisar las camas cada vez. Las paredes están desprovistas de arte, las mesas

no tienen manteles y son fáciles de limpiar. Las cortinas están corridas, como siempre, incluso durante el día.

Sólo cuando ve el apartamento a través de los ojos de Luke, Varya recuerda lo oscuro y feo que es. Los muebles no son estéticamente agradables, porque no los elige por razones estéticas. ¿Y si lo hiciera? No sabe cuál sería su gusto, aunque una vez pasó por una tienda en Mill Valley que se especializaba en decoración escandinava y vio un sofá gris paloma con cojines rectangulares y patas de madera finas. Lo miró durante treinta segundos, un minuto, antes de recordar que la tela sería terriblemente difícil de limpiar, que podría ver cualquier cabello y cualquier mancha, y que, sobre todo, sería muy doloroso deshacerse de él si alguna vez se convencía de su suciedad.

—¿Puedo ofrecerte algo? —pregunta—. ¿Té?

—Te está bien —le responde Luke, y se sienta en el sofá a esperarla, dejando su mochila a sus pies.

Cuando ella regresa con dos tazas y una tetera de cerámica de *genmaicha*, él tiene las rodillas juntas y la grabadora sobre las piernas.

—¿Puedo grabar? —pregunta—. Para poder recordarlo; no creo que vuelva a verte después de esto.

Varya es consciente de la situación, así que acepta. Él la ha atrapado y va a hacer que hable, pero a cambio se ha ganado su resentimiento. Sin embargo, ella ahora elige ser su madre, y le va a responder.

—Está bien.

Tiene las mejillas secas, y la resignación, por el momento, ha sustituido a la furia que sentía en el laboratorio. Se acuerda de los monos, los que gritan con voz ronca y ofrecen con aceptación vacía sus cuerpos para que los estudien.

—Gracias. —La gratitud de Luke es genuina: Varya puede sentirla manando en su dirección, y aparta la mirada—. ¿Dónde y cuándo nací?

—En el hospital Mount Sinai Beth Israel, el 11 de agosto de 1984. Eran las 11.32 de la mañana. ¿No sabías eso?

—Sí. Sólo quería poner a prueba tu memoria.

Ella bebe de su taza, pero el té está hirviendo y los ojos se le llenan de lágrimas.

—No más trucos —dice—. Me has pedido sinceridad, y me merezco la tuya a cambio. No tienes que sospechar de mí; no tienes que tratar de pillarme en un renuncio. Yo no podría olvidar esto, nada de esto, aunque me pasara la vida intentándolo.

—Me parece justo. —Luke baja la mirada—. No volveré a hacerlo. Perdóname. —Cuando la levanta de nuevo, ya no hay desafío en sus ojos. Lo que queda es sumisión, timidez—. ¿Cómo era ese día?

—¿El día que naciste? Hacía un calor sofocante. La ventana de mi habitación daba a Stuyvesant Square, y podía ver que pasaban mujeres caminando, mujeres de mi edad, con *shorts* y blusas cortas, como si siguiéramos en los setenta. Yo estaba

enorme. Tenía un sarpullido en la frente y sudor en todos los pliegues del cuerpo. Mis pies estaban tan hinchados que llevé pantuflas en el taxi al aeropuerto.

—¿Había alguien contigo?

—Mi madre. Ella fue la única a la que se lo conté.

Gertie estaba a su lado, murmurando. Gertie, con un trapo y un cubo con agua y hielo; Gertie, que les gritaba a las enfermeras cada vez que el aire acondicionado dejaba de funcionar. Gertie, que ha mantenido el secreto todos esos años. «Mamá — dijo Varya con voz salvaje después de entregar al bebé—, no puedo volver a hablar de esto, nunca», y desde entonces Gertie nunca había sacado el tema. Del mismo modo, hablaban de ello constantemente: durante años, fue el trasfondo de cualquier conversación, era un peso que cargaban juntas.

—¿Y el padre?

Ella se da cuenta de que Luke dice *el padre* en lugar de *mi padre*, lo que la alivia. No quiere que piense en el profesor de esa manera.

—Él nunca se enteró. —Sopla el té—. Era un profesor invitado de la universidad. Era mi primer año de posgrado y ese otoño asistí a sus clases. Nos acostamos juntos un par de veces antes de que él dijera que no debíamos seguir. Cuando me di cuenta de que estaba embarazada estábamos a principios de enero, las vacaciones de invierno, y él había regresado al Reino Unido, aunque yo no lo sabía por aquel entonces. Lo llamé una y otra vez, primero al apartamento y después al número que me dieron de su oficina en Edimburgo. Al principio le dejé mensajes, y después traté de no dejarlos. No estaba enamorada de él. Ya no. Pero quería darle la oportunidad de criarte si lo deseaba. Finalmente comprendí que no lo merecía y fue entonces cuando dejé de llamarlo.

Luke tiene el rostro tenso, se le notan las venas del cuello.

¿Cómo no lo reconoció? Se lo había imaginado, encontrarse frente a frente con un hombre extraño pero familiar en un aeropuerto o en una tienda, y había pensado que dentro de ella se despertaría una alerta animal, algún recuerdo sensorial de los nueve meses en los que compartieron un cuerpo, y las cuarenta y ocho horas impresionantes y angustiantes que siguieron. No se habría sorprendido de oír que su pelvis se rompía en pedazos durante el parto, pero eso no había ocurrido: su experiencia había sido completamente normal, el parto, tan rutinario que una enfermera dijo que era un buen augurio para el segundo hijo de Varya.

Sin embargo, Varya sabía que no habría un segundo, así que abrazó al humano diminuto, su hijo biológico, y no sólo se despidió de él, sino también de la parte de ella que había sido lo suficientemente valiente para enamorarse de un hombre que la tenía en tan baja estima y albergar un hijo que sabía que no iba a criar.

Luke se quita los zapatos y pone los pies con calcetines en el sofá. Después se abraza las piernas y apoya la barbilla en las rodillas.

—¿Cómo era?

—Tenías un mechón brillante de cabello negro, como una nutria o un niño punk. Tenías los ojos azules, pero las enfermeras me dijeron que se te podían poner castaños, cosa que ocurrió, desde luego. —Varya tenía eso en mente cuando buscaba en las aceras, en el metro y en el fondo de las fotografías de otras personas, en busca del niño de ojos azules o castaños que había sido suyo—. Eras sensible. Cuando te estimulaban demasiado, cerrabas los ojos y juntabas las manos. Mi madre y yo pensamos que parecías un monje, molesto y tratando de rezar con todas tus fuerzas.

—Cabello negro —sonríe Luke—. Y ojos azules. Con razón no me reconociste. —Al otro lado de la ventana, son las seis de la tarde y está lloviznando, el cielo ha adquirido un color violeta luminoso—. ¿Tu madre quería que me dieras en adopción?

—Por Dios, claro que no. Nos peleamos por eso. Nuestra familia había pasado por muchas pérdidas. Mi padre murió, muy repentinamente, cuando yo estaba en la universidad. Y, dos años antes de que nacieras, Simon murió de sida. Ella quería que me quedara contigo.

Para entonces, Varya tenía su propio apartamento, un estudio cerca de la universidad, pero durante su embarazo con frecuencia durmió en el número 72 de Clinton. A veces discutía con Gertie después de la medianoche, pero siempre se acostaba en la litera de arriba. Diez minutos o dos horas después, su madre iba a tumbarse en la litera de abajo, que Daniel solía ocupar, en lugar de hacerlo en su propia cama al otro lado del pasillo. Por las mañanas, se subía al peldaño inferior de la escalera para acariciarle el cabello a Varya, apartárselo de la cara y besarla en la frente.

—¿Por qué lo hiciste, entonces? —pregunta Luke.

Una vez, mientras conducía por Wisconsin a mediados del verano, de camino desde una conferencia en Chicago hasta una segunda conferencia en Madison, Varya se detuvo para meterse en el lago Devil hasta la altura de las rodillas. Estaba desesperada por refrescarse, pero el agua estaba tibia, y docenas de pececitos diminutos comenzaron a morderle los tobillos y los pies. Por un momento, no pudo moverse; se quedó quieta en la arena, tan llena de sentimientos que pensó que podría estallar. ¿Qué sentimientos exactamente? El éxtasis insoportable de la proximidad, el intercambio simbiótico.

—Tenía miedo —responde—. De todas las cosas que pueden salir mal cuando la gente se apega a los demás.

Luke hace una pausa.

—Podrías haber abortado.

—Podría haberlo hecho, sí. Pedí cita, pero no pude hacerlo.

—¿Por motivos religiosos?

—No. Sentí... —Pero su voz se pone ronca y guarda silencio. Levanta la taza y bebe hasta que se le relaja la garganta—. Fue como si tratara de compensar el hecho de ser introvertida. El hecho de que no me involucraba con la vida, no plenamente. Pensé, esperé que tú sí lo hicieras.

¿Cómo había sido capaz de hacerlo? Porque había pensado en ellos: en Simon y en Saul, en Klara, en Daniel y en Gertie. Pensó en ellos en el segundo trimestre, cuando constantemente el pánico la incapacitaba, y durante el tercero, cuando se sentía inmensa como una morsa y orinaba más de lo que dormía. Pensó en ellos cada vez que empujó. Los mantuvo en su mente hasta que no pudo sentir nada más, los amó y los amó hasta que la desarmaron, la hicieron más fuerte y la abrieron para darle poderes que no tenía.

Sin embargo, no podía soportarlo. Mientras volvía a casa desde el hospital con los brazos doblados sobre el estómago, se preguntó qué clase de persona era al dar en adopción a un hijo por una razón tan tonta como su propio temor. La respuesta llegó inmediatamente: la clase de persona que no se merecía a ese niño. Su cuerpo, que había estado tan lleno hasta estallar de vida, que *había* estallado de vida, ahora estaba vacío, como había estado antes, como siempre había estado. Y por ello sintió pena, pero también alivio, y el alivio le inspiró tal desprecio por sí misma que le hizo saber que tenía razón. No podía soportar ese tipo de vida: peligroso, carnal, lleno de un amor tan doloroso que le cortaba la respiración.

—¿Y qué ha ocurrido desde entonces? —pregunta Luke.

—¿A qué te refieres?

—¿Tuviste otro hijo? ¿Alguna vez te casaste?

Varya niega con la cabeza.

Él frunce el ceño, perplejo.

—¿Eres lesbiana?

—No. Simplemente nunca..., no desde que... No he...

Respira entrecortadamente, un hipo sin sonido. Cuando Luke comprende lo que quiere decir, se sorprende.

—¿No has tenido ninguna relación desde el profesor? ¿No has tenido nada?

—No *nada*, pero no una relación.

Varya se prepara para recibir su lástima. En cambio, él la mira indignado, como si ella se hubiera privado de algo esencial.

—¿No te sientes sola?

—A veces, pero ¿no le ocurre a todo el mundo? —dice, y sonrío.

De repente, Luke se levanta. Ella piensa que va a ir al baño, pero se dirige a la cocina y se detiene frente al fregadero. Apoya las manos en él; tiene los hombros encorvados como los de *Frida*. Frente al fregadero, en la ventana, está el reloj del padre de Varya. Después de la muerte de Klara, Daniel fue a la autocaravana en la que Klara y Raj habían estado viviendo. Raj había recogido cosas que pensó que la familia Gold podía querer: una tarjeta de negocios de principios de su carrera, el reloj de oro de Saul, un programa viejo de vodevil que mostraba a la abuela Klara tirando de un grupo de hombres con correas. No era mucho, pero Daniel se sintió agradecido por el gesto. Llamó a Varya desde el aeropuerto.

—La caravana, por otra parte..., no es que estuviera sucia, estaba bastante bien, como todas, pero el hecho de vivir ahí... —La voz de Daniel era furtiva, casi amortiguada—. Es un Gulf Stream de los setenta, y Klara vivió ahí más de un año. —La mayor parte del tiempo, aparcada en un camping llamado King's Row, agregó para sumar insulto al daño.

Bajo el lado de la cama de Klara, había encontrado un pequeño montón de tallos de fresa. En un principio creyó que era un puñado de hierba que alguien había metido dentro pegado a la suela del zapato; estaban enmohecidos, y los tiró al váter. Le enviaría a Varya el reloj, que había sido de Simon antes de que fuera de Klara, y de Saul antes de Simon.

—Es un reloj de hombre —le dijo ella—. Quédatelo tú.

—No —respondió Daniel en el mismo tono bajo, y Varya comprendió que había visto algo que lo había turbado, algo que no quería llevarse a casa.

—¿Luke? —llama ahora.

Luke tose y se acerca al frigorífico.

—¿Te importa si...?

«No lo hagas», piensa ella, pero él ya está ahí, abre la puerta y lo ve.

—¿Guardas aquí la comida de los monos? —grita, aunque, cuando se vuelve para mirarla, su sorpresa ha dejado paso a la comprensión.

Deja la puerta abierta. Desde la sala, Varya puede ver las hileras de comida empaquetada en su interior. En el estante de arriba está su desayuno: macedonia de frutas en bolsas de plástico con dos cucharadas de cereales altos en fibra. En el estante de abajo están sus almuerzos: frutos secos, o una rebanada de tofu o atún los fines de semana. Sus cenas están en el congelador, las cocina semanalmente y después las separa en raciones que envuelve en papel de aluminio. En un lado del frigorífico, del lado que queda frente a Luke, hay colgada una hoja de Excel donde cuenta las calorías de cada comida, así como el contenido de vitaminas y minerales.

El primer año de dieta perdió un quince por ciento de su peso corporal. La ropa empezó a quedarle grande, y su rostro adoptó la obstinada estrechez de un galgo. Observó esos cambios con desapego curioso: se sentía orgullosa de ser capaz de resistirse a la tentación de los dulces, los carbohidratos y las grasas.

—¿Por qué haces esto? —pregunta Luke.

—¿Por qué crees que lo hago? —dice, pero retrocede cuando ve que él avanza en su dirección—. ¿Por qué te enfadas? ¿Acaso no tengo derecho a decidir cómo quiero vivir?

—Porque estoy triste —dice él con voz ronca—. Porque me rompe el maldito corazón verte así. Decidiste deshacerte de todo: no tienes marido, no tienes hijos. Podrías haber hecho cualquier cosa, pero eres igual que tus monos, encerrados y mal alimentados. La cuestión es que tienes que vivir una vida menor para tener una vida más larga. ¿No te das cuenta? La cuestión es que estás dispuesta a firmar ese acuerdo,

ya *has firmado* ese acuerdo, pero ¿con qué fin? ¿A qué precio? Desde luego, tus monos nunca han tenido esa opción.

Es imposible convencer del valor de la rutina a alguien a quien no le parece placentera, así que Varya ni siquiera lo intenta. No es el placer del sexo o del amor, sino el de la certeza. Si fuera más religiosa, y cristiana, se habría hecho monja: qué tranquilidad saber qué plegaria o qué tarea iba uno a hacer dentro de cuarenta años, a las dos de la tarde de un martes.

—Gracias a mí, están más sanos —dice—. Vivirán vidas más largas.

—Pero no mejores. —Luke se acerca, y ella apoya la espalda en el sofá—. No quieren jaulas y bolitas de comida. Quieren luz, juegos, calor, textura, ¡peligro! Toda esa mierda de escoger la supervivencia por encima de la vida..., como si tuviéramos control sobre cualquiera de las dos. Con razón no sientes nada cuando los ves en las jaulas. No sientes nada por ti.

—¿Y cómo debería ser mi vida? ¿Debería ser como Simon, a quien no le importaba nada más que él mismo? ¿Debería vivir en un mundo de fantasía, como Klara?

Se levanta del sofá, con cuidado de no tocarlo, y va a la cocina. Ahí, vuelve a abrir la puerta del frigorífico y empieza a reacomodar las bolsas de comida que se han movido cuando Luke ha cerrado la puerta de golpe.

—Los culpas a ellos —dice él, siguiéndola, y Varya dirige hacia él la ira que siente contra sus hermanos, la ira que se retuerce constantemente en su interior.

Si únicamente hubieran sido más listos, más prudentes. Si hubieran mostrado conciencia de sí mismos, humildad, si hubieran tenido paciencia. Si no hubieran vivido como si la vida fuera una carrera enloquecida hacia un clímax inmerecido. Si hubieran caminado en vez de correr.

Habían comenzado juntos: antes de que cualquiera de ellos fuera persona habían sido óvulos, cuatro de los millones de óvulos de su madre. Era sorprendente que pudieran ser tan distintos en sus temperamentos, en sus defectos, como extraños que se hubieran encontrado durante unos segundos en el mismo ascensor.

—No —dice Varya—. Yo los amo, hago mi trabajo como un tributo a ellos.

—¿No crees que alguna parte de eso podría ser egoísmo?

—¿Qué?

—Hay dos teorías principales sobre cómo detener el envejecimiento —repite Luke—. La primera es que debe suprimirse el sistema reproductor. Y la segunda teoría es que debes reducir el consumo de calorías.

—Nunca debería haberte dicho nada. Eres demasiado joven para comprender; eres un niño.

—¿Yo soy un niño? ¿Lo soy? —Luke se ríe fríamente, y Varya retrocede—. Tú eres la única que está tratando de convencerse de que el mundo es racional, como si pudieras hacer algo para tener un impacto en la muerte. Te dices que ellos murieron por x y tú has vivido por y , y que esas cosas son mutuamente excluyentes. De esa

manera puedes creer que eres más lista; de esa manera puedes creer que eres diferente. Sin embargo, eres tan irracional como los demás. Dices que eres científica, usas palabras como *longevidad* y *envejecimiento saludable*, pero conoces la historia más básica de la existencia: «todo lo que vive debe morir», y quieres reescribirla.

Se acerca aún más, hasta que sus rostros están separados unos centímetros. Varya no puede mirarlo. Está demasiado cerca, espera demasiado de ella, puede oler su aliento, un caramelo bacteriano mezclado con los granos tostados del *genmaicha*.

—¿Qué quieres de tu vida? —pregunta él, y como ella se queda en silencio, la coge de la muñeca y aprieta—. ¿Quieres seguir así para siempre? ¿Así?

—Y tú, ¿qué quieres? ¿Salvarme? ¿Te sientes bien siendo el salvador? ¿Te hace sentir eso como un hombre? —Ha dado en el blanco: Luke deja caer la mano y los ojos le brillan—. No me des sermones; no tienes derecho y, con toda seguridad, tampoco tienes la experiencia.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Tienes veintiséis años. Creciste en una maldita granja de cerezas. Tienes dos padres saludables y un hermano mayor que te quiere tanto que te dio su precioso pañuelo.

Ella sale de detrás de la puerta del frigorífico y camina hacia la entrada. Más tarde intentará descifrar qué ha ocurrido, más tarde repasará la conversación una y otra vez en su mente, preguntándose qué podría haber hecho para salvarla antes de que se desplomara para siempre, pero ahora quiere que Luke se vaya. Si se queda más tiempo, ella podría hacer algo terrible.

Sin embargo, Luke no se va.

—Él no me lo dio. Murió.

—Lo siento —dice Varya inexpresivamente.

—¿No quieres saber cómo? ¿O sólo te importan tus propias tragedias?

La verdad es que no quiere saberlo. La verdad es que no tiene espacio en su interior para el dolor de nadie más. Sin embargo, Luke, enmarcado en el umbral arqueado entre la sala y la cocina, ya ha empezado a hablar.

—Lo que tienes que saber de mi hermano es que siempre me cuidó. Mis padres siempre habían querido otro hijo, pero no podían tenerlo, así que me adoptaron. Asher tenía diez años entonces, podría haber sentido celos, pero no fue así: era noble y generoso y cuidó de mí. Vivíamos al norte de Nueva York por entonces, en el campo. Cuando nos mudamos a Wisconsin teníamos más tierra pero una casa más pequeña, y tuvimos que compartir habitación. Asher tenía trece y yo era un niño pequeño. ¿Qué chico de secundaria quiere compartir cuarto con un niño de tres años? Aun así, él nunca se quejó.

»Yo era el difícil, el mimado. Quería ver hasta dónde podía extender mis límites: ¿aún están contentos de haberme adoptado? Si hago esto, ¿querrán devolverme? Una vez me escapé de casa, me escondí debajo del porche y me quedé allí horas porque quería oír cómo me buscaban. En otra ocasión, fui con Asher a cosechar y me escondí

justo cuando era hora de irnos. Se convirtió en un juego nuestro, que me escondiera exactamente en el peor momento, el momento más molesto, y Asher siempre dejaba lo que estaba haciendo para buscarme; cuando me encontraba, nos poníamos a trabajar.

Varya levanta una mano, como para detenerlo. No quiere oír lo que sigue, no puede soportarlo, el miedo ya está apoderándose de su cuerpo, pero Luke la ignora y continúa hablando.

—Un día, fuimos a los silos de grano. En ese momento teníamos pollos y vacas, y en abril teníamos que revisar el grano para comprobar que no se hubieran hecho grumos. Asher bajó al silo. Yo tenía que quedarme de pie en una plataforma en la parte superior y vigilarlo, para poder pedir ayuda en caso de que algo saliera mal. Una vez que Asher entró, alzó la vista hacia mí y me sonrió. Estaba en cuclillas sobre la capa amarilla de maíz, que parecía arena. «No te atrevas», me dijo. Yo le devolví la sonrisa, bajé la escalera y corrí.

»Me escondí entre los tractores, porque él sabía que ahí podía encontrarme, pero no llegó. Después de unos minutos supe que algo no iba bien, que había hecho algo malo, pero sentí miedo, así que me quedé ahí. Asher había llevado al contenedor dos picos, que usaba para deshacer los grumos. Cuando me fui, trató de usarlos para salir, pero éstos abrían demasiados hoyos a su alrededor. Se hundió en los primeros cinco minutos, pero pasó más tiempo hasta que quedó aplastado y luego se ahogó. Encontraron pedazos de maíz en sus pulmones.

Varya se queda unos segundos en silencio. Mira fijamente a Luke y él a ella. El aire es denso y pesado, como si la fuerza de sus miradas mantuviera algo suspendido entre ambos. Después, Varya flaquea.

—Por favor, vete —dice. Su mano resbala sobre la puerta; tendrá que limpiarla cuando Luke se vaya.

—¿En serio? ¿Eso es lo único que puedes decirme? —pregunta él con la voz rota—. Es increíble...

Avanza hacia el sofá y recupera sus zapatos, mete con fuerza los pies, los calcetines grises como orejas de trapo. Varya abre la puerta. Es lo único que puede hacer para no gritarle, gritar detrás de él, cuando pasa por su lado y baja la escalera.

Lo mira desde la ventana mientras Luke camina hacia su coche y sale del parking con una sacudida. Después coge sus llaves y hace lo mismo. Lo sigue durante dos semáforos antes de perder el valor.

¿Qué podría decirle? En el siguiente semáforo, da media vuelta y continúa en sentido contrario, hacia el laboratorio.

Annie no está. Ni tampoco Johanna o alguno de los otros técnicos. Hasta Clyde se ha ido para pasar la noche. Varya camina hasta el vivero —oye los chillidos

indignados de los monos, que se asustan con su repentina entrada— y llega a la jaula de *Frida*.

Piensa que *Frida* está dormida, hasta que ve que los ojos de la mona están abiertos. Está acostada de lado con el antebrazo izquierdo en la boca.

Frida ya se ha mutilado antes —el mordisco en el muslo, por ejemplo—, pero siempre ha ocultado ese comportamiento. Ahora, en cambio, roe sin vergüenza su propio hueso, la carne alrededor es un amasijo de sangre y tejido.

—¡Vamos! —grita Varya—. Ven aquí. —Y abre la puerta de la jaula.

Frida levanta la mirada, pero no se mueve, así que Varya atraviesa la jaula hacia la pared contraria y coge una correa que engancha al cuello de la mona para tirar de ella y levantarla del suelo. Los otros animales gritan, y *Frida* se vuelve a mirarlos, feroz por la súbita conciencia que adquiere. Se sienta y se abraza las rodillas para mecerse, así que Varya no tiene otra opción más que tirar y tirar hasta que la arrastra por el suelo. La fragilidad de *Frida* le da náuseas. Antes pesaba cinco kilos, pero ahora sólo pesa tres, y difícilmente se mantiene erguida. Al siguiente tirón, se da la vuelta boca arriba y la correa empieza a ahorcarla. Los otros monos chillan todavía más, perciben la debilidad de *Frida*, los excita; Varya, frenética, se inclina para alzar a la criatura en sus brazos.

Frida deja caer la cabeza sobre su hombro y apoya el brazo sobre el pecho. Varya contiene la respiración: no lleva ropa protectora, y la herida, que emana un olor fétido de putrefacción, se le pega al suéter. Empieza a trotar mientras la cabeza de *Frida* rebota contra su clavícula y entra en la cocina. Los comederos en forma de laberinto están apilados contra la pared, pero Varya quiere la comida suelta, los enormes contenedores de comida libre y las delicias que les dan a los monos que no siguen la dieta: manzanas, plátanos y naranjas, uvas, pasas, cacahuetes, brócoli, coco rallado, cada uno en su propio contenedor. Saca las cubetas y los contenedores y los deja en el suelo con *Frida* agarrada a su cintura. Luego la pone frente a los comederos.

—Anda, ¡come! —dice con brusquedad, pero *Frida* mira el festín con expresión vacía.

Varya le grita más fuerte, señalando el alimento, y *Frida* alarga la mano izquierda. Tiene las piernas extendidas en el suelo, como un niño pequeño, con las rodillas dobladas; las plantas de sus pies son suaves y grises. Varya observa con codicia cuando el animal trata de alcanzar las pasas, pero antes de que su mano entre en el contenedor, cambia el rumbo y se lleva el antebrazo a la cara. Abre la boca, encuentra la herida y se muerde.

Varya se inclina para apartarle la mano y solloza. La herida está cubierta de pelos, pero es muy profunda; es posible que se haya roto el hueso.

—Come —grita Varya.

Se pone en cuclillas para alcanzar el bote de pasas y lleva la mano a los labios de *Frida*. La mona olfatea. Muy lentamente, se lleva la primera pasa a la boca. Varya usa las manos como cuchara otra vez. Pronto tiene los dedos cubiertos de pedazos de

comida y carne, pero sigue adelante sacando comida, ahora del bote de coco, cacahuetes, uvas.

—Ay, bien... —dice—. Ay, mi bebé —palabras que no ha usado en décadas, palabras que sólo pronunció una vez, cuando Luke estaba coronando y el cuerpo de Varya se rompió para abrir paso a su vida repentina.

Cuando *Frida* rechaza la mano de Varya, ella la tienta con otro tipo de fruta o un alimento de distinta forma. La mona también se come eso, y después vomita: moco claro, bilis, un río de pasas. Varya se pone a llorar. Limpia la boca del animal, su cabeza llena de calvas y sus orejas translúcidas color salmón, pues está sudando. El vómito fluye caliente por los pantalones de Varya. Debe llamar al veterinario, pero cuando piensa en hacerlo, en lo que el doctor Mitchell le preguntará, en lo que tendrá que responderle, llora con más fuerza.

Así que abrazará a *Frida* hasta que llegue el doctor Mitchell; la consolará, la hará sentir mejor. Arrastra al animal hasta su regazo. Los ojos de *Frida* están cristalinos y desenfocados, pero se resiste, quiere que la dejen en paz. Varya la abraza con más fuerza.

—Shhh, shhh —murmura—. Shhh, shhh.

Frida sigue luchando por liberarse, y Varya se aferra a ella. Está acabada, jodida. ¿Qué importa? Quiere abrazar algo, quiere que la abracen. No suelta a *Frida* hasta que el animal acerca su cara a la de Varya, que siente sus labios suaves contra la barbilla, y la muerde.

Varya no llamó al veterinario. A la mañana siguiente, Annie las encontró a ella y a *Frida* durmiendo en la cocina —Varya con la espalda apoyada en una pila de cajas y *Frida* en un estante superior—, y gritó.

En el hospital, Varya pensó que moriría: primero, de algo que hubiera contraído por el mordisco, y después, cuando el doctor le dijo que *Frida* no tenía ni hepatitis B ni tuberculosis, de algo que hubiera contraído en la sala de aislamiento. Se sintió sorprendida de vivir. Con el pánico, le había parecido que el único resultado era el que más temía. En cuanto el miedo se demostró inválido, lo reemplazó una angustia mucho más concreta: la certeza de que lo que había hecho había sido tan destructivo como para ser irreparable. Con la alimentación del hospital, cada día estaba más alerta. No había habitado su cuerpo de una manera tan plena desde la infancia. Ahora el mundo corría hacia ella con todas sus texturas y sensaciones. Sintió la miseria ácida de cada limpieza de la herida y el roce de las sábanas del hospital, que no podía inspeccionar porque estaba demasiado exhausta. Cuando la enfermera se acercaba, Varya olía un champú que Klara había usado alguna vez, estaba segura. Ocasionalmente, vio que Annie dormía en una silla cerca de su cama, y en una ocasión, en un momento de lucidez, le pidió que no le contara a Gertie lo ocurrido. Annie la miró con un gesto lúgubre y de desaprobación, pero asintió. Algún día Varya se lo diría a Gertie, pero hablarle del mordisco significaba contarle todo lo demás, y aún no podía hacerlo.

Frida había viajado en avión a un hospital para animales en Davis. Se había roto el hueso, como Varya temía. Un cirujano le amputó el brazo a la altura del hombro, pero la única manera de saber si tenía rabia era cortándole la cabeza para examinar el cerebro. Varya pidió indulgencia: ella no tenía síntomas, y si *Frida* tenía rabia, moriría al cabo de unos días.

Dos semanas después, Varya se encuentra con Annie en una cafetería de Redwood Boulevard. Al entrar, Annie sonríe —lleva ropa de diario, pantalones ajustados negros con una camiseta de rayas y zuecos, el cabello suelto—, pero su incomodidad es obvia. Varya pide un burrito vegetal. Por lo general, no comería nada, pero su experimento se truncó en el hospital y no ha tenido la convicción para volver a empezar.

—He hablado con Bob —dice Annie cuando el camarero se va—. Te dejaré renunciar voluntariamente.

Bob es el director del Drake. Varya no quiere saber cómo reaccionó cuando le dijeron que ella había puesto en peligro un experimento de veinte años. *Frida* estaba en el grupo de la dieta restringida. Al alimentarla, Varya anuló sus datos y comprometió todo el análisis: con la omisión de los resultados del animal, el número de los monos en la dieta restringida quedará sesgado en comparación con los monos de control. Y todo eso por no mencionar el desastre publicitario que representaría que se corriera la voz de que una investigadora de alto nivel del Drake sufrió un ataque de nervios y, en el proceso, puso en peligro al personal y a los animales. Cuando Varya piensa en lo que Annie debe de haber hecho para que Bob le permita firmar una renuncia voluntaria, la vergüenza se apodera de ella.

—Así te será más fácil seguir con tu carrera —dice Annie con voz vacilante.

—¿Tú crees? —Varya se suena la nariz con una servilleta—. No hay modo de mantener esto en secreto.

Annie se queda callada, admitiéndolo.

—De todos modos —continúa—, es una manera mejor de salir.

Annie ha mantenido al margen la mayor parte de la ira que siente contra Varya sólo porque, a diferencia de Bob, conoce la historia completa: en el hospital, Varya le confesó la verdad sobre Luke y la expresión de Annie pasó de la furia a la incredulidad y a la lástima.

—Caray —dijo—. Yo quería odiarte.

—Todavía puedes.

—Sí, pero ahora es más difícil.

Varya muerde un bocado de su burrito. No está acostumbrada a las raciones de restaurante, que le parecen cómicamente enormes.

—¿Qué va a pasar con *Frida*?

—Lo sabes tan bien como yo.

Varya asiente. Si *Frida* tiene mucha suerte, la trasladarán a un refugio para primates, donde viven animales que sirvieron para la investigación, con una mínima intervención humana. Varya ha hecho campaña para que eso ocurra, llamando diariamente al hospital y a un refugio de Kentucky donde los animales viven libres en doce hectáreas de terreno vallado. Sin embargo, la capacidad del lugar es limitada. Lo más probable es que envíen a *Frida* a otro centro de investigación y que la usen para otro experimento.

Esa tarde, Varya se queda dormida a las siete y se despierta justo después de la medianoche. Se levanta de la cama con su bata y se detiene frente a la ventana, donde abre las cortinas por primera vez en meses. La luna es lo suficientemente brillante como para que pueda ver el resto del edificio; al otro lado está encendida la luz de una cocina. Tiene una extraña sensación de purgatorio, o quizá de ultratumba. Ha perdido su trabajo, que se suponía que iba a ser su contribución al mundo, su retribución. Ha ocurrido lo peor, y entre la pérdida que la deja vacía, tiene el pensamiento de que ahora hay mucho menos que temer.

Coge el móvil de la mesilla de noche y se sienta sobre las mantas. La línea suena una y otra vez. Justo cuando se resigna a que salte el buzón de voz, alguien contesta.

—¿Sí? —dice la voz, insegura.

—Luke. —La embargan dos emociones: alivio porque haya contestado, y miedo de que la ventana de oportunidad que ha abierto para ella no sea lo suficientemente grande para ganarse su perdón—. Lo siento. Siento mucho lo que le pasó a tu hermano, y siento mucho lo que te pasó a ti. Nunca deberías haber pasado por eso, nunca; ojalá no hubiera sido así, ojalá pudiera evitarlo...

Hay silencio del otro lado. Varya presiona el teléfono contra su oreja y respira superficialmente.

—¿Cómo has conseguido mi teléfono? —pregunta él al fin.

—Estaba en el correo que le mandaste a Annie cuando solicitaste la entrevista. —Él vuelve a quedarse callado y Varya continúa—: Escúchame, Luke. No puedes ir por la vida convencido de que fue culpa tuya. Tienes que perdonarte, o no sobrevivirás; por lo menos, no de manera cabal, no como te mereces.

—Seré como tú.

—Sí —responde ella, y se obliga a no volver a llorar. Esas palabras también pueden aplicarse a ella, desde luego, pero nunca antes se había permitido creerlo.

—¿De verdad vas a jugar a ser ahora una madre judía? Porque estoy casi seguro de que el plazo establecido por la ley expiró hace veintiséis años.

—De acuerdo —dice Varya, aunque disimula la risa tosiendo—. Es verdad.

Ella le transmite un ruego: que le extienda el don de la empatía, por muy poco que lo merezca. Observa el edificio al otro lado, la única cocina iluminada.

—Tengo que acostarme —dice Luke—. Me has despertado, ¿sabes?

—Perdón —dice Varya. Le tiembla la barbilla, todavía vendada, con los puntos.

—¿Me llamas mañana? Salgo de trabajar a las cinco.

—Sí —responde Varya, cerrando los ojos—. Gracias. ¿Dónde trabajas?

—En Sports Basement. Es una tienda de deportes.

—Lo pensé el día que te conocí; pensé que ibas vestido como para ir a correr.

—Por lo general, lo hago. A los empleados nos hacen grandes descuentos.

Qué poco sabe de él. Siente una punzada de decepción al saber que su hijo no es biólogo o periodista, sino dependiente, pero enseguida se lo reprocha. Ahora está siendo honesto, y ella guarda esa honestidad para sí: una certeza más que sabe de él.

Tres meses después, Varya está sentada en una panadería francesa en Hayes Valley. Cuando llega el hombre con quien ha ido a encontrarse, lo reconoce de inmediato. Nunca lo había visto en persona, pero ha visto sus fotos promocionales en internet. Desde luego, también aparece en fotografías más viejas con Simon y Klara. La que más le gusta a Varya la hicieron en el apartamento de Collingwood que una vez compartieron sus hermanos. Un hombre negro está sentado en el suelo, apoyado

contra la ventana, con un brazo colgando del marco. Su otro brazo está sobre Simon, que descansa la cabeza en las piernas del primer hombre.

—Robert —dice Varya levantándose.

Robert se da la vuelta y ella puede ver lo guapo y musculoso que fue: es alto y atractivo, de expresión alerta, aunque ahora tiene sesenta y es más delgado, de cabello casi gris.

Varya llevaba años preguntándose por él, pero no había tenido el valor suficiente para buscarlo en serio hasta ese verano. Encontró un artículo sobre dos hombres que dirigían una compañía de danza contemporánea en Chicago. Cuando le escribió por correo electrónico, él le respondió que esa semana estaría en San Francisco para un festival de danza en Stern Grove. Hablan de la investigación de ella, de la coreografía de él y del apartamento de South Side donde viven él y su esposo, Billy, con dos gatos maine coon.

—Son *ewoks* —dice Robert. Ríe mientras le muestra fotografías en su móvil, y Varya también ríe hasta que, de repente, está a punto de llorar—. ¿Qué pasa? —pregunta él guardando el teléfono en su bolsillo.

Varya se limpia los ojos.

—Estoy muy feliz de conocerte. Mi hermana, Klara, hablaba mucho de ti. Le habría encantado... —El condicional: un modo que sigue odiando—. Le habría encantado saber que tú...

—¿Que estoy vivo? —Robert sonríe—. Está bien, puedes decirlo. Nunca estuvo garantizado, aunque nadie lo tiene garantizado. —Se ajusta un brazalete de plata grabado que él y Billy usan en lugar de anillos de matrimonio—. Sí tengo el virus. Nunca pensé que llegaría a viejo. Diablos, pensé que moriría a los treinta y cinco, pero sobreviví hasta que salió el cóctel. Y Billy tiene suficiente energía por los dos. Es joven; demasiado joven para haber pasado por lo que pasamos. Cuando Simon murió, él tenía diez años.

Robert la mira a los ojos. Es la primera vez que alguno de los dos pronuncia el nombre de Simon.

—Nunca he podido superar el hecho de que no volví a verlo después de que se fue de casa —dice Varya—. Vivió cuatro años en San Francisco, y yo nunca vine. Estaba tan furiosa con él. Y pensé que él... maduraría.

Las palabras se quedan flotando en el aire. Varya traga saliva. Klara estaba con Simon, e incluso Daniel habló con él, una breve llamada telefónica que le describió después del funeral, pero Varya era una roca, era hielo, tan remota que no podría haberla alcanzado aunque lo hubiera intentado. ¿Y por qué iba a querer hacerlo? Seguramente, él sabía que Varya le guardaba más resentimiento que a Klara. Por lo menos, ella había dejado claro que se iría; por lo menos, una vez en San Francisco, había tenido la decencia de cogerle el teléfono. Varya renunció a Simon. No era sorprendente que él hubiera renunciado a ella.

Robert pone su mano sobre la de ella, y ella no trata de zafarse.

Su palma es amplia y cálida.

—No podrías haberlo sabido.

—No, pero debería haberlo perdonado.

—Eras una niña, todos lo éramos. Mira, antes de que Simon muriera, yo era muy cauteloso. Quizá demasiado. Pero cuando murió, hice cosas estúpidas, imprudentes. Cosas que deberían haberme matado.

—Pensar que uno podría morir a causa del sexo... —dice Varya con voz vacilante—. ¿No te aterraba?

—No, en aquel entonces no. Porque no lo sentíamos así. Cuando los médicos decían que teníamos que ser célibes, no sentíamos que nos estuvieran diciendo que teníamos que elegir entre el sexo y la muerte. Lo sentíamos como si tuviéramos que elegir entre la muerte y la vida. Y nadie que se hubiera esforzado por vivir de verdad, por practicar sexo de verdad, estaba dispuesto a abandonarlo.

Varya asiente. A su lado, suena la campanita de la puerta del café cuando entra una familia joven. Cuando pasan junto a su mesa, se obliga a no apartarse hacia un lado. Está viendo a una nueva terapeuta, que practica una terapia de comportamiento cognitivo y la alienta a soportar esos momentos de exposición.

—Siempre me he preguntado qué te atrajo de Simon —dice ella—. Klara decía que eras tan maduro, tan serio. Pero Simon era un niño, y muy orgulloso. No me malinterpretes, lo adoraba, pero nunca podría haber salido con él.

—Sí, así era. —Robert sonríe—. ¿Qué me gustaba de él? Era intrépido. Quería mudarse a San Francisco, y lo hizo. Quería ser bailarín, y lo hizo. Estoy seguro de que no siempre se sentía intrépido, pero actuaba con valentía. Eso es algo que él me enseñó. Cuando Billy y yo empezamos con nuestra compañía, solicitamos un préstamo que pensamos que nunca podríamos pagar. Los primeros tres años pasamos estrecheces. Pero después montamos un espectáculo en Nueva York y nos hicieron una reseña en el *Times*, lo que nos dio muchos beneficios cuando regresamos a Chicago. Ahora podemos pagarles el seguro médico a nuestros bailarines. —Da un mordisco a su croissant y le caen algunas migajas grasientas sobre la chaqueta de piel—. Nunca he hecho planes para retirarme. Todavía me da miedo mirar demasiado lejos en el futuro. Pero está bien; me encanta mi trabajo. No quiero que se termine.

—Ojalá yo me sintiera así. Acabo de dejar mi trabajo y nunca me había sentido tan a la deriva.

—Deja de hacer eso. —Robert levanta su croissant y la señala con una expresión de amonestación exagerada—. Piensa como Simon, ¡sé intrépida!

Lo está intentando, aun cuando su definición de la palabra es ridículamente pequeña en comparación con la de cualquier otra persona. Empezó a apoyarse en el respaldo de las sillas y a dar paseos por la ciudad. Diez años antes, cuando se mudó a California, visitó el Castro por primera vez desde que nació Ruby. Había intentado ver a Simon ahí, pero sólo podía imaginarlo en sus paseos a la congregación Tifereth Israel, huyendo de ella. Ahora se lo imagina de nuevo, pero esta vez no se restringe a

los límites de la persona que conoció. Mientras camina de Cliff House al viejo hospital militar cerca de Mountain Lake Park, ve a Simon posando junto a los restos de la casa de baños Sutro, donde había espacio para que nadaran diez mil personas. No tiene idea de si él caminó por esos peñascos, el Richmond está por lo menos a cuarenta y cinco minutos del Castro en autobús, pero no importa. Él está ahí, entre los matorrales y las lilas, y su cabello vuela al viento que surge del agua, dejando una estela tras de sí que Varya sigue.

Cuando regresa al apartamento, ve que tiene un correo de Mira.

Queridísima V:

¿El 11 de diciembre te viene bien? Resulta que Eli tiene un compromiso el 4, y el loco de Jonathan aún tiene la intención de arrastrarnos a todos a Florida en invierno. (Creo que estará bien. Sólo tengo que superar la vergüenza de decirles a todos que voy a casarme en Miami.) Dime algo.

Con cariño,

M.

Jonathan es un profesor compañero de Mira en New Paltz, que perdió a su esposa a causa de un cáncer de páncreas cuatro años antes de la muerte de Daniel. No era alguien en quien Mira hubiera pensado románticamente. Después de la muerte de Daniel, le llevaba comida a Mira («Es asado de ternera —decía—, pero de la tienda; mi esposa era la que cocinaba») y se quedaba con ella durante los ataques de pánico que empezó a sufrir antes de dar clases. Pasaron dos años antes de que se enamorara de él.

—Aunque no caí rendida. Íbamos a un ritmo lentísimo —dijo Mira en una de sus conversaciones dominicales nocturnas por Skype con Varya—. Tuve que dejarlo ir.

Mira dejó el plato sobre la mesa de café y se sentó sobre sus pies. Seguía siendo pequeña, pero ahora era más musculosa: después de la muerte de Daniel había empezado a ir en bicicleta, iba de New Paltz a Bear Mountain mientras el mundo pasaba a su lado, un borrón a la vista como el que ella sentía.

—¿Dejar ir qué? —preguntó Varya.

—Bueno, eso era lo que yo me preguntaba, y me di cuenta de que lo que tenía que dejar ir no era mi dolor ni mi confianza. Tenía que dejar ir a Daniel.

Seis meses antes, Jonathan le pidió matrimonio. Tiene un hijo de once años, Eli, a quien Mira está aprendiendo a criar. Varya será su dama de honor.

«¿Qué es lo que quieres?», le preguntó Luke, y si Varya le hubiera respondido con honestidad, le habría dicho: «Volver atrás». Le diría a su yo de trece años que no visitara a la adivina. A su yo de veinticinco: «Encuentra a Simon, perdónalo». Se diría a sí misma que cuidara a Klara, que se apuntara en una página de citas, que detuviera a la enfermera antes de llevarse al bebé de sus brazos. Se diría que va a morir, va a morir, todos van a morir. Se diría que preste atención al olor del cabello de Klara, a la sensación de los brazos de Daniel cuando se acercaba para abrazarla, a los

pulgares regordetes de Simon; por Dios, sus manos, todas, las manos rápidas como colibríes de Klara, las manos delgadas e inquietas de Daniel. Se diría que lo que en realidad quiere no es vivir para siempre, sino dejar de preocuparse.

«¿Y si cambio?», le preguntó a la adivina muchos años atrás, segura de que el conocimiento podía salvarla de la mala suerte y la tragedia. «La mayoría de la gente no cambia», le dijo la mujer.

Son las siete de la tarde, el cielo es una mancha fluorescente. Varya se recuesta en su silla. Quizá eligió la ciencia porque es algo racional, creyendo que ésta la separaría de la mujer de la calle Hester y de sus predicciones. Pero la creencia de Varya en la ciencia era también rebelión. Temía que el destino estuviera fijado, pero esperaba — por Dios que lo esperaba— que no fuera demasiado tarde para que la vida la sorprendiera. Esperó que no fuera demasiado tarde para sorprenderse a sí misma.

Ahora recuerda lo que Mira le dijo después del entierro de Daniel. Estaban encorvadas debajo de un árbol mientras la nieve se filtraba entre las ramas y los asistentes iban hacia el parking.

—Nunca conocí a Klara —dijo Mira—. Pero ahora casi siento que la comprendo, porque el suicidio no parece irracional. Lo que es irracional es seguir adelante, día tras día, como si el impulso hacia delante fuera natural.

Sin embargo, Mira lo ha logrado. La imposibilidad de superar la pérdida, contra la posibilidad de que se supere: es tan absurdo, tan aparentemente milagroso como siempre lo es la supervivencia. Varya piensa en sus colegas, con sus tubos de ensayo y sus microscopios, todos tratando de replicar el proceso que ya existe en la naturaleza. *Turritopsis dohrnii*, una medusa del tamaño de una lentejuela, revierte el envejecimiento cuando se siente amenazada. En invierno, la rana de bosque se convierte en hielo: su corazón deja de latir, su sangre se congela, y, sin embargo, meses después, cuando llega la primavera, se deshiela y vuelve a saltar.

La cigarra hiberna bajo tierra en incubación y se alimenta de fluidos de las raíces de los árboles. Sería fácil pensar que están muertas; quizá, de alguna manera, sedentarias y silenciosas, anidando a treinta centímetros de profundidad, lo estén. Una noche, diecisiete años después, salen a la superficie en números asombrosos. Trepan por el objeto vertical más cercano; las cáscaras de sus pieles de ninfa caen crujientes al suelo. Sus cuerpos son pálidos y no duros aún. En la oscuridad, cantan.

La primera semana de julio, Varya va a la ciudad para su visita semanal a su madre. Gertie está exultante: Ruby está de visita. Varya nunca ha comprendido por qué una estudiante universitaria se pasaría dos semanas cada verano en un asilo por voluntad propia, pero Ruby propuso el plan en su primer año y mantuvo su propuesta. Helping Hands está a ocho horas en coche desde UCLA, donde Ruby pronto comenzará su último año. Cada verano, llega en una nube de gafas de sol y pulseras apiñadas, vestidos cortos y zapatos de plataforma, así como en un Range Rover blanco. Juega al mahjong con las viudas y le lee a Gertie los libros de sus clases de literatura. La última noche de su visita hace un espectáculo de magia en el comedor, que ha llegado a tener tanta asistencia que el personal lleva sillas extras de la biblioteca. Los residentes quedan extasiados como niños. Después, esperan a Ruby en largas filas para hablarle de cuando conocieron al hermano de Houdini o cuando vieron que una mujer atravesaba Times Square sujetando una cuerda con los dientes.

—¿Ahora qué harás —le pregunta Gertie a Varya—, si no vas a volver a trabajar?

Está sentada en su sillón con un frasco de pepinillos en las piernas. Ruby está tumbada en la cama de Gertie, jugando en su móvil a un juego que se llama «Bloody Mary». Cuando llega al nivel cinco, le pasa el teléfono a Varya, que siente una satisfacción particular al destrozarse el tomate vivaz y saltarín que vigila una bolsa de tallos de apio.

—No es que no vaya a volver a trabajar —responde Varya—. Pero no voy a regresar al Drake.

Acaba de decirle a su madre que cometió un error crítico, algo que comprometió la integridad del experimento. Pronto, quizá cuando Ruby se vaya, le hablará a Gertie de *Frida* y, sobre todo, de Luke. Su relación era todavía demasiado frágil para compartirla con alguien, y aunque ya es menos frágil, Varya aún tiene miedo de perderlo tan repentinamente como apareció. Empezaron a intercambiar correo postal, a enviarse fotografías, postales y otras cosas pequeñas. En mayo, Luke le mandó una foto de él con su nueva novia, Yuko. Yuko es por lo menos cuarenta y cinco centímetros más baja que él y tiene un corte de cabello asimétrico con las puntas teñidas de rosa. En la foto, ella hace como si cargara a Luke; él cuelga una de sus largas piernas en los brazos de ella y los dos tienen los ojos entornados a causa de la risa. Pasa un mes más antes de que Luke admita que Yuko es su compañera de piso, la que se hizo pasar por editora del *Chronicle*; aunque en ese momento no había nada

romántico, se apresura a añadir, así que lo mantuvo en secreto porque no quería que Varya guardara resentimiento hacia ella.

Varya se sonrojó de gozo, por ver su felicidad y porque a él le importara lo que ella pensara. Esa semana, pasó por una granja en la que anunciaban conservas caseras de fruta. Se detuvo al lado del camino y se puso a buscar entre los frascos de cristal, cuyo contenido brillaba como joyas a la luz del atardecer. Cuando encontró cerezas, compró dos botes; se quedó uno y le envió el otro a Luke. Su respuesta llegó diez días después:

Nada excepcional, pero regulares. Firmes. El extracto de almendra es un buen toque y resalta el almizcle de las cerezas, así que son más que dulces.

Varya sonrió al recibir la postal y la leyó dos veces más. Pensó que «nada excepcional, pero regular y firme» no era lo peor que uno podía ser, y fue a la despensa a sacar su propio frasco, que no había abierto en espera de su respuesta.

—Entonces ¿dónde? —pregunta Gertie ahora, mirando hacia su regazo—. No puedes quedarte sentada todo el día como yo. Comiendo pepinillos.

De inmediato, Varya oye a sus hermanos. «Como si realmente tuvieras que preocuparte por eso», diría Klara. Después Daniel: «Claro, ¿Varya sentada comiendo pepinillos? No creo que fuera capaz de hacer algo así». Últimamente, Varya los ve por todas partes. Un adolescente que pasa corriendo junto a su apartamento al anochecer le recuerda a Simon, corriendo alrededor del 72 de Clinton en las noches frescas de verano. Ve la sonrisa de Klara, brillante y mordaz, en el rostro de una mujer en un bar. Se imagina yendo a pedir consejo a Daniel. Siempre estaba justo detrás de ella: en edad, en ambiciones, en el apoyo a la familia. Ella sabía que podía contar con él para cuidar a Gertie o para tratar de llevar a Simon a casa.

Durante mucho tiempo reprimió esos recuerdos. Pero ahora, cuando los convoca en esas formas sensoriales, de manera que los percibe más como personas que como fantasmas, ocurre algo inesperado. Algunas luces dentro de ella —el vecindario que se oscureció hace años— se encienden.

—Creo que me gustaría dar clases —dice.

Cuando era estudiante de posgrado daba clases a alumnos de licenciatura a cambio de no pagar matrícula. No pensaba que pudiera hacer algo así: antes de su primera clase había vomitado en el lavabo del baño de mujeres, incapaz de llegar al retrete, pero enseguida se dio cuenta de que era vigorizante: todos esos rostros atentos, en espera de lo que ella fuera a improvisar. Desde luego, algunos rostros no estaban atentos, sino dormidos, y en secreto eran los que más le gustaban: estaba decidida a despertarlos.

La última noche de la visita de Ruby, Varya va al espectáculo de magia. Mientras la chica se prepara en el comedor, Varya cena con Gertie en su habitación. Varya está

pensando en su familia, en lo que sus hermanos y Saul pensarían de ver a Ruby en el escenario, y entonces, en la extraña media luz del anochecer, empieza a contar algo que nunca pensó: le habla a Gertie sobre la mujer de la calle Hester. Le describe el calor bochornoso de aquel día de julio, su ansiedad al subir la escalera, el hecho de que cada hermano entró solo en la habitación. Comparte también con ella la conversación que mantuvieron la última noche de la *shivá* de Saul, que en retrospectiva se da cuenta de que fue la última vez que los cuatro estuvieron juntos. Mientras Varya habla, Gertie no levanta la mirada. Mira fijamente su yogur, llevándose cada cucharada a la boca con tan poca concentración que Varya se pregunta si es un mal día, si su madre está ausente. Cuando termina de hablar, Gertie limpia la cuchara con una servilleta y la deja sobre la bandeja. Con cuidado, cierra el envase de yogur con la tapa de aluminio.

—¿Cómo pudisteis creer en esa bazofia? —pregunta tranquilamente.

Varya abre la boca. Gertie deja el envase de yogur junto a la cuchara y cruza las manos sobre sus piernas, mirándola con solemne indignación.

—Éramos niños —responde Varya—. Nos asustó. De todos modos, mi opinión es que no era...

—¡Bazofia! —sentencia Gertie, apoyándose en el respaldo de su sillón—. Fuisteis a ver a una gitana; nadie es tan estúpido como para creerlos.

—Tú crees en ese tipo de bazofia. Escupes cuando ves pasar un funeral. Después de que papá muriera, querías hacer esa cosa con el pollo, lo de agitar un pollo vivo en el aire mientras recitas...

—Ése es un ritual religioso.

—¿Y lo de escupir por los funerales?

—¿Qué?

—¿Cuál es tu excusa?

—Ignorancia. ¿Cuál es la tuya? No tienes —dice cuando Varya hace una pausa—. Después de todo cuanto os di: educación, oportunidad..., ¡modernidad!, ¿cómo es posible que salierais iguales que yo?

Gertie tenía nueve años cuando las fuerzas alemanas tomaron Hungría. Mandaron a los padres de su madre, y a tres de sus hermanos, de Hajdú a Auschwitz. Si la *Shoá*, el Holocausto, había fortalecido la fe de Saul, sólo había menoscabado la suya. Cuando tenía seis años, sus padres estaban muertos. Dios debía de parecer menos probable que la suerte; la bondad, menos probable que la maldad, así que Gertie tocaba madera y cruzaba los dedos, arrojaba monedas a las fuentes y arroz por encima de su hombro. Cuando rezaba, estaba negociando.

Varya ve lo que les dio a sus hijos: la libertad de la incertidumbre. La libertad de un destino incierto. Saul habría estado de acuerdo. Como hijo único de inmigrantes, su padre había tenido pocas opciones. Mirar hacia el futuro o hacia el pasado habría parecido una ingratitud, como poner el destino a prueba: el presente libre era una visión que podría desaparecer si apartaba la vista. Sin embargo, Varya y sus hermanos

tenían opciones y el lujo del análisis personal. Querían medir el tiempo, trazarlo y controlarlo. Pero en su búsqueda del futuro sólo se acercaron más a las profecías de la adivina.

—Lo siento —dice, y sus ojos se llenan de lágrimas.

—No te disculpes —repite Gertie, estirándose para darle unos golpecitos en el brazo—. Sé diferente.

No obstante, sujeta el antebrazo de Varya y no lo suelta, como hizo Bruna Costello en 1969. Esta vez, ella no se aparta. Permanecen sentadas en silencio hasta que Gertie se mueve.

—¿Y bien?, ¿qué te dijo? —pregunta—. ¿Cuándo te vas a morir?

—A los ochenta y ocho. —Ahora parece muy lejano, un lujo casi vergonzoso.

—Entonces ¿de qué te preocupas?

Varya se muerde el interior de la mejilla para evitar sonreír.

—Pensaba que habías dicho que no creías en eso.

—Y no creo —resopla Gertie—. Pero, si creyera, no me estaría quejando. Si creyera, pensaría que ochenta y ocho está muy bien.

A las siete y media entran en el comedor para el espectáculo de magia. Una plataforma elevada hace las veces de escenario; dos lámparas, una a cada lado, son las luces. Una de las enfermeras ha colgado unas sábanas rojas en un tendedero a modo de telón. Gertie y sus amigos se han arreglado para la ocasión, y el comedor está repleto. Una expectación eléctrica une a todos los presentes en la sala, invisible como materia oscura. Tira de ellos entre sí y hacia el escenario, en dirección a Ruby.

Después se abre el telón, y ella aparece.

En manos de Ruby, el escenario se transforma. La cortina se vuelve un verdadero telón; las lámparas, focos de verdad. Klara tenía una velocidad trepidante, pero Ruby posee un don inesperado para la comedia física y talento para incluir a todos los presentes en la habitación. También hay algo más que la distingue de su madre. Tiene una sonrisa fácil y su voz nunca vacila. Cuando se le cae una bola que debía atrapar, se toma un momento para hacer una pantomima autocrítica antes de recuperar el equilibrio. Varya se da cuenta de que es confianza. Ruby parece más cómoda —con sus habilidades, consigo misma— de lo que su madre lo estuvo jamás.

«Ay, Klara —piensa Varya—, si pudieras ver ahora a tu hija.»

Durante toda la noche, Gertie mira a Ruby como una película que no quiere dejar de ver nunca. Son casi las once cuando los últimos residentes salen del comedor. Aunque Gertie ha aceptado usar la detestable silla de ruedas, tiene el pecho hinchado como un pavo. Varya sabe que detener el envejecimiento es tan improbable como la idea de que la compulsión puede evitar que algo malo ocurra. No obstante, de todos modos, quiere gritar: «No te vayas».

Ruby empuja a Gertie de vuelta a su habitación. Pronto dirigirá su atención a otros milagros: cómo coser una herida, intervenir una columna vertebral, asistir el nacimiento de un niño. Esa noche, sin embargo, ha habido un vínculo que la ha unido con todos los presentes en la sala, una red de emoción, y Ruby no lo ha dejado escapar. Cuando estaba en el escenario, mirando al público, y tuvo esa sensación, la hizo pensar en los niños de preescolar que a veces veía pasar frente a su apartamento de Los Ángeles. Para asegurarse de que ninguno se pierda, los niños caminan en fila sujetando una cuerda. Ruby piensa que esa noche ha sido así. Uno a uno, llegaron hasta la cuerda. Uno a uno, se aferraron a ella.

—¿Por qué quieres ser doctora cuando puedes seguir haciendo esto? —sigue preguntándole su padre—. Transmites mucha alegría a la gente.

Pero Ruby sabe que la magia es sólo una herramienta entre muchas para mantenerse vivos unos a otros. Cuando era niña, Raj le dijo las cuatro palabras que Klara siempre pronunciaba antes de un espectáculo, y desde entonces, Ruby las ha recitado siempre al pie de la letra. Esa noche, estaba tras la cortina con las manos apretadas; del otro lado podía oír que el público murmuraba, se inquietaba y arrugaba de emoción sus programas baratos.

—Os amo a todos —murmuró—. Os amo a todos, os amo a todos, os amo a todos.

Después, salió de detrás de la cortina para reunirse con ellos.

AGRADECIMIENTOS

Estoy profundamente agradecida a todas las personas que ayudaron a traer *Los inmortales* a la vida.

Este libro no habría sido posible sin la confianza, el trabajo y el apoyo de dos mujeres increíbles. A mi agente, *rock star* y hermana del alma, Margaret Riley King: gracias por tu fe, tu lealtad y tus terapias quincenales. Siempre empieza contigo. A mi editora, Sally Kim: tu genialidad, pasión e integridad brillan con fulgor. Trabajar contigo ha sido uno de los grandes honores y placeres de mi vida.

No podría haber soñado con dos equipos más soberbios en WME y Putnam. Es un privilegio trabajar con Tracy Fisher, Erin Conroy, Erika Niven, Haley Heidemann y Chelsea Drake en el primero, y con Ivan Held, Danielle Springer, Christine Ball, Alexis Welby, Ashley McClay, Emily Ollis y Katie McKee en Putnam, así como con todo el equipo de Penguin. Gracias, también, a Gail Berman, Dani Gorin, Joe Earley y Rory Koslow en Jackal por su trabajo en el ámbito de la televisión.

Estoy en deuda con los muchos escritores, cineastas, científicos y otros profesionales cuya obra fue crucial en mi proceso de investigación. Entre las fuentes esenciales están *A subtle craft in several worlds: Performance and participation in Romani fortune-telling* (Ruth Elaine Andersen); el documental de David Weissman *I Was Here; Hiding the Elephant: How Magicians Invented the Impossible and Learned to Disappear* (Jim Steinmeyer), y la vida de Tiny Kline, una mujer de circo innovadora que originó «Las fauces de la vida» e inspiró el personaje de la abuela Klara (*Circus Queen and Tinker Bell: The Memoir of Tiny Kline*, Janet M. David). El teniente Scott Gregory fue un consejero fundamental para la carrera militar de Daniel; Erika Fleury, Deborah Robbins y Bob Ingersoll compartieron generosamente conmigo sus experiencias con primates. El Drake tuvo como inspiración el Instituto Buck para Investigación sobre el Envejecimiento en Novato, California, aunque mi versión, salvo por las características del edificio y la misión general, es completamente ficticia. Por último, no podría haber escrito la parte de Varya sin los muchos científicos cuyas investigaciones sobre longevidad dieron forma a la suya, y que tuvieron la gentileza de hablar conmigo, incluidos los doctores Ricki Colman, Stefano Piraino y Daniel Martinez, así como el personal del Wisconsin National Primate Research Center. La investigación de Varya surgió de este contexto, pero, como el Drake, es ficticia y no es un comentario de ningún trabajo específico existente.

Mi amor eterno y mi gratitud para los miembros de mi familia y amigos queridos que sirvieron como primeros lectores y me ofrecieron ayuda. Mis padres son mis seguidores más fieles y aguerridos; estoy muy agradecida y me siento muy afortunada de ser su hija. Mi amada abuela y luz guía, Lee Krug, fue la primera persona que leyó esta novela. Entre mis brillantes amigos, estoy agradecida por el genio editor y la devoción de Alexandra Goldstein; la compañía intelectual de Rebecca Dunham; la apasionada solidaridad de Brittany Cavallaro, y el corazón sabio y cálido de Piyali Bhattacharya, así como la hermandad de Alexandra Demet y Andrew Kay. Marge Warren y Bob Benjamin me dieron el regalo de la comprensión de la vida de los inmigrantes a mediados del siglo xx en Nueva York. Judy Mitchell sigue siendo mi mentora y querida amiga.

Para Jordan y Gabriel, mis hermanos: este libro también es para vosotros.

Y, por Dios, ¿qué puedo decirle a Nathan? No es fácil ser la pareja de una escritora, pero pensaría que tú lo haces sin esfuerzo si no supiera cuánta conversación desconcertante, trabajo editorial y apoyo emocional requiere. Tienes el corazón más tolerante, el cerebro más veloz y el tipo de perspectiva panorámica que estabiliza incluso a los pájaros inquietos como yo. Por siempre, gracias.